CHRISTIAN JACQ

LA REINA LIBERTAD

La guerra de las coronas

Christian Jacq

Nació en París en 1947. Doctorado en Egiptología por la Universidad de la Sorbona, ha dedicado casi toda su vida al estudio de la civilización del Antiguo Egipto. Fundador del Instituto Ramsés, es autor de diversos ensayos, textos de divulgación histórica, así como de novelas. Entre sus obras cabe señalar: El Egipto de los grandes faraones; La Reine Soleíl, premio Jean d'Heurs de Novela Histórica 1989; *L'Affaire Touttankhamon,* Prix des Maisons de la Presse 1992; *Las egipcias, El egi ptólogo, El faraónNació en París en 1947. Doctorado en Egiptología por la Universidad de la Sorbona, ha dedicado casi toda su vida al estudio de la civilización del Antiguo Egipto. Fundador del Instituto Ramsés, es autor de diversos ensayos, textos de divulgación histórica, así como de novelas. Entre sus obras cabe señalar: El Egipto de los grandes faraones; La Reine Soleíl, premio Jean d'Heurs de Novela Histórica 1989; L'Affaire Touttankhamon, Prix des Maisons de la Presse 1992; Las egipcias, El egiptólogo, El faraón negro y la trilogía «El juez de Egipto». Pero es con su pentalogía sobre el faraón Ramsés II es definitivamente uno de los mayores fenómenos literarios europeos. La guerra de las coronas es el segundo volumen de la serie «La Reina Libertad», iniciada con El imperio de las tinieblas.negro y* la trilogía «El juez de Egipto». Pero es con su pentalogía sobre el faraón Ramsés *II (El hijo de la* do definitivamente en uno de los mayores fenómenos literarios europeos. *La guerra de las coronas* es el segundo volumen de la serie «La Reina Libertad», iniciada con *El imperio de las tinieblas.*

Dedico este libro a todas aquellas y todos aquellos que consagraron su vida a la libertad, luchando contra las ocupaciones, los totalitarismos y las inquisiciones de cualquier tipo

Sentado a la izquierda de Apofis, emperador de los hicsos, al general de los carros no le llegaba la camisa al cuerpo. Sin embargo, estaba gozando de un honor muy deseado, como era asistir, en compañía del soberano más poderoso del mundo, a la prueba del toro, de la que los habitantes de Avaris, capital del Imperio sita en el Delta de Egipto, hablaban con espanto sin saber exactamente de qué se trataba.

Instalados en una plataforma, los dos hombres podían llegar a dominar una extensión de arena y una construcción circular llamada «el laberinto», de donde nadie, según los rumores, salía vivo.

-Pareces muy nervioso -observó Apofis, cuya voz ronca helaba la sangre.

-Es cierto, majestad... Vuestra invitación, aquí, a palacio... No sé cómo agradecéroslo -respondió el oficial superior balbuceando y sin atreverse a mirar al emperador, cuya fealdad era impresionante.

Alto, de nariz prominente, con las mejillas caídas, el vientre hinchado, Apofis solo se permitía dos coqueterías que consistían en un escarabeo de amatista, montado en un anillo de oro, en el meñique de la mano izquierda, Y en el cuello, un amuleto en forma de cruz egipcia, que le daba derecho de vida y muerte sobre sus súbditos.

«Amado por el dios Set», Apofis se había proclamado faraón del Alto y el Bajo Egipto, e intentado hacer que se inscribieran sus nombres de coronación en el árbol sagrado de la ciudad santa de Heliópolis. Pero las hojas se habían mostrado reticentes, negándose a aceptarlo, de modo que Apofis asesinó al sumo sacerdote, ordenó que se cerrara el templo y afirmó que el ritual se había desarrollado correctamente.

Desde hacía algún tiempo, el emperador se sentía contrariado.

En las Cícladas, el almirante Jannas, asiático implacable y notable guerrero, perseguía a los piratas que osaban emprenderla con la flota mercante del imperio. En Asia, varios pequeños principados manifestaban veleidades de independencia, que las tropas de élite de los hicsos cortaban de raíz dando muerte a los rebeldes, incendiando las aldeas y haciendo montones de esclavos.

Aquellos episodios convenían al gran designio de Apofis puesto que acrecentaban más aún la extensión de su imperio, ya el más vasto nunca conocido. Nubia, Canaán, Siria, el Líbano, Anatolia, Chipre, las Cícladas,

Creta y las marcas de Asia agachaban la cabeza ante él y temían su poder militar. Pero todo aquello era solo una etapa, y los invasores hicsos, que agrupaban a soldados procedentes de distintas etnias, iban a proseguir su conquista del mundo.

Y el centro de ese mundo era Egipto.

La marejada de los hicsos había sumergido con sorprendente facilidad al Egipto de los faraones, poniendo fin a largos siglos de civilización basada en Maat, la justicia, la rectitud y la solidaridad. Pésimos combatientes, los egipcios no habían sabido oponerse a la fuerza bruta y a las nuevas armas de los invasores.

El faraón, en ese momento, era él, Apofis.

Y había situado su capital en Avaris, un lugar de culto de Set, el dios del rayo y de la violencia, que lo hacía invencible. La aldea se había convertido en la principal ciudad del Oriente Próximo, dominada por una inexpugnable ciudadela, desde donde al emperador le gustaba contemplar el puerto, lleno de centenares de embarcaciones de guerra y de comercio.

De acuerdo con el deseo de Apofis, Avaris se había convertido en un gigantesco cuartel, un paraíso para los militares que utilizaban a los egipcios sometidos a esclavitud.

Y, sin embargo, era en el sur de ese Egipto vencido y pisoteado donde había tomado cuerpo una increíble revuelta. En Tebas, oscura ciudad agonizante, un reyezuelo llamado Seqen y su esposa Ahotep se habían atrevido a tomar las armas contra el emperador.

-¿Dónde estamos exactamente, general?

-Controlamos la situación, majestad.

-¿En qué lugar se sitúa el frente?

-En Cusae, majestad.

-Cusae... ¿No se encuentra esta ciudad a trescientos cincuenta kilómetros al norte de Tebas?

-Poco más o menos, majestad.

-Eso significa, pues, que el ridículo ejército de Seqen ha conquistado un vasto territorio..., demasiado vasto.

-¡Oh, no, majestad! Los rebeldes intentaron una penetración relámpago, bajando por el Nilo a una sorprendente velocidad, pero no han asentado

su dominio sobre las provincias que han cruzado o por las que han pasado. En realidad, su acción ha resultado más espectacular que peligrosa.

-De todos modos, hemos sufrido varios reveses.

-Los insumisos cogieron por sorpresa a algunos destacamentos, pero reaccioné muy deprisa y detuve su avance.

-A costa de dolorosas pérdidas, al parecer.

-Su armamento es arcaico, pero esos egipcios pelean como fieras. Afortunadamente, nuestros carros y nuestros caballos nos dan una enorme superioridad. Y además, majestad, no olvidéis que hemos matado a su jefe, Seqen.

«Solo gracias al espía que corrompe al enemigo», pensó Apofis, cuya torva mirada seguía siendo indescifrable.

-¿Dónde está el cadáver del tal Seqen?

-Los egipcios consiguieron recuperarlo, majestad.

-Lástima. De buena gana lo hubiera colgado de la gran torre de la ciudadela. ¿Ha salido ilesa la reina Ahotep?

-Por desgracia, sí, pero es solo una mujer. Tras la muerte de su esposo, únicamente pensará en rendirse. Los jirones del ejército egipcio no tardarán en dispersarse, y los destruiremos.

-¡Ah, ahí llega la distracción! -exclamó el emperador.

Un enorme toro de combate, de furiosa mirada y agresiva pezuña, penetró en la arena, a la que fue arrojado un hombre desnudo y sin armas.

El general palideció.

El infeliz era su adjunto más directo y había luchado valerosamente en Cusae.

-El juego es tan sencillo como divertido -explicó el emperador-. El toro carga contra su adversario, cuya única oportunidad es agarrarlo por los cuernos y dar un peligroso salto por encima de los lomos del monstruo. Según el pintor cretense Minos, que decora mi palacio, es un deporte que está muy de moda en su país. Gracias a él, mis pinturas son más hermosas que las de Cnosos. ¿No te parece?

-¡Oh, sí, majestad!

-Mira... Ese toro es carácter.

De hecho, el monstruo no tardó en lanzarse sobre su víctima que cometió el error de intentar la huida volviéndole la espalda. Los cuernos se clavaron en los riñones del oficial hicso. El toro lanzó por los aires al moribundo, lo pisoteó y lo corneó de nuevo antes de resoplar.

Apofis hizo una mueca de asco.

-Ese inútil se ha mostrado tan decepcionante en la arena como en el combate -afirmó-. Ha huido... Eso es todo lo que sabía hacer. Pero ¿acaso la responsabilidad de nuestras derrotas no incumbe a su superior?

El general sudaba la gota gorda.

-Nadie podría haberlo hecho mejor, majestad; os aseguro que...

-Eres un imbécil, general. En primer lugar, porque no supiste prever el ataque; luego, porque tus soldados fueron vencidos en varios lugares del territorio egipcio y no se comportaron como verdaderos hicsos; finalmente, porque crees que el adversario ha sido barrido. Levántate.

Petrificado, el general obedeció.

El emperador desenvainó la daga con empuñadura de oro que nunca lo abandonaba.

-Baja al laberinto o te degüello. Es tu única oportunidad de obtener mi perdón.

La mirada asesina de Apofis acabó con las vacilaciones del oficial superior, que saltó al laberinto y cayó sobre las manos y las rodillas.

A primera vista, el lugar nada tenía de peligroso.

Se componía de burladeros, formados por empalizadas cubiertas, a veces, de verdor. Era imposible extraviarse ya que un solo camino, tortuoso, llevaba a la salida.

A la altura de la primera empalizada, una mancha de sangre llamó la atención del general. Sin pensarlo demasiado, decidió saltar como si franqueara un obstáculo invisible.

E hizo bien, porque salieron dos hojas, una de cada lado, y le rozaron la planta de los pies.

El emperador apreció la hazaña. Desde que había mejorado mucho los distintos dispositivos del laberinto, pocos candidatos superaban esa primera etapa.

El general actuó del mismo modo al salir del segundo burladero, y este fue su error.

Cuando cayó de nuevo, el suelo se abrió bajo sus pies y se vio lanzado a un estanque donde dormitaba un cocodrilo hambriento.

Los aullidos del hicso no turbaron al animal ni al emperador, al que un servidor se apresuró a ofrecer un lavamanos de bronce. Mientras las mandíbulas del cocodrilo chasqueaban una y otra vez, Apofis se lavaba las manos.

Desde que el cadáver de su marido había llegado del frente, transportado en el navío almirante, la joven reina de treinta y dos años no se separaba de él.

El cadáver, martirizado, mostraba varias heridas mortales, que la momificación había dejado visibles por orden de Ahotep. La reina no quería que desaparecieran las huellas del valor de Seqen, que había luchado solo contra una nube de hicsos antes de sucumbir. Su bravura había alentado las filas de los egipcios, aterrorizados por los carros de guerra tirados por caballos, un arma nueva y temible.

Nacido en una familia pobre, Seqen se había enamorado locamente de Ahotep, que admiraba a aquel ser puro y noble, apasionado por la libertad y dispuesto a sacrificar su vida para devolver a Egipto su pasada grandeza. Cogidos de la mano, Seqen y Ahotep habían afrontado múltiples pruebas antes de estar en disposición de atacar las posiciones de los hicsos, al norte de Tebas, y comenzar así a abrir el cerco.

A Ahotep se le había ocurrido la idea de crear una base secreta donde los soldados del ejército de liberación fueran preparados para el combate, y había confiado a Seqen la tarea de llevar a cabo el proyecto. Como reina de Egipto, Ahotep había reconocido a Seqen como faraón, una pesada función, de la que se había mostrado digno hasta el último aliento.

Aunque el imperio de las tinieblas hubiera convertido la existencia de la pareja real en un sendero de lágrimas y sangre, Ahotep recordaba los raros e intensos momentos de felicidad compartidos con Seqen. En su corazón, él seguiría siendo siempre la juventud, la fuerza y el amor.

A pesar de su aire frágil y quebradizo, la reina madre Teti la Pequeña bajó a la tumba donde su hija meditaba. Siempre impecablemente vestida y maquillada, la anciana dama luchaba con denuedo contra la sorda fatiga que la obligaba a dormir largas siestas y a acostarse temprano. Conmovida por la muerte de su yerno, temía que Ahotep no dispusiera ya de la energía necesaria para salir de su sufrimiento.

-Deberías alimentarte -le sugirió.

-¡Qué hermoso es Seqen!, ¿no es cierto? Hay que olvidar esas horribles heridas y pensar únicamente en el rostro altivo y decidido de nuestro rey.

-Hoy, Ahotep, tú eres la soberana del país. Todos esperan tus decisiones.

-Me quedo junto a mi esposo.

-Lo has velado de acuerdo con nuestros ritos. La momificación ha terminado.

-No, madre, no...

-Sí, Ahotep. Y me toca pronunciar las palabras que tanto temes escuchar, es decir, que ha llegado el momento de proceder a la ceremonia de los funerales y de cerrar esta tumba.

-Me niego.

Pese a parecer tan frágil ante la magnífica joven morena y de encantador hechizo, Teti la Pequeña no cedió.

-Comportándote como una plañidera, traicionas al faraón y haces inútil su sacrificio. Ahora debe viajar hacia las estrellas, y nosotros proseguir su lucha. Dirígete a Karnak, donde los sacerdotes te convertirán en la encarnación de Tebas la Victoriosa. El imperioso tono de su madre sorprendió a Ahotep, y sus palabras la atravesaron igual que puñaladas.

Pero Teti la Pequeña tenía razón.

Bajo fuerte vigilancia y acompañada por sus dos hijos -Kamosis, de catorce años de edad, y Amosis, de cuatro-, Ahotep se presentó en el templo de Amón, en Karnak, donde los ritualistas no dejaban de cantar himnos por la inmortalidad del alma real.

Desde la ocupación de los hicsos, Karnak no había gozado de ampliación alguna. Protegido por un recinto amurallado, el templo se componía de dos santuarios principales: uno, de pilares cuadrados, y otro, de pilares con forma de Osiris, que proclamaban la resurrección del dios asesinado por su hermano Set. De acuerdo con una profecía, la capilla que contenía la estatua de Amón, el Oculto, se abriría por sí misma si los egipcios conseguían vencer a los hicsos.

El sumo sacerdote se inclinó ante aquella a quien los soldados habían apodado la Reina Libertad.

Kamosis se mantenía muy erguido; el pequeño Amosis lloraba y apretaba con fuerza la mano de su madre.

-¿Estáis dispuesta, majestad, a mantener el fuego conquistador de Tebas?

-Lo estoy. Kamosis, ocúpate de tu hermano. Amosis se agarró a su madre.

-Quiero quedarme contigo… ¡Y quiero a mi papá! Ahotep besó con ternura al niño.

-Tu padre está en el cielo, con los demás faraones, y debemos obedecerle concluyendo su obra. Para conseguirlo, necesito a todo el mundo, y sobre todo, a nuestros dos hijos. ¿Lo comprendes?

Tragándose las lágrimas, Amosis se colocó ante su hermano mayor, que le tomó de los hombros.

El sumo sacerdote condujo a Ahotep hasta la capilla de la diosa Mut, cuyo nombre significaba, al mismo tiempo, «la madre» y «la muerte». Ella había dado a la adolescente la fuerza de librar un combate imposible, y ella iba a transformar la modesta ciudad tebana en la capital de la reconquista.

En la diadema de oro de su madre que llevaba Ahotep, el sumo sacerdote prendió un uraeus del mismo metal. Luego, le entregó un arco y unas flechas.

-Majestad, ¿os comprometéis a combatir las tinieblas?

-Me comprometo a ello.

-En ese caso, que vuestras flechas alcancen los cuatro puntos cardinales.

Ahotep apuntó a oriente; luego, al norte; después al mediodía, y por fin, a occidente. La nobleza de su actitud había impresionado a todos los ritualistas.

-Puesto que el cosmos os es favorable, majestad, he aquí la vida que deberéis preservar y la magia que deberéis dispensar. El sumo sacerdote acercó al rostro de la reina una cruz egipcia y un cetro cuya cabeza era la del animal de Set.

Unas potentes vibraciones atravesaron el cuerpo de Ahotep.

A partir de entonces, en ella se encarnaba la esperanza de todo un pueblo.

Después de que los soldados de la base secreta hubieron rendido un último homenaje al faraón difunto, el cortejo fúnebre tomó el camino de la necrópolis. Cuatro bueyes tiraban del sarcófago, depositado en una narria de madera. A intervalos regulares, unos ritualistas derramaban leche sobre la pista para facilitar el deslizamiento.

En aquel período de guerra, la artesanía tradicional estaba reducida a la mínima expresión, de modo que el mobiliario fúnebre de Seqen solo se componía de objetos modestos, indignos de una sepultura regia, que consistían en una paleta de escriba, un arco, sandalias, un taparrabos de ceremonia y una diadema. En Tebas no quedaba ya un solo gran escultor. Los del taller real de Menfis habían sido ejecutados por los hicsos hacía ya mucho tiempo.

Ahotep iba acompañada por sus dos hijos, su madre, el intendente Qaris y el superior de los graneros Heray, responsable de la seguridad en Tebas y gran cazador de colaboradores con el enemigo. El gobernador de la ciudad de Edfú, Emheb, había tenido que marcharse de nuevo a Cusae para que no decayera la moral de las tropas que se encontraban en el frente.

Ante la entrada de la pequeña tumba, tan irrisoria comparada con las pirámides de la edad de oro, Qans y Heray levantaron el sarcófago.

Antes de confiarlo a la diosa de Occidente, que absorbería a Seqen en su seno, donde lo haría renacer, había que abrirle la boca, los ojos y los oídos.

El sacerdote funerario tendió a la reina una hachuela de madera. En cuanto la tocó Ahotep, la herramienta se quebró.

-No tenemos otra -se lamentó el ritualista-. Era la última que había sido consagrada cuando el faraón reinaba en Egipto. -¡El sarcófago del rey no puede permanecer inerte! -Entonces, majestad, habrá que utilizar la hachuela del Abridor de Caminos.

Nota El sarcófago de Segen-en-Ra se conserva en el Museo de El Cairo

-Pero si está en Assiut -objetó Qans-, y la ciudad no es segura.

-Vayamos inmediatamente allí -decidió la reina.

-Majestad, os lo ruego... ¡No debéis correr semejante riesgo! -El primero de mis deberes consiste en hacer apacible el viaje del faraón hacia los paraísos del otro mundo. Sustraerme a él nos llevaría al fracaso.

A trescientos kilómetros al norte de Tebas, en territorio enemigo, en la ciudad de Assiut, la antigua sede del chacal divino, el Abridor de Caminos estaba agonizando. El afgano y el Bigotudo, dos endurecidos resistentes convertidos en oficiales del ejército de liberación, no carecían de contactos en la zona.

Así pues, habían confiado un mensaje a Bribón, el jefe de las palomas mensajeras, capaz de recorrer más de mil kilómetros de un tirón, a una velocidad de ochenta kilómetros por hora.

La misión era arriesgada. Si Bribón no regresaba, Ahotep perdería a uno de sus mejores soldados. Por lo demás, no le había ocultado el gran riesgo que iba a correr. Muy atento, con la cabeza erguida y brillantes los ojos, el palomo blanco y pardo se había considerado capaz de lograrlo.

Pero habían transcurrido ya dos días, y la reina escrutaba en vano el cielo.

Al crepúsculo, le pareció divisar en la lejanía a su mensajero. Su vuelo era vacilante, más pesado que de costumbre.

¡Sin embargo, era él!

Bribón se posó en el hombro de Ahotep.

Con el costado derecho cubierto de sangre, alargó orgullosamente la pata derecha, en la que estaba sujeto un pequeño papiro sellado.

La reina lo felicitó, acariciándolo con dulzura, tomó la misiva y confió el valeroso mensajero a Teti la Pequeña.

-Sin duda, ha sido herido por una flecha. Cuídalo con mucha atención.

-Es superficial -dictaminó la reina madre tras haber examinado la herida-. En unos días, Bribón estará en plena forma. Según el breve texto de un resistente de la región de Assiut, la ciudad había sido destruida casi por completo, a excepción de las antiguas tumbas. Ya solo albergaba una pequeña guarnición de hicsos que recibían mercancías procedentes de los oasis de Khargeh y de Dakleh.

-En marcha -decidió Ahotep.

Al amanecer, el barco atracó en el puerto de Assiut. Viajar de noche era peligroso, pues se podía embarrancar en un banco de arena o molestar a los hipopótamos de devastadora cólera. Pero, de día, el Nilo no era seguro; por dondequiera merodeaban los hicsos.

Muy activo antaño, aquel puerto estaba abandonado. Se pudrían viejas barcas y una barcaza reventada.

Ni Risueño ni Viento del Norte detectaron presencia inquietante alguna. El perro desembarcó primero, seguido por el asno, la reina, el afgano, el Bigotudo y una decena de jóvenes arqueros ojo avizor.

Aliada de Ahotep, la luna iluminaba el paisaje.

La ciudad se extendía al abrigo de un acantilado, en el que se habían excavado las tumbas; entre ellas, se encontraba la de un sumo sacerdote de Upuaut, el Abridor de Caminos, a quien había pertenecido la hachuela indispensable para resucitar la momia. -Si yo fuera el comandante hicso -observó el afgano-, situaría mis centinelas exactamente en este lugar. No hay mejor punto de observación.

-Vayamos a comprobarlo, pues -aconsejó el Bigotudo-. Si tienes razón, siempre serán algunos hicsos menos.

El Bigotudo era un egipcio del Delta. Arrastrado casi a su pesar a la resistencia, esta se había convertido en su razón para vivir.

El afgano, expoliado por los invasores, solo pensaba en restablecer el comercio de lapislázuli con un Egipto de nuevo respetuoso con las leyes comerciales.

Juntos, los dos hombres habían corrido muchos peligros. Admiradores incondicionales de la reina Ahotep, la mujer más hermosa e inteligente que habían conocido, se batirían por ella hasta el fin, fuera cual fuese.

El afgano y el Bigotudo treparon por la colina con la rapidez de los combatientes acostumbrados a las expediciones peligrosas. En menos de media hora ya estaban de regreso.

-Cuatro centinelas definitivamente dormidos -dijo el Bigotudo-. El camino está libre.

Como Ahotep se sometía al mismo entrenamiento que sus soldados, no le costó en absoluto subir la pendiente.

Varias tumbas habían sido profanadas; la del sumo sacerdote Upuaut, por desgracia, se contaba entre ellas. Los hicsos depositaban allí armas y alimentos.

Con el corazón lleno de rabia, la reina exploró las ruinas a la luz de una antorcha. Llegó a la pequeña sala situada cerca del fondo de la tumba, donde el ritualista solía guardar los objetos más valiosos.

En el suelo había fragmentos de arcones y estatuas. La reina hurgó en aquel caos. Y bajo un cesto que contenía alimentos momificados,

encontró la hachuela de hierro celestial que se utilizaba en los rituales de resurrección.

La puerta de la tumba de Seqen se cerró, y su hijo mayor, ayudado por el intendente Qans, selló la necrópolis. Cuando Ahotep hubo abierto los ojos, la boca y los oídos de la momia, el alma del faraón dejó de estar encadenada a la tierra.

-Es preciso que hablemos de la situación, majestad -sugirió Qans.

-Más tarde.

-Tenéis que decidir rápidamente nuestra estrategia.

-El gobernador Eniflieh sabrá resistir en el frente. Yo quiero compartir la muerte de mi marido.

-Majestad, no me atrevo a comprenderos...

-Debo penetrar en la morada de la acacia, y nadie me lo impedirá.

Ya solo eran tres. Tres viejas sacerdotisas formaban la comunidad de recluidas en la morada de la acacia, condenada a una segura desaparición si la reina Ahotep no les hubiera asegurado la yacija y el alimento para que transmitieran su saber.

Ahotep se sentó con ellas al pie de una acacia de temibles espinas.

-La vida y la muerte se encuentran en ella -reveló la superiora-. Osiris le da su verdor, y en el interior del cerro de Osiris, el sarcófago se convierte en una barca capaz de bogar por los universos. Si la acacia se marchita, la vida abandona a los vivos, hasta que el padre resucita en el hijo. Isis crea un nuevo faraón, cura las heridas infligidas por Set, y la acacia se cubre de hojas.

La profecía era clara: Kamosis sería rey. Pero Ahotep exigía más aún.

-Que mi espíritu pueda permanecer eternamente unido al de Seqen, más allá de la muerte.

-Puesto que la muerte ha nacido -respondió la superiora-, morirá. Pero quien existía antes de la creación no sufre la muerte. En los paraísos celestiales no hay miedo ni violencia. Justos y antepasados comulgan con los dioses.

-¿Cómo puedo entrar en contacto con Seqen?

-Hazle llegar un mensaje que salga de tu corazón.

-¿Y si no me responde?

-Que el dios del destino vele por la reina de Egipto.

El único objeto de gran valor que poseía Ahotep era un portapinceles de madera dorada, con incrustaciones de piedras semipreciosas. Tenía la forma de una columna y llevaba una inscripción: «La reina es amada por Thot, el maestro de las palabras divinas».

En un papiro nuevo, Ahotep escribió, con hermosos jeroglíficos, una carta de amor a su esposo difunto, en la que le suplicaba que alejara a los malos espíritus y actuara en favor de la liberación de Egipto. Imploraba que le respondiera para probarle que, en efecto, había resucitado.

Ahotep ató la misiva a una rama de la acacia. Luego, con arcilla, fabricó una estatuilla de Osiris tendido en su lecho de muerte y la depositó al pie del árbol. Por fin, cantó acompañándose del arpa portátil, para que las resonancias aseguraran al alma de Seqen un viaje armonioso al más allá.

Pero ¿le respondería el hombre a quien amaba?

Aunque el almirante Jannas siguiera viéndose las caras con los piratas en las Cícladas y con los rebeldes tebanos, no sometidos todavía, la entrega de tributos se celebraba en Avaris, de acuerdo con las ceremonias habituales.

A Apofis le gustaba el momento en que los embajadores, llegados de todas las provincias del imperio, se inclinaban profundamente ante él y le ofrecían una impresionante cantidad de riquezas.

A diferencia de los antiguos faraones, guardaba para sí mismo la mayor parte, en vez de devolverla al circuito comercial. Implacable mano derecha del emperador, Khamudi no olvidaba servirse pródigamente, con la bendición de su dueño, de cuya seguridad se encargaba.

Con el pelo muy negro y pegado al redondo cráneo, los ojos algo rasgados, manos y pies gordezuelos, pesada la osamenta, Khamudi no dejaba de engordar desde que había sido nombrado gran tesorero. Aquel a quien sus esclavos llamaban Agárralo Todo o Su Suficiencia se quedaba con un porcentaje de todas las operaciones comerciales de importancia, tras haber echado mano a la explotación de papiro en el Delta.

Su única distracción consistía en entregarse a las peores perversiones sexuales, con la cooperación de Yima, su rubia y corpulenta esposa, de origen cananeo. También ahí, Apofis, que sin embargo pretendía ser austero y moralizante, cerraba los ojos. Seguiría cerrándolos mientras Khamudi se mantuviera en su lugar, el de segundo.

Como cada año, los almacenes de Avaris se llenaban de oro, piedras preciosas, bronce, cobre, diversas esencias de madera, paños, jarras de aceite y de vino, ungüentos y otras muchas riquezas que aseguraban a la capital del imperio su inigualable prosperidad.

Cuando el embajador de Creta, ataviado con una túnica decorada con rombos rojos, avanzó hacia el emperador, Khamudi rozó el pomo de su daga e hizo una señal a los arqueros que, al menor gesto sospechoso del diplomático, tenían orden de acabar con él.

Pero el cretense se inclinó tan profundamente como los demás antes de embarcarse en un largo discurso que alababa la grandeza y el poder del emperador hicso, de quien era un fiel vasallo.

Durante esa aburrida perorata, Ventosa, una magnífica euroasiática, hermana menor de Apofis, aprovechaba el tiempo para acariciar a su amante Minos, un pintor cretense enviado a Avaris para decorar el palacio de Apofis. El joven se ruborizó, pero la dejó hacer.

Los servidores del diplomático depositaron a los pies del emperador espadas, jarrones de plata y muebles refinados. Creta se mostraba merecedora de su reputación.

-El almirante Jannas está limpiando las Cícladas -declaró el emperador, cuya voz ronca hizo temblar a la concurrencia-, y este esfuerzo de guerra me cuesta caro. Puesto que Creta está cerca del lugar de los combates, me pagará un tributo suplementario.

El embajador se mordió los labios y se inclinó de nuevo.

Apofis estaba muy satisfecho de la decoración cretense de su palacio fortificado y del mobiliario que había acumulado en él: un lecho real, robado en Menfis; algunos incensarios y jofainas de plata dispuestos en las mesas de alabastro del cuarto de baño, cuyo suelo calcáreo era rojo, y sobre todo, unas espléndidas lámparas formadas por una base calcárea y una columnita de sicomoro coronada por una copela de bronce. Concluidas sus abluciones, el emperador se atavió con una túnica parda de flecos y se dirigió a los aposentos de su esposa Tany, indiscutiblemente la mujer más fea de la capital, a la que negaba el título de emperatriz para no tener que ceder ni una migaja de poder.

-¿Estás lista por fin?

Baja y gorda, Tany probaba sin cesar nuevos ungüentos con la esperanza de mejorar su aspecto. Pero los resultados eran desastrosos. Afortunadamente, esa antigua criada podía vengarse a diario de las egipcias, acomodadas antaño y reducidas entonces a la esclavitud.

-Mira esto, Apofis. ¿No es sorprendente?

Tany manipulaba unas cuentas fabricadas con un extraño material.

-¿Qué es?

-Según mi nueva esclava, originaria de Menfis, se llama vidrio. Lo obtienen fundiendo cuarzo con natrón o cenizas. ¡Y lo colorean a voluntad!

-Perlas de vidrio... Estas son algo opacas, pero debe ser posible mejorar el procedimiento. Ven, estoy impaciente por ver realizados nuestros dos proyectos, el tuyo y el mío.

-Acabo de maquillarme.

Tany se cubrió la frente y las mejillas con una espesa capa de polvos cosméticos a base de galena, óxido de manganeso, ocre pardo y malaquita.

Indiferente a la acentuada fealdad de su esposa, el emperador había apreciado siempre su odio hacia Egipto, que le inspiraba excelentes ideas.

Embutida en un conjunto a rayas blancas sobre fondo pardo, Tany salió con la cabeza erguida de palacio, un paso por detrás de su esposo.

Khamudi y la guardia imperial los aguardaban.

-Todo está listo, majestad.

El cortejo se dirigió hacia el último cementerio egipcio de Avaris, donde estaban enterrados los antepasados que habían vivido allí antes de la invasión.

Centenares de esclavos indígenas se amontonaban, unos junto a otros, por orden de la policía. Todos temían una ejecución masiva.

-Cualquier rastro de un pasado vil debe desaparecer -decretó Apofis-. Este viejo cementerio ocupa demasiado lugar. Por eso vamos a construir aquí casas destinadas a los oficiales.

Una anciana consiguió salir de la muchedumbre y se arrodilló, implorante.

-¡No, señor, no la emprendáis con nuestros antepasados! ¡Dejadles dormir en paz, os lo suplico!

Con un violento golpe propinado con el canto de la mano, Khamudi quebró el cuello de la insolente.

-Libradme de eso -ordenó a los policías- y acabad de inmediato con quien se atreva a interrumpir al emperador.

-En adelante -prosiguió Apofis-, enterraréis a los muertos delante de las casas o, incluso, en el interior de las moradas. En mi ciudad, no deben ocupar ningún espacio. No habrá ofrendas ni oraciones para los difuntos. Los muertos no existen ya; no hay «Bello Occidente», ni «Oriente Eterno», ni «Luz de Resurrección». Quien sea sorprendido en el desempeño de las funciones de sacerdote funerario será ejecutado inmediatamente.

Tany estaba encantada ya que, con su ingenio habitual, Apofis no se había limitado a aprovechar su idea, sino que la había mejorado.

Nada podía sumir mejor a los egipcios en la desesperación. Ser privados de cualquier contacto con sus antepasados les haría comprender, por fin, que había nacido un mundo nuevo.

El cortejo imperial tomó unas barcas para cruzar el brazo de agua y llegar al islote en el que se levantaba el templo de Set. Construido con ladrillos, el santuario principal de Avaris había sido también dedicado al dios sirio de la tempestad, Hadad. Ante la entrada se veía un altar rectangular, rodeado de encinas y fosas llenas de los huesos calcinados de animales sacrificados, especialmente asnos.

Los sacerdotes se inclinaron profundamente ante el emperador, que acudía a inaugurar una capilla a su propia gloria. Decorada por completo con hojas de oro, daba testimonio de la riqueza del imperio y de la divinidad de su dueño.

Aunque la ceremonia debería haber provocado regocijo, numerosas miradas inquietas examinaban el cielo. Justo por encima de Avaris, se acumulaban amenazadoras nubes.

Demostrando una perfecta serenidad, Apofis penetró en su capilla y consideró satisfactorio el trabajo de los artesanos. Todas las provincias del imperio serían informadas de que era el igual y el hijo de Set. Cuando salió del templo, los relámpagos cruzaban las nubes.

Grandes gotas comenzaban a caer sobre el altar, donde un sacerdote hicso acababa de matar un hermoso asno blanco con las patas atadas.

-¡Majestad, la cólera de Set nos advierte de un gran peligro! Es preciso...

Las palabras del sacrificador murieron en su garganta, que Apofis había cortado con la daga.

-¿No comprendes, imbécil, que el dueño de la tempestad me saluda, a mí, el dueño del imperio, y que está haciéndome invencible?

El gran tesorero Khamudi había instalado en pleno Avaris un gigantesco centro de impuestos custodiado por el ejército, desde donde controlaba las recaudaciones fiscales procedentes de las distintas provincias del Imperio. Los tributos no habían dejado de aumentar con el transcurso de los años, lo que había exigido un número de funcionarios también en constante aumento. Apofis ejercía el poder absoluto, mandaba en el ejército y delegaba la gestión financiera a su gran tesorero, que no debía ocultarle nada so pena de un castigo definitivo.

Khamudi apreciaba en exceso su puesto como para jugárselo, de modo que informaba al emperador de las distintas deducciones que efectuaba para aumentar su fortuna personal.

Los egipcios y los vasallos estaban ya desangrados, pero Khamudi inventaba nuevas tasas o hacía que se rebajara una para aumentar más otra. Convencido de que la explotación de los súbditos del imperio no tenía límites, pretendía mejorar sus resultados. Por lo que se refiere a los dignatarios, cuyo enriquecimiento había sido considerable desde los inicios del reinado de Apofis, se entendían con Khamudi. Asustado, el secretario del gran tesorero irrumpió en su despacho.

-Señor, es el emperador... ¡Está aquí!

Una inesperada visita de Apofis... Khamudi sintió de pronto deseos de rascarse la pierna izquierda. Las contrariedades le producían una especie de eccema que a las pomadas más activas les costaba reabsorber.

Miles de cifras desfilaron en su memoria. ¿Qué cometido?

-¡Majestad, qué gran honor recibiros!

De siniestra fealdad, encorvado, el emperador miraba de través.

-Estás bien instalado, amigo mío. Resulta un lujo algo chillón, con ese mobiliario moderno, ese ejército de chupatintas, esas vastas salas de archivos y tu fábrica de papiro, que funciona a toda vela; pero tienes la hermosa cualidad de ser eficaz sin moral alguna. Gracias a ti, el imperio se enriquece día tras día. Khamudi se sintió aliviado.

El emperador dejó caer su pesada y blanda masa en un sillón decorado con toros salvajes.

-Los egipcios son ovejas que debemos esquilar -declaró con voz cansada-. Pero la mayoría de nuestros soldados son unos débiles de carácter a los que hay que sermonear constantemente para evitar que se duerman en

sus pasadas victorias. La incompetencia de nuestros generales me irrita en grado sumo.

-¿Deseáis acaso... una gran limpieza?

-Los sustitutos no serían mejores. Hemos perdido terreno en el sur de Egipto, Khamudi, y eso me resulta insoportable.

-¡A mí también, majestad! Pero se trata solo de una situación temporal. Los rebeldes están bloqueados a la altura de la ciudad de Cusae y no seguirán adelante. En cuanto Jannas haya regresado de las Cícladas, hará que el frente se hunda.

-Este asunto es mucho más serio de lo previsto -se lamentó Apofis-. El almirante no se enfrenta a simples piratas, sino a una flota enemiga bien organizada.

-Nuestras tropas regresarán muy pronto de Asia, donde han aplastado al adversario.

-No, Khamudi. Tendrán que quedarse allí algún tiempo para asegurarse de que la hoguera queda bien apagada.

-En ese caso, majestad; enviemos a nuestras guarniciones del Delta.

-De ningún modo, amigo mío. Mientras aguardamos a Jannas, disponemos de otra arma: la desinformación. Harás que se graben dos series de escarabeos: una, dirigida a nuestros vasallos para anunciarles que el imperio hicso no deja de extenderse; otra, dirigida a los egipcios que han tomado las armas contra nosotros. Cuida mucho la redacción en jeroglíficos del mensaje que voy a dictarte.

-¡Poneos al abrigo! -gritó el gobernador Emheb, un coloso infatigable-. ¡Utilizan sus hondas!

Los soldados del ejército de liberación se arrojaron al suelo o se ocultaron detrás de las chozas de cañas construidas en la línea del frente.

La caída de los proyectiles duró largos minutos, pero no siguió ataque alguno.

Los soldados recibieron la sorpresa de descubrir numerosos escarabeos de calcáreo cubiertos con la misma inscripción.

Se los llevaron a Emheb.

A medida que descifraba el texto, el gobernador percibió el peligro.

-Destruid todos esos escarabeos -ordenó.

Emheb copió el mensaje en un papiro y lo confió a Bribón para advertir lo antes posible a la reina.

Ahotep aguardaba un signo que le probara que el alma de Seqen había resucitado, pero nada ocurría. Sin embargo, todos los ritos habían sido correctamente realizados y ya no sabía qué iniciativa tomar para ponerse en contacto con su marido.

Al hilo de los días, la hermosa joven se marchitaba. Ninguno de sus allegados conseguía consolarla. Permanecía, sin embargo, atenta a sus dos hijos, muy turbados por la desaparición del padre. Kamosis intentaba olvidar su pesadumbre y se entrenaba en el manejo de las armas con varios instructores; el pequeño Amosis pasaba la mayor parte del tiempo jugando con su abuela.

Tebas se sumía en la tristeza. ¡Qué lejos estaban los primeros tiempos de la reconquista! El intendente Qaris se atrevió a acercarse a la reina, sentada al pie de la acacia a la que había confiado su carta para Seqen.

-Majestad..., ¿puedo hablar con vos?

-Ahora, el silencio es mi país.

-¡Es grave, majestad; muy grave!

-¿Hay algo más grave que la desaparición del faraón? Sin él, estamos privados de fuerza.

-Apofis ha hecho grabar escarabeos que anuncian vuestra muerte. Si la falsa noticia se extiende, los resistentes no tardarán en deponer las armas, y el emperador habrá vencido sin combatir.

Ahotep pareció más triste aún.

-Apofis no se engaña. Estoy muerta para este mundo. Tan comedido como siempre, el intendente se indignó.

-¡Es falso, majestad, y no tenéis derecho a ello! Sois la regente de las Dos Tierras, del Alto y el Bajo Egipto, y os habéis comprometido a proseguir la obra del faraón Seqen.

Ahotep esbozó una triste sonrisa.

-Un enemigo implacable ocupa las Dos Tierras. Al matar a Seqen, me mató también a mí.

De pronto, el intendente Qaris pareció trastornado.

-Majestad, vuestra carta... ¡Vuestra carta ha desaparecido! Ahotep se levantó para mirar la rama de la que había colgado el papiro.

-¡El faraón Seqen ha recibido vuestro mensaje, majestad! ¿No es ese el signo que aguardabais?

-Aguardo mucho más, Qans.

De la estatuilla de arcilla de Osiris, tendido en su lecho de muerte al pie de la acacia, brotaron espigas de trigo.

Esa visión dejó sin aliento a Ahotep, que estuvo a punto de desfallecer.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro del intendente.

El faraón Seqen ha resucitado, majestad. Vive para siempre entre los dioses y va a guiar vuestra acción.

En la propia Tebas corría los rumores. Unos afirmaban que la reina Ahotep había muerto, y otros, que había perdido el ánimo y que viviría, en adelante, recluida en el templo de Karnak El gobernador Emheb se disponía a capitular, implorando clemencia al emperador.

Entonces, el superior de los graneros, Heray, anunció la buena nueva de que Ahotep estaba viva, gozaba de perfecta salud y se dirigiría a sus tropas al amanecer del día siguiente.

Muchos soldados se mostraron escépticos.

Pero cuando el sol apareció por oriente, la reina salió de palacio, coronada con una fina diadema de oro y ataviada con una larga túnica blanca. Su nobleza y su hermosura impusieron un respetuoso silencio.

-Como ese sol que renace, el alma del faraón ha resucitado en la luz. En calidad de regente, proseguiré el combate hasta que Kamosis sea capaz de ponerse a la cabeza del ejército. Pretendo mantener una absoluta fidelidad al rey difunto. Por eso he creado, en Karnak, la función de «esposa de dios», y seré la primera en ocuparla. Jamás volveré a casarme y mi único compañero seguirá siendo mi marido, que descansa en el secreto del dios Amón. Cuando Egipto haya sido liberado, si pertenezco aún a este mundo, me retiraré al templo.

Bribón y su equipo de palomas mensajeras habían abandonado Tebas muy de mañana; llevaban mensajes dirigidos al frente. Anunciaban que la regente Ahotep estaba en perfecto estado de salud y que el combate

contra los hicsos proseguía. Se daba orden de destruir los escarabeos que propagaban informaciones falsas.

Desde entonces, la base militar situada al norte de la ciudad de Amón no sería ya secreta. Se convertía oficialmente en el cuartel general del ejército de liberación, con su palacio, sus fortines, su escuela de escribas, su cuartel, su arsenal y sus alojamientos. Un destacamento especial protegía Tebas, donde nadie pensaba ya en colaborar con los hicsos. El sacrificio de Seqen, sus primeras victorias y la importancia que había adquirido la reina Ahotep devolvían al conjunto de la población el deseo de lucha.

Con la ayuda de su madre y gracias a la explotación del yacimiento de plata que había descubierto en el desierto, Ahotep se había empeñado en devolver su brillo a la Casa de la Reina. Ciertamente, la vieja institución estaba muy lejos aún de su pasado esplendor, pero los edificios oficiales de Tebas y de la base militar ya no se reducían a unas decrépitas fachadas. De nuevo, los animaba un personal cualificado; bajo la dirección de Qaris, escribas y artesanos rivalizaban en ardor.

Ahotep, su madre y Heray se hallaban precisamente ante la maqueta del intendente. Representaba Egipto, de la punta del Delta a Elefantina. Cuando la reina la viera por primera vez, solo Tebas escapaba al ocupante. En el presente, sin ser brillante, la situación había evolucionado.

-Tebas, Elkab, Edfú: he aquí las tres ciudades de las que estamos seguros -precisó Qaris-. Más al sur, Elefantina está bajo el control de los nubios, los aliados de los hicsos. Y no hay que olvidar, entre Tebas y Edfú, la poderosa fortaleza hicsa de Gebelein. Al norte, muy cerca de Tebas, Coptos no ha sido liberada por completo. Titi, el gobernador, nos asegura que su organización de resistencia le basta, pero sin duda será preciso enviarle refuerzos. Mucho más al norte, Hermópolis sigue siendo el principal cerrojo hicso. Y no hablo del Delta, por completo sometido al dominio del emperador.

-¿Cuáles son las últimas noticias del frente? -preguntó Ahotep.

-Gracias a nuestras palomas mensajeras, estamos en permanente contacto. El gobernador Emheb ha instalado su campamento ante la ciudad de Cusae, donde está la primera línea de los hicsos, que se limitan a esporádicos disparos de flechas. El modo como nuestras tropas están dispuestas y ocupan el terreno impide un ataque en gran escala de los carros.

-¿Por qué no se lanza el emperador al asalto de nuestras posiciones? -se extrañó la reina.

-Si queremos ser optimistas -declaró Heray-, debemos suponer que tiene los suficientes problemas como para dejar para más tarde la pequeña molestia que le suponemos.

-Emheb consolida, día tras día, el frente -añadió Qaris.

-¿Y el avituallamiento?

-De eso, se encargan los campesinos de los alrededores, que se han unido a nuestra causa, majestad. Las organizaciones de resistencia creadas por el afgano y el Bigotudo se han revelado muy eficaces.

-Nuestro punto débil sigue siendo el armamento, ¿no es cierto?

-Lamentablemente, sí. No disponemos de carros ni de esos extraños animales, esos caballos que tiran de ellos y les dan una increíble velocidad.

-No es razón para limitarnos a nuestras antiguas armas -consideró Ahotep-. Convoquemos a todos los artesanos.

En la mano izquierda, la regente de las Dos Tierras tenía un cetro de madera con la cabeza de Set; en la derecha, la espada sagrada del dios Amón. Junto a ella, altivo y serio, estaba su hijo Kamosis.

-Con este cetro -declaró Ahotep ante los numerosos artesanos reunidos-, mediré el Egipto liberado. Pero antes de llevar a cabo esa obra de paz, tendremos que emplear esta espada que el dios de Tebas nos entregó. Con ella, consagro a mi hijo mayor como jefe de guerra; no para la muerte, sino para la vida. Que este rayo de luz ilumine su pensamiento y le ofrezca el valor de su padre.

Con la punta de la espada de Amón -un arma curva, de bronce y recubierta de plata con incrustaciones de ámbar-, Ahotep tocó la frente de Kamosis. El brillo de la hoja fue tan deslumbrador que los espectadores se vieron obligados a cerrar los ojos.

La mirada del adolescente había cambiado de pronto, como si su conciencia se abriera a insospechadas realidades.

-En el nombre del faraón y en el de la Reina Libertad juró con una solemnidad que hizo estremecerse a la concurrencia-, me comprometo a combatir hasta mi último aliento para que Egipto vuelva a ser el que era y la alegría dilate de nuevo los corazones. Hasta que esté listo para cumplir mi tarea, no me concederé ya un solo momento de descanso.

Kamosis besó la espada de Amón y se prosternó ante la regente. En él acababa de morir la infancia.

-Todos sabemos que nuestro armamento es inferior al del enemigo -reconoció Ahotep-. A vosotros, artesanos tebanos, os corresponde reducir esta deficiencia. Vais a fabricar nuevas lanzas, más largas, con puntas de bronce más penetrantes, y unos nuevos escudos de madera reforzados también con bronce. En adelante, los infantes llevarán la cabeza protegida por un casco, y el torso, por una coraza de grueso cuero. Hachas, mazas y pañales deben ser de mejor calidad. Y las tropas de élite irán equipadas con espadas curvas, parecidas a la de Amón. En el cuerpo a cuerpo, gracias a estas armas y a nuestra voluntad, seremos superiores a los hicsos. ¡Ahora, manos a la obra!

Las aclamaciones saludaron esas palabras de la reina.

-¡Qué mujer tan extraordinaria! -afirmó el Bigotudo, que no se había perdido ni un ápice de la escena.

-Está poseída por esa fuerza que vosotros denomináis magia -añadió el afgano-. Y esa mirada... ¿Quién no se sentiría subyugado por ella?

-Ya te lo he dicho: sobre todo, no te enamores.

-¿Por qué no?

-No tenías ya posibilidad alguna, afgano, pero tienes menos aún desde que la reina Ahotep se ha convertido en esposa de dios. En adelante, ningún hombre se acercará a ella.

-Ahotep es demasiado hermosa para aceptar semejante destino.

-Ella lo ha elegido. Como puedes advertir, no carece de carácter ni de coherencia en las ideas.

-Recuerda, Bigotudo, cuando iniciamos la resistencia... vencer a los hicsos te parecía imposible.

-Para serte franco, sigo pensando lo mismo. Ahotep se nos ha subido a la cabeza y casi olvidamos el desequilibrio de fuerzas. No importa... Ella da sentido a nuestra vida y a nuestra muerte.

Para consolidar más aún el frente, Ahotep había decidido utilizar el heka, el poder mágico nacido de la luz, del que se había convertido en depositaria durante su viaje a Dendera, en compañía de Seqen. El heka más intenso era el de la ciudad santa de Heliópolis, desgraciadamente en manos de los hicsos. Pero aquel del que la regente disponía bastaba para inmovilizar al adversario, al menos durante algún tiempo.

En la capilla de Mut, en Karnak, un ritualista fabricó figuras de cera que representaban a unos hicsos atados e incapaces de hacer daño. Luego, en unos cuencos rojos, Ahotep escribió el nombre de Apofis y fórmulas

antiquísimas que ordenaban a la serpiente destructora escupir su veneno y caer sobre su faz. -Que el aliento anime esas figurillas -declaró la reina- y las abrase. Que la cera, nacida de la abeja, símbolo de la realeza del Bajo Egipto y del Delta, se convierta en nuestra aliada.

Las llamas crepitaron, los horribles rostros de los hicsos se deformaron y Ahotep rompió los cuencos rojos.

-¿Puedo hablaros en privado, majestad? -preguntó el intendente Qaris a la reina cuando salió del templo.

-Pareces trastornado... ¿Malas noticias del frente?

-No, tranquilizaos. Pero he reflexionado mucho y no puedo guardar para mí unas conclusiones que solo vos debéis conocer. Metido en carnes, con las mejillas redondas y una imperturbable calma, Qaris conseguía, por lo general, contagiar su buen humor, incluso en los momentos más difíciles. Ahotep nunca lo había visto tan deprimido.

-¿Podemos alejarnos, majestad? Nadie debe oír lo que voy a deciros.

La reina y el intendente recorrieron el embarcadero del templo.

-El enemigo exterior es temible -declaró Qans-, pero el enemigo interior no lo es menos. Afortunadamente, Heray nos ha liberado de los colaboracionistas y, para la población, solo vos existís. Además, Tebas sabe perfectamente que ya no puede retroceder y que deberemos ir hasta el final de la aventura, es decir, la destrucción o la libertad.

-Lo sé, lo sé, Qans. ¿Temes acaso el renacimiento de un partido colaboracionista?

-No, Heray está muy atento, y Tebas no volverá atrás, estoy convencido de ello. Se trata de otra cosa, igualmente grave.

El intendente tenía la boca seca.

-Hace muchos años que mi principal tarea consiste en recoger las informaciones y extraer de ellas lo esencial. Naturalmente, he estudiado con atención los informes referentes a la trágica muerte del faraón Seqen.

Ahotep se detuvo.

-¿Has advertido alguna anomalía?

-Majestad, estoy convencido de que vuestro marido cayó en una trampa. Los hicsos le aguardaban en aquel lugar, sabían cómo aislarlo y lo

asesinaron gracias a las indicaciones que les proporcionó alguien bien informado.

-¿Quieres decir... que hay un traidor entre nosotros?

-No tengo prueba formal de ello, pero esa es mi íntima convicción.

Ahotep levantó los ojos al cielo. No había previsto aquel golpe bajo.

-¿Tienes sospechas más concretas, Qaris?

-No, majestad, y espero equivocarme.

-Si tienes razón, mis decisiones más importantes tendrán, pues, que permanecer secretas.

-Tanto como sea posible, en efecto. Y os recomiendo que desconfiéis de todo el mundo.

-Pero no de ti, Qans.

-Solo tengo mi palabra para ofreceros, majestad.

La destrucción del último cementerio egipcio de Avaris había provocado una inesperada revuelta entre las viudas y los viudos ancianos. Desesperados, se habían agrupado para marchar sobre la ciudadela y protestar contra la decisión del emperador.

Atónitos, los guardias vieron llegar aquella oleada de inofensivos harapientos, de los cuales un buen número se movía con dificultad. Bastaron algunas lanzas para detenerlos.

-Volved inmediatamente a vuestras casas -les ordenó un oficial anatolio.

-Queremos conservar nuestro cementerio -protestó un octogenario que se apoyaba en su bastón-. Mi esposa, mis padres, mis abuelos y mis tatarabuelos están enterrados allí. Lo mismo ocurre con la mayoría de mis compatriotas. Nuestros muertos no amenazan, que yo sepa, la seguridad del imperio.

-Las órdenes son las órdenes.

Silenciosos y decididos, los contestatarios se sentaron. Exterminarlos no ofrecía dificultad alguna, pero el oficial prefirió consultar con un superior.

-¿Viejos? -se extrañó Khamudi.

-Se niegan a regresar a sus casas y quieren ser recibidos por el emperador.

-¡Esos imbéciles siguen sin comprender que los tiempos han cambiado! ¿Son ruidosos?

-No, en absoluto. ¿De qué modo queréis que los ejecutemos?

-¿Ejecutarlos...? Tengo una idea mejor. Ve a buscar a Dama Aberia. Yo solicitaré la autorización del emperador.

Con sus manos, más anchas que las de un coloso, Dama Aberia se entregaba a su placer favorito, o sea, estrangular. De momento, se limitaba a una gacela, cuyos mejores pedazos se servirían en la mesa de Apofis. Pero era mucho menos divertido que retorcerle el cuello a una aristócrata egipcia reducida al rango de esclava. Gracias a la esposa del emperador, Dama Aberia no carecía de presas, aterrorizadas unas, gesticulantes otras. Su sed de venganza era inextinguible, y Apofis aprobaba esa política de terror, que disuadía a los vencidos de resistírsele.

-El gran tesorero solicita vuestra presencia urgentemente -le comunicó el oficial.

Dama Aberia sintió un delicioso estremecimiento. Conociendo a Khamudi, solo podía tratarse de una exaltante tarea.

-¿Qué significa ese rebaño de vejestorios? -preguntó.

-Son peligrosos rebeldes -respondió Khamudi.

-¿Peligrosos, ellos? -se carcajeó Dama Aberia.

-¡Mucho más de lo que crees! Esos ancianos defienden perjudiciales tradiciones y las transmiten a los más jóvenes. Por eso, no deben seguir en Avaris, donde dan mal ejemplo. Su lugar está en otra parte, lejos de aquí.

El interés de Dama Aberia comenzó a despertarse.

-¿Y me toca a mí... encargarme de eso?

Junto a nuestra base de retaguardia, en Palestina, en Sharuhen, hay zonas pantanosas donde podría establecerse un campo de prisioneros.

-¿Un simple campo..., o un penal de exterminio?

-Como quieras, Dama Aberia.

La estranguladora miró a los prisioneros de un modo distinto.

-Tenéis razón, gran tesorero. Son, en efecto, rebeldes peligrosos y los trataré como a tales.

El cortejo tomó la pista que, rodeando unos lagos, se dirigía al este. Cómodamente instalada en su silla de manos, Dama Aberia obligaba a su rebaño de esclavos a caminar lo más deprisa posible; solo les concedía un alto y un poco de agua cada cinco horas.

La resistencia de aquellos viejos egipcios la sorprendía. Solo algunos se habían derrumbado al comienzo del viaje, y Dama Aberia no había cedido a nadie la tarea de retorcerles el cuello. Sus despojos harían las delicias de los buitres y demás carroñeros. Un solo deportado intentó huir y fue derribado enseguida por un policía hicso.

Los demás avanzaban, paso a paso, bajo un sol ardiente. Si alguien se debilitaba, los más valerosos le sostenían como podían y lo obligaban a continuar.

A veces, el corazón fallaba. Entonces, el cadáver era abandonado a un lado de la pista, sin ritos ni sepultura.

El primero que pidió más agua fue azotado hasta la muerte. Así pues, los viudos y las viudas avanzaban sin quejarse, ante la encantada mirada de Dama Aberia, que pensaba ya en organizar otros viajes como aquel.

-No hay que perder la esperanza -le dijo un septuagenario a su compañera de infortunio-. Mi hijo forma parte de una organización de resistentes y me ha dicho que la reina se ha puesto a la cabeza de un ejército de liberación.

-No tiene posibilidad alguna.

-Ha infligido ya algunas derrotas a los hicsos.

-En Avaris, nadie habla de ello -objetó la mujer.

-La policía del emperador funciona bien... Pero, de todos modos, la noticia acabará propagándose. El ejército tebano ha llegado a Cusae y tiene, forzosamente, la intención de atacar el Delta.

-Los hicsos son demasiado poderosos y los dioses nos han abandonado.

-¡No, estoy seguro de que no!

A pesar de sus reticencias, la viuda murmuró la noticia al oído de su vecino, que transmitió a otro la información. Poco a poco, todos los prisioneros supieron que Tebas había levantado la cabeza y que se había iniciado el combate. Los más extenuados recuperaron fuerzas; el camino pareció menos penoso a pesar del calor, la sed y los mosquitos.

Tras la de Avaris, la plaza fuerte de Sharuhen era la más impresionante del imperio. Altas torres permitían controlar los alrededores y el puerto. La ciudad de guarnición albergaba tropas de choque capaces de intervenir en cualquier momento en Siro-Palestina y acabar de raíz con el menor intento de sedición.

De acuerdo con las órdenes de Apofis, los hicsos efectuaban expediciones a intervalos regulares, solo para recordar a la población civil que la ley del emperador era inviolable. Se saqueaba una aldea, se incendiaba, se violaba a las mujeres, y luego se las empleaba como esclavas, junto con sus hijos más robustos. Era la distracción más apreciada por la guarnición de Sharuhen, cuyo puerto recibía los cargueros repletos de abundantes alimentos.

La llegada del lamentable cortejo sorprendió al comandante de la fortaleza, que quedó impresionado por la musculatura de Dama Aberia.

-Misión oficial -declaró ella con aplomo-. El emperador desea que levante un penal cerca de la fortaleza. Ha decidido deportar a la mayor parte de los rebeldes para que no turben el orden hicso.

-¡Pero si son ancianos!

-Propagan ideas peligrosas, que pueden turbar los espíritus.

-Bueno, bueno... Tendréis que alejaros hacia el interior de las tierras, pues por aquí hay muchas marismas y...

-Eso me parece perfecto. Quiero que los penados estén al alcance de vuestros arqueros que montan guardia en lo alto de las torres. Si uno de esos bandidos intenta cruzar las cercas que vamos a levantar, derribadlo.

Dama Aberia eligió el peor lugar, es decir, un terreno poroso, infestado de insectos y batido por los vientos.

Ordenó a los prisioneros que construyeran chozas de caña, donde, en adelante, vivirían a la espera de la clemencia del emperador, que, en su gran bondad, les concedía una ración cotidiana.

Una semana más tarde, la mitad de los ancianos había muerto. Sus compañeros habían enterrado los cuerpos en el barro, excavando con las manos. Tampoco ellos sobrevivirían mucho tiempo.

Satisfecha, Dama Aberia se puso en camino hacia Avaris, donde agradecería calurosamente a Khamudi su iniciativa. Ella se encargaría de preparar la siguiente deportación de rebeldes, que, tras haber probado

los encantos de Sharuhen, no causarían ya problema alguno al emperador.

A sus casi veinte años, Viento del Norte ejercía una importante función a la cabeza de los asnos de Tebas. Conducía a los bravos pollinos por los senderos y velaba por el transporte de los materiales. Nunca protestaba ante la tarea, siempre que los humanos hicieran lo mismo y no eludieran sus responsabilidades.

Ahotep sabía que, sin Viento del Norte y sus colegas de cuatro patas, la base militar no habría podido ver la luz. Y el asno seguía trabajando, con la misma constancia y el mismo sentido de la tarea bien hecha.

Sin embargo, aquella hermosa mañana de primavera estaba marcada por el luto. Al amanecer, Risueño había entregado su alma. Tras haber salvado a la Reina Libertad, siendo su infalible guarda de corps, el viejo perro, con el organismo desgastado, había puesto dulcemente su enorme cabeza a los pies de la muchacha y le había dirigido una última mirada, tierna y cómplice. Luego, había emitido un único estertor, largo y profundo.

Afortunadamente, Risueño el Joven, que tenía seis meses, prometía ser tan fuerte e inteligente como su padre. Con el pelaje del color de la arena, el negro hocico y los ojos anaranjados, percibía ya la menor intención de su dueña.

Risueño el Viejo fue momificado y enterrado junto al faraón Seqen. Con él, desaparecía la juventud de Ahotep, las horas de aventura y felicidad vividas en compañía de su marido. Bajo las vendas se había depositado un papiro con las fórmulas mágicas indispensables para cruzar las puertas del otro mundo. Compartiendo la pesadumbre de la reina, *Viento del Norte* le tocó dulcemente el hombro con el hocico. Ella le acarició el cuello y le rogó que concediera su amistad al joven cachorro, que tenía que aprender mucho aún.

En señal de aprobación, sacudió sus grandes orejas.

El informe de Dama Aberia encantaba al emperador, de un humor de todos los diablos tras el fracaso de su operación de desinformación. ¿Por qué no había pensado antes en organizar deportaciones y abrir un campo de exterminio donde desaparecieran los resistentes? Aquella nueva iniciativa de Khamudi resultaba excelente; Sharuhen era todo un éxito.

Poco a poco, Avaris se había vaciado de contestatarios, incluso de los potenciales, y los hicsos solo conservaban los esclavos indispensables para efectuar las tareas más ingratas.

-Majestad -dijo Khamudi, goloso-, tengo aquí una lista de rebeldes cuyas actitudes o palabras merecen el penal.

-Guárdame algunos para el toro y el laberinto.

-Naturalmente, majestad. Pero debo avisaros de que no solo hay egipcios.

Apofis parpadeó.

-Un escriba hicso me ha faltado al respeto -explicó Khamudi- y un jardinero anatolio disgusta a mi esposa. ¿No merecen, acaso, ser llamados al orden?

-Muy bien -convino el emperador-. Por mi parte, añado un guardia de palacio que cometió el error de acostarse con mi tierna hermana Ventosa y quejarse de un horario de servicio en exceso cargado. Nadie debe abandonarse a ese tipo de críticas. El campo de Sharuhen le pondrá otra vez las ideas en su lugar. Que Dama Aberia se encargue del nuevo envío.

La deportación de las viudas y los viudos había sembrado el terror en la población egipcia del Delta. Nadie se sentía a salvo de las arbitrarias decisiones del emperador y de Khamudi. Las minúsculas organizaciones de resistencia no se atrevían ya a tomar la menor iniciativa y se limitaban a recoger algunas informaciones procedentes del frente, con la esperanza de que fueran auténticas. Sin embargo, casi todos ignoraban aún que un ejército de liberación había llegado a Cusae.

En las Cícladas, Jannas obtenía victoria tras victoria, pero descubrir y perseguir las embarcaciones piratas le robaba mucho tiempo. Y el almirante dejaba parte de su flota ante las costas de Creta, cuya intervención temía.

En Asia, las tropas de los hicsos imponían una sangrienta ocupación, llevada a cabo mediante ejecuciones sumarias. Pese a aquella brutalidad, algunos jefes de clan se obstinaban en tomar las armas. Ninguno resistía demasiado, y todos terminaban empalados, al igual que los miembros de la familia. Pero ese irritante hervor impedía a Apofis repatriar sus regimientos y lanzarlos al asalto del Alto Egipto.

-La reina Ahotep es incapaz de avanzar -observó Khamudi-. Su miserable tropa no tardará ya en agotarse. No me sorprendería una próxima rendición. ¡Qué error haber elegido a una mujer como jefe de guerra! Decididamente, estos egipcios nunca serán combatientes.

-Comparto tu punto de vista -concedió el emperador-. Sabemos, en efecto, que los tebanos apenas son capaces de controlar algunas apartadas provincias. Sin embargo, es posible atacar la raíz del mal y

suprimir la causa de esta estúpida revuelta sin ni siquiera librar batalla. Uno de nuestros buenos amigos se encargará de ello.

Como había prometido, el príncipe Kamosis no se concedía ya reposo alguno. Se entrenaba con tanta intensidad en el manejo de las armas que su cuerpo se había vuelto el de un atleta, y era necesaria toda la autoridad de la reina para obligarle a acostarse unas horas, con el fin de evitar el agotamiento. Pero Kamosis casi no dormía, obsesionado por el rostro de su padre, el modelo que quería seguir.

De su madre aprendía el arte de gobernar. En compañía de su hermano menor, recogido y atento, leía los textos de sabiduría transmitidos por los faraones de la edad de oro. A veces, comenzaba a soñar que Egipto era realmente libre, que era posible desplazarse de una provincia a otra y navegar de manera apacible por el Nilo. Pero la realidad le alcanzaba como una mordedura y, con un nudo de rabia en el estómago, proseguía su aprendizaje como faraón.

Mientras Ahotep reunía a los miembros de un destacamento con destino a Coptos, el intendente Qaris le comunicó que un inesperado visitante solicitaba audiencia; se trataba de un delegado de Titi, el gobernador de Coptos.

El hombre era bajo, gordo y barbudo. Se inclinó ante la reina.

-¡Tengo buenas noticias, majestad! El gobernador Titi ha conseguido, por fin, liberar la ciudad. Los últimos hicsos han huido y nos hemos apoderado de un barco de mercancías que contiene numerosas jarras de alimentos. He aquí algunas, a la espera de otras presas.

Se trataba, en efecto, de jarras de los hicsos, panzudas y pintadas de pardo.

-Dos soldados de la guardia personal de Titi y yo las hemos transportado por caminos rurales -precisó el barbudo-. La región está tranquila, los campesinos recuperan la confianza. ¡Los habitantes de Coptos os aguardan, majestad!

-¿Está el gobernador seguro de su éxito?

-En caso contrario, majestad, no me habría mandado a Tebas. Titi ha sufrido mucho por la ocupación y es un hombre prudente.

Ahotep recordó su breve estancia en Coptos, en compañía de Seqen. Durante su encuentro, el gobernador le había afirmado que estaba organizando la resistencia con el máximo de precauciones, al mismo tiempo que se presentaba como aliado de los hicsos que controlaban la ciudad.

-Lleva tus jarras a las cocinas -ordenó el intendente Qaris.

-Almorzarás con nosotros -añadió la reina- y nos darás detalles de la liberación de Coptos.

El más hambriento era Risueño el Joven. Sin la enojada mirada de Ahotep, de buena gana habría saltado sobre los platos que los servidores depositaban en la mesa real. El cachorro jugaba al infeliz que no había sido alimentado durante varios días, y siempre conseguía encontrar algún crédulo dispuesto a socorrerlo.

-¿Son los hicsos dueños aún de las rutas de caravanas? -preguntó la reina al enviado del gobernador Titi.

-No por mucho tiempo, majestad. Pero tendremos que desmantelar los fortines que implantaron en el desierto, hasta el mar Rojo.

-¿Tiene el gobernador un mapa detallado?

-Sí, gracias a los caravaneros que se alegran de escapar, por fin, del yugo hicso. Utilizando sus indicaciones, podremos atacar por sorpresa al enemigo y desmantelar, una a una, sus instalaciones.

Con la aplicación de esa estrategia, Ahotep acabaría con los enclaves de la provincia tebana, que, de nuevo, recibiría mercancías de las que había estado privada durante largos años.

-¿De cuántos hombres dispone el gobernador?

Mientras el pequeño barbudo se lanzaba a unas explicaciones bastante enmarañadas, la reina probaba maquinalmente un plato de habas y de buey asado.

De pronto, un hocico de perro levantó su muñeca.

-¡Risueño! Realmente eres muy insolente...

Con su pata izquierda, el perro volcó el plato y comenzó a ladrar, al tiempo que miraba al enviado de Coptos.

La reina comprendió.

Su mejor guarda de corps había intentado salvarla.

-¡Detened a este hombre! -ordenó.

El barbudo se levantó y corrió hacia la puerta del comedor. Dos guardias le cerraron el paso.

-Estos alimentos están envenenados -dijo Ahotep-, y he comido de ellos.

Cuando comenzó a sentirse enferma, la reina Ahotep se tendió en un lecho bajo. Su madre, con un lienzo perfumado, le humedecía la frente.

-El hombre ha hablado -indicó Heray, que acababa de llevar a cabo un duro interrogatorio-. Envenenó vuestro plato con unas semillas de ricino y veneno de escorpión. Si vuestro perro no hubiera intervenido, majestad, estaríais muerta.

Tendido al pie de la cama, el perro había decidido no separarse ya de su dueña.

-¿Viene realmente de Coptos? -preguntó Ahotep.

-Sí, majestad.

-Ha actuado, pues, por orden del gobernador Titi.

-No cabe duda de que él envió a ese asesino, probablemente para satisfacer al emperador.

-Hay que tomar Coptos enseguida -decidió la regente. Ahotep intentó levantarse, pero unos violentos dolores de estómago se lo impidieron.

-Vayamos inmediatamente al templo de Hathor -dijo Teti la Pequeña, inquieta-. Las sacerdotisas sabrán cuidarte.

Pese al alivio temporal que supuso una mixtura compuesta de cebolla, algarrobo, extracto de lino y una planta llamada «madera de serpiente», Ahotep había sido víctima de un grave malestar en el camino que llevaba a Deir el-Bahari, donde el faraón Mentuhotep II, había construido un extraordinario edificio.

Nota: Los Mentuhotep son uno de los linajes de la dinastía XI (hacia 2o6o-i99i a. C.).

Una vez cruzado el vasto antepatio, lleno de árboles, se accedía a un pórtico. Contra sus columnas se adosaban unas estatuas que representaban al rey tocado con la corona roja y ataviado con la túnica blanca ceñida que llevaba durante la fiesta de regeneración. El rostro, las manos y las enormes piernas negras del monarca lo hacían casi terrorífico.

Luciendo los tres colores de la alquimia de la resurrección, el faraón se había multiplicado así en otros tantos guardianes que velaban por el monumento central, una representación del cerro primordial, la isla de la primera mañana del mundo, en la que se había corporeizado la luz.

Cerca del santuario, unas sacerdotisas de la diosa Sekhmet veneraban una antiquísima estatua instalada ante una vasta cubeta de piedra,

donde, en caso de enfermedad grave, algunos pacientes eran autorizados a bañarse.

-Soy Teti la Pequeña y os confio a la reina de Egipto, que acaba de ser envenenada.

Heray llevaba en sus brazos a la desvanecida Ahotep.

-Leed en voz alta el texto inscrito en la estatua -recomendó la decana.

-«Ven a mí, tú cuyo nombre está oculto incluso para los dioses, tú que creaste el cielo y la tierra y echaste al mundo todos los seres. Ningún daño se producirá contra ti, pues eres el agua, el cielo, la tierra y el aire. Que me sea concedida la curación.»

Tras haberse rizado, el agua burbujeó.

El genio de la estatua acepta a la enferma -concluyó la decana-. Desnudadla y sumergidla en la cuba.

Mientras Teti y las demás sacerdotisas lo hacían, la decana derramó agua sobre los jeroglíficos. Entretanto, una de sus colegas recogía el precioso líquido, impregnado entonces de energía mágica.

En cuanto Ahotep, inconsciente aún, fue sumergida en el baño, la sirvienta de Sekhmet le roció la garganta con agua sanadora. Cuando hubo repetido siete veces el gesto, rogó a todos los presentes que se alejaran.

-¿Sobrevivirá mi hija? -preguntó la reina madre, angustiada. La decana permaneció silenciosa.

Coptos estaba en fiestas.

Como agradecimiento por los servicios prestados a los hicsos, el gobernador Titi había recibido autorización para celebrar la fiesta de Min. Naturalmente, algunos episodios del ceremonial se omitían, como la procesión de las estatuas que representaban a los antepasados reales. El único faraón era Apofis.

Obedeciendo sus órdenes, Titi acababa de poner fin a una absurda guerra que habría visto morir, inútilmente, a miles de egipcios. Desde hacía mucho tiempo, el gobernador había comprendido que el poder de los invasores no dejaría de consolidarse y que su país se había convertido en una provincia de los hicsos. Llevando a cabo un sutil doble juego, había preservado algunas de sus prerrogativas y había logrado que sus protegidos no vivieran demasiado mal bajo la ocupación. En el

fondo, bastaba con renunciar a los valores tradicionales y acomodarse a las exigencias del emperador.

Así, la vieja fiesta del dios de la fecundidad, tanto espiritual como material, perdería todo carácter sacro para convertirse en un festejo popular acompañado por la glorificación de Apofis, el bienhechor de Egipto.

De no haber sido por la loca de Ahotep y su insensato marido, la provincia tebana habría seguido viviendo días apacibles. Afortunadamente, Seqen había muerto, y el ejército de liberación se pudría en Cusae.

El último peligro era la reina. Por haberla conocido en Coptos, muchos años antes, Titi sabía que no renunciaría a combatir. Obstinada, se negaba a admitir la realidad. Por su causa, el sur corría el riesgo de ser víctima de una terrible represión.

Gracias a Titi, Coptos se salvaría. Al enviar a Tebas su mejor lugarteniente para envenenar a Ahotep, el gobernador se convertía en un héroe del imperio. La desaparición de la reina supondría el final de los combates. Esa era la excelente noticia que Titi iba a anunciar a la población, tan contenta con los festejos.

-Jodo está dispuesto? -preguntó a su intendente.

-Sí, pero la policía de los hicsos exige custodiar el cortejo.

-Es muy natural; yo no toleraría exceso alguno.

Titi se apresuró a saludar al jefe de la policía local, un sirio de tosco rostro.

-Al menor incidente -anunció el hicso-, meto en la cárcel a los revoltosos y hago que ejecuten a la mitad.

Jefe -le dijo el ayudante del aduanero a su superior-, se ve humo.

-¿Dónde?

-Parece que viene de la ciudad vieja.

-¡Sin duda, un antiguo edificio que arde! Eso no nos concierne. Estamos aquí para cobrar las tasas de todos los que cruzan, la aduana de Coptos, infligirles la máxima multa y obtener el beneplácito del emperador. El resto nos trae sin cuidado.

Jefe...

-¿Qué ocurre ahora?

-Viene gente.

-No te preocupes. Me duele el brazo a fuerza de poner el sello en tanto papeleo y necesito echar una siesta.

-Hay mucha gente, jefe.

-¿Varios mercaderes?

-No, jefe. Un ejército.

El jefe aduanero salió de su sopor.

En el Nilo, había una decena de embarcaciones con arqueros. En la carretera, se veían centenares de soldados egipcios al mando del Bigotudo.

-He aquí lo que tengo que declarar -anunció con gravedad-: os rendís o acabo con vosotros.

Con los rasgos demacrados y apagada la mirada, el buen gigante Heray se inclinó ante la reina.

-Majestad, os presento mi dimisión como superior de los graneros y responsable de la seguridad interior de Tebas. ¡Ojalá algún día podáis perdonarme mi ineptitud y mi falta de clarividencia! Nadie ha cometido una falta más grave que yo, y soy consciente de ello. El único favor que imploro es no ser expulsado de esta ciudad. Pero si decidís otra cosa, os daré mi aprobación.

-Nada te reprocho, Heray.

-¡Majestad! Dejé que un asesino se aproximara a vos, envenenó vuestro alimento y estuvisteis a punto de morir. Por mi causa, la lucha por la libertad podía haberse quebrado. Solo merezco la destitución.

-No, Heray, pues pones cada día en práctica la más alta de las virtudes, es decir, la fidelidad. Gracias a ella permanecemos unidos y venceremos.

-Majestad...

-Hazme el honor de conservar tus funciones, amigo mío, y de ejercerlas con el máximo de vigilancia. Yo misma cometí graves errores y temo seguir cometiéndolos. Nuestros adversar¡os no han terminado de lanzar

contra nosotros los más perversos asaltos. Por eso, no debe aparecer la menor grieta en nuestras filas.

El buen gigante estaba conmovido hasta las lágrimas.

Se prosternó ante la esposa de dios, a la que admiraba más cada día.

-Tienes mucho trabajo -observó la reina-. Antes de ser ejecutado, el gobernador Titi nos proporcionó una impresionante lista de colaboradores. Naturalmente, mezcló lo verdadero con lo falso para que nosotros mismos elimináramos a algunos aliados sinceros. Tendrás, pues, que comprobar cada caso con la mayor atención, para que ningún inocente sea condenado.

-Contad conmigo, majestad.

-Vayamos a ver la maqueta.

No sin profunda alegría, el intendente Qaris incluyó en su maqueta Coptos y su región como zona liberada. Había acabado la ocupación de los hicsos, los arrestos arbitrarios, las torturas... Un nuevo pulmón acababa de abrirse, la tenaza se aflojaba.

-¡Qué feliz debe ser Seqen! -murmuró la reina-. Cuando logremos reabrir las rutas de las caravanas, se habrán resuelto muchas dificultades materiales.

-Mañana -se entusiasmó Qans- celebraremos la verdadera fiesta de Min. Y la reina de Egipto dirigirá el ritual venerando la memoria de sus antepasados.

El magnífico rostro de Ahotep permanecía sombrío.

-Es solo, aún, una modesta victoria. No tendrá futuro si no aumentamos nuestros esfuerzos.

-Nuestro armamento mejora, majestad; muy pronto responderá a vuestras exigencias.

-Si deseamos avanzar hacia el norte, necesitamos más barcos. Los hicsos poseen carros y caballos, pero nosotros sabemos utilizar el Nilo. Hay que abrir inmediatamente nuevos astilleros y poner a trabajar el máximo de artesanos.

A pesar de su resistencia fisica y de su capacidad para combatir tal adversario, el gobernador Emheb se sentía fatigado. En él, todo era ancho y robusto: la cabeza, la nariz, los hombros y la panza. Tenía el aspecto de un vividor, pero su cuello de toro y su dura mirada desmentían esa primera impresión.

Cuando gobernaba la buena ciudad de Edfú, fingiendo someterse a los milicianos hicsos, los había eliminado poco a poco para sustituirlos por hombres de su organización de resistencia y reconquistar la ciudad. Principal aliado de la reina Ahotep, había librado junto a ella las primeras batallas de la guerra de liberación y había vivido como una tragedia la muerte del faraón Seqen.

Jamás hubiera supuesto que la muchacha sería capaz de resistir semejante golpe. Sin embargo, con un valor que despertaba la admiración de los más escépticos, ella había decidido proseguir la obra iniciada por su difunto marido.

Cuando brillaba el sol del alba, vencedor del dragón de las tinieblas, Emheb pensaba en el éxito de Ahotep. Luego, llegaba la jornada en el frente, inmóvil desde hacía meses, y debía rendirse a la evidencia de que, por razones desconocidas, Apofis dejaba que la situación se estancara. O el emperador estaba convencido de que los egipcios acabarían renunciando, o preparaba un asalto masivo.

Aun reforzando sus posiciones, Emheb no resistiría mucho tiempo un asalto de los regimientos hicsos. Pero el gobernador, al que Ahotep concedía total confianza, no retrocedería. Haber llegado a Cusae era ya una hazaña que devolvía a sus compatriotas algo del orgullo perdido. Debían aquella satisfacción a una reina lo bastante audaz como para intentar lo imposible.

Emheb no se hacía ya pregunta alguna. Ahotep le ordenaba que resistiera, y él resistía.

-Gobernador -le preguntó Ahmosis, hijo de Abana, un joven soldado de extraordinario valor-, habría que tranquilizar a nuestros soldados. Muchos aún creen que la reina ha muerto y que sería preferible rendirnos antes de ser exterminados.

-¡Acabamos de recibir mensajes firmados por su propia mano! Está viva y ha recuperado Coptos. Por lo que se refiere a quienes pretenden rendirse, ¿han pensado en la suerte que les estará reservada?

-Eso es exactamente lo que les digo, gobernador, pero el rumor actúa como un veneno. Habría que...

El grito de un guerrero interrumpió al joven.

-¡Atacan! ¡Los hicsos atacan!

Emheb y Ahmosis, hijo de Abana, salieron inmediatamente de la tienda del gobernador y ocuparon sus puestos de combate. Emheb envió palomas mensajeras a Tebas. La misiva que llevaban reclamaba

refuerzos urgentemente. Si no llegaban a tiempo, el frente se hundiría y el ejército enemigo caería sobre el sur.

La base militar de Tebas se había convertido en un inmenso astillero, donde incluso los soldados eran empleados por los carpinteros para fabricar el máximo de embarcaciones en un tiempo récord, sin que eso perjudicara su solidez.

Varios equipos iban a buscar madera, principalmente acacia y sicomoro. Se desbastaban con hachas los troncos y las ramas, que se convertían en tablas, y se utilizaban mazos y cinceles para abrir las muescas, pesadas mazas para hacer que penetraran las espigas y la hachuela de mango corto para los acabados. Nadie escatimaba las horas, pues todos eran conscientes de participar en una tarea vital, de la que dependía el porvenir del país. Y quienes pasaban por las tablas un barniz protector que contenía aceite de cedro y cera de abeja se alegraban al ver que muy pronto un nuevo barco navegaría por el Nilo.

Ahotep no dejaba de inspeccionar el astillero y de alentar a los artesanos. Cuando uno de ellos le parecía demasiado agotado, hasta el punto de que podía producirse un accidente, le ordenaba que descansara. Acompañada siempre por *Risueño el Joven,* que velaba por su dueña con la misma atención que *Risueño el Viejo,* la reina había movilizado a los tejedores de Tebas para la fabricación de velas de lino, algunas de una sola pieza, otras formazas por franjas de diferentes anchuras cosidas entre sí con gran cuidado. Provistas de estas velas, las unidades de la flota de guerra egipcia aumentarían su rapidez.

Ahotep no dejaba de examinar los remos de gobernalle y de propulsión. Los primeros permitían a experimentados timoneles maniobrar sin demasiados esfuerzos por un río a veces caprichoso; gracias a los segundos, los equipos de remeros desplegaban sus esfuerzos cuando el barco remontaba la corriente o no había viento.

La reina había exigido la construcción de varios barcos de carga, capaces de transportar, cada uno de ellos, más de seiscientas toneladas de armas, materiales diversos y alimentos. Su presencia proporcionaría autonomía al ejército egipcio si conseguía aventurarse en territorio enemigo. Se embarcarían, incluso, vacas lecheras, tras haber implorado a la diosa Hathor que apaciguara a esas valiosas auxiliares. Terneros y bueyes serían atados a unas anillas fijadas en cubierta, pero los que no se marearan podrían deambular a su guisa.

Un rumor de precipitados pasos alertó a Risueño el Joven, que mostró primero los colmillos y, luego, se sentó ante su dueña con los ojos clavados en el intendente Qans.

-¡Majestad, un mensaje alarmante! Los hicsos pretenden hundir el frente. Emheb pide ayuda con urgencia.

-¿Tenemos suficientes barcos dispuestos para partir?

-No, majestad. Sobrecargar a los que están terminados nos llevaría al naufragio. ¿Y no será peligroso desguarnecer Tebas?

No fue *Bribón,* demasiado fatigado, el que regresó al frente, sino otra paloma casi tan experimentada como su jefe.

El traidor infiltrado entre los tebanos había pensado, primero, en derribarla, pero su proyecto no era factible. Ni siquiera un arquero excelente estaría seguro de lograrlo, a menos que aprovechara la fase en la que la paloma emprendía el vuelo. Y en ese caso, sería fácilmente descubierto.

Quedaba un medio mucho más seguro.

El espía hicso envenenó, pues, el alimento de la paloma mensajera, que solo sentiría los primeros trastornos a mitad de su recorrido. Nunca llegaría a Cusae. Emheb se creería abandonado, y el ejército del emperador haría saltar el cerrojo que le bloqueaba el camino del sur.

-¿Nada aún? -preguntó el gobernador a Ahmosis, hijo de Abana.

-Ni rastro de paloma alguna.

-¡La regente no puede habernos abandonado!

-O nuestros mensajeros han sido derribados, o Tebas es incapaz de mandarnos refuerzos. Tanto en un caso como en otro, tendremos que arreglárnoslas solos. Los asaltos hicsos no son aún masivos. Nuestros hombres resisten bien. Juraría que el enemigo pone a prueba nuestra solidez antes de enviar el grueso de sus tropas.

-Multipliquemos las trampas y los puestos de tiro -recomendó Emheb-. Es preciso que el adversario pierda mucho tiempo apoderándose de nuestras añagazas. Los hicsos son numerosos y potentes, pero no conocen el terreno. A pesar de todas nuestras desventajas, nada se ha perdido.

-Es lo que yo pensaba, gobernador.

Ambos hombres sabían que estaban mintiéndose para paliar mejor el miedo y combatir valerosamente hasta el final.

-Regreso a los puestos adelantados -dijo Ahmosis, hijo de Abana, cuyo rostro juvenil no revelaba la menor emoción.

-Si se presentan dificultades, mándame a un infante y correré a reunirme contigo.

-Que los dioses os protejan, gobernador.

-Que te preserven también, muchacho.

Emheb no lamentaba nada. Ya a comienzos de aquella loca aventura, era consciente de que el ejército de liberación no tenía entidad para enfrentarse con el monstruo hicso. Sin embargo, era el único camino que podía seguirse, aunque terminara con la muerte de Ahotep y la destrucción de Tebas.

Por lo menos, aquellos años de resistencia habían borrado la vergüenza y la amargura. Al dejar, finalmente, de comportarse como cobardes, los egipcios se presentarían ante el tribunal del otro mundo con el orgullo del deber cumplido.

-Se acercan dos barcos de guerra hicsos le avisó con una gran sonrisa su ayuda de campo.

El gobernador se creyó víctima de una pesadilla.

-¿Y eso te alegra?

-¡Oh, sí, gobernador, porque han elegido un mal momento!

-¿Por qué estás tan seguro?

-Porque van a topar con la más hermosa flota de combate que nunca se haya visto; o sea, veinte embarcaciones egipcias procedentes del sur, con la reina Ahotep a la cabeza.

Coronada, por fin, con la diadema de oro de su madre, y con la espada de Amón sobre su pecho, la Reina Libertad se mantenía a la proa del navío almirante, que los remeros hacían avanzar a gran velocidad.

La reacción de los barcos de los hicsos fue inmediata. Tras haber arriado sus velas precipitadamente, dieron media vuelta tan deprisa como pudieron.

En las riberas, los infantes egipcios lanzaron gritos de victoria.

¡Por fin, los tan esperados refuerzos!

Cuál no fue la sorpresa del gobernador Emheb cuando vio salir de los barcos de guerra a unos pocos arqueros y a numerosos campesinos que en nada se parecían a soldados.

-Majestad, ¡qué alegría volver a veros! Pero... ¿qué significa esa gente?

-Habitantes de Coptos y granjeros de las provincias liberadas. Tú los formarás, gobernador, y te ayudarán a consolidar el frente. Me era imposible desguarnecer la base militar de Tebas. También me era imposible abandonarte, como mi mensaje te anunciaba.

El rostro del gobernador se ensombreció.

-No he recibido ese mensaje, majestad.

Y entonces fue Ahotep quien perdió su sonrisa.

-Te mandamos una de nuestras mejores palomas... La infeliz murió pues por el camino.

-Sin duda, una rapaz -aventuró Emheb.

-Sin duda -repitió la reina sin creerlo.

-Lo importante es que estáis aquí, ¡y en el momento preciso! A pesar de los desmentidos, algunos seguían convencidos de que habíais muerto.

-No regresaré antes de haber hablado con cada uno de tus soldados. Te quedarás con casi todos los barcos, de los que tres cuartas partes son cargueros llenos de armas y material. En caso de necesidad, los otros te servirán para regresar a Tebas. Gracias a unas nuevas velas, son más rápidos que los de los hicsos.

Ver a la reina, poder hablarle, celebrar con ella el nacimiento del sol y oír su voz rogando a los dioses que no abandonaran la tierra de Egipto y habitaran el corazón de sus soldados hizo desaparecer cualquier temor por el porvenir.

Ahotep ofreció un gran banquete a los héroes que contenían a los hicsos, promesa de futuras veladas de fiesta que se celebrarían en el Egipto liberado.

Y les mostró el regalo destinado al emperador, un regalo que produjo una gran hilaridad.

El emperador dejó caer en las losas el escarabeo de material calcáreo, como si se tratara de un tizón ardiente.

-¿Quién ha recibido esta abominación? ¿Quién se ha atrevido a enviármelo?

-Un arquero egipcio lo ha mandado por encima de nuestra primera línea, en Cusae -respondió Khamudi-. Un oficial lo ha recibido y lo ha entregado al correo del ejército.

-¡Haz que ejecuten a todos esos imbéciles! Tú has leído el texto, Khamudi, has leído ese horrendo mensaje que esa horrible hembra se ha atrevido a enviarnos.

El gran tesorero recogió el escarabeo, que mostraba unos hermosos jeroglífico trazados con limpieza:

«Salud al vil hicso Apofis que ocupa mi país. La reina Ahotep está viva y cada egipcio lo sabe. Sabe también que no eres invulnerable.»

-Es una falsificación, majestad.

-¡De ningún modo, Khamudi! Ahora, esta basura inundará el país de escarabeos como estos y va a contrarrestar nuestra política de desinformación. ¡Y la frontera de Cusae está hoy firmemente establecida!

-Nuestros ataques por sorpresa no han sido muy eficaces, lo admito, pero nos han enseñado que los egipcios han agrupado lo esencial de sus tropas en ese lugar y que son incapaces de avanzar. Por lo demás, las noticias de Asia son buenas, ya que los reyezuelos locales se tranquilizan y el orden hicso ha sido restablecido. Por lo que a Jannas se refiere, persigue a los últimos piratas por las laderas de los volcanes de las Cícladas, donde se creían seguros. Eliminar a esa escoria era indispensable. Queda por saber, majestad, si deseáis que el almirante destruya Creta.

-Lo pensaré -decretó el emperador con una voz más ronca aún que de ordinario-. ¿No te sorprende una frase de este despreciable mensaje?

Khamudi volvió a leer el texto inscrito en el escarabeo.

-«... cada egipcio lo sabe.» ¿Nos da a entender eso que siguen existiendo, en el Delta, organizaciones de resistencia que propagan las informaciones procedentes del sur?

Un esbozo de sonrisa afeó más aún el rostro del emperador.

-Esta pretenciosa reina ha cometido un error al querer insultarme y hemos sido demasiado indulgentes con la población autóctona, Khamudi, demasiado... Exijo interrogatorios a fondo y tantas deportaciones como sean necesarias. Que no se respete ninguna ciudad ni ninguna aldea.

Su madre había sido violada y decapitada; su padre, destripado por el toro del emperador. Dada su belleza, la joven egipcia había tenido el insigne honor de ser elegida para convertirse en una de las cortesanas del harén oficial de Avaris, que, a cualquier hora del día o de la noche, tenían que estar dispuestas a satisfacer los caprichos de los dignatarios hicsos.

Solo sobrevivía y cada hora le resultaba más penosa, pero la muchacha lo olvidaba todo para combatir a su modo.

Después de entregarse a uno de sus guardianes, que no estaba autorizado a tocar a aquellas hembras de lujo, había logrado convencerle de que le amaba. El patán se había encaprichado de ella y no podía ya prescindir de su cuerpo.

Cierta noche, tras haber embrujado de nuevo a la bestia, había solicitado el inmenso favor de tener la ocasión de hablar con su hermano, que trabajaba como carpintero en los arrabales de Avaris. El guardia se pondría en contacto con él por medio de un palafrenero. Verle unos instantes, besarlo... Eso era todo lo que ella deseaba.

El guardia había vacilado mucho tiempo. Si se negaba, ¿cuál sería la reacción de aquella hermosa mujer? Tal vez lo evitara. ¡Y nunca podría encontrar una criatura semejante!

La primera cita había sido organizada en plena noche, en la entrada de las cocinas del harén, que la prisionera había descrito detalladamente a su «hermano», un resistente amigo de sus padres y en contacto con el sur. Desgraciadamente, no podía procurarle nada más.

En cambio, lo que él le había comunicado era extraordinario, o sea, que el ejército de liberación existía efectivamente, y era una reina, Ahotep, la que dirigía el combate. Muy pronto, la noticia se propagaría por el Delta y nuevos resistentes incrementarían la escasa organización de ese momento.

La obsesionaba el proyecto de hacer que un comando entrara en el harén, matara a los guardias y tomara como rehenes a los hicsos de alto rango que allí estuvieran.

El «hermano» asintió.

En su segunda cita, no iría, pues, solo.

Y el momento tan esperado había llegado por fin.

Tras haber colmado al comandante de la guardia imperial, la instigadora de la conspiración salió de su alcoba y tomó un corredor de servicio débilmente iluminado.

Descalza, contenía el aliento.

A esas horas, las cocinas estaban desiertas. Allí se vería obligada a entregarse, por última vez, al guardia antes de que abriera la puerta.

-Heme aquí... ¿Dónde estás? Nadie respondió.

Extrañada, dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, evitó un gran espetón que servía para asar las ocas y rodeó un horno.

-Soy yo... ¿Dónde te ocultas, amor mío?

Con la garganta seca, tropezó con un objeto que no debería haber estado allí.

Se agachó y tocó algo pegajoso. Unos cabellos, una nariz, dientes...

Cuando iba a aullar de espanto, una antorcha iluminó la cocina.

-Yo misma he cortado la cabeza a ese guardia -dijo Dama Aberia-. Sabía que estaba revoloteando a tu alrededor, y eso está formalmente prohibido.

Aterrorizada, la prisionera se pegó a la pared. Dama Aberia desgarró su túnica.

-Tienes hermosos pechos, y lo demás no está mal. Antes de morir, este cerdo me ha dicho que te había dejado ver a tu hermano, algo que está prohibido también. Acaban de detenerlo, fuera, con dos de sus amigos. Pensabas introducirlos aquí, ¿no es cierto?

-¡Na..., nada tengo que deciros!

-Vamos, pequeña. El emperador nos ha ordenado que identifiquemos a todos los resistentes y creo que he tenido buen olfato. Vas a contármelo todo; de lo contrario, tu hermoso cuerpo probará esta antorcha.

La muchacha tomó impulso y se lanzó sobre el espetón, que le atravesó la garganta.

Cuando Dama Aberia tiró de ella, creyó ver en los ojos de la muerta un fulgor de victoria.

Durante toda la jornada, bajo un sol cruel, la reina Ahotep había llevado personalmente agua y alimento a los carpinteros que trabajaban sin

descanso. A pesar del calor, *Viento del Norte* aceptaba sin rechistar las pesadas cargas. Con paso seguro y tranquilo, seguía a la regente, siempre acompañada por *Risueño elJoven,* que mantenía todos los sentidos al acecho.

Solo la activa presencia de la reina impedía a los tebanos sumirse en la desesperación. Vivían de nuevo libremente, es cierto, pero ¿por cuánto tiempo? El poder de los hicsos solo había sido arañado y, antes o después, la reacción del dragón sería terrorífica.

Pero estaba Ahotep, su belleza, su sonrisa y su determinación, que nada podía debilitar. El alma de Seqen vivía en ella y le daba su fuerza.

Solo Teti la Pequeña sentía que su hija comenzaba a dudar.

-¿No sería necesario hacer que la línea del frente retrocediera y limitarnos a Tebas? -le sugirió mientras cenaban en la terraza del palacio de la base militar.

-Sería una solución razonable, en efecto.

-Dicho de otro nodo, no te conviene.

-No conviene a Egipto, madre. Una libertad parcial solo nos llevaría a una prisión más intolerable que esta de la que estamos saliendo. Y al replegarnos en un pequeño territorio, nos convertiríamos en presa fácil para el emperador.

-¡Así, rechazas la realidad, Ahotep!

-Nunca aceptaré la que Apofis impone, pues es contraria a la ley de Maat. Si reconocemos la supremacía de la violencia y la injusticia, este mundo ya no será habitable.

-¿Qué proyectas, pues?

-Nos quedan muy pocas estatuas divinas y no las honramos lo bastante. Durante diez días, les ofreceré los mejores alimentos e imploraré a los antepasados que inspiren mi acción.

Sin su apoyo, corremos hacia el fracaso. Luego, consultaré al dios luna.

Teti la Pequeña contempló largo rato a su hija.

-Ahotep, te has convertido en una verdadera reina de Egipto.

De nuevo, se cumplía el ritual del que dependía el equilibrio del universo, ya que, tomado y luego reconstruido por los dioses Thot y Horus, el ojo

completo de la luna llena brillaba con un fulgor tan intenso que los espíritus de los videntes se abrían.

-Tú que conoces el ayer, el hoy y el mañana -declaró Ahotep-, sabes que no voy a renunciar. Mi vida no me pertenece ya; se la ofrecí a mi pueblo. Vivir en esclavitud es peor que morir. Trázame un camino en el cielo; lo seguiré.

En el disco de plata aparecieron unos jeroglíficos que formaban un nombre.

Ahotep comprendió que su corazón no había dejado de sangrar, pero los dioses no le dejaban otra opción.

-Excluye todo halago y no me ocultes nada, Heray -ordenó la reina-. Está listo, ¿sí o no?

-Majestad, vuestro hijo es un auténtico soldado. Sería capaz de combatir en primera línea.

-¿Cuáles son sus debilidades?

-Rivaliza con nuestros mejores arqueros, sale vencedor de cualquier cuerpo a cuerpo y maneja la espada mejor que nadie. Y todo ello, casi sin dormir.

-¿Es respetado? Heray bajó la mirada.

-Majestad, apenas me atrevo a deciros...

-¡Quiero saber!

-¡La metamorfosis ha sido tan impresionante! Vuestro hijo mayor se parece cada vez más a su padre. Nunca he visto a un hombre tan joven dotado de tales cualidades para el mando. Él mismo no lo advierte, pero le basta con aparecer para ser obedecido.

Del mismo modo se había expresado, precisamente, el dios luna, que había revelado a la regente el nombre de Kamosis. Había llegado la hora de la coronación.

-Sin que quiera ofenderos, madre, ¿tiene realmente un carácter de urgencia esta entrevista? -preguntó Kamosis-. Pensaba tirar al arco por la tarde, luego...

-Te habla la regente.

La gravedad de Ahotep impresionó al muchacho. Juntos, caminaban lentamente por la orilla del lago sagrado de Karnak. La luz era poderosa, y el lugar, apacible.

-Todos os veneran -declaró Kamosis-, pero yo tengo que haceros un reproche: ¿por qué seguís siendo regente y no os convertís en faraona?

-Porque esta función te corresponde, hijo mío.

-¡No tengo vuestra autoridad ni vuestra experiencia!

-El dios luna ha decidido que el tiempo de mi regencia ha concluido y que comienza el de tu reinado. Solo tienes diecisiete años, Kamosis, pero debes suceder a tu padre.

Al joven se le demudó el semblante.

-Sigue siendo mi modelo... ¿Cómo voy a igualarlo?

-Si quieres mostrarte digno de él, superándolo.

-¿Puedo rechazar el cargo?

-Conoces la respuesta, Kamosis.

El hijo mayor de Ahotep se quedó inmóvil para contemplar el agua azul del lago sagrado.

-¡Qué lejana parece la guerra! Sin embargo, en cuanto sea coronado, será mi primer deber. Y no tendré que limitarme a la situación actual, sino ir más lejos, mucho más lejos... ¿Me creéis capaz de ello?

-Los dioses exigen que lo seas.

-Sois la verdadera faraona, madre, y yo solo seré vuestro brazo armado. ¿Acaso la diosa de Tebas no se encarnó en vuestra persona?

-Lucharé sin descanso a tu lado y nunca te faltará mi apoyo. Pero reinarás a tu modo, Kamosis, y según tu propio genio.

-Un fuego me abrasa, madre, y me impide dormir. Me aterroriza a menudo. Por su causa, no tengo paciencia ni retrocedo ante los acontecimientos. Si se me concede el poder, este fuego me obligará a atacar cualquier obstáculo, ¡aunque sea infranqueable!

Ahotep besó a Kamosis en la frente.

-Eres mi hijo y te amo.

¡El Bigotudo habría querido vivir miles de noches como aquella! La hija del tendero era tan hermosa como la diosa Hathor. Con sus pechos redondos y altos, su delicioso vientre plano y sus finas piernas, ¿a quién

no habría seducido? Y había sido él, el pendenciero de tosco físico, el elegido; por unas horas, al menos.

La guerra no tenía solo malas cosas. En un tiempo normal, aquella joven belleza solo habría pensado en fundar una familia. Pero ¿quién podía en esos días estar seguro de sobrevivir algún tiempo? Breves relaciones se establecían y se deshacían, y los cuerpos exultaban y olvidaban la angustia durante intensos momentos de placer.

El Bigotudo acariciaba a su adormecida amante cuando un rayo de sol le dio en la comisura del ojo.

¡Los nuevos reclutas! Debían de estar esperando desde hacía mucho rato. Como oficial superior, él tenía que recibirlos. Y a la regente no le gustaban en absoluto las faltas de disciplina.

Sin tiempo para afeitarse, el Bigotudo ciñó sus riñones con un taparrabos de cuero y corrió hacia el campo de instrucción. Vacío.

La base estaba desierta y silenciosa. Solo los centinelas, en lo alto de las torres de vigía, se mantenían en sus puestos.

El Bigotudo regresó hacia las casas de los oficiales y entró en la del afgano, que libraba un combate más tierno que de ordinario.

Abrazaba a una hermosa morena de ojos maquillados. La primogénita del tendero no parecía más huraña que su hermana menor.

-¡Ejem...! Soy yo.

-Nadie lo duda, Bigotudo. ¿Te has caído de la cama?

-No entiendo nada... ¡No hay un solo soldado haciendo instrucción!

-Estabas realmente borracho ayer por la noche. Sin embargo, te dije que el ejército gozaba de una semana de permiso gracias a la coronación de Kamosis.

El Bigotudo se golpeó la frente con su puño.

-¡Ahora lo recuerdo!

-¿Te importaría salir?

-No, no... También yo tengo una tarea urgente que terminar.

Durante la coronación de Seqen, el faraón había tenido que limitarse a una simple diadema, pues los sacerdotes de Karnak no disponían de la

corona roja del Bajo Egipto ni de la blanca del Alto Egipto, destruidas probablemente por los hicsos.

Tras haber consultado los archivos, el sumo sacerdote de Kamak debía formular otra hipótesis.

-Antaño, majestad -le dijo a Ahotep-, la corona roja se conservaba en un templo de Menfis, y la blanca, en la antigua ciudad de Nekhenl. Por desgracia, este lugar sagrado fue saqueado y devastado por los invasores. Ir allí os sería sin duda inútil, pero...

¡Nekhen, en el paraje de Elkab, que tanto había sufrido por las expediciones de los hicsos! La ciudad donde la joven Ahotep había encontrado a un viejo sabio, criador de palomas mensajeras, estaba entonces en zona libre, pero nada quedaba ya de sus antiguos tesoros.

-Me voy a Nekhen(1) -decidió la reina.

Nota: Llamada Hierakónpolis por los griegos.

Desde que el gobernador Emheb había liberado la región, Elkab había cambiado mucho. La vida circulaba de nuevo por las callejas flanqueadas de pequeñas casas blancas reconstruidas de acuerdo con la tradición, aunque los habitantes no tuvieran aún seguridad alguna con respecto al porvenir. Como Edfú, Elkab albergaba un regimiento de reserva, que, en cualquier momento, podía ser movilizado para rechazar un intento de invasión de los nubios o un ataque de los hicsos.

Ahotep solo iba acompañada por *Risueño el Joven* y unos veinte hombres, cuidadosamente elegidos por Heray, que formaban su guardia personal. Se dirigió hacia el antiguo fuerte, cuyas imponentes murallas estaban aún en pie. En el interior del recinto, el templo de la diosa buitre, poseedora de la titulatura real, se encontraba por completo en ruinas.

-No sigáis adelante, majestad -le invitó el alcalde de la ciudad-. Este lugar está hechizado; los ladrones que se aventuraron por aquí fueron encontrados muertos. Debemos aguardar a que se apacigüe la cólera de la diosa.

-No tengo tiempo de esperar.

-¡Majestad, os lo ruego!

-Apártate.

Apenas la regente había puesto los pies en las losas cuando huyeron varios escorpiones negros. Sin duda, unas fuerzas oscuras habían tomado posesión del santuario martirizado, donde, antaño, el rey del Alto Egipto recibía la insignia suprema de su cargo.

No, Nekhen no estaba liberada todavía. Y le correspondía a Ahotep apaciguar la cólera de la diosa, de la que dependía el porvenir del futuro faraón.

Cuando un buitre sobrevoló el edificio trazando amplios círculos en el cielo, la reina supo quién mataba a los intrusos y con quién iba a enfrentarse.(1)

Nota: La diosa buitre Nekhbet da la titulatura real (nekhbet).

¿Acaso los protectores de las coronas no eran un ser celestial, el buitre, encarnación de la madre por excelencia, y un ser terrestre, la serpiente, encarnación de la llama que destruía a los enemigos del rey?

Surgiendo de un naos destrozado, una cobra hembra se levantó ante la reina.

Ahotep elevó las manos en gesto de veneración.

-No he llegado hasta aquí para robar -declaró-, sino con el fin de hacer que mi hijo sea reconocido legítimo soberano del Alto Egipto. Ante ti, la gran antepasada del inicio, me inclino. Tú que tocas los limites del universo y haces nacer el sol, que eres a la vez dios y diosa, termina con la impureza y la desgracia, y yérguete de nuevo en la frente del faraón.

La cobra dudó unos instantes.

Ahotep estaba tan cerca que el reptil podría haberle saltado a la garganta.

Pero la mirada de la reina no vaciló. La cobra se tendió sobre las losas y, luego, se hundió en ellas como un rayo penetra en el suelo.

En el lugar donde había desaparecido, la piedra estaba quemada.

Y allí se encontraba el legado de la cobra real, que consistía en un uraeus de oro que se prendería a la corona.

Ahotep se arrodilló y lo tomó con respeto. Sin temor, prosiguió su camino hacia el fondo del santuario, que la diosa serpiente había custodiado con celo.

Pese al incendio sufrido por el templo, una de las piedras había permanecido intacta y brillaba con un fulgor extraño, como si estuviera iluminada desde el interior.

Ahotep posó la mano en el granito. La piedra giró y desveló un escondrijo que contenía un cofre de acacia.

En el interior, estaba la corona blanca del Alto Egipto.

Tras haber sido purificado en el lago sagrado, Kamosis se recogió ante una de las estatuas del faraón Osiris, símbolo de la doble naturaleza de la función real, que pertenecía, a la vez, al aquí y al más allá.

Luego, el muchacho vivió el mismo ceremonial que su padre, aunque con una notable diferencia, pues mientras que la coronación de Seqen había permanecido mucho tiempo secreta, para evitar que algunos colaboracionistas advirtieran al emperador, la de su hijo mayor sería celebrada con festejos y marcaría una nueva etapa en la liberación de Egipto.

Como el nuevo faraón no estaba casado, fue la esposa de dios la que reconoció en él la presencia de Horus y de Set, los dos hermanos que se repartían el universo y reinaban, el primero, sobre el Bajo Egipto y, el segundo, sobre el Alto Egipto. Indisociables y siempre en conflicto, solo podían reconciliarse y apaciguarse en la simbólica persona del faraón, el único capaz de unir sólidamente entre sí a ambos dioses y países.

Fue Ahotep quien dio a su hijo sus nombres de reinado:

«Horus consumado que doblega las Dos Tierras», «el que alimenta las Dos Tierras», «el que restaura lo que es duradero», «el que aparece en gloria en su trono» y «la mutación de la luz se consuma».

Finalmente, el nombre de Kamosis adoptaba todo su sentido, es decir, «el que ha nacido del poder vital». Este poder, el ka, se manifestaba en el toro de combate, alimentado por la fuerza del dios luna.

-Que puedas consumar esos nombres y que te guíen por los caminos de la victoria -declaró la reina, que depositó en la cabeza de su hijo mayor la corona blanca adornada con el uraeus-. Que el espíritu de tu padre viva en ti y su valor anime tu brazo. Los hicsos nunca comprenderían que la sociedad egipcia no estaba solo compuesta por seres humanos, sino también por divinidades y por antepasados presentes en cada faceta de la vida cotidiana. Apofis estaba convencido de que Seqen había muerto, y se equivocaba. Resucitado por los ritos y las fórmulas de conocimiento, su espíritu luminoso circulaba entre las estrellas y la tierra, y habitaba el alma de quienes seguían siéndole fieles. Gracias a la eficacia del Verbo contenido en los jeroglíficos, Ahotep hacía real y eficaz la presencia invisible de su esposo difunto.

-Madre, quisiera...

-Lo sé, Kamosis. Quisieras permanecer en este templo y prolongar esta paz inefable. Pero no la has obtenido aún, y tendrás que luchar sin descanso para conquistarla y ofrecerla a nuestro pueblo.

De la mirada del joven monarca desapareció cualquier vacilación.

El faraón Kamosis salió del santuario de Karnak, aquel paraje de luz donde los conflictos, el mal y la injusticia no existían. Tras haber conocido una inimaginable felicidad, debía entonces enfrentarse con Apofis e intentar el restablecimiento del reino de Maat. Militares y civiles se habían congregado ante el templo de Karnak para aclamar al nuevo faraón.

Cuando apareció, la corona blanca brilló con tal fulgor que los deslumbró.

La reina Ahotep presentó a su hijo la espada curva de bronce, cubierta de plata e incrustada de ámbar, cuya empuñadura estaba decorada con un loto de oro, símbolo del renacimiento del sol divino al final de las pruebas nocturnas.

-Como tu padre la recibió antes que tú, recibe la espada de Amón, con la que atravesarás las tinieblas. Que consigas, faraón Kamosis, derribar su imperio y vencer en la guerra de las coronas.

A la luz de una hermosísima lámpara que databa del Imperio Medio, el emperador Apofis trazaba unos signos mágicos sobre un papiro nuevo, para asfixiar Tebas atacándola por las cuatro direcciones del espacio. Al este y al oeste, el fuego de Set hacía inhabitables los desiertos; al sur, los aliados nubios se sentirían muy contentos acabando con eventuales fugitivos egipcios. Y lo que aparecería por el norte sería tan temible como un ejército. Sin esfuerzo alguno, el genio del emperador exterminaría a un buen número de enemigos.

Esos locos tebanos se habían atrevido a enviarle un pequeño escarabeo de material calcáreo que anunciaba la coronación del faraón Kamosis. Tras aquella marioneta seguía estando la reina Ahotep, de ilimitada obstinación. En esa ocasión, pagaría muy cara su insolencia. Por hábil que fuese, no tendría protección alguna contra la desgracia que iba a caer sobre Tebas.

Presa de una súbita duda, el emperador tomó el corredor secreto que llevaba al Tesoro de la ciudadela de Avaris. Solo él sabía manejar los cerrojos metálicos que cerraban la puerta de la cámara fuerte donde se amontonaban los objetos rituales hurtados a los egipcios, de los que el más valioso era la corona roja del Bajo Egipto, caracterizada por su espiral, símbolo del armonioso crecimiento de las potencias vitales.

Apofis se había inquietado en balde. La corona no podría ser alcanzada y, sin ella, Ahotep nunca lograría reconquistar Egipto. Esa aventurera era solo una rebelde perdida en un sueño que muy pronto iba a transformarse en pesadilla.

Ventosa se revolcaba en unas sábanas de increíble suavidad, que unos mercaderes asiáticos acababan de entregar en palacio. Se trataba de una tela desconocida en la tierra de los faraones, la seda. Como Tany, la esposa del emperador, la había considerado basta y sin interés alguno, la hermosa euroasiática heredaba todo el lote.

-Ven -le dijo al jefe de los palafreneros, un quincuagenario robusto, de grueso rostro y que olía a establo.

El hombre no era precisamente un seductor, pero su rusticidad atraía a la hermana del emperador. Estaba convencida de que en aquellos brazos conocería sensaciones nuevas.

Fascinado por el lujo de la alcoba, el hombre no se atrevía a avanzar.

-¿Este soy yo? -se extrañó al verse en un espejo cuyo cristal era menos opaco que de costumbre.

-¿No deberías mirarme a mí? -le sugirió Ventosa, que se tendió de lado tras haberse quitado el velo de lino.

Creyéndose víctima de un espejismo, el palafrenero retrocedió.

-No tengas miedo -murmuró ella-, y ven aquí, muy cerca. La voz era tan encantadora que el hombre obedeció a la hechicera, que deshacía lentamente su taparrabos.

-Qué fuerte eres -murmuró, golosa-. Deja que te prepare. Ventosa tomó un cuerno de toro que había sido vaciado para hacer de él un recipiente que contenía aceite perfumado. Hizo correr gota a gota el líquido oleaginoso por el musculoso pecho de su amante antes de extenderlo con una mano tan tierna que el hombre no resistió mucho tiempo aquellas caricias y se arrojó sobre ella. Encantada ante aquella fiebre, Ventosa quedó, sin embargo, decepcionada por la falta de resistencia de su nueva conquista. Había esperado más de aquel animal que recuperaba con dificultad el aliento.

-Tu oficio es apasionante, ¿no es verdad?

-Es cierto, me gustan los caballos... ¡Pero detesto a los que los maltratan!

-¿Alguien te crea ese tipo de enojo?

-No debo hablar de ello.

-Soy la hermana del emperador... y puedo ayudarte.

-¿Lo harías?

Ventosa esbozó una sonrisa convincente.

-Puesto que somos íntimos, nada sería más normal.

El palafrenero se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

-Es el monstruo de Khamudi y su diabólica mujer... Acudieron a mi establo con unas chiquillas y cometieron allí los peores horrores. Pero es intocable. Si el emperador lo supiera...

-Lo sabrá.

El hombre contempló a su amante como si fuera una enviada del cielo.

-Entonces, ¿Khamudi será condenado y no volverá a poner los pies en mi establo?

-Sin duda. El emperador exige una moral muy estricta.

-¡De ese modo, no tendré que actuar por mí mismo!

-¿Qué pensabas hacer?

-Atraer a Khamudi y su esposa a una emboscada. Puesto que a ella le gustan tanto los sementales, le habría mostrado uno que sufre el grave defecto de que cuando alguien se acerca por detrás, cocea. La muy loca no habría escapado, y en cuanto a él quedaría atravesado por mi horca.

-La justicia del emperador resolverá todos tus problemas -prometió Ventosa.

Dadas las circunstancias, ella salvaría la vida del gran tesorero y de su mujer, cuyas perversiones Apofis conocía y aprobaba. El palafrenero jefe terminaría sus días en el laberinto.

En cuanto a Ventosa, entonces disponía de una información suplementaria sobre aquella pareja adulterina, a la que detestaba, y la atacaría cuando llegase el momento.

-Vístete y vete -exigió.

-Gracias -dijo el palafrenero con voz temblorosa-. Gracias por todo lo que me concedéis.

Apenas había salido el palafrenero cuando el pintor Minos entró en la habitación de Ventosa. Desnuda, ella se lanzó a su cuello y le besó hasta quedar sin aliento.

El artista cretense era su amante de corazón, el único al que aún no había mandado a la muerte. Extrañamente, Minos no fomentaba el menor complot contra Apofis, que, sin embargo, le había condenado a un perpetuo exilio.

Con sorprendente constancia, el cretense se consagraba solo a su arte. Gracias a su talento, el palacio de Avaris era entonces equivalente al de Cnosos. Grandes pinturas murales representaban paisajes cretenses, unos acróbatas que saltaban por encima de los tronos de combate y laberintos que solo las almas de los justos podían recorrer.

A pesar de las numerosas infidelidades de su amante, Minos no formulaba queja alguna. Ser amado por la mujer más hermosa de Avaris le colmaba y no percibía los riesgos que corría al compartir su lecho.

-Ese animal de palafrenero me ha dejado insatisfecha -deploró ella-. ¿Quieres consolarme?

En cuanto Ventosa rozaba la perfumada piel del pintor la virilidad de este se manifestaba. Ni una sola vez sus retozos la habían decepcionado. Minos no se parecía a ningún otro hombre y sabía dar placer con la espontaneidad de un adolescente.

Tras el amor, percibió una turbación.

-¿Algo va mal?

-Se trata de Creta. Corre el rumor de que Jannas ha decidido destruirla.

Ventosa se tendió sobre la espalda de su amante, adaptándose a sus formas.

-Tranquilízate, amor mío. El almirante Jannas no ha terminado aún de limpiar las Cícladas ni de aniquilar a los partidarios de la independencia de Creta. Cuando lo haya hecho, la gran isla quedará sola y sin más elección que una obediencia absoluta al señor de los hicsos. Naturalmente, tendrá que aumentar la cantidad de los tributos por no haber ayudado al almirante de un modo más eficaz, pero será un mal menor.

-¿Se salvará Creta, pues?

-El emperador la convertirá en una provincia sumisa y abnegada.

-¿Crees que volveré algún día a mi casa?

-Con dos condiciones, o sea, que yo convenza al emperador de que tu trabajo ha terminado y que me vaya contigo.

Los azules ojos del pintor eran los de un niño.

-Son solo sueños, ¿no es cierto?

Ventosa pasó lentamente la mano por los rizados cabellos del cretense.

-Necesitaremos tiempo para transformarlos en realidad, pero ¿por qué desesperar?

-Tú y yo, allí... Nada sería más maravilloso.

-Ámame otra vez, Minos. Y no dejes nunca de amarme.

En aquel final de año, la base militar de Tebas festejaba, a la vez, a su nuevo faraón, la fabricación de una buena cantidad de nuevas armas y haber acabado los nuevos barcos de guerra. El ejército de liberación estaba dispuesto a partir hacia el norte, y numerosos jóvenes soldados se habían enrolado durante los últimos meses.

El prestigio de Ahotep era tal que los habitantes de las provincias de Tebas, Coptos, Edfú y Dendera no ponían ya en duda sus convicciones. Sí, vencer era posible. ¿Acaso no se habían producido varios milagros? Y puesto que un faraón reinaba, los dioses acudirían en su auxilio.

Tras meses de intensivo entrenamiento, las tropas solo tenían deseo de partir hacia el frente y arrasar a los hicsos.

-Yo iré también -anunció a su madre el joven Amosis.

-Solo tienes siete años -le recordó Ahotep-, y esa no es aún edad de combatir.

-Mi hermano mayor es el faraón; sin duda, me necesita. Si no le ayudo, perderá la guerra. Sé manejar la espada de madera.

-Y también tensar un arco pequeño, ya lo he visto... Pero ¿puede un gran estratega desconocer la importancia de una base en la retaguardia? Mientras tu hermano está en el frente, tú velarás por Tebas.

El pequeño Amosis no se tomó a la ligera esa misión.

-¿Quiere eso decir preparar la segunda oleada de asalto y fabricar el material necesario?

-Eso es.

El chiquillo puso una cara muy seria.

-¿Y voy a ser responsable de todo eso?

-Conmigo, si te crees capaz de hacerlo.

-Lo soy, madre.

Mientras los estibadores comenzaban a embarcar armas y atavíos, Heray se dirigió hacia la reina.

-Debo hablaros a solas, majestad. Ahotep confió Amosis a un oficial de instrucción.

La reina esperaba que el jefe de seguridad hubiera detenido al espía responsable de la muerte de Seqen, pero Heray abordó un tema muy distinto.

-Sin duda, habrá que retrasar la partida, majestad.

-¿Por qué razón?

-Algunos de nuestros mejores capitanes están enfermos, y muchos de los remeros, indispuestos.

-¿Una epidemia?

-No lo creo, pues los males son variados, aunque parecen graves.

Se levantó un fuerte viento que despeinó a la reina.

-¡Qué olor más pestilente! -advirtió-. ¡Diríase que hay carroñas pudriéndose!

El miedo puso un nudo en la garganta de Heray.

-Es la pestilencia que mandan los emisarios de la diosa Sekhmet, furiosa contra la humanidad y decidida a destruirla.

-Solo debería haberse manifestado durante los últimos cinco días del año -recordó Ahotep-, durante ese terrible período en el que el tiempo antiguo ha muerto sin que el nuevo haya tomado forma. Y queda más de una semana antes de ese peligroso paso.

-Debe tratarse de un maleficio del emperador -consideró Heray-. ¡Es imposible lanzarse hacia el norte!

El viento pestífero sembraba el pánico en la base militar. ¿Cómo protegerse de esos horrendos hedores, salvo encerrándose en las casas y los cuarteles, o escondiéndose en la cala de los barcos?

-Reúne a todos los oficiales -le ordenó Ahotep a Heray-. Que agrupen a sus subordinados y pongan de inmediato fin a este desorden. Luego, que se queme incienso en todas las moradas.

-¡Nuestras reservas se agotarán muy pronto!

-Que una embarcación zarpe hacia Edfú y nos traiga gran cantidad de resina de terebinto, y que se fumigue permanentemente la enfermería.

Mientras abandonaba el navío almirante, el faraón Kamosis parecía desamparado.

-¿No habría que evacuar la base, madre?

-Ese viento va a extenderse a toda la provincia tebana. El emperador intenta asfixiarnos.

Fue Teti la Pequeña quien recordó la primera precaución que debía tomarse cuando la cólera de Sekhmet se manifestaba de ese modo; es decir, cerrar el ojo izquierdo para impedir que los gérmenes patógenos penetraran en el organismo, y limpiarse bien el ombligo, su puerta de salida.

Tanto para los soldados como para la población civil, la única consigna era aplicar estrictas medidas de higiene.

Incluso *Viento del Norte y Risueño el Joven* fueron lavados y cepillados, para impedir que el hedor penetrara en sus carnes. El mal viento multiplicó su violencia durante los cinco últimos días del año y, pese a los constantes cuidados, varios enfermos murieron.

Si la maldición del emperador triunfaba, no habría ya nacimiento de la luz, ni tampoco procesiones de sacerdotes y sacerdotisas que llevaran los objetos rituales hasta el tejado del templo para celebrar su unión con el disco solar, ni ritos de reanimación de las estatuas, y el ejército de liberación se extinguiría con el año agonizante.

Kamosis y Ahotep estaban por todas partes, exhortando a cada cual a no ceder ante la desesperación y a luchar contra los miasmas. El valor del pequeño Amosis impresionó a los tebanos. Rociándose con esencia de juncia olorosa a intervalos regulares, hacía entrar en razón a quienes, a su entender, se aterrorizaban inútilmente.

Al quinto día, el mórbido soplo se hizo más violento aún y el número de los fallecimientos aumentó.

Según los antiguos textos, solo quedaban dos remedios. El primero consistía en inscribir sobre una venda de lino fino: «Estos maleficios no nos agredirán». Luego, se le hacían doce nudos, se le ofrecía pan y cerveza, y se aplicaba al cuello. El segundo era encender tantas antorchas como fuera posible para iluminar las tinieblas.

Durante esa temible prueba que podía poner fin a un reinado apenas comenzado, Kamosis supo dominar sus temores y se comportó con una calma digna de un hombre maduro. Fue el faraón en persona quien encendió la mayoría de las antorchas, ante los ojos admirados del afgano y el Bigotudo, que habían conseguido, como los demás oficiales superiores, mantener la disciplina.

-A este chiquillo no le faltan agallas -reconoció el afgano-. En mi país, habría sido reconocido como digno de combatir.

-Un bárbaro de tu estilo no tiene la menor idea de lo que puede ser un faraón.

-¿Has conocido tú muchos faraones?

-Con Seqen y Kamosis, son ya dos.

-Si ese viento maldito no cesa, pronto no tendremos ya a nadie a quien admirar.

-Eres demasiado escéptico, afgano. ¿Cómo puedes imaginar, ni por un segundo, que un auténtico faraón se deje abatir por la adversidad?

El humo de las antorchas se lanzó al asalto de los miasmas. El cielo se transformó en un inmenso campo de batalla abandonado por las aves. Se trazaban allí tortuosas espirales, que las inmensas flechas rojas disparadas por los emisarios de Sekhmet atravesaban. Amosis apretó con fuerza la mano de su madre.

-¿Tú no tienes miedo?

-Claro que sí, Amosis, pero ¿qué importa eso? Hemos actuado de acuerdo con los ritos y hemos utilizado todas nuestras armas. Ahora, le toca decidir al dios luna. Libra, allí arriba, una guerra incesante y, a veces, parece estar agonizando, pero siempre consigue prevalecer.

-¿Crees que en esta ocasión va a conseguirlo también?

-Estoy segura.

Amosis nunca había puesto en duda la palabra de su madre. Y cuando el disco plateado de la luna llena atravesó las nubes, supo que esa palabra era verdad.

Se anunciaba entonces el primer amanecer del nuevo año; el viento se apaciguó y la pestilencia se desvaneció.

Atónitos, los tebanos se lanzaron unos en brazos de otros, conscientes de haber escapado de un mortal peligro.

Muchos se zambulleron en el Nilo para purificarse de los últimos miasmas; otros prepararon una comida de fiesta.

Risueño el Joven ladró de alegría y *Viento del Norte* sacudió sus largas orejas, mientras Amosis se dormía plácidamente en brazos de la reina.

El emperador degustó el muslo de oca en salsa con satisfacción. El informe que acababa de comunicarle Khamudi, a partir de los datos proporcionados por el espía infiltrado entre los tebanos, bastaba para alegrarle. Numerosos soldados enemigos habían muerto por la pestilencia; el ardor del ejército de Ahotep se había quebrado en seco.

Era necesario aún mantener el aislamiento de las tropas reunidas en Cusae para hacerlas tan vulnerables que no resistieran un asalto masivo. Apofis había concebido un nuevo plan, bastante entretenido, gracias al que aumentaría todavía más la riqueza de Avaris.

Convencido y entusiasta, Khamudi se había encargado de poner en práctica el pensamiento del emperador, emitiendo, por una parte, centenares de escarabeos en el Medio Egipto y, por la otra, enviando a funcionarios con el encargo de propagar la buena nueva.

La hedionda nube había matado a numerosos animales y había despoblado vastas granjas. El trastorno era tal que los campesinos se encerraban en sus chozas de caña, junto a los campos, como si aquel irrisorio refugio pudiera protegerlos de las flechas de los invisibles emisarios de Sekhmet. Pocos eran los que, en aquel comienzo de año, se atrevían a reanudar sus actividades habituales sin ceder al desaliento. Grandes Pies formaba parte de los ganaderos que querían a sus vacas lecheras más que a sí mismos. Con miasmas o sin ellos, había seguido ordeñándolas, aun quejándose de la mala calidad de los pastizales.

Cuando el primer barco hubo atracado, Grandes Pies no huyó. Tenía que defender su rebaño, incluso contra un regimiento de hicsos.

Un civil se acercó a él.

-Soy uno de los responsables de las tierras inundadas y los pastizales del Delta -declaró, bonachón-. Allí, en el norte, gracias a los poderes sobrenaturales del emperador, no hemos sufrido los malos vientos.

-Mejor para vosotros -mascullò el boyero.

-Nos beneficiamos de la generosidad de Apofis, que se extiende a todos sus súbditos, incluso a ti.

-Ah, sí... ¿Y cómo?

-Decenas de cargueros llevarán tus bestias y los demás rebaños a la región de Avaris, donde serán bien alimentados y recuperarán la salud tras tan dura prueba. Luego, volverás a tu casa.

Esa antigua práctica había sido abandonada desde el inicio de la ocupación de los hicsos. Verla reaparecer era más bien para alegrarse. Pero quedaba un problema grave.

-¿Cuánto va a costarme eso?

-Nada en absoluto, amigo. ¡No puedes imaginar qué abundantes son los pastos del Delta y qué acogedores sus establos! El emperador no tiene más deseo que el bienestar de los trabajadores y, por eso, manda tantos barcos. Ve a hablar con los habitantes de tu aldea y diles que nuestros cargueros los esperan. A pesar de este enorme esfuerzo por parte de los hicsos, tal vez no haya sitio para todo el mundo.

Al final de unas discusiones largas y acaloradas, la mayoría optó por partir. ¿No era la generosidad del emperador una inesperada suerte? Quienes acusaban a los hicsos de crueldad se equivocaban. Ciertamente, la ocupación había vivido momentos dificiles, pero ¿no indicaba esta decisión que las cosas estaban cambiando mucho? Apofis se comportaba como un verdadero faraón, preocupado por la felicidad de su pueblo. Había comprendido que solo esa política le ganaría la confianza de los egipcios. Empujaron, pues, a sus enflaquecidos bueyes y vacas hacia los cargueros llenos de forraje, olvidando que, no lejos de allí, los rebeldes seguían manteniendo el frente de Cusae. Algunos campesinos lamentaban no poder ya proporcionarles alimento, pero ¿no habían cometido aquellos tebanos el error de levantarse contra su verdadero soberano? Y, además, ganaderos y agricultores no eran guerreros.

Como sus compañeros, a Grandes Pies el viaje le pareció muy agradable. No carecieron de cerveza, ni de pan, ni de pescado seco, y pasaron unas buenas horas de reposo, a las que no estaban acostumbrados. Cuanto más se dirigían hacia el norte, más exuberante era la campiña. Las zonas cultivadas se ampliaban, y los brazos de agua se multiplicaban. ¡Un verdadero paraíso para los boyeros y sus rebaños!

Y por fin, atracaron.

Grandes Pies acarició a sus vacas, que no habían tenido excesivo miedo durante el viaje.

-Venid, hermosas mías; llega el buen tiempo. La pesada mano de un oficial hicso, cubierto negro, se posó en el hombro del campesino.

-Tú vienes conmigo.

-Yo no me separo de mis vacas.

-¿Tus vacas? ¡Desbarras, mastuerzo! No me digas que no lo habías comprendido... Estas bestias se encuentran en un carguero del emperador y, por lo tanto, le pertenecen.

-¡Qué estás diciendo! Pastarán aquí por algún tiempo; luego, las llevaré de nuevo a mi casa.

El oficial soltó una risa gutural.

-¡Nunca había oído nada tan divertido! Basta de charla, mastuerzo. Y ahora, sígueme.

-Soy boyero y no me separaré de mis vacas.

El hicso abofeteó al egipcio. De natural pacífico, Grandes Pies detestaba ser acosado, así que derribó al oficial de un puñetazo.

Al principio desconcertados, sus subordinados reaccionaron muy deprisa. Uno contra diez, el campesino solo opuso una escasa resistencia. Con la cabeza ensangrentada y los brazos atados, fue encadenado a un compatriota y obligado a avanzar en un interminable cortejo de prisioneros.

-¿Adónde nos llevan? - preguntó.

-Yo no sé nada.

-Mis vacas... ¿Qué será de ellas? Y la gente de mi aldea...

-Los hicsos han matado a quienes intentaban huir. Los demás han sido encadenados, como nosotros.

Una mujer alta, de manos enormes, los interrumpió.

-¡Sois unos mocetones muy fuertes! -exclamó Dama Aberia-. Mejor así... El viaje hasta el penal de Sharuhen será más divertido de este modo. Por lo general, tengo demasiados viejos, mujeres y ciudadanos. Acostumbrados a una cómoda existencia, no resisten la caminata. A

vosotros, ni el sol, ni el esfuerzo, ni el polvo os asustan; estoy segura de ello. Sobre todo no me decepcionéis.

Sin dejar de pensar en sus vacas, pues era el único que sabía ordeñarlas bien, Grandes Pies avanzó.

Junto al sendero, había cadáveres de ancianas y niños.

-Tengo sed -dijo su compañero.

-Les pediremos agua... No pueden negarse.

Grandes Pies llamó a uno de los soldados que ocupaban un carro tirado por dos caballos.

-¡Quisiéramos agua!

-Cuando nos detengamos, salvo para los insolentes. Y tú eres uno de ellos.

Entre una nube de polvo, el carro recorrió la columna.

-Creía que el emperador era un hombre justo y bueno -reconoció Grandes Pies-, porque se interesaba por mis animales. ¿Por qué hace esto? ¡Ni siquiera le hemos injuriado!

-Apofis quiere vaciar el país de población para sustituirla por hicsos..., solo por hicsos. Ser egipcio en la tierra de Egipto es un crimen.

Grandes Pies seguía sin comprender, pero no dejó de avanzar, ni siquiera cuando su compañero murió de sed. Ya a la vista del penal de Sharuhen, se dejó caer entre unas cañas y bebió agua fangosa. Cuando un policía hicso lo levantó tirándole del pelo y a palos, no tuvo fuerzas para reaccionar.

El policía quitó las cadenas que unían a Grandes Pies al cadáver que había arrastrado durante horas; luego, le empujó hacia un gran patio cercado y vigilado por arqueros que estaban en lo alto de unas torres de madera.

La primera persona que el boyero vio fue una muchacha desnuda, con los ojos desorbitados y el cuerpo cubierto de llagas. La mujer se arrojó varias veces contra un poste y consiguió hundirse la frente.

Sentado en un montículo de basura, un anciano sujetaba la mano de su esposa sin advertir que esta ya no respiraba. Con la mirada vacía, unos hombres agotados se cruzaban sin decirse ni una palabra. Otros excavaban el suelo poroso en busca de un alimento cualquiera. ¿Quién podía haber concebido e impuesto semejantes atrocidades, salvo aquel

emperador de las tinieblas, aquel mentiroso que no había dudado en engañar a campesinos sencillos?

Grandes Pies nunca le perdonaría que hubiese robado sus vacas.

-Boyero, boca abajo.

Un policía puso el pie sobre el cuello del prisionero, y otro le imprimió en la nalga un número con una marca de bronce enrojecida al fuego.

Los aullidos de Grandes Pies, preso número 1.790, ni siquiera lograron que se inmutaran los supervivientes del penal de exterminio de Sharuhen.

También yo -dijo el pequeño Amosis a su hermano mayor, el faraón Kamosis- soy capaz de acertar el centro de un blanco.

-Tengo la impresión de que presumes un poco.

-¡Ponme a prueba!

-Como quieras.

Kamosis llevó a Amosis hasta uno de los campos de tiro de la base, reservado a los arqueros principiantes. Por esta razón, estaba rodeado de empalizadas, de modo que las flechas perdidas no hirieran a nadie.

-¿Tensas el arco tú mismo, Amosis?

-¡Por supuesto!

-Voy a comprobar el blanco, para que esté bien fijo.

Entre los dos hermanos reinaba una total complicidad. El rey lamentaba que Amosis fuera demasiado joven para combatir a su lado, pero sabía que, en caso de desgracia, su hermano menor tomaría la espada.

Cuando Kamosis alcanzaba el blanco, un característico silbido lo alertó.

-¡Pronto, agáchate! -aulló Amosis a pleno pulmón.

-Nada grave -concluyó Teti la Pequeña-. La flecha solo ha rozado el cuello. Gracias a las compresas de miel, ni siquiera quedará cicatriz.

-Me has salvado la vida -dijo Kamosis a su hermano menor, tembloroso aún.

-¿Has visto al arquero que ha disparado? -le preguntó Ahotep.

-No -se lamentó el chiquillo-. He corrido hacia mi hermano y no he pensado en registrar los alrededores. ¡He tenido tanto miedo al ver que le salía sangre del cuello!

-Ven a lavarte -ordenó su abuela-. Realmente, no pareces un príncipe.

Teti y su nieto abandonaron la enfermería.

-Hay un espía en esta base -afirmó Ahotep- y ha intentado eliminarte.

-No lo creo, madre. A pesar de la advertencia de Amosis, no he tenido tiempo de agacharme. Si el arquero hubiera querido en verdad matarme, no habría fallado. Esta herida superficial es solo una advertencia; es decir, o me limito a reinar sobre Tebas, o desapareceré.

Ahotep meditó sobre las palabras del rey.

-Dicho de otro modo, tu porvenir depende del consejo de guerra que vamos a celebrar hoy mismo.

En la sala de dos columnas del palacio de la base militar estaban reunidos la reina Ahotep, el faraón Kamosis, Heray, Qaris, los generales y los principales escribas de la Administración. Conscientes de que participaban en la toma de una decisión fundamental, todos tenían los rostros tensos.

-La situación actual es lamentable -recordó el soberano-. El pequeño reino de Tebas descansa sobre una libertad ilusoria, puesto que es prisionero del tirano hicso al norte y del tirano nubio al sur. No tiene acceso alguno a las rutas caravaneras y mineras, y se halla en un aislamiento cada vez más intolerable, ¡peligroso incluso! El faraón de Egipto solo lleva la corona blanca y no puede admitir que el emperador de las tinieblas se arrogue el derecho a llevar la corona roja.

-Es cierto, majestad; es cierto -admitió el general de más edad-. Pero ¿tenemos, por ello, que lanzarnos a una guerra total de la que sin duda no saldríamos vencedores?

-¿Cómo podemos saberlo mientras no la hayamos librado? -aventuró el escriba Neshi.

El general dio un respingo. Detestaba a aquel letrado demasiado flaco, con el cráneo calvo y la mirada insistente.

-En su terreno, la competencia del encargado de los archivos Neshi no es discutible, pero no creo que esté en condiciones de proponer iniciativas

estratégicas. Si no me engaño, su presencia aquí solo se justifica por la necesidad de tomar notas con vistas a la redacción de un informe.

-Si he comprendido bien, general, tú estás por el mantenimiento de la situación.

-Para seros del todo franco, majestad, sería la mejor solución. Sé muy bien que los hicsos ocupan una porción importante de nuestro país, pero ¿no es esta una realidad que tendremos que acabar admitiendo? El ejército enemigo es, por lo menos, diez veces más poderoso que el nuestro. ¡Atacarlo sería una locura! Contentémonos con lo que el valor de la reina Ahotep nos ha permitido obtener. Tebas es libre; podemos vivir en paz aquí. ¿Por qué querer más y destruir el frágil equilibrio?

-Tan frágil que ni siquiera lo es -afirmó el escriba Neshi-. El inmovilismo lleva a la muerte, como bien nos enseñó la reina Ahotep. Creyéndonos al abrigo, nos convertiríamos en una presa fácil para el emperador.

El general se enojó.

-¡Es insoportable, majestad! ¡Haced callar a Neshi!

-Soy yo el que da las órdenes, general -recordó el faraón-, y considero que cada uno de los miembros de este consejo puede expresarse.

El militar se amilanó un poco, pero no renunció a convencer al monarca.

-¿Sabéis, majestad, que los hicsos no se oponen a la paz? Acaban de darnos una prueba fehaciente de su buena voluntad al permitir que los rebaños de los campesinos del Medio Egipto pasten en las zonas inundables del Delta. Y eso no es todo, ya que han ofrecido también espelta a nuestros criadores de cerdos. ¿No habrá llegado la hora de deponer las armas y pactar unos acuerdos económicos?

-¿Cómo podemos creer en semejantes mentiras? -se rebeló Neshi-. Los hicsos son maestros en el arte de la propaganda, y quienes se dejan atrapar acaban siempre muy mal. Apofis nunca aceptará ceder una pulgada del territorio que ha conquistado. Los campesinos que se dirigen al Delta se convertirán allí en esclavos y sus rebaños serán confiscados.

-¡Esto ya es demasiado! -exclamó el general-. ¿En qué informaciones se apoya este escriba para atreverse a contradecirme?

-Neshi tiene razón -confirmó el intendente Qans-. Los hicsos, en efecto, han atraído a una trampa a algunos campesinos egipcios.

Otro oficial superior acudió en auxilio de su colega.

-Si los hicsos siguen siendo irreductibles adversarios, majestad, esta es una razón más para no seguir provocándolos. Es evidente que el emperador acepta la presente situación, puesto que deja que subsista nuestra frontera norte, en Cusae. Aprovechemos esta mansedumbre y preservemos lo adquirido.

La reina Ahotep se levantó y miró fijamente a los dos generales.

-¿Creéis, acaso, que el faraón Seqen, muerto en su intento por ampliar el reducto tebano, se habría contentado con tan poca ganancia? Hay que liberar todo Egipto y no solo una parte de su territorio. Quien haya olvidado este sagrado deber no merece servir a las órdenes del rey Kamosis.

-Vosotros no formáis ya parte de mi consejo -dijo este a los dos oficiales-. Ojalá os mostréis dignos de vuestro rango en el campo de batalla, a la cabeza de vuestros respectivos regimientos. Apenados, los generales salieron de la sala.

-A ti -anunció el monarca al escriba Neshi- te nombro portador del sello real y canciller a cargo de la intendencia del ejército. Que cada hombre sea correctamente equipado y alimentado.

-Aunque nuestras tropas estén listas para partir, majestad, mi primer consejo es, sin embargo, tener paciencia.

Kamosis se sorprendió.

-¿Tú también consideras que es mejor negociar con Apofis?

-De ningún modo, puesto que el imperio de las tinieblas no cambiará de naturaleza. Pero la función de la que me encargo me inclina a pensar que es preciso evitar la guerra inmediata. En efecto, podríamos carecer de recursos alimentarios. Sería preferible el final de la primavera, pues gozaríamos así de los productos de la cosecha.

Heray y Qaris dieron su aprobación.

-Antes de lanzar la ofensiva -aconsejó Neshi-, sería aconsejable repatriar a parte de los soldados del frente y sustituirlos por hombres de segunda línea. Durante el período que nos separe de la ofensiva general, nuestra prioridad debe ser reforzar el frente.

El plan de su recién nombrado canciller convenció al faraón Kamosis.

-Actuaremos así, pues.

-Debemos considerar otra iniciativa -aventuró Ahotep.

El rey se sintió tan intrigado como los miembros del consejo.

-Destinar todas nuestras fuerzas al frente del norte nos haría correr un riesgo que tendemos, en exceso, a olvidar; o sea, un ataque de los nubios, deseosos de saquear Tebas. Apofis nos espera en Cusae, no en Elefantina ni en Nubia. La verdadera prioridad es reconquistar la zona meridional de nuestro país y hacer que los nubios comprendan que cualquier ofensiva por su parte estaría condenada al fracaso. Por eso, el grueso de nuestras tropas no partirá hacia el norte, sino hacia el sur.

Rubia artificial y gordezuela, Yima, la esposa de Khamudi, se consideraba una belleza irresistible. Como sabía que su marido era muy posesivo, evitaba tomar amantes que llamaran demasiado la atención y se libraba con presteza de sus fugaces conquistas mediante la ayuda de Dama Aberia, muy feliz al tener la ocasión de eliminar a los esclavos egipcios. Con Khamudi, Yima vivía una felicidad perfecta. Gozaba de su fortuna, martirizaba a tantos siervos como deseaba y satisfacía sus impulsos en compañía de un esposo tan depravado como ella. Sin embargo, subsistía en el cuadro una sombra amenazadora, ya que Tany, la supuesta emperatriz, seguía tratándola con desprecio.

Tal vez su confidente podría ayudarla. Así pues, Yima había acudido al cuartel donde vivía la escultural Dama Aberia, capaz de estrangular con una sola mano a un fuerte mocetón. Todos los días, la asesina practicaba ejercicios de musculación y se divertía derrotando a los soldados hicsos que se atrevían a desafiarla.

-¿Quieres vino y carne roja? -preguntó Dama Aberia.

-¡Oh, no! -protestó Yima-. Ahora estoy controlando mi peso.

-¡Entonces, deja los dulces! Es un alimento de niñas.

-Estoy preocupada..., muy preocupada.

-¿Alguien te molesta, querida mía?

-Sí, pero no alguien de quien puedas librarme.

Intrigada, Dama Aberia dejó de masticar.

-¡Revélame la solución de este enigma!

-Se trata de Tany... Creo que me detesta. La estranguladora soltó una carcajada.

-¡Tany es demasiado fea como para tener sentimientos!

-No bromees; en verdad estoy sufriendo. No comprendo por qué la disgusto tanto e ignoro lo que me reprocha. ¿Lo sabes tú?

-¡Ni la menor idea, querida mía! O más bien, sí, puesto que ese tonelito solo contiene hiel. La emperatriz detesta a todo el mundo y solo se ama a sí misma. Haber conseguido convertirse en la esposa del emperador es una hazaña cuyos beneficios debe conservar, comenzando por apartar a todas las hembras que se aproximen demasiado al señor de los hicsos.

-No es ese mi caso, te lo aseguro.

-Tu reputación no habla en tu favor, pero creo que podré arreglarlo.

-¿De qué modo, Dama Aberia?

-A mí no me gustan en absoluto los hombres. Son muy sosos y se agotan enseguida. Las mujeres, en cambio, ¡qué delicia! Si la emperatriz sabe que también a ti te gustan las mujeres, ya no correrás peligro.

Yima hizo unos arrumacos, como una niña asustada.

-Lo que estás pidiéndome, contigo... Nunca me atrevería. Yo...

-Perversa como eres, va a gustarte. Y luego ya no podrás prescindir de ello. Vamos, ven a mi alcoba. Tras una buena comida es mejor aún.

-Pero los soldados lo sabrán y...

-De eso se trata precisamente, querida mía, de que nuestra relación tenga notoriedad pública. ¿Quién se atrevería a tocar a mi protegida?

Khamudi hacía que le diera masaje en los dedos de los pies, una de las partes de su cuerpo que consideraba perfecta,una joven egipcia, hija de un escriba deportado a Sharuhen. Tras haberla probado, ella acabaría en el harén o en el penal, dependiendo de su estado de ánimo.

Con una máscara de arcilla regeneradora en el rostro, Yima estaba tendida en una confortable estera, junto a su marido.

-Has hecho muy bien -le dijo-. El emperador aprecia mucho a Dama Aberia. Estar en buenas relaciones con ella nos será muy útil, tanto a ti como a mí. Cuanto más aumentan las deportaciones, más importancia adquiere Dama Aberia. En cuanto regrese de Sharuhen, el emperador la nombrará jefe de la policía.

-¿Ha decidido exterminar a todos los egipcios?

-Si queremos gobernar este país a nuestro modo, es la única solución. Los necesitamos aún, como esclavos, pero algunos extranjeros educados al modo de los hicsos irán sustituyéndolos progresivamente.

-¡Qué maravilloso mundo nos prepara el emperador! Habrá un solo pensamiento, una sola dirección, una sola política, una sola casta dominante que detentará todos los poderes, y fieles súbditos que obedecerán porque la ley de Apofis es la ley de Apofis. Pero ¿cuándo se librará, por fin, el emperador de los turbulentos tebanos?

-Quiere ceder este placer a Jannas, y creo que tiene razón. ¡Qué soberbia matanza en perspectiva! Los tebanos están tan aterrorizados que ya no se atreven a abandonar su base de retaguardia. En el frente, acabarán destrozándose unos a otros. O se rendirán, y Dama Aberia tendrá que organizar muchos convoyes, o Jannas tendrá muchas cabezas que cortar. He aquí lo que sucede a los incompetentes que confían en una hembra como la reina Ahotep.

El capitán de los piratas pudo recuperar, por fin, el aliento. Cuando el navío del almirante Jannas había embestido su barco con el espolón, se había creído víctima de una alucinación. Cómo había conseguido el hicso mostrarse más taimado y rápido que él? Con increíble obstinación, el almirante se había empecinado en perseguir uno a uno a los piratas egeos, chipriotas y cretenses que atacaban la flota mercante del emperador. No obstante, beneficiándose del apoyo tácito de Creta, habían esperado hundir las suficientes unidades de los hicsos como para obligar a Jannas a dar marcha atrás.

Pero este era un temible navegante y se había olido las artimañas de sus adversarios. Poco a poco, se habían convertido en bestias acosadas, aunque con la seguridad de encontrar refugio en las Cícladas.

¡Nueva desilusión! Incluso allí Jannas había seguido persiguiéndolos, sin caer en sus múltiples emboscadas. Paciente y meticuloso, aislaba cada embarcación enemiga antes de tomarla por asalto con marinos mejor armados.

Buenos nadadores, el capitán y una decena de piratas habían llegado a las costas de la isla de Thera, dominada por un volcán cuyas erupciones no los asustaban. Allí ocultaban su botín y se retirarían tras haber amasado una fortuna.

-Nos siguen, capitán.

Cinco barcas llenas de arqueros hicsos se dirigían hacia la isla.

-Trepemos, no se atreverán a imitarnos.

De hecho, la humeante montaña impresionaba a los hombres de Jannas.

-De verdad tenemos que interesarnos por esos miserables fugitivos, almirante? -interrogó un teniente.

-Tu trabajo debe ser llevado a cabo. El emperador nos ordenó exterminar a los piratas, y los exterminaremos. De lo contrario, este puñado de insurrectos fletaría un nuevo barco y sus fechorías se reanudarían.

-¿No es... peligrosa esta montaña?

-Menos que mi espada -respondió Jannas, amenazador.

El teniente no insistió. Una palabra más y era hombre muerto. Lentamente, los hicsos escalaron la ladera del volcán.

-¡Trepan! -exclamó uno de los piratas-. Más deprisa... ¡Hay que ir más deprisa!

En cuanto estuvieron a tiro, los arqueros hicsos acabaron con los piratas. Molestados por las fumarolas, no acertaron al capitán, que corría a lo largo del cráter con la esperanza de bajar por la ladera opuesta y escapar así de sus perseguidores.

Pero una flecha le atravesó el muslo.

Pese al dolor, se arrastró por las rocas. El pie de un hicso lo inmovilizó en el suelo.

-No le matéis enseguida -ordenó Jannas, que acababa de descubrir un extraño lago.

No contenía agua, sino fuego de un ardiente rojo, que no dejaba de hervir al tiempo que producía grandes burbujas.

-Escuchadme -imploró el pirata-, tengo un tesoro oculto en una gruta.

-¿En qué lugar exactamente?

-Os lo diré a cambio de mi vida.

-¿Por qué no?

-¿Tengo tu palabra?

-Prueba suerte, pirata. Y, sobre todo, no me irrites más.

-Está en la mitad de esta ladera, frente a una roca en la que trazamos un círculo. Ya verás, es un tesoro enorme. Gracias a mí, serás un hombre rico.

-Enriquecerás al emperador de los hicsos. Yo estoy aquí solo para destruir a los bandidos que se atreven a agredirnos.

-¿Sal... salvaré la vida?

-Lo prometido es deuda -admitió Jannas-. Pero, antes, estoy seguro de que un baño te sentará muy bien. Vas sucio y hueles mal.

-Un baño, pero...

-Este lago rojo me parece muy apropiado.

-¡No! -aulló el pirata-. ¡No, es el infierno!

-Libradme de eso -ordenó el almirante.

Cuaro hicsos levantaron al herido y lo arrojaron al lago de lava.

La base militar de Tebas estaba en efervescencia. Tras un invierno clemente, durante el que se habían construido nuevos barcos, el canciller Neshi presentó su informe al faraón Kamosis y a la reina Ahotep.

-El frente ha sido avituallado y reforzado con jóvenes reclutas llenos de ardor -afirmó-. Los soldados expertos solo esperan vuestras órdenes para embarcar.

-¿Qué te parece la moral de las tropas? -preguntó Ahotep. El canciller Neshi vaciló.

-Nuestros hombres son valerosos y decididos, es cierto, pero...

-Pero tienen miedo de los nubios, ¿no es eso?

-Exacto, majestad. Su reputación de ferocidad asusta a más de uno. Vuestros generales y yo mismo hemos intentado explicarles que tenemos armas eficaces y que nuestra instrucción para el combate es excelente, pero estamos muy lejos de haber disipado todos los temores.

-¡El que sea culpable de cobardía será ejecutado ante sus camaradas! -decretó Kamosis.

-Tal vez haya otros medios para apaciguar ese miedo ancestral y legítimo -dijo la reina.

Hígado de ocas cebadas con higos, patos asados, costillas de buey a la brasa, puré de cebollas, lentejas y calabacines, una fuerte cerveza de

fiesta de hermoso color ambarino, mil y una golosinas de miel, esos eran los manjares del festín que el palacio ofrecía al ejército de liberación.

Se añadían a ello dos esteras nuevas y confortables para cada soldado, y ungüentos a base de resina de terebinto, que relajaban los músculos, mantenían las buenas energías del organismo y alejaban los insectos.

-Esta reina es una madre para nosotros -consideró el Bigotudo, que devoraba una rebanada de pan tierno cubierta de hígado-. En mi vida había comido tan bien.

-Cuando tu país alcanza semejantes cimas -reconoció el afgano-, casi olvido el mío.

Su vecino de mesa, un infante de carrera, arrojó a lo lejos los huesos de pato sin una sola hebra de carne.

En vez de maravillaros como niños estúpidos, mejor haríais reflexionando. Es la última buena comida a la que tendréis derecho. Después, en los barcos, deberéis contentaros con el rancho. Y no será muy bueno, justo antes de perecer bajo los golpes de los nubios.

-Yo no tengo la intención de morir -objetó el afgano.

-Pobre ingenuo... ¡Bien se ve que no sabes adónde vas!

-Porque tú lo sabes...

-Nunca he puesto los pies en nubia pero se que son mas grandes y fuertes que nosotros.

-De todos modos, no se atreven a atacar a los hicsos -recordó el Bigotudo.

El argumento turbó al infante.

-Lo harán un día u otro. Los nubios nacieron para combatir; nosotros, no. Ni un solo soldado egipcio regresará vivo de esta expedición.

-Si estás convencido de ello, dimite y vuelve a tu casa -recomendó el afgano-. Cuando se parte vencido de antemano, se está muerto ya.

-Dime, extranjero..., ¿estás acusándome de cobardía?

-Te incito a ser lúcido, nada más.

-Te burlas de mí, ¿no?

El Bigotudo estaba dispuesto a interponerse cuando se hizo el silencio.

La reina Ahotep tomó la palabra.

-La prueba que vamos a sufrir juntos se anuncia muy peligrosa -declaró-, pues nos enfrentamos a unos adversarios terribles. Antes incluso de combatir contra los nubios, cuyas cualidades guerreras son justamente temidas, tenemos que apoderarnos primero de una de las más importantes fortalezas de los hicso, es decir, Gebelein. Si diera la alerta a los nubios, no tendríamos ya posibilidad alguna de vencerlos. Por eso, nuestra prioridad es la toma de esta plaza fuerte. Los hicsos ocupan nuestro país, explotan sus riquezas y tratan a sus habitantes como esclavos. Ha llegado el momento de hacer que comprendan que Egipto nunca se someterá a la tiranía. La voluntad de ser libres es nuestra mejor arma. ¡Comed y bebed, que vuestro corazón se ensanche!

El infante tomó más pato y vació una nueva copa de fuerte cerveza. El discurso de la reina lo había tranquilizado, ya que apoderarse de Gebelein era imposible. El ejército de liberación se limitaría, pues, a un breve viaje hacia el sur y, luego, daría marcha atrás, olvidándose de Nubia.

Ahotep besó la mano de su madre, que guardaba cama desde hacía varios días.

-No partiré con Kamosis -le anunció-; me quedaré a tu lado.

-No, hija mía. Tu lugar está junto al rey, tu hijo. Es joven e inexperto. Sin ti, puede cometer errores fatales.

-Sin ti, querida madre, nuestra aventura nunca podría haber tomado cuerpo. Cuando la enfermedad te afecta, mi deber es ayudarte.

-Una anciana no debe impedirte que lleves nuestras tropas a la victoria, Ahotep: Deja que afronte sola esta prueba y piensa solo en el porvenir.

-Una hija que abandonase a su madre sería indigna de ser reina.

-Me pregunto quién es la más tozuda de nosotras dos... Ayúdame a levantarme.

-Los médicos exigen que descanses.

-Tengo una tarea que cumplir, una tarea que tú me confiaste, la de gobernar Tebas en tu ausencia y movilizar a todos los hombres de la provincia en caso de que los hicsos ataquen; de modo que mi muerte esperará, al menos hasta que regreses.

Frágil hasta quebrarse, Teti la Pequeña salió de su habitación. Ahotep estaba convencida de que no se sostendría sobre sus piernas, pero la reina madre apreció el calor del sol y convocó a los de su casa.

-Seguir en la cama no me sirve de nada. Parte tranquila, Ahotep. Amosis sabrá ayudarme, ¿no es cierto?

Con resina, el Bigotudo fijaba sólidamente los mangos de los cuchillos y las navajas. Mezclada con un material calcáreo en polvo, era un excelente adhesivo. El afgano afilaba las hojas y comprobaba la punta de las flechas.

El intendente Qaris corría por todas partes, deseoso de no dejar nada al azar. Hablaba con cada capitán, visitaba cada navío, inspeccionaba cada cofre y cada tinaja. En vísperas de la partida hacia el sur, ningún detalle debía ser olvidado.

Heray, por su parte, tenía otras preocupaciones.

-Majestad -confesó a Ahotep-, mi investigación no ha dado ningún resultado. Nadie vio al arquero que disparó contra el rey. Naturalmente, he doblado su guardia personal y he tomado medidas de seguridad más estrictas aún.

-Mi hijo supone que ese atentado era solo un intento de intimidación.

-Tenga o no razón nuestro soberano, lo esencial es asegurar su protección. Si el espía de los hicsos se queda en Tebas, el rey no estará ya en peligro, al menos de momento. En cambio, si forma parte de la expedición, solo pensará en cometer un nuevo atentado.

-Tranquilízate, Heray. Sabré velar por el faraón.

Viento del Norte fue el primero que embarcó en el navío almirante, donde dispondría de una estera nueva, a la sombra de un parasol que compartiría con *Risueño elJoven.* Luego, comenzó una larga procesión encabezada por el rey Kamosis, que llevaba, orgullosamente, la espada de Amón. Con un ritmo regular y obsesivo, el afgano empezó a golpear un extraño instrumento, que el Bigotudo no conocía.

-¿Tú has fabricado eso?

-Se trata de un tambor. La música que produce da valor, ya verás.

El afgano no se equivocaba. Aquellos sones inéditos apaciguaron muchas angustias, sobre todo entre los más jóvenes.

Tras haber besado al pequeño Amosis, recomendándole que ayudara a su abuela, Ahotep contempló a todos aquellos valientes dispuestos a

sacrificar su vida para liberar Egipto. Muchos no volverían de aquel viaje, y ella sería responsable de su desaparición.

La esposa de dios pensaba en su marido difunto, cuya ausencia le resultaba cada día más pesada. Al pronunciar las fórmulas de glorificación que hacían vivir su nombre y su ser, la reina creaba una energía necesaria para proseguir su loca aventura. Seqen estaba allí, junto a ella. Le daba su fuerza.

En el cielo, la luna era visible.

-¡Por todos los dioses -exclamó el Bigotudo-, qué hermoso es mi país!

-No estás del todo equivocado -reconoció el afgano-. Faltan las grandes montañas cubiertas de nieve, pero tiene encanto.

-¿Qué es eso de la nieve?

-Agua del cielo que se solidifica, más o menos, al caer al suelo y adopta un hermoso color blanco.

-Agua fría.

-Muy fría. Pero abrasa las manos cuando la tocas.

-¡Qué horror! Olvida esa calamidad y contempla el Nilo y sus verdeantes riberas.

A bordo del navío almirante que acababa de zarpar hacia el sur, los dos hombres vivían un momento de perfecta felicidad. No había ya guerra, ni peligro, ni hicsos; sencillamente, un barco se deslizaba por el río, sobrevolado por los ibis y los pelícanos.

A proa, un mocetón delgado, pero alto y musculoso, sondeaba el Nilo mediante una larga caña con la extremidad ahorquillada. El papel de ese proel era esencial. En función de la profundidad, determinaba las maniobras que debían efectuarse.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó Ahotep.

-Lunar, majestad.

-¡Lunar! Tú y yo estamos, pues, protegidos por el mismo dios.

-¡Si supierais, majestad, cómo he esperado este instante! Temía desaparecer antes de tener la ocasión de lanzarme al ataque contra los hicsos y sus aliados. Gracias a vos, mi vida tiene, por fin, sentido. Os juro que llevaré a buen puerto este bajel almirante.

La franca sonrisa del joven proel reconfortó a la reina.

-De momento, Lunar, nos pondremos al pairo.

Con las velas amadas, los navíos de la flota de guerra atracaron en impecable orden.

Mientras los soldados almorzaban, Ahotep y Kamosis reunían algunos voluntarios para lanzar el ataque contra Gebelein.

-Nos acercamos a la fortaleza de los hicsos -dijo la reina-, y sus centinelas no deben descubrir nuestras embarcaciones.

-Ante un ataque tan masivo -aventuró un oficial-, tal vez se hubiesen rendido.

-He visto esa fortaleza -recordó Ahotep-. Parece inexpugnable. Y los hicsos temen mucho más al emperador que a una flota egipcia. Gebelein es el cerrojo del Alto Egipto.

-¿Y si pasáramos tan deprisa como fuera posible ante ese maldito edificio?

-Sus arqueros dispararían flechas en llamas, y la mayoría de nuestros barcos serían incendiados. Las tropas nubias y los hicsos acantonados en Elefantina serían avisados por las señales ópticas y diezmarían a nuestros hombres; luego, destruirían Tebas. Para que sea posible utilizar el Nilo, es necesario tomar Gebelein y no dar tiempo a su guarnición para pedir socorro. No olvidéis que desde lo alto de las torres, la vista alcanza unos cincuenta kilómetros al sur.

-Dicho de otro modo -concluyó el rey-, es imposible lanzar nuestra infantería al asalto y, más aún, sitiar la fortaleza. ¿Qué solución nos queda?

-Antes de tomar una decisión, debemos observar Gebelein.

-Me llevo una Mena de hombres y me encargo de ello -propuso Kamosis.

-No, hijo mío. Debes quedarte a la cabeza de nuestras tropas. Yo cumpliré esta misión.

-¡Es demasiado peligrosa, madre!

-El afgano y yo -dijo el Bigotudo- estamos acostumbrados a esta clase de expediciones. Si su majestad nos acepta a su lado, estará segura.

-En marcha -decidió Ahotep.

-En cualquier caso, es un objetivo diabólico, y muy bien colocado -comprobó el Bigotudo con cierto despecho.

Tendidos en las altas hierbas, la reina y sus dos compañeros contemplaban la fortaleza de gruesas murallas. Torres cuadradas, camino de ronda, portal monumental, fosos de protección... La bestia parecía invencible.

Desde aquel lugar, Ahotep y Seqen habían descubierto juntos Gebelein, a riesgo y ventura de ser detenidos por los guardias que efectuaban la tarea de avituallamiento.

-Tú, que siempre eres optimista -preguntó el Bigotudo al afgano-, ¿cómo lo harías?

-Esta vez, no veo cómo.

La moral de ambos resistentes no se desalentó.

-Observemos. Forzosamente, debe existir una grieta.

Tres veces al día, unos cuantos hicsos salían de la fortaleza e inspeccionaban los alrededores. Como en el pasado, Ahotep estuvo a punto de ser sorprendida; pero el afgano y el Bigotudo, acostumbrados a los combates en la oscuridad, supieron advertirla a tiempo y ocultarse. La patrulla pasó muy cerca del trío sin sospechar su presencia.

-Eliminar a estos no serviría de nada -consideró el afgano.

-Podríamos lanzarnos cuando entreabran la gran puerta -sugirió el Bigotudo.

-Algunos de los nuestros conseguirían entrar en el recinto -advirtió la reina-, pero serían aniquilados.

Llegaba un barco del sur.

Unos hicsos tenían bajo sus órdenes a esclavos egipcios, que a duras penas soportaban sus pesadas cargas. Uno de ellos tropezó en la pasarela y soltó el fardo. Al romperse en el muelle, la tinaja liberó unos treinta litros de cerveza.

Un hicso clavó su lanza en la nuca del descuidado, que no había pensado en defenderse ni en huir. Con el pie, el asesino tiró el cadáver al Nilo.

Ahotep intentó saltar, pero el poderoso brazo del afgano la mantuvo clavada en el suelo.

-Con todo el respeto que os debo, majestad, no intentéis nada. Por desgracia, el Bigotudo y yo hemos vivido muchas situaciones como esta. Si hubiéramos cedido a la cólera, no estaríamos ya en este mundo.

La descarga prosiguió volvió a partir hacia el sur.

-¿No podríamos pegar fuego a la ciudadela? -propuso el Bigotudo.

-Mientras dispusieran una enorme cantidad de leña al pie de los muros -opinó Ahotep-, nuestros soldados serían derribados por los arqueros hicsos. Y ni siquiera tenemos la certeza de que las llamas causaran grandes daños a esas murallas.

-Gebelein es realmente inexpugnable -murmuró el afgano, furibundo.

-Nunca te había visto en semejante estado -advirtió el Bigotudo.

-Nada me ha parecido nunca imposible, pero esta vez...

La noche caía, y el dios luna comenzaba a brillar con todo su fulgor.

-Él nos dará la solución -prometió la reina-. Sigamos observando.

Al día siguiente, no ocurrió ningún acontecimiento notable; las mismas patrullas, a las mismas horas. Dos días más tarde, el barco de avituallamiento se presentó con un cargamento más importante aún de enormes tinajas. Viejo y fatigado, uno de los esclavos no pudo soporta el peso e hincó una rodilla en tierra. Incapaz de proseguir, dejó su carga y miró a los ojos al hicso, que lo degolló con su puñal.

Un adolescente consiguió llevar la jarra hasta el portal de la fortaleza. Vigilado por los soldados del emperador, la puerta solo se abrió el tiempo necesario para dejar que penetraran en la fortaleza los alimentos sólidos y líquidos. Luego, el barco volvió a partir y llegó la hora de la última patrulla, antes del crepúsculo.

Día y noche, los arqueros se posicionaban en lo alto de las torres de vigía. Las antorchas eran tan numerosas que iluminaban los alrededores de las fortificaciones, lo que impedía cualquier agresión nocturna.

Al alba, el trío abandonó su escondrijo. Ni el Bigotudo ni el afgano habían entrevisto la menor solución, aun arriesgada, para derribar Gebelein.

Sin sorpresa alguna, escucharon la orden de la reina.

-Regresamos al navío almirante.

De origen asiático, aunque, sin embargo, llevara siempre un tocado a rayas en forma de seta que se adaptaba a su puntiaguda cabeza, el almirante Jannas ofrecía una engañosa apariencia. De talla media, casi flaco, lentos la palabra y el gesto, parecía un buen hombre, en el que se confiaba de buena gana.

En realidad, Jannas era un jefe de guerra implacable que, a lo largo de su brillante carrera, había ejecutado al pie de la letra y sin escrúpulos las órdenes del emperador. Como Apofis, estaba convencido de que la fuerza militar era la única clave del poder y de que era necesario exterminar a todos los que se oponían al dominio de los hicsos.

Eliminar a los piratas refugiados en las Cícladas le había supuesto varios años, pero el almirante desconocía la impaciencia. Solo contaba el éxito final. Y ahí era, precisamente, donde le apretaba el zapato, puesto que el comanditario de aquellos bandidos solo podía ser Creta, esa Creta que el emperador, por razones diplomáticas que escapaban a Jannas, se negaba a destruir.

«Mañana -pensaba el almirante-, los cretenses armarán a otros piratas. Y atacarán de nuevo los barcos mercantes de los hicsos.»

Quedaba una posibilidad de infligir a la gran isla un castigo del que no se repusiera, siempre que fuera considerado culpable de haber dado refugio a criminales huidos. Por esa razón, los bajeles hicsos habían llevado hacia Creta el último barco pirata activo aún. Guardándose mucho de interceptarlo, lo habían visto penetrar en una rada donde había desembarcado la tripulación.

El deber de Jannas estaba muy claro.

Los navíos de la flota de guerra de los hicsos se habían reunido para un asalto masivo. Esa vez, Creta no escaparía al almirante. Sus ciudades y sus pueblos serían incendiados, la campiña devastada y sus riquezas pasarían a manos del emperador.

-Un embajador solicita hablar con vos -le anunció su segundo-. Ha venido solo y sin armas, a bordo de una barca.

De unos cincuenta años de edad, barbudo, con una cuidada melena, el diplomático mostraba en su rostro los estigmas de la angustia.

Jannas lo recibió en cubierta, ante la gran isla.

-¿Puedo recordaros, almirante, que los cretenses son fieles súbditos del emperador?

-¡Súbditos que acogen y sostienen a nuestros enemigos! ¿De quién te estás burlando?

-Si estáis hablando de esos piratas que han creído que podían refugiarse entre nosotros, os equivocáis. Los hemos detenido y ejecutado. Sus cadáveres están a vuestra disposición.

Jannas se rió, sarcástico.

-¡No creo ni una sola palabra! Habéis eliminado solo algunos campesinos para engañarme, mientras que los verdaderos culpables cenan en la mesa de vuestro rey. ¿Cómo podrían haber escapado de mí durante tanto tiempo sin vuestro apoyo?

-¡Almirante, os juro que estáis equivocándoos! Creta es una provincia del Imperio hicso y todos los años voy a Avaris para presentar al emperador unos tributos cada vez más altos. Apofis es nuestro amado soberano, cuya autoridad ningún cretense piensa en discutir.

-¡Qué hermoso discurso de diplomático, más mentiroso que un beduino!

-Almirante, no os permito que...

-¡Pues bien, yo me lo permito! -lo interrumpió Jannas, furioso-. He perseguido uno a uno a los piratas. Antes de empalarlos, los he torturado y han hablado. Todos han dado la misma versión de los hechos; es decir, que atacaban nuestros barcos mercantes por cuenta de Creta, que recuperaba así los bienes ofrecidos al emperador. Dispongo de numerosas declaraciones que no dejan duda alguna sobre la culpabilidad de la gran isla.

-Es evidente que esos bandidos han mentido para no seguir sufriendo. ¿Por qué iba a actuar mi país de un modo tan irresponsable?

-Acabo de explicártelo, embajador. ¿Tienes acaso tapados los oídos?

-El emperador debe escucharme. Dejadme partir hacia Avans.

-Ni hablar. Creta es un refugio de piratas y debo destruirlo.

-¡No lo hagáis, os lo suplico! Doblaremos nuestros tributos.

-¡Demasiado tarde, embajador! Hoy, tus artimañas son ya inoperantes. Contempla tu isla y prepárate para defenderte junto a tus compatriotas. No me gusta vencer sin encontrar cierta resistencia.

-¿No existe ningún argumento que pueda aplazar vuestra decisión?

-Ninguno.

La destrucción de Creta supondría la cima de la carrera de Jannas. El almirante demostraría así a Apofis que el Imperio hicso debía seguir extendiéndose con la misma decisión que antaño. Durante la invasión de Egipto, fue la fuerza y solo la fuerza la que había prevalecido. Ni la diplomacia ni las concesiones a los vencidos tuvieron lugar nunca.

Al creer que podrían golpear al Imperio por medio de los piratas y sin sufrir las consecuencias de su felonía, los cretenses habían cometido un error fatal. Una vez exterminado su ejército, la gran isla se convertiría en base de partida para otras conquistas. La existencia de Jannas no tenía otro sentido que no fuera la conquista. Vencer exigía sacrificio, valor y sentido de la estrategia. Fracasar sería peor que morir.

De vez en cuando, el almirante se interrogaba sobre la actitud del emperador. ¿No se estaba volviendo en exceso paciente con la edad? El ejército seguía siendo omnipresente en Avaris, es cierto, pero ¿no cedía el palacio a un lujo excesivo? Egipto era una tierra de sortilegios, donde se perdía facilmente el gusto por los combates. Si hubiera sido Apofis, Jannas se habría instalado en un país mucho más rudo, como Siria, para no olvidar jamás que todo territorio no integrado en el Imperio por la violencia seguía siendo un enemigo potencial.

Pero el almirante se reprochaba ese tipo de crítica. Apofis veía mucho más claro que él y tenía, ciertamente, buenas razones para actuar así. Sin embargo, ¿no estaría el gran tesorero Khamudi ejerciendo una mala influencia sobre el señor de los hicsos? Jannas detestaba a aquel vicioso, preocupado solo por su beneficio personal. Pero, también en ese caso, ¿cómo oponerse a la voluntad del emperador, que había convertido a Khamudi en su mano derecha?

El almirante era la otra mano y no permitiría que el gran tesorero la cortara. De regreso a Avaris, debería tomar ciertas disposiciones que restringieran el campo de influencia de Khamudi, siempre tan dispuesto a eliminar a eventuales competidores.

La mañana era soberbia; el mar estaba en calma.

Sin duda, era un tiempo ideal para atacar la gran isla, que estaba viviendo sus últimos momentos de independencia antes de pagar muy cara su hipocresía.

El segundo del almirante, encargado de la coordinación de las tropas de asalto, se presentó en la puerta del camarote de Jannas.

-Almirante, todos los oficiales están en su puesto de combate.

-¿Algún problema particular?

-Ninguno. Las armas han sido verificadas, y las embarcaciones, dispuestas según vuestras órdenes.

Jannas salió a cubierta y observó la costa a la que se había acercado la flota de los hicsos.

-Ni un solo soldado cretense -advirtió-. Diríase que nos dejan el campo libre.

-¿No será una trampa, almirante?

-Claro que sí. Por eso, vamos a utilizar las catapultas para incendiar la vegetación. Buen número de cretenses se asará; los demás huirán. Por lo que se refiere a los que intenten resistir, que nuestros arqueros acaben con ellos. Luego, haremos una operación de limpieza por toda la isla, con la única consigna de no dejar supervivientes.

Los encargados de las catapultas solo aguardaban la señal de Jannas. Pero se produjo un acontecimiento imprevisto, ya que ligero y rápido, un barco hicso avanzaba hacia el navío almirante.

Intrigado, Jannas suspendió el asalto. ¿Qué querría aquel intruso?

Un oficial de enlace subió a bordo.

-Almirante, nuevas órdenes del emperador.

Jannas leyó el texto grabado en un gran escarabeo de material calcáreo.

Debido a un grave levantamiento en Anatolia, Apofis ordenaba al almirante que desdeñara a los últimos piratas, abandonara de inmediato las Cícladas y pusiera rumbo al este, avanzando lo más rápidamente posible para caer sobre los rebeldes.

-No creí encontraros tan fácilmente -dijo el enviado de Apofis-. ¡Es una suerte que fondearais tan cerca de Creta! Jannas esbozó una enigmática sonrisa.

-La suerte... Nunca cuento con ella.

Antes de dar una señal, que fue la de la partida, el almirante lanzó una furiosa mirada a la gran isla. Nada perdía por esperar.

E1 comandante de la fortaleza de Gebelein era un cananeo de unos sesenta años que se lo debía todo al emperador. En su juventud, había quemado numerosos pueblos en Palestina y en el Delta, había violado a una buena cantidad de mujeres y acabado con un gran número de

ancianos. Particularmente satisfecho de sus servicios, Apofis le había ofrecido, para finalizar su carrera, esa magnífica plaza fuerte que cerraba el sur de Egipto.

La insurrección de los tebanos no preocupaba en absoluto al comandante. Que hubieran conseguido reunir tropas en Cusae los embriagaba, pero aquella irrisoria hazaña no tendría futuro. Al no ser capaces de avanzar ni hacia el norte ni hacia el sur, permanecerían encerrados en su reducto, que el emperador aniquilaría cuando lo deseara.

El único peligro era Nubia. Pero el jefe que había federado algunas tribus para formar el reino de Kerma era un hombre razonable. Ser el aliado incondicional de los hicsos era mucho mejor que desafiarlos. Así pues, solo quedaba ya la rutina. Para evitar que adormeciera más aún a la guarnición, el comandante hacía reinar una disciplina férrea, con un estricto respeto de las tareas militares y domésticas. En cualquier instante, Gebelein estaba lista para repeler un asalto, forzosamente condenado al fracaso. Y si aparecía un barco tebano, un diluvio de flechas incendiarias lo mandaría al fondo.

Quedaban, como únicas operaciones delicadas, las patrullas matinales y vespertinas, que podían dar con un comando. Pero la reina Ahotep nunca se había atrevido a enviarlo, segura de que no tenía posibilidad alguna de éxito. Desde lo alto de las torres, los arqueros hicsos observaban permanentemente los alrededores y acabarían con cualquiera que intentara acercarse a las murallas.

Además, en caso de ataque, Gebelein advertiría con una señal óptica a una torre de vigía situada treinta kilómetros al sur. De señal en señal, las tropas de Elefantina se movilizarían rápidamente y descenderían por el Nilo, a toda velocidad, hacia la fortaleza. Podrían unírseles, incluso, los soldados nubios que residían aguas arriba de la primera catarata. Acabar con una pandilla de egipcios rebeldes sería una buena distracción.

-Comandante, el avituallamiento -informó campo.

Agua fresca, carne y pescado seco, legumbres, fruta, de razonable calidad... Los hicsos no carecían de nada.

-¿Es el barco habitual?

-Lo es.

Desde lo alto de las murallas, el comandante presenció la descarga de grandes tinajas ovoides, de tipo cananeo, con sus dos asas. La mayoría tenía una capacidad de unos treinta litros, y las había más grandes aún.

-Es el día de la miel, el aceite de oliva y el vino -recordó el ayuda de campo, goloso-. Encargué también unas cajas de tejidos para sustituir las ropas y las sábanas. Si la intendencia no ha hecho correctamente su trabajo, va a oírme.

Al comandante le complacía siempre ver a los egipcios humillados por los robustos soldados de negros cascos. No perdían la ocasión de golpearlos y hacer que sintieran su inferioridad. Al menor signo de rebeldía, se llevaba a cabo una ejecución sumaria.

La puerta de la fortaleza se abrió para dar paso al rebaño de esclavos con pesadas cargas. Obligados a apresurarse, la mayoría estaba al borde de la asfixia.

Apenas habían dejado su carga en los almacenes cuando debían correr de nuevo hacia la puerta, con la cabeza gacha, para salir enseguida de la fortaleza.

Una veintena de arqueros estaban apostados en el camino de ronda y apuntaban a los esclavos. Otra escuadra dirigía sus flechas hacia las inmediaciones de la puerta principal, por si algún insensato creía que podía aprovechar la entrega para penetrar en el gran patio.

Como de costumbre, las consignas de seguridad se respetaban al pie de la letra.

Embajador hicso en Nubia y magistral espía, el Tuerto no ignoraba nada de lo que ocurría en esa vasta región, poblada por tribus guerreras que el príncipe Nedjeh, un cabecilla nato de brutales métodos, acababa de federar.

Ex general de infantería y absoluto asesino, al Tuerto le había reventado el ojo izquierdo una nubia que no soportaba ser maltratada. Oficialmente, lo había perdido durante un heroico combate, del que había salido vencedor.

Durante mucho tiempo, había temido que el príncipe Nedjeh no estuviera imbuido de su autoridad, hasta el punto de atreverse a atacar Elefantina. Pero el nubio se había limitado a su rico dominio de Kerma, y afirmaba ser un fiel vasallo de Apofis, al que le hacía llegar, regularmente, los tributos.

Ese prudente comportamiento intrigaba al Tuerto. ¿No estaría Nedjeh preparándose en secreto para tomar la gran ciudad del extremo sur de Egipto, a la altura de la primera catarata? Sin embargo, las informaciones proporcionadas por los agentes del Tuerto nada tenían de inquietante. Según diversas fuentes, Nedjeh aumentaba de peso y solo se preocupaba ya por asentar su posición local.

Tras haber recorrido de nuevo, en todas direcciones, los territorios nubios para asegurarse de que no se incubaba incendio alguno, el Tuerto descansaba unas semanas en Elefantina, donde la guarnición de los hicsos vivía días tranquilos. El entendimiento con los escasos soldados nubios instalados aguas arriba de la catarata era perfecto, y cierto número de oficiales, tan lejos de Avaris, comenzaba a olvidar la vocación guerrera de su pueblo.

No era necesario ser un experto para advertir que la disciplina se relajaba día tras día y que el cuartel principal albergaba cada vez más mujeres, cuya presencia estaba prohibida antaño. La suavidad de los inviernos y el calor de los estíos habían ablandado poco a poco las más rudas almas, y se preocupaban más por los menús y la comodidad de la vivienda que por el mantenimiento de las armas.

La guarnición de Elefantina no disponía de carros ni de caballos, reservados para el ejército del norte. Sus barcos eran antiguos y hubieran necesitado serias reparaciones. En cuanto a la fortaleza, tan impresionante como la de Gebelein, tenía defectos de construcción. Su gran puerta permanecía a menudo abierta y la vigilancia de los centinelas no era muy atenta.

-¿Quién se atrevería a atacar Elefantina? -preguntó el gobernador de la ciudad al Tuerto, seducido por la nubia que había encontrado en su lecho y la excelente comida que le ofrecía el dignatario.

-¿Ningún problema con los nubios?

-¡Ni el más mínimo, mi querido amigo! Son aliados algo susceptibles, pero verdaderamente leales. El mero nombre del emperador impone la obediencia, y eso está bien. Entre nosotros, espero no ser llamado a Avaris. Lamentaría abandonar este pequeño paraíso.

Un copero tartamudeante se acercó a la mesa del gobernador.

-Un mensaje urgente... ¡Muy urgente!

-¿Qué pasa ahora? Apuesto a que los oficiales se quejan de la mediocre calidad de la cerveza local. De todos modos, no hay que...

La lectura del texto redactado por la torpe mano de un marino sobre un pedazo Alcáreo sofocó al gobernador.

-«Gebelein ha caído.» ¿Qué significa que Gebelein ha caído?

-Se han apoderado de esa fortaleza -precisó el Tuerto, estupefacto a su vez.

-No comprendo. Pero ¿quién...? Unos clamores ascendieron del Nilo.

-Tal vez no tardemos en saberlo, gobernador.

Los dos hombres subieron de cuatro en cuatro hasta lo alto de la torre principal de la fortaleza.

Desde aquel magnífico puesto de observación, descubrieron la flota de guerra tebana, con las velas hinchadas por un vigoroso viento del norte.

Cogidos por sorpresa, los barcos hicsos estaban ya hundiéndose. En pocos minutos, el ejército de Kamosis y de Ahotep desembarcaría para atacar la ciudadela.

-La puerta..., los arqueros..., el cuartel... ¡Pronto, hay que actuar deprisa! -chilló el gobernador, al tiempo que se precipitaba por la escalera.

En exceso apresurado, tropezó en un peldaño. Durante su interminable caída, su cabeza golpeó la pared varias veces. Al pie de la escalera, el dignatario hicso yacía muerto.

El pánico se apoderó de sus soldados, y resonaban órdenes contradictorias. Para el Tuerto, la única necesidad que se imponía era abandonar aquella ciudad y llegar a Kerma para avisar al príncipe Nedjeh.

Por primera vez, el Bigotudo y el afgano no tuvieron que participar personalmente en el asalto decisivo que produjo la caída de Elefantina. Privados de jefe, desorganizados, los hicsos se defendieron, sin embargo, encarnizadamente; pero el entusiasmo de los tebanos era tal que barrió al adversario en pocas horas.

-Esos muchachitos, realmente, no se comportan mal -consideró el Bigotudo.

-El trabajo acaba siempre dando resultados -precisó el afgano-. Hoy recogen el beneficio de la instrucción que la reina les impuso.

Ahotep acababa de aparecer en el atrio del templo de Khnum, el santo patrón de Elefantina, en compañía del faraón Kamosis, tocado con la corona blanca. Llevando un arco en la mano izquierda y el signo de vida *ankh* en la diestra, encarnaba Tebas liberadora.

El joven Kamosis nunca había experimentado tal sensación de felicidad. Gracias al plan de Ahotep, ejecutado con fulminante rapidez, todo el territorio que iba de Tebas a Elefantina se hallaba libre de hicsos.

En las calles y en las plazas, la población festejaba a los soldados del ejército de liberación y se preparaban ya banquetes que durarían hasta muy entrada la noche.

Un sacerdote muy anciano salió del templo. Caminaba con dificultad, apoyándose en un bastón.

-Me hubiera gustado inclinarme ante vuestras majestades, pero mi espalda está en exceso rígida. ¡Qué felicidad acogeros aquí! Hice bien al luchar contra la muerte con la insensata esperanza de ver liberada esta ciudad.

-Apóyate en mi brazo -le recomendó la reina.

-Majestad, yo...

-Te lo ruego. Eres el guardián del torno de alfareros, ¿no es cierto?

El arrugado rostro del anciano se iluminó.

-¡A pesar de todas sus búsquedas, los hicsos no lo encontraron! En este templo fue fabricado el primer remo gobernalle que permite dirigir el navío del Estado. Y también en este santuario el dios Khnum modeló en su torno de alfarero a todos los seres vivos. Voy a revelaros todos estos misterios antes de morir en paz.

Procedentes del desierto, decenas de gacelas habían invadido los jardines de Elefantina y jugaban con los niños. Era de nuevo posible celebrar la fiesta de su protectora, la diosa Anukis, representada bajo la forma de una hermosísima mujer, que llevaba una corona blanca adornada con finos cuernos de gacela.

Mientras la ciudad dejaba estallar su alegría, el viejo sacerdote permitía el acceso a las criptas del gran templo, construidas bajo las losas del naos. Los militares hicsos habían profanado cien veces aquel lugar, sin sospechar que los tesoros que deseaban se hallaban bajo sus pies.

El remo gobernalle, de acacia, era tan pesado que Kamosis tuvo que recurrir a varios hombres para sacarlo de lás profundidades. En adelante, dirigiría el navío almirante.

Luego, el joven faraón tuvo en sus manos el torno de alfarero con el que el dios Khnum había dispuesto la bóveda celeste, había levantado el firmamento y modelado el cosmos para que la luz se extendiera por él. Uno a uno, los dioses, los animales y los hombres habían salido de aquella matriz.

El anciano, la reina y el rey subieron al tejado del templo para exponer el torno al sol y permitirle funcionar de nuevo.

-La vida se reanuda -declaró el sacerdote-; el soplo anima la materia.

Cuando se desveló el cielo nocturno, el viejo sabio mostró a sus huéspedes cómo utilizar los instrumentos de observación que habían ayudado a los antiguos a comprender el movimiento del sol, de la luna y de las estrellas. Capaces de determinar el momento de la culminación, superior e inferior, de un cuerpo celeste, los astrónomos de Asuán sabían que las estrellas llamadas fijas se desplazaban y que el centro a cuyo alrededor parecían girar cambiaba también de posición a causa de la precisión del eje del mundo[1].

Nota: Cfr. Z. Zába, L'Orientation astronomique dans 1'ancienne Égypte et la précession de l'axe du monde, Archiv. Orientalni Supplementa 11 (Praga), 1953.

Maravillado, el joven Kamosis habría escuchado noches y noches a aquel anciano, tan feliz por transmitir su ciencia.

-Mañana mismo -prometió el faraón- formarás a tus sucesores. Se nombrarán numerosos sacerdotes, servidores y artesanos para que este templo recupere su esplendor y su actividad pasados.

-Entonces, mi muerte tendrá que esperar un poco aún, majestad.

Ahotep tenía los ojos clavados en la primera catarata, que marcaba la frontera con Nubia.

Como su hijo, apreciaba plenamente la resurrección de Elefantina. Pero se trataba solo de una etapa, y aquella victoria, por brillante que fuese, seguía siendo muy frágil.

Más allá de aquella barrera de rocas iluminada por el dios luna, estaba el enemigo; un enemigo capaz de aniquilar al ejército de liberación.

La reina Ahotep y el rey Kamosis se recogieron largo rato en la isla de Biggeh, donde, según la tradición, se hallaban a la vez el cuerpo de Osiris y las fuentes del Nilo. Brotando de una caverna, la mitad de las aguas del río tomaba la dirección del norte, y la otra, la del sur. Esas fuentes eran tan profundas que nunca nadie podría alcanzarlas.

En la isla reinaba un silencio absoluto. Ni los pájaros cantaban allí, para respetar el reposo del dios resucitado, que Isis, la hechicera, había arrancado de la muerte. Por Osiris y en él renacían las almas de los justos, los seres de luz, de los que entonces formaba parte el faraón Seqen.

A bordo del navío que los devolvía a Elefantina, el joven monarca no pudo ocultar a Ahotep su profunda emoción.

-Esta ciudad es la cabeza del país, la capital de la primera provincia del Alto Egipto, y preserva los orígenes sagrados del Nilo. Al controlarla de nuevo, hacemos del río nuestro invencible aliado. Como Osiris, la tierra

de los faraones renace. ¿No convendría olvidar a los nubios y partir de inmediato hacia el norte?

-No, hijo mío, pues hay que abrir definitivamente la tenaza, privando al príncipe Kerma de cualquier deseo de atacarnos. Y solo existe un modo de lograrlo; es decir, recuperar el fuerte de Buhen y cerrar así Nubia.

Kamosis desenrolló un papiro en el que se había dibujado un sumario mapa.

-Debemos, pues, navegar casi hasta la segunda catarata. ¿No corremos el riesgo, en tan largo recorrido, de caer en una emboscada tendida por el príncipe de Kerma, mucho antes de la fortaleza?

-Es una posibilidad -reconoció Ahotep-, pero cuento más bien con la ciega confianza que siente en la capacidad de Buhen para detener cualquier asalto. Se trata de una plaza fuerte tan poderosa como las de Gebelein y Elefantina reunidas. Si el gobernador egipcio no nos hubiera traicionado en beneficio de los hicsos, los nubios no habrían conseguido, ciertamente, apoderarse de ella.

-¿Pensáis utilizar por segunda vez la artimaña de las tinajas?

-Temo que eso sea imposible, Kamosis.

-Entonces, tenemos que pensar en un asedio largo y penoso, de incierto resultado. Y entretanto, el frente de Cusae puede ceder.

-Es otra posibilidad -admitió la reina-. Si mi estrategia te parece inadecuada, eres muy libre de rechazarla.

-¿Quién se atrevería a contrariar vuestra voluntad, madre, puesto que sois la liberadora de Egipto?

-Tú eres el faraón. Ordena y te obedeceré.

Kamosis contempló el Nilo.

-Al convertiros en la esposa de dios, al dar todo vuestro amor a este país que os venera con razón, trazáis en la tierra un camino que nace en el cielo. Soy solo un joven rey y no dispongo aún de vuestra mirada y vuestra clarividencia. Me pregunto a veces si sois por completo de este mundo o si una parte de vuestro ser se encuentra al otro lado de lo visible, para llevar a buen puerto este ejército. Nunca os daré una orden, madre, y os seguiré adonde vayáis.

La fiesta había terminado, la ciudad estaba silenciosa y las gacelas habían regresado al desierto. Aunque la mayoría de los soldados sufrieran una fuerte jaqueca, todos los que debían partir hacia Nubia se

habían reunido en los muelles. Envidiaban a los camaradas que formarían la nueva guarnición de Elefantina.

El canciller Neshi se aproximó al faraón.

-Todo está listo, majestad. Hemos embarcado gran cantidad de víveres y armas. Yo mismo he comprobado cada cargamento.

-Pareces contrariado, canciller.

-Nuestros hombres tienen miedo, majestad. Los habitantes de Elefantina les han hablado de guerreros negros tan peligrosos como las fieras. Cada cual sabe que Nubia es un depósito de maleficios que nadie podría borrar. ¿Acaso no se hundió, en estos ardientes desiertos, el ojo del creador con la intención de destruir toda forma de vida? Si renunciarais a esa expedición hacia lo desconocido, todo el mundo se sentiría aliviado.

-¿También tú, Neshi?

-Yo me sentiría decepcionado e inquieto; decepcionado, por la falta de constancia del mando, e inquieto, por el proceso de liberación.

-¡No son estas palabras muy diplomáticas!

-No soy un diplomático, sino el portador del sello real, que valida y da a conocer las decisiones del faraón. Si me parecen malas, debo ser sincero. Y si esta sinceridad os disgusta, majestad, destituidme de mis funciones y sustituidme por alguien más dócil.

-Sobre todo, Neshi, no cambies.

-El miedo de nuestras tropas es una desventaja que no sé cómo combatir.

-Mi madre pidió a los artesanos de Elefantina que fabricaran unas armas nuevas que deberían tranquilizarlos.

Deslumbrante con su larga túnica verde, la reina Ahotep, tocada con una diadema floral, se presentó ante el ejército de liberación, seguida por varios artesanos que llevaban pesados cestos.

-Vamos a enfrentarnos con temibles adversarios -reconoció-. Antes incluso de llegar al fuerte de Buhen, tendremos que vencer a unos guerreros nubios que combatirán con ferocidad. Pero existe un medio mágico de debilitarlos, que consiste en utilizar estos objetos cubiertos de eficaces signos.

De uno de los cestos, Ahotep sacó un bumerán en el que se había grabado un *ojo* completo, una cobra erguida, un grifo y una cabeza de chacal.

-*El ojo os* permitirá ver el peligro -dijo-, y la cobra, disiparlo. Gracias al grifo y al chacal, las fuerzas destructoras del desierto se mantendrán al margen. Oficiales y suboficiales irán provistos de estos bumeranes para proteger a los hombres que estén bajo su mando. Y un marfil portador de los mismos signos hará apacible nuestra navegación.

La reina no les había mentido nunca, de modo que los soldados estuvieron convencidos de que, también esa vez, Ahotep lograría conjurar la mala suerte.

Con entusiasmo, los marinos izaron las velas y sus vergas con la ayuda de una driza, y tiraron de esta con todas sus fuerzas. La maniobra era delicada, incluso para profesionales, pero no se produjo incidente alguno, y las velas se desplegaron ante la atenta mirada de los capitanes. En el navío almirante, siete rudos mocetones izaron la alta verga por medio de dos drizas, mientras el octavo trepaba a lo alto del mástil para ayudarlos. Los manejos de este divirtieron a un joven simio, que se mostró más rápido y se burló de la tripulación lanzando grititos.

Los ladridos de Risueño el Joven advirtieron al indisciplinado de que no exagerara. Sentado en lo alto de la vela mayor, el mono se dio por enterado.

El faraón en persona manejó el remo gobernalle mientras el barco tomaba por un canal que le permitía evitar las rocas de la primera catarata y desembocar de nuevo en el Nilo.

Con su largo bastón de extremo ahorquillado, el proel Lunar medía la profundidad del agua, sin tener derecho a errar. El avance de la embarcación se hacía, así, lentamente.

Dotado de una capacidad de concentración fuera de lo común, Lunar era su pértiga. Con todo su ser, con todos sus sentidos, vivía cada movimiento del agua y percibía sus múltiples trampas.

Ahotep advirtió que la frente de Lunar se fruncía con dos profundas arrugas, como si los riesgos no dejaran de aumentar. La reina miró el agua del canal que brillaba bajo el sol y dirigió una plegaria a Hapy, el dinamismo del río, para que no contrariara el desplazamiento de la flota de guerra.

A popa del navío almirante, el Bigotudo advirtió que el afgano parecía cada vez más incómodo. Su rostro adquiría un extraño color verde.

-Cualquiera diría que no te gusta mucho navegar.

-Mira hacia otra parte; me aliviarás.

-Vomita en paz, afgano. Nos quedan solo algunas semanas de viaje, interrumpidas por mortíferos combates. Esperemos, en tu beneficio, que algunos sean en tierra firme.

Con el estómago revuelto, el afgano no tenía ya fuerzas para replicar.

-Tranquilízate -le dijo el Bigotudo-. Parece que el río está más bien calmado en Nubia. Para naturalezas frágiles como la tuya, es preferible, ¿no? Ah, cuidado... Vamos a cruzar una especie de rápido que puede sacudirnos un poco. Sobre todo, no mires; no estoy seguro de que nuestro barco aguante.

Poco a poco, las arrugas de la frente de Lunar desaparecieron. Muy atento aún, el proel manejaba su pértiga de modo más distendido.

La reina Ahotep dejó de mirar el agua para contemplar los bosquecillos de palmeras, brillantes bajo el sol.

-¡Buena noticias, afgano! -exclamó el Bigotudo-. Acabamos de entrar en Nubia.

Mas estrecho que en Egipto, el lecho del río estaba flanqueado por palmeras, con los pies en el agua y la cabeza al sol. La mayoría eran centenarias, y las más vigorosas producían hasta treinta racimos de dátiles. Al llegar a su madurez con la crecida, entre julio y septiembre, ofrecían un saludable alimento durante el período cálido. De unos veinte metros de alto, las palmeras-dum tenían la particularidad de que su tronco se bifurcaba, dos veces o más, y cada una de sus ramas terminaba en una especie de corona. Además de sus frutos de un pardo rojizo y carne suave y azucarada, proporcionaban una sombra bienhechora. Y su nuez contenía un líquido refrescante, que gustaba al Bigotudo.

-¿Te encuentras mejor, afgano? Se diría que el barco se bambolea algo menos.

Verdoso aún, el interpelado apenas se alimentaba.

-Algún día te llevaré a mis montañas en pleno invierno. Veremos si presumes tanto con los pies en la nieve. Conociéndote como te conozco, te agarrará el vértigo y no podrás ya subir ni bajar. Y entonces, no cuentes conmigo para ayudarte.

-De momento, estamos en Nubia y mejor harías mirando hacia delante. Tenemos visita.

Eran muy negros, muy altos, muy fuertes, armados con lanzas y arcos. Su vestimenta se limitaba a un simple taparrabos; sus rostros y sus torsos estaban adornados con pinturas guerreras. Ahotep hizo que el navío almirante se detuviera.

-La pasarela -ordenó.

-Madre -se inquietó Kamosis enseguida-, no bajéis a tierra.

-Son hombres belicosos, pero no carecen del sentido del honor. No matarán a una mujer que va a su encuentro, sola y sin armas.

El Bigotudo no estaba tan seguro de ello. El brazo del afgano se posó en el suyo.

-No los amenaces y déjala actuar. Sabe adónde va.

-¡Esos brutos van a matarla!

-Nadie mata a una mujer como ella. Míralos... Dentro de poco se prosternarán ante la reina de Egipto.

Sorprendido por la actuación de Ahotep, un alto mocetón con las muñecas adornadas con brazaletes de oro se abrió paso entre las hileras de sus soldados para enfrentarse con aquel inesperado adversario.

-Soy Ahotep, soberana de las Dos Tierras, y acompaño al faraón Kamosis, a la cabeza de su ejército.

-Yo soy el jefe de la tribu de los medjai y creía que no existía más faraón que Apofis. ¿Qué venís a hacer en mi territorio, reina de Egipto?

-Combatir a los aliados de los hicsos que ocupan mi país y recuperar la fortaleza de Buhen, entregada al enemigo por traidores y colaboracionistas.

-¿Estáis, acaso, decidida a librar batalla con el príncipe de Kerma?

-Puesto que es el fiel amigo del emperador de las tinieblas, le quebraré el espinazo.

-El príncipe Nedjeh es invencible.

-El faraón lo vencerá.

El nubio pareció turbado.

-¿Qué desean los medjai? -preguntó Ahotep, cuya serena belleza fascinaba a su interlocutor.

-Los medjai pitan gran parte de esta tierra, entre la primera y la segunda cataratas. El príncipe de Kerma quiso convertirnos en sus esclavos; nos negamos. Entonces, mató a muchos de nosotros y destruyó numerosas aldeas, con la ayuda de los hicsos, de coraza y casco negros. Nos refugiamos en el desierto y solo hemos salido de él en estos últimos días, al saber que una flota procedente de Tebas acababa de liberar Elefantina y penetraba en Nubia. Hemos matado a los soldados del príncipe de Kerma que se disponían a atacaros. Por algún tiempo, creímos que el tal Nedjeh sería nuestro liberador. En realidad, es solo un tirano. Por eso, deseamos combatir al lado del faraón de Egipto.

Ante la atónita mirada de Kamosis, del Bigotudo y de los soldados egipcios, los medjai se prosternaron ante la reina Ahotep.

El afgano no presumió de su acierto, pues ni siquiera él mismo había creído en su predicción.

-Esta mujer es, por sí sola, un milagro -murmuró.

El egipcio Soped, comandante de la fortaleza de Buhen, había escuchado al Tuerto con atención. El embajador de los hicsos era todo lo contrario de un fabulador, y conocía Nubia mejor que nadie, de modo que sus advertencias no debían tomarse a la ligera.

-De acuerdo, Tuerto; un ejército de liberación procedente de Tebas se ha apoderado de Elefantina. Es un golpe duro para los hicsos, ciertamente, pero es solo un revés momentáneo. Sabéis, como yo, que la reacción del emperador será terrible. Arrasará Tebas y Elefantina para instalar allí guarniciones que impidan, en el futuro, cualquier revuelta. Yo soy un buen servidor del príncipe de Kerma. Lavé mis pies en las aguas de mi dueño y pertenezco a su séquito. Por eso, estoy sano y salvo(1).

Nota. Expresión egipcia para designar la fidelidad absoluta.

-Sin duda alguna, comandante; pero, de todos modos, deberíais reforzar vuestras defensas.

-Buhen es inexpugnable.

-¡También Gebelein lo era!

-La comparación no se sostiene. Buhen es una ciudad en pequeño y dispongo de una guarnición lo bastante numerosa como para rechazar cualquier asalto. Además, no olvidéis que las tropas del príncipe de Kerma y la tribu de los medjai han debido de hundir, ya, la mayoría de los navíos de ese ridículo faraón Kamosis. Creedme, amigo mío; ningún barco enemigo llegará hasta Buhen.

-Es probable -admitió el Tuerto-, pero temo la eficacia de la reina Ahotep.

-¡Una mujer! ¿Estáis bromeando?

-Esta mujer parece haber hecho un pacto con los dioses.

-Los dioses no protegieron Egipto durante la invasión de los hicsos, y tampoco lo protegerán hoy.

-Me dirijo a Kerma para avisar al príncipe Nedjeh y pedirle que os envíe refuerzos.

-¡Se reirá en vuestras narices!

-Prefiero que se tomen todas las precauciones.

-¿Por qué estáis tan inquieto? Se trata solo de los últimos sobresaltos de una facción tebana lo bastante loca como para creer, aún, en la independencia de Egipto.

-Cuando esa Ahotep haya muerto, me sentiré mucho más tranquilo.

-¡Sin duda, mientras hablamos, lo está ya! Gozad de Kerma y saludad de mi parte al príncipe Nedjeh. Al parecer, su palacio no deja de embellecerse y su corte pronto será más brillante que la de los faraones.

Con alivio, el comandante vio cómo el embajador de los hicsos partía hacia el sur. El Tuerto comenzaba a dejar que lo invadieran temores de anciano, incapaz de enfrentarse con las nuevas situaciones. El emperador no lo mantendría mucho tiempo en funciones y lo sustituiría por un dignatario más joven y más dinámico, que no tuviera miedo de su sombra.

A Soped no le habían gustado en absoluto las recomendaciones del Tuerto. ¿Quién conocía mejor que su comandante la capacidad de resistencia de la fortaleza? Aquella misma noche redactaría un informe muy crítico sobre el comportamiento del Tuerto y lo enviaría urgentemente al príncipe de Kerma, para que este exigiera su dimisión ante el emperador.

El comandante Soped podía estar orgulloso de su carrera. Simple suboficial había comprendido muy pronto que los hicsos eran los nuevos dueños de Egipto y que era preciso facilitarles al máximo la tarea, de modo que había denunciado a todos sus superiores como cómplices de los tebanos.

El emperador no se había mostrado ingrato, ya que, a cambio de aquella colaboración espontánea, le había nombrado comandante de la fortaleza de Buhen, con la misión de convertirla en un bastión inexpugnable y

decapitar a cualquiera que fuera sospechoso de oponerse, aun solo con el pensamiento, a los hicsos. Soped lo había aprovechado para eliminar a todos los que le disgustaban, en perfecto acuerdo con su adjunto, llegado de Kerma para vigilarlo. A veces, el nubio se veía obligado a frenar el ardor del colaboracionista, cuya sed de ejecuciones parecía insaciable.

En el presente, el comandante Soped reinaba sin discusión en aquella plaza fuerte que servía de abrigo a las caravanas, de puesto de control para las mercancías, de taller de lavado de oro y de centro postal. Al obedecer, a la vez, las órdenes del emperador y las del príncipe de Kerma, Soped conseguía no disgustar ni al uno ni al otro. Y cuando un período de tranquilidad se prolongaba de un modo excesivo, no dejaba de torturar a un civil, hasta que confesaba que estaba fomentando una conspiración.

Como se quedaba con modestas cantidades de oro en cada operación de lavado, el comandante iba amasando, poco a poco, una pequeña fortuna. Su única preocupación era que apareciese un rival que intentara destronarle de un modo desleal; pero su vigilancia era tal que no temía en absoluto esa eventualidad.

-La cena está servida -le avisó su copero.

Una nueva velada tranquila en perspectiva.

El omnipotente príncipe de Kerma, Nedjeh, le estaban dando un masaje con aceite de karité, el «árbol de la mantequilla», cuyo fruto contenía una almendra oleaginosa. Desde hacía dos años, el apuesto atleta negro había engordado veinte kilos y era ya casi obeso. Pero ¿cómo resistirse a los platos con salsa y los postres de sus cocineros?

Cuando había tomado el poder en la fértil región del Dongola, justo por encima de la tercera catarata, Nedjeh era un guerrero ávido de conquistas. Dueño de una generosa cuenca, donde los cereales crecían en abundancia y el ganado prosperaba, Nedjeh había creído que podría apoderarse de Elefantina, luego de Tebas, y conquistar así el Alto Egipto. Pero la perspicacia del emperador Apofis había decidido otra cosa, y el nubio consideraba preferible no enfrentarse con los hicsos.

Al mantenerse como su fiel aliado y enviar tributos a Avaris, el príncipe Nedjeh se aseguraba la tranquilidad y podía comportarse como un déspota en la región que controlaba con un implacable puño.

Había embellecido su capital de un modo espectacular, haciéndose construid, en pleno centro, un castillo-templo de adobes y de unos treinta metros de altura. Una escalera monumental llevaba a lo alto, desde donde se divisaba la ciudad. Al sudoeste, una gran choza circular servía de sala de audiencia; al este, se veía un cementerio, cuyas tumbas principales estaban adornadas con cabezas de buey. Bastiones de tierra, torres de

vigía y pesadas puertas se encargaban de la seguridad de Kerma, donde tanto se sacrificaban esclavos como carneros.

La última coquetería de Nedjeh consistía en tejas de cerámica y frisos que representaban leones. Gracias a las minas de oro, la riqueza del príncipe no dejaba de aumentar y la aprovechaba para darle a Kerma un esplendor de su agrado. Apofis, con el que se comunicaba mediante unos escarabeos inscritos transportados por los correos imperiales, le había enviado carpinteros de innegable talento. De ese modo, su palacio estaba lleno de muebles refinados de estilo egipcio.

Los habitantes de la nueva capital no carecían de nada. Gracias a las buenas relaciones comerciales con los hicsos, cargamentos de tinajas minoicas y chipriotas llegaban regularmente a Kerma, donde los jefes de tribu prestaban fidelidad a Nedjeh.

Era evidente que el príncipe había engordado, y nadie lo lamentaba. La buena carne y el lujo le hacían olvidar sus ambiciones guerreras en beneficio de la comodidad. El precio que debía pagar era solo una incondicional alianza con los hicsos, pero ¿sabrían esos depredadores limitarse al exterm¡mo de los egipcios? El oro de Nubia era tan tentador...

Nedjeh se tranquilizaba aumentando, año tras año, la cantidad del precioso metal que ofrecía al emperador. Así, Apofis respetaba a la lejana Kerma, que no le amenazaba en modo alguno.

Cuando el mayordomo del príncipe le anunció la visita del Tuerto, Nedjeh hizo una mueca. El embajador hicso era un especialista en la artimaña y la manipulación, y no resultaba fácil mentirle. Y como venía para reclamar más oro, el príncipe de Kerma tendría que convencerle de que sus mineros no habían extraído n¡ un gramo más.

-¡Tienes buen aspecto, Tuerto!

-La apariencia es a veces engañosa, príncipe.

-Vamos, vamos... ¿No traerás malas noticias?

-El ejército tebano se ha apoderado de Gebelein y Elefantina.

-Lo sé, puesto que recibí tus mensajes. Es molesto, claro está, pero ¿esas posiciones no serán recuperadas pronto por los soldados del emperador?

-Sin duda.

-¿Por qué preocuparse, entonces?

-Porque Ahotep y el faraón Kamosis han entrado en Nubia. Nedjeh soltó una carcajada.

-¡Una mujer y un adolescente! Al cometer esa locura, se han condenado a muerte.

El Tuerto parecía deprimido.

-No estoy tan seguro de eso.

-¿Y por qué vas a dudarlo? Serán solo un bocado para mis tropas destacadas junto a la primera catarata y la tribu de los media¡.

-En estos últimos tiempos, los media¡ me han parecido cada vez menos seguros. Vuestros hombres los han maltratado y sé que son rencorosos.

-¡Nunca se atreverán a desobedecerme! No dudes de que el ejército tebano ha sido exterminado.

-Y suponiendo que no sea así, ¿no sería oportuno reforzar las defensas de Buhen?

-¡Buhen es inexpugnable! Si el bueno de Soped no hubiera traicionado a los suyos, me habría visto obligado a realizar un interminable asedio sin estar seguro de apoderarme de la fortaleza.

-Creo que cometeríamos un grave error al considerar inofensivos a los tebanos. Ahotep es un verdadero jefe de guerra. Para un ejército considerado desdeñable, tomar Gebelein y, luego, Elefantina resulta una verdadera hazaña.

-¡No ensombrezcas la situación, Tuerto! Esos aventureros se aprovecharon de circunstancias favorables; solo eso.

-Príncipe, os aconsejo que mandéis refuerzos a Buhen.

-Francamente, me parece inútil.

-Como representante del emperador de los hicsos, me veo, pues, obligado a ordenároslo.

Conteniendo su furor, Nedjeh se doblegó.

-Como quieras..., pero te encuentro muy alarmista.

-Si los media¡ se han vuelto contra vuestras tropas, Ahotep y Kamosis habrán tenido el campo libre. Su objetivo principal solo puede ser Buhen. Si recuperan esa plaza fuerte, os inmovilizarán en Kerma.

-¡Cuántas hipótesis no verificadas!

-Mi instinto me ha engañado pocas veces. Sé que la tal Ahotep es peligrosa y que debéis intervenir.

-No se hable más. Las órdenes del emperador serán ejecutadas, como de costumbre. ¿Ha tenido Apofis un solo motivo para quejarse de mí?

-Ninguno -reconoció el Tuerto, satisfecho por el resultado de su gestión-. Vos, el príncipe de Kerma, tendréis el privilegio de aplastar la revuelta tebana. Naturalmente, obtendréis de ello importantes beneficios. En el informe que Apofis exigirá, haré un vibrante elogio de vos.

-Siempre serás bienvenido a mi ciudad, Tuerto. ¿Crees que el emperador estará satisfecho si su embajador le lleva la cabeza de Ahotep y la de Kamosis en la punta de una pica?

-Sin duda, apreciará ese tipo de homenaje.

-¡De acuerdo, pues, amigo mío! ¿Y si fuéramos a divertirnos un poco?

La distracción preferida de Nedjeh, después de los abundantes banquetes, eran las mujeres. Y en ese terreno, el embajador de los hicsos se sentía capaz de rivalizar con él, tanto más cuanto Kerma albergaba espléndidas criaturas, de temperamento muy ardiente.

Una de las inmensas cámaras de palacio estaba reservada a las nuevas conquistas del príncipe, que, pese a su gordura, seguía siendo un vigoroso amante.

Eran cuatro, jóvenes, hermosas y sonrientes.

-Te dejo elegir, Tuerto.

-¡Príncipe, sois demasiado generoso!

-Por favor, es un regalo para celebrar Nuestro entendimiento.

Lo que el hicso prefería en Nubia eran las nubias. Conquistadoras y dóciles al mismo tiempo, panteras inquietantes y lánguidas gatas, lo fascinaban. Se había vinculado a esa dura tierra, abrasada por el sol, por ellas.

Y el Tuerto saboreó plenamente el suntuoso regalo del príncipe de Kerma.

Caía la noche cuando Nedjeh sacudió al embajador hicso.

-¡Te has dormido, amigo mío! Antes de cenar, me gustaría enseñarte mi última locura.

El Tuerto se desperezó. Dos nubias le habían arrebatado toda su savia y, de buena gana, se habría sumido en un sueño reparador. Pero le era imposible disgustar al príncipe.

Acompañado por dos guardias de corps, Nedjeh llevó al embajador hasta el cementerio del este, donde se habían excavado sepulturas de grandes dimensiones reservadas a los dignatarios.

-Voy a concederte un nuevo privilegio, Tuerto; es decir, visitar mi tumba, que será digna de la de un gran faraón. Vosotros, los hicsos, no atribuís gran importancia a vuestra última morada; aquí, es distinto. He tenido un palacio en vida; quiero otro para mi muerte.

Los dos hombres tomaron un largo y empinado corredor que desembocaba en una antecámara, que, a su vez, daba paso a un panteón lleno de estatuas, tinajas y muebles tomados de Elefantina. Pero lo más impresionante era la alfombra de cráneos humanos que cubría el suelo de tierra batida.

-No me gusta que me contraríen -reconoció Nedjeh-. Monto en cólera, y eso me obliga a eliminar al que se atreve a discutir mi poder. Y tú me has contrariado mucho, Tuerto.

El hicso retrocedió y aplastó las osamentas. No había salida posible.

-Escuchad, príncipe...

-Quien me contraría no merece mi perdón. Sin embargo, voy a concederte un nuevo favor, ya que tu cráneo permanecerá en esta tumba con los de los esclavos que maté con mis propias manos.

El Tuerto intentó abrirse paso, pero no podía medirse con el nubio, que lo derribó al suelo y, luego, de un violento taconazo, le quebró la nuca.

Oficialmente, el embajador habría sufrido una apacible muerte en la buena ciudad de Kerma. Y al emperador no le sería fácil encontrar un hicso que conociera tan bien la región como aquel insoportable aleccionador. ¿Cómo podía haber creído aquel vanidoso Tuerto que Nedjeh iba a dejar qué le dictaran su conducta?

Unos violentos golpes en la puerta despertaron al comandante Soped en plena noche.

Irritado, se levantó y abrió al jefe de la guardia nocturna.

-¿Qué ocurre?

-Una patrulla acaba de descubrir un maleficio no lejos de la entrada principal.

-¿Un maleficio?

-Un bumerán de marfil con signos mágicos. Dos soldados han intentado recogerlo, pero les ha abrasado las manos. Los hombres están muy inquietos, comandante. Aguardan vuestra intervención.

Soped se vistió apresuradamente. En Nubia, ese tipo de acontecimiento no debía ser tratado con desprecio, porque los brujos negros poseían verdaderos poderes. Por razones que no estaban claras, uno de ellos había decidido emprenderla con la fortaleza.

Lo urgente era destruir el soporte del maleficio.

Enojado, Soped cruzó el patio a grandes zancadas y salió del fuerte por la gran puerta.

Decenas de soldados nubios e hicsos estaban reunidos en torno al objeto del delito.

-¡Apartaos! -ordenó el comandante.

La luz de la luna iluminaba un bumerán de marfil, en el que se habían trazado unos signos que asustaban a los soldados de Buhen, especialmente el uraeus erguido y el grifo de agresivo pico.

-No es nada -declaró Soped, que temblaba como una palma batida por el viento.

-Si realmente no es nada -objetó un nubio-, tomad este objeto y quebradlo.

-¡Al parecer quema! Hiriéndome no voy a disipar esta magia.

Todos comprendieron que el comandante tenía miedo. Los centinelas habían abandonado su puesto y se habían reunido con sus camaradas, cuya mirada no podía apartarse del misterioso bumerán.

-¡Los ojos de la cobra... se enrojecen! -exclamó uno de ellos.

-¡Y los de la cabeza de Anubis también! -prosiguió su vecino.

-Traedme un mazo -ordenó el comandante-. Debo romper este marfil.

El que fue a buscar la herramienta no regresó. Fue estrangulado por uno de los medjai que acababa de penetrar en la fortaleza por la gran puerta, entreabierta y sin vigilancia. Los guerreros negros habrían corrido el riesgo de escalar los muros, pero la magia de Ahotep les había evitado aquel peligroso ascenso. Rápidos y ágiles, acabaron con los guardias del patio; luego, subieron a lo alto de las torres de vigía y se libraron de los arqueros.

-¿Llega o no ese mazo? -se impacientó el comandante, manteniéndose a respetuosa distancia del marfil mágico, que seguía animado por los rayos del dios luna.

El ruido de la gran puerta al cerrarse le hizo dar un respingo. Los soldados se volvieron, atónitos.

-¡El imbécil que acaba de hacer eso irá al calabozo! -prometió Soped.

De lo alto de las torres brotó una lluvia de flechas que, en su mayor parte, dieron en el blanco. El comandante vio cómo caían a su alrededor numerosos soldados de la guarnición de Buhen.

-¡Los medjai! -gritó un hicso-. ¡Son los medjai, nos matarán a todos!

-Al río -decidió Soped-. Huiremos con las barcas de socorro.

Los supervivientes corrieron hasta la orilla, donde un destacamento del ejército de liberación, mandado por Kamosis en persona, los detuvo en seco.

Abandonando a sus hombres, Soped no vaciló en matar a uno de los oficiales para conseguir que creyeran que combatía con los egipcios. Luego, se deslizó hasta el Nilo. Nadando a favor de la corriente, alcanzaría una barca y se alejaría enseguida de Buhen.

La maniobra habría tenido éxito si el Bigotudo no la hubiera previsto. Se arrojó al agua al mismo tiempo que su compatriota y lo bloqueó con su diestro antebrazo.

-¡Mucha prisa tienes tú, amigo!

-Soy el comandante de la fortaleza y tengo oro muy bien escondido... ¡Respétame la vida y serás rico!

-¿Dónde está escondido ese oro?

-¡En la barca...! ¡Allí!

Ahogándose, Soped consiguió señalar con la mano la dirección correcta.

-¡Vamos allá, pero nada de jugarretas! De lo contrario, te destripo.

El Bigotudo ignoraba que el comandante llevaba siempre un puñal oculto en los pliegues del taparrabos. Esa precaución le había permitido ya librarse de situaciones comprometidas.

Mientras fingía sumisión, Soped nadó lentamente hasta la barca, oculta entre las cañas.

-Hay varias bolsas de oro atadas en el casco -reveló-. Basta con zambullirse y soltarlas.

-¡Muy bien, hazlo!

El comandante se zambulló en el agua, pero apareció casi de inmediato a espaldas del Bigotudo en un intento de apuñalarlo. Acostumbrado al combate cuerpo a cuerpo y a ese tipo de artimañas, el resistente agarró la muñeca de su agresor y volvió contra él su arma.

-¡Traidor y cobarde! Matarte será un verdadero placer.

A medida que la hoja ascendía desde el vientre hasta el corazón, cortando las carnes, los ojos del comandante se volvían vidriosos.

Estaba muerto ya cuando el Bigotudo aulló de dolor.

Las mandíbulas de un cocodrilo se habían cerrado sobre el muslo izquierdo. Mientras el gran reptil lo arrastraba hacia el fondo, el afgano saltó sobre el lomo y le hundió el puñal en un ojo. Enloquecido por el sufrimiento, el monstruo soltó la presa y se alejó.

Con la ayuda de dos soldados egipcios, el afgano llevó al herido hasta la orilla.

-Has tenido suerte; era un cocodrilo joven. Pero la herida no tiene muy buen aspecto.

El primer día, el médico militar aplicó carne sobre la herida, y el segundo, una cataplasma de grasa de toro y pan de centeno enmohecido, cuyas propiedades contra la infección eran bien conocidas. Gracias a una droga preparada con extractos de mandrágora, azufaifo y opio, el Bigotudo no sufría. Miel y mirra, utilizadas como antiséptico, acabarían de curarlo.

-Sé sincero, afgano, ¿podré volver a andar?

-Sin ningún problema, y solo te quedará una cicatriz insignificante, que ni siquiera te permitirá presumir ante las mozas. Dejarse agarrar por un cocodrilo... No es muy brillante.

-¡Sin mí, esa basura de comandante se habría escapado!

-El faraón Kamosis ha decidido condecorarte por eso. Y también me condecora a mí, por haberte salvado. Además, ascendemos en grado. Henos aquí a la cabeza de dos regimientos de asalto. Por culpa de tus hazañas, nos condenan a primera línea.

-Que es la única que te interesa, ¿no?

-Deja de pensar por mí; me fastidia.

-Y pensar que ese colaboracionista de comandante creía que podía hacerme caer en una trampa con su historia del oro escondido debajo de la barca...

-Pues no era una historia -precisó el afgano-. Había incluso una buena cantidad, de la que te corresponderá una parte cuando la guerra haya terminado.

-Si termina algún día...

Una joven nubia de esbelto cuerpo, penetró en la habitación de la fortaleza de Buhen donde curaban al Bigotudo.

-Es tu enfermera -reveló el afgano-. Pertenece a la tribu de los medjai y conoce hierbas milagrosas que acelerarán tu curación. Bueno, os dejo. La visión de los tullidos me deprime.

Creyéndose víctima de la fiebre, el Bigotudo vio que la joven nubia se quitaba el minúsculo taparrabos antes de preparar una poción.

-Hace calor aquí -murmuró con voz melosa-, y me encanta vivir desnuda. Sobre todo, valiente oficial, déjame hacer, que no voy a decepcionarte.

Desde lo alto de la torre principal de vigía, la reina Ahotep y el faraón Kamosis contemplaban Nubia. Gracias a la reconquista de Buhen, la ruta fluvial quedaba cerrada para el príncipe de Kerma. Además, los productos transportados por las caravanas que se detenían en las proximidades de la fortaleza volvían a los tebanos, sin olvidar parte de la producción de oro, que se lavaba allí mismo.

-Al convencer a los medjai de que se aliaran con nosotros y al utilizar el marfil mágico -dijo Kamosis a su madre-, nos habéis permitido obtener una gran victoria, y sin sufrir pérdida alguna.

-No siempre será así, hijo mío. Tienes que nombrar un nuevo comandante de la fortaleza, algunos administradores que gestionen las riquezas de la región y, luego, un gobernador de Nubia.

-¿Significa eso que retrocedemos y nos dirigimos al frente del norte?

-Todavía no, Kamosis. Incluso sabiendo que hemos reconquistado Buhen, el príncipe de Kerma se creerá perfectamente seguro porque nos considera incapaces de cruzar la segunda catarata. Se equivoca.

Ni siquiera los medjai se aventuraban por la región de Miu, entre la segunda y la tercera catarata. Orgullosos de pertenecer entonces al ejército de liberación, se hallaban bajo la autoridad directa del nuevo gobernador de Nubia y asumirían todas las tareas de policía en el territorio reconquistado.

Todos pensaban que habría sido mejor limitarse a lo adquirido y no provocar la cólera del príncipe de Kerma, silencioso hasta entonces. Al violar su santuario, los tebanos provocarían fatalmente una terrible reacción.

Sin embargo, durante un nuevo consejo de guerra, el canciller Neshi se opuso firmemente a los oficiales superiores que defendían un repliegue estratégico.

-¿Cuándo dejaréis de comportaros como miedosos y cuántas victorias necesitáis para creer, por fin, en la calidad de nuestras tropas? ¿Acaso la magia de nuestros enemigos no se mostró inoperante ante la de la reina Ahotep? Convertir Buhen en nuestra nueva frontera del sur sería un grave error. Antes o después, el príncipe de Kerma la atacaría. Así pues, como aconsejan el faraón y la reina, tomemos algunas tierras al adversario y aislémosle.

-¿Y si exterminan casi todas nuestras fuerzas? -se preocupó el general de más edad.

-Estamos en guerra -recordó el faraón Kamosis- y nuestro avance no podrá efectuarse siempre sin pérdidas. El plan de la reina Ahotep es el único válido. Mañana, cruzaremos la segunda catarata.

Luciendo orgullosamente su condecoración, un pequeño grifo de oro en la túnica de lino, los dos nuevos comandantes de los regimientos de asalto conversaban al pie del navío almirante.

-Los heridos se quedan en la enfermería -insistía el afgano.

-Ya estoy curado -replicó el Bigotudo-. Solo por precaución, me llevo conmigo a la enfermera. En cuanto mi cicatriz me haga sufrir, ella sabrá apaciguarme.

Era la primera vez que el Bigotudo pasaba tanto tiempo junto a una mujer. Al principio, había temido sumirse en una atmósfera calmante, demasiado alejada de las exigencias del combate; pero había evaluado

mal la capacidad de lucha de su joven amante, que practicaba los juegos del amor como una verdadera justa. Con ella no era cosa de dispersarse en interminables preliminares o inútiles charlas, de modo que el herido había tenido derecho, solo, a un descanso limitado, tanto más cuanto que las plantas prescritas por aquella bruja aumentaban su vitalidad.

De vez en cuando, el Bigotudo se estremecía. Si el cocodrilo hubiera sido algo más grande y la intervención del afgano algo más tardía, entonces solo tendría una pierna. Incapaz de combatir, se habría suicidado.

-Evita los malos pensamientos -le recomendó el afgano.

-¿Cuándo dejarás de leerme el pensamiento? Vosotros, la gente de montaña, sois realmente insoportables. Por cierto, ¿a qué has dedicado tus días durante mi convalecencia?

-¿Crees, acaso, que eres el único que puede seducir a las jóvenes nubias?

En la proa de los barcos se habían pintado unos grandes ojos, que permitían a los navíos de guerra egipcios ver, a la vez, lo visible y lo invisible. Al proel Lunar le gustaba esa ayuda mágica, porque debía permanecer atento horas y horas para regular bien el avance de la flota.

A su lado, Ahotep había hecho fijar a las bordas los bumeranes de marfil, cuyos signos de poder apartaban a los genios malignos.

La presencia de la reina intimidaba y tranquilizaba, al mismo tiempo, al proel. Sin ella, el ejército de liberación se habría dispersado haría mucho tiempo ya; tanto los atenazaba el miedo. El mero hecho de ver a la Reina Libertad, de sentirla tan cercana, pese a que permaneciera inaccesible, devolvía el valor a los más timoratos.

Por añadidura, el joven faraón Kamosis adquiría mayor seguridad día tras día. Como su padre, tenía el innato sentido del mando y, durante los asaltos, se mantenía siempre a la cabeza de sus hombres, negándose a escuchar las consignas de prudencia de su madre.

Respondiendo a las exigencias del faraón, Neshi velaba por la aplicación de estrictas medidas de higiene a bordo de los barcos. Además de varios lavados diarios de las cubiertas, también los camarotes eran limpiados con cuidado. Y todos se untaban con ungüento, con el fin de alejar a los insectos. Para luchar contra las irritaciones oculares, se utilizaba la espuma de una cerveza de calidad, eficaz también contra los dolores de vientre. Cada soldado disponía de dos esteras rodeadas por un cordón de cuero rojo y las unía para formar un saco de dormir de apreciable comodidad. En todos los menús figuraban cebollas para mascar, cuyo olor alejaba a las serpientes y los escorpiones.

-¡Una aldea, majestad! -exclamó Lunar-. ¿Debo reducir la marcha?

-Todavía no -respondió Ahotep.

La reina quería observar la primera reacción de los habitantes de la región de Miu, que estaban bajo el yugo del príncipe de Kerma.

Tras la inicial sorpresa, los aldeanos se lanzaron sobre sus arcos y sus hondas. Las primeras flechas cayeron al agua, pero las piedras no dieron por poco en la proa.

--¡Poneos a cubierto, majestad! -suplicó Lunar.

-Detengámonos -ordenó Ahotep.

Varios soldados saltaban ya a la ribera, a riesgo de romperse un hueso. Pero los meses de entrenamiento resultaron eficaces, y los jóvenes egipcios supieron ponerse en posición para acabar con sus adversarios.

Una pasarela permitió a Kamosis reunirse con ellos y arrastrarlos hacia la aldea, cuya resistencia quedó rota muy pronto. Un solo nubio había conseguido huir zambulléndose en el Nilo, justo por delante del navío almirante. Loco de rabia, escaló la proa con la intención de matar a la hechicera que abría el camino al ejército egipcio.

El hombre apareció en cubierta y se lanzó sobre Ahotep.

Rozando a la reina, Lunar destrozó el cráneo del agresor con su larga pértiga.

Ahotep había permanecido inmóvil, confiando en la habilidad del proel, cuya mano no había temblado.

Lunar se arrodilló.

-Perdonadme, majestad. He podido lastimaros.

-Te nombro jefe de nuestra marina de guerra. En adelante, almirante Lunar, tomarás todas las decisiones referentes a nuestra navegación, y los capitanes de los demás barcos te deberán obediencia.

En tierra firme, el breve combate concluía. Ni un solo guerrero nubio había aceptado rendirse; dos egipcios habían muerto. Por orden de Kamosis, los vencedores dejaron que los niños y las mujeres se marcharan.

La conquista de la provincia de Miu acababa de comenzar.

Tras haber degollado personalmente a un esclavo y un carnero, cuyos huesos se unirían a los del embajador hicso, el príncipe de Kerma se disponía al banquete. Al menos había una decena de platos, entre ellos una enorme perca del Nilo y varias aves. Mientras comía, unas siervas lo abanicaban. En cuanto había terminado un manjar, una le lavaba las manos mientras otra le perfumaba. Nedjeh detestaba tener los dedos grasientos y le gustaba oler bien.

Procedente del gran oasis de Khargeh, en el desierto del oeste, el vino blanco era excelente. Nedjeh nunca bebía menos de dos litros por comida.

-Más -le dijo a su copero-. ¿No ves que tengo la copa vacía? ¡Qué agradable era la vida en Kerma! Gracias a las riquezas agrícolas de la región, se vivía allí tan bien como en las más hermosas provincias de Egipto.

El secretario particular del príncipe se presentó en el umbral del comedor.

-Señor, ¿puedo interrumpir vuestra comida?

-¿Tan grave es la cosa?

-Los tebanos han cruzado la segunda catarata e invaden el país de Miu.

Nedjeh perdió el apetito.

-¿Es digna de fe esta información?

-Desgraciadamente, sí, señor. Y no es todo.

-¿Qué más?

-Los tebanos solo han destruido una aldea, pero...

-¡Excelente noticia! Las demás han resistido, pues, con éxito.

-No, señor. La reina Ahotep habló con cada jefe de aldea y los convenció a todos para que cambiaran de bando. En adelante estarán bajo la protección de las tropas egipcias acantonadas en Buhen y de los policías medjai. Estas tribus, que creíamos definitivamente sometidas, forman ahora la primera línea de defensa contra nosotros. Y además...

-Además, ¿qué?

El secretario personal agachó la cabeza.

-Además, no hay razón alguna para que el ejército enemigo se detenga en tan buen camino.

-¿Quieres decirme que la tal Ahotep y su maldito faraón se atreverán a atacar Kerma? Semejante error sería fatal para ellos.

Resollando como un toro de combate, Nedjeh abandonó varios platos muy tentadores para dirigirse a la gran choza circular, donde habían sido convocados los dignatarios de la ciudad, fuera lo que fuese lo que estuvieran haciendo.

Nedjeh no les ocultó la gravedad de la situación. Esa vez ya no era posible considerar el ejército de liberación como algo desdeñable.

-Ahotep va a instalarse en el país de Miu -dijo el príncipe de Kerma- y consolidará sus posiciones con la esperanza de que salgamos de nuestro territorio para atacarla. Pero no caeremos en esa trampa. Muy al contrario, nosotros vamos a tenderle una. La mejor estrategia consiste en reforzar las defensas de nuestra ciudad y acumular tropas al norte de la tercera catarata. Los egipcios acabarán impacientándose y avanzarán hacia nosotros. Gracias a nuestro conocimiento del terreno, los exterminaremos sin dificultad.

No se trataba de recurrir a los hicsos. Si intervenían, lo aprovecharían para apoderarse de Kerma, de modo que Nedjeh tenía que arreglárselas solo. Comenzaba a comprender que lo que impulsaba a la reina Ahotep a correr semejantes riesgos era el placer de la conquista.

Al comprobar que el príncipe de Kerma no reaccionaba, le creería acabado y se lanzaría sobre su capital como una fiera hambrienta.

Pero la fiera caería en una mortal celada.

El ruido de los tambores resonaba en el país de Miu, pero no eran los de la guerra. Procedentes de todas las aldeas de la región, los nubios habían depuesto las armas ante el faraón Kamosis y la reina Ahotep.

La reputación de la gran hechicera, a la que nada podía alcanzar, se había extendido muy pronto, y los jefes de clan preferían la sumisión a la aniquilación, más si cabe porque el faraón les había prometido su perdón, siempre que se convirtieran en fieles aliados de Egipto. ¿Y quién no había tenido que sufrir la crueldad del príncipe de Kerma, un depredador sin escrúpulos?

Habían sido necesarias largas jornadas de discusiones para restablecer una jerarquía clara y aceptada por todos. Varias veces, el sentido de la diplomacia de Ahotep había evitado la ruptura entre facciones rivales, felices, por fin, de alinearse bajo la bandera de un joven rey que garantizara su seguridad.

-La reina es realmente una mujer extraordinaria -dijo el afgano al Bigotudo, al contemplar las increíbles escenas de confraternidad entre soldados egipcios y guerreros nubios.

En vez de matarse unos a otros, festejaban bebiendo cerveza y licor de dátiles.

-El único problema -recordó el Bigotudo, abrazando a la enfermera que tan bien se ocupaba de él- es que conquistar Nubia no es nuestro objetivo. Nos esperan allí, al norte.

-¡Nunca estás contento con nada! Goza pues, hoy, del buen tiempo, porque nadie sabe de qué estará hecho el mañana. O más bien, sí, ya que tendremos que enfrentarnos al príncipe de Kerma.

-Tienes razón, no hablemos de eso esta noche. ¡Bebamos!

-¿Cómo están las cosas? -preguntó el príncipe de Kerma al responsable del movimiento de tierras.

-Deberíais estar satisfecho, señor. Hemos excavado numerosos fosos, perfectamente ocultos. Hemos puesto, en el fondo, unas estacas bien aguzadas. Centenares de infantes egipcios se clavarán en ellas.

Quedaba todavía mucho que hacer, pero el trabajo avanzaba a buen ritmo. El ejército egipcio encontraría solo una débil resistencia en los alrededores de Kerma y, cegado por sus éxitos, creería que la gran ciudad nubila había sido vencida de antemano. Nedjeh sacrificaría algunos hombres, que combatirían hasta la muerte para defender la ruta principal.

A la cabeza de sus tropas, el faraón Kamosis se lanzaría hacia un nuevo triunfo.

Y todas las trampas tendidas por el príncipe de Kerma funcionarían al mismo tiempo.

La vanguardia egipcia caería en los fosos y la retaguardia sería aniquilada por los arqueros nubios, emboscados entre los árboles y los cultivos. En cuanto al grueso de la tropa, sería cogido en una tenaza por la infantería de Nedjeh. Enloquecidos por ese brutal ataque, los soldados del faraón buscarían la salvación en la huida y caerían todos.

Los cráneos de Kamosis y Ahotep acabarían en la tumba del príncipe, a quien el emperador Apofis no dejaría de felicitar. Entregado a la alegría de las hermosas horas que iba a conocer, el obeso se desplazaba con

mayor facilidad que de ordinario. Ahotep se había equivocado al creer que su magia sería superior a la de Nedjeh. Si tenía la suerte de cogerla viva, le haría sufrir las peores torturas antes de concederle la gracia de morir.

La fiesta estaba en su punto álgido. Tocados con pelucas rojas que contrastaban con la piel negra, las orejas adornadas con aros de oro y vistiendo taparrabos decorados con motivos florales, los nubios eran todos muy apuestos. Con sus collares de perlas multicolores y sus brazaletes en las muñecas y los tobillos, las nubias se comportaban como temibles seductoras, a las que era imposible resistirse.

Solo el almirante Lunar y el canciller Neshi no participaban en el entusiasmo general. El primero inspeccionaba barco tras barco; el segundo se preocupaba permanentemente de la intendencia. Perfeccionistas ambos, solo pensaban en el siguiente combate, que se anunciaba terrible.

No hacía lo mismo el Bigotudo, quien, deslumbrado por el paraje de Miu, casi olvidaba su Delta natal.

-Deberías instalarte aquí y fundar una familia -sugirió el afgano.

-¡Tener hijos, yo! ¿Estás hablando en serio? ¡Refocilarme aquí mientras los hicsos ocupan mi país natal! Realmente, a veces dices tonterías.

-Acaba bien la velada e intenta tener el ánimo despierto mañana por la mañana. Los oficiales están convocados en el navío almirante.

El faraón Kamosis y la reina Ahotep escucharon atentamente los detallados informes del almirante Lunar y el canciller Neshi. El nombramiento del primero había sido apreciado por el conjunto de las tropas, que se felicitaban por la competencia del segundo. Ni el uno ni el otro tuvieron el menor incidente que señalar. La flota de guerra estaba dispuesta a zarpar de nuevo para atacar Kerma y doblegar a su príncipe, aliado de los hicsos.

Esa vez, la mayoría de los soldados ya no temía el enfrentamiento. Gebelein, Elefantina, Buhen, el país de Miu…; las victorias comenzaban a acumularse y a formar un sólido espíritu de cuerpo, mantenido por la magia de la reina Ahotep.

Incluso Kamosis soñaba en vérselas con el príncipe de Kerma y derribarlo en su propio palacio. Ya solo quedaba obtener el consentimiento de la soberana, que había consultado al dios luna buena parte de la noche.

Todas las miradas se volvieron hacia la esposa de dios.

-Daremos media vuelta -dijo ella.

-Madre..., ¿por qué no propinar el último golpe? -se extrañó el rey.

-Porque el príncipe de Kerma nos ha tendido una trampa de la que no saldríamos indemnes. Haríamos mal creyendo que permanece inactivo y que se ha resignado a doblegarse. Muy al contrario; solo piensa en destruirnos utilizando la astucia. Hemos alcanzado nuestro objetivo, ya que Nedjeh está aislado en su ciudad de Kerma. Si intenta salir, chocará con nuestras fuerzas del país de Miu, con los medjai y con Buhen. Hagámosle creer, sobre todo, que tenemos la intención de apoderarnos de su reino.

Kamosis no podía oponer argumento alguno. Y lanzarse por fin hacia el norte le inflamaba el corazón.

-Sin embargo, nos queda una última etapa nubia que no podemos omitir -añadió Ahotep.

La flota se detuvo cerca de Aniba, al norte de Buhen. Se organizó de inmediato una caravana que partió hacia el desierto del oeste, en dirección a una cantera inaugurada por el faraón Kefrén, constructor de una de las pirámides de la llanura de Gizeh.

La reina había pedido a su hijo que permaneciera en el navío almirante y solo la acompañaban unos cincuenta hombres guiados por *Viento del Norte.*

Aquí y allá, se veían piedras grises y verdes; luego, estelas y estatuas inconclusas. Avisados de la invasión de los hicsos, los escultores habían abandonado la cantera, que se había adormecido bajo el ardiente sol del gran sur.

Al darse cuenta de que el objetivo de la expedición había sido alcanzado, *Viento del Norte* se detuvo. Ahotep le dio de beber, al igual que a *Risueño el Joven.* Saciado, el perro recorrió el lugar en todas direcciones; después, regresó junto a su dueña.

Como el dios luna le había dicho, Ahotep tenía que llegar hasta allí, pero aún ignoraba por qué. Admiró las obras maestras interrumpidas y se prometió abrir de nuevo la cantera en cuanto Egipto hubiera sido liberado. Cierto día, habría que cubrir Nubia de espléndidos templos, para que las divinidades habitaran aquella tierra ardiente y fiera.

Sola con su perro, en medio de aquel universo mineral sobrecalentado, la reina contemplaba los lechos de piedra esculpidos cuidadosamente. Le hablaron de las necesarias etapas que la separaban del triunfo final, tan lejano, tan inaccesible. ¿No necesitaría la paciencia y la solidez de la piedra para desgastar la terrorífica fuerza del emperador?

Risueño el Joven gruñó.

Saliendo de una grieta, una cobra real se dirigía hacia Ahotep.

Pese a su valor, el perro se mantuvo a distancia. Consciente del peligro, buscaba un ángulo de ataque.

-Mantente al margen, *Risueño.* He venido a hablar con el dueño de la cantera. Nada tengo que temer, pues.

Medio convencido, el perro desconfiaba aún.

La cobra no adoptó una postura agresiva. Contrariamente, se tumbó en el suelo cuan larga era.

Con mano firme, Ahotep la agarró por detrás del cuello.

-¡Mira, *Risueño!* La fuerza que atraviesa la tierra acepta convertirse en mi arma.

La serpiente se había transformado en una vara de comalina, rígida y ligera.

El perro la olisqueó largo rato. Satisfecho de su examen, precedió a la reina hasta el campamento.

Tras haber pasado una mala noche a causa de los picores y de una crisis de histeria de su esposa, a la que había calmado a bofetadas, el gran tesorero Khamudi se había levantado mucho antes que de costumbre.

Era la hora en que su esclava egipcia limpiaba la sala de estar sin hacer el menor ruido para no molestar a la pareja.

Lo que Khamudi vio lo dejó sin aliento.

Sin saberse observada, la esclava acababa de meter en una bolsa el último espejo que la mujer del emperador había ofrecido al gran tesorero.

¡Atreverse a robarle así, y en su casa!

-¿Qué estás haciendo aquí, demonio?

La muchacha tuvo tanto miedo que soltó la bolsa. Al chocar con el pavimento, el precioso espejo se rompió.

-¡Perdón, dueño mío, perdón! Quería venderlo para poder cuidar a mis padres. Comprendedme, os lo suplico.

Tomando una silla baja, Khamudi golpeó de lleno a la infeliz. Alcanzada en la sien, la muchacha se derrumbó. Loco de rabia, el gran tesorero la pisoteó, al tiempo que daba gritos que despertaron a toda la casa.

Los demás criados asistieron, impotentes, a la muerte de una muchacha nacida en una excelente familia de Sais. Solo había escapado de la deportación para morir bajo los golpes de un verdugo presa de una verdadera enajenación.

-¡Basta, Khamudi, basta! -gritó Yima, intentando arrastrarlo hacia atrás-. ¡Está muerta!

Serenado, el asesino dejó de gesticular, por fin.

-Que me traigan las marcas de bronce, al rojo vivo, y que todo mi personal se reúna aquí.

Aterrorizados, los esclavos fueron reunidos en una esquina de la estancia por unos guardias hicsos.

-La ladrona que ha intentado robarme un espejo ha sido justamente castigada -declaró Khamudi con énfasis-. Para que a nadie se le ocurra nunca volver a intentarlo, voy a marcar todo lo que me pertenece, tanto esclavos como objetos. Tú, ven aquí.

El pinche de cocina al que el gran tesorero se había dirigido intentó huir, pero dos guardias lo arrojaron al suelo. Y Khamudi imprimió su marca en la espalda del adolescente, que lanzó un desgarrador grito de dolor.

Aficionado a las comilonas, Khamudi, sin embargo, solo había picado un poco.

-¿Estás enfermo, querido mío? -preguntó Yima.

-¡Claro que no!

-Pero... ¡estás amarillo!

-No digas tonterías.

-Te lo ruego, mírate en un espejo.

Khamudi tuvo que rendirse a la evidencia, ya que tenía ictericia.

El emperador Apofis examinaba con interés un hermoso descubrimiento hecho en la biblioteca del templo de Sais; se trataba de unos papiros

consagrados a la geometría, las matemáticas y la medicina. Nada le apasionaba más que el mundo de las cifras y los cálculos, que excluía cualquier dimensión humana. Mil deportados, cien ejecuciones… Era tan sencillo y distraído escribir esas cantidades en un papiro que se convertiría en ley sin tener que escuchar gritos ni protestas. Reducir los seres a números y manipularlos en la quietud de su palacio; ¿no era esa la cima de su poder?

La vida regulada según un proceso geométrico, el Estado dirigido por matemáticos, la economía sometida a ecuaciones... ese era el objetivo que el emperador había alcanzado. Tierra de los dioses por excelencia, Egipto era su laboratorio privilegiado.

La situación enquistada de Cusae le divertía. Poco a poco, el ejército de liberación se pudría allí, preguntándose en qué momento las tropas de los hicsos lanzarían, por fin, una vasta ofensiva. Sin el apoyo de la reina Ahotep y del faraón Kamosis, los insurrectos acabarían volviéndose contra sus jefes.

La única preocupación real de Apofis era la revuelta de los anatolios, unos rudos guerreros que Jannas acosaba en sus montañas, donde disponían de numerosos refugios. Como siempre, el almirante hicso procedía con método y paciencia, es decir, dividía en zonas el terreno y avanzaba metro a metro, evitando caer en las emboscadas que le tendía el adversario. Dada la dificultad de las operaciones, Apofis le había mandado refuerzos, tomados de los regimientos acuartelados en Palestina. Al igual que los piratas de las Cícladas, los natolios serían completamente exterminados.

Cuando se disponía a dirigir su consejo, el emperador fue informado de que el gran tesorero sufría una grave ictericia. Vomitaba y no conseguía ya alimentarse.

¿Era esa la ocasión para librarse de Khamudi y sustituirlo? Una medicación apropiada podría mandarlo discretamente a la tumba, antes de que su encantadora esposa fuera entregada a los cuidados de Dama Aberia.

Pero ¿podría encontrar a alguien más servil y competente? Nadie conocía más secretos que el gran tesorero, que administraba perfectamente los intereses del Imperio y, por lo tanto, los del emperador. Depravado y corrupto, no tenía deseo alguno de ocupar el lugar de Apofis, que le permitía satisfacer sus vicios sin nunca condenarlo por ello.

No, el emperador no encontraría mejor mano derecha. Consultó, pues, un viejo tratado de medicina egipcia.

Agua tibia y aceite muy graso inyectados en el ano con un cuerno de marfil era el único remedio que Yima autorizaba, temiendo que

envenenaran a su marido. Pero este iba empeorando a ojos vista y se quejaba de múltiples dolores.

-Señora -le anunció un servidor aterrorizado-, ¡es el emperador!

-No estarás diciéndome que... ¿El emperador aquí, en mi casa?

-Sí, señora, acaba de entrar...

Los sirvientes se habían apresurado a abrir todas las puertas ante Apofis, cuyo paso parecía preñado de terribles amenazas.

Cada vez que lo veía, la esposa del gran tesorero no podía evitar que su vientre emitiese un ridículo gorgoteo.

-¡Majestad, me siento tan honrada!

-A tu marido le gusta el lujo -observó Apofis con su voz ronca, que helaba la sangre a los más endurecidos-. ¿No es normal que mi gran tesorero sea un hombre rico? Khamudi debe curarse enseguida; por eso le traigo un remedio preparado en palacio. Está compuesto por vino, polvo de azufaifo, higos, hojas de loto, bayas de enebro, incienso fresco y cerveza dulce. Las proporciones indicadas por los médicos egipcios del Imperio Antiguo han sido estrictamente respetadas. Haz que lo beba de inmediato.

Cuando recibió la redoma y la estrechó entre sus manos, Yima quedó petrificada.

Era imposible oponerse a la voluntad del emperador, pero ¿cómo no comprender que la obligaba a matar con sus propias manos a su marido?

Hasta aquel instante, había creído que Khamudi era realmente indispensable para la buena marcha del Imperio de Apofis, que no intentaría nada contra él. Pero un intrigante debía haber crecido a la sombra, como una planta venenosa, y la ocasión para librarse del actual gran tesorero era demasiado buena.

-¿Qué esperas, Yima? Cuanto antes beba el remedio Khamudi, antes se curará.

-¿Debe beber... todo el contenido?

-Naturalmente. Sigún los viejos papiros, son necesarios cuatro días de tratamiento. Mañana te entregarán los otros tres frascos.

Yima tenía la carne de gallina. No solo no habría más frascos, sino que, además, ella sería acusada del crimen y ejecutada.

-Ahora, apresúrate y comunícame el resultado. Sabes muy bien que no tengo tiempo que perder.

Mordiéndose los labios, Yima se dirigió a la alcoba de Khamudi, casi comatoso.

Con mano temblorosa, le abrió la boca para verter lentamente un liquido rojizo y sin olor.

Apoyándose en el hombro de un servidor, Khamudi hizo su entrada en la gran sala de estar. Para rehuir la luz, el emperador se mantenía en el rincón más oscuro.

A pocos pasos de su marido, Yima no podía creer en su felicidad. Khamudi había bebido la poción y no había muerto; se había sentido mejor de inmediato y había querido levantarse para saludar a su ilustre huésped.

-No estoy muy presentable aún -reconoció-, pero vuelvo a tener hambre... ¡Majestad, me habéis salvado la vida!

La sonrisa satisfecha de Apofis no tranquilizó a Yima.

El príncipe de Kerma no dejaba de perfeccionar sus trampas. Muy pronto, el ejército tebano se acercaría a su capital, creyendo que la conquista iba a ser fácil, sin sospechar que apenas tendría tiempo de combatir.

Tras haber matado a Ahotep y Kamosis, Nedjeh recuperaría el país de Miu y la fortaleza de Buhen. ¿Habría que seguir hasta el norte y reconquistar Elefantina? Sí, pero para devolvérsela enseguida al emperador y ganarse su gracia al probarle que el príncipe de Kerma, aliado fiel, se contentaba con su reino.

Toda la ciudad estaba en pie de guerra, segura de propinar un golpe fatal al enemigo gracias a la inteligencia estratégica de Nedjeh.

-El jefe de los exploradores informa, majestad. Regreso del país de Miu, donde estuve a punto de ser interceptado varias veces por patrullas egipcias. Todas las tribus de la región se han sometido a Ahotep.

-¡Deberían haber acabado con ella! -se encolerizó el obeso-. Gracias a mí, no pasaron hambre. ¡Y ahora me traicionan en beneficio de los malditss tebanos! ¿Cuándo van a atacar?

-No tardarán, es evidente. Están consolidando sus posiciones y fortifican las aldeas mientras preparan el asalto. Tener informaciones más precisas no resultará fácil, pero Kerma es, sin duda, su próximo objetivo.

-Que vengan -murmuró Nedjeh, goloso-. Que vengan y sabremos recibirlos como merecen.

Nacido en Cusae, el muchacho se sentía orgulloso de haberse enrolado en el ejército de liberación, que, aunque sin moverse del lugar, conseguía plantar cara a los hicsos. Estos, a pesar de algunos violentos asaltos, no lograban hundir el frente.

Hijo de campesinos y campesino a su vez, el muchacho había aprendido a combatir sobre el terreno, junto a Ahmosis, hijo de Abana, que le había enseñado cómo esquivar antes de destrozar el cráneo del adversario con una pesada maza de madera. Ciertamente, los cascos hicsos eran sólidos, pero el brazo del joven lo era más aún, y podía presumir, con sus camaradas de la misma aldea, de haber detenido una mortífera penetración.

-Agáchate -le recomendó Ahmosis, hijo de Abana, tendido al pie del último montículo de tierra que acababa de erigir.

-¡Nada temo!

-Los hicsos tienen excelentes arqueros. Además, manejan muy bien la honda.

-¡No mejor que nosotros! -protestó el joven, que lanzó una piedra de buen tamaño hacia el campo de los adversarios.

-¡Agáchate, maldición!

Fue la última orden que el oficial dio al joven recluta. Alcanzado en la sien por un puntiagudo sílex, el campesino murió en el acto.

Un diluvio de proyectiles cayó sobre los montículos de tierra que protegían el acceso al principal campamento egipcio. A veces, los hicsos se desmandaban así, prosiguiendo una guerra de posiciones que se eternizaba. Pero ¿sabían hasta qué punto disminuían las fuerzas del pequeño ejército de liberación? Era un milagro que hubiera resistido tanto tiempo.

Cuando las hondas callaron, Ahmosis, hijo de Abana, se dirigió al cuartel general, donde el gobernador Emheb se recuperaba lentamente de una herida en el muslo.

-La presión aumenta, gobernador. Necesitamos refuerzos.

-Toda la juventud de Cusae y de las campiñas circundantes se ha unido ya a nosotros. No nos quedan reservas.

-¿Y no convendría volver a Tebas con los supervivientes antes de que sea demasiado tarde?

-Abandonar Cusae... Sería el comienzo de la derrota.

-Una simple retirada, gobernador; solo eso.

-Sabes muy bien que no.

Ahmosis, hijo de Abana, se roció la frente con agua tibia.

-Sé muy bien que no; tenéis razón. Pero las victorias obtenidas en Nubia no nos sirven de nada. Es aquí donde debemos combatir.

Los mensajes transmitidos por las palomas mensajeras eran el principal consuelo de la resistencia, pero no sustituían a las tropas de refresco.

-Eres joven, muchacho, y tu mirada carece de profundidad. Las decisiones de la reina Ahotep son vitales para nuestro porvenir, pero solo más tarde las comprenderás.

-¿Más tarde..., cuando hayamos muerto? Todos estamos agotados; los soldados lo han dado todo. Dejadme aquí con los más valerosos, gobernador, y partid. Retrasaremos el máximo a los hicsos.

Emheb se levantó con dificultad.

-Mi vieja pierna pronto estará curada y mantendré yo mismo esta posición.

-La reina Ahotep no desea que nos maten a todos, ¿verdad? ¡Haced, entonces, lo necesario!

-Esta reina es mucho más extraordinaria de lo que puedas imaginar -declaró Emheb, con emoción-. Desde que emprendió la liberación de Egipto, no ha cometido un solo error. Pronto, estoy seguro de ello, llegará un nuevo mensaje del cielo.

Ahmosis, hijo de Abana, se preguntó si el gobernador no estaría también herido en la cabeza. Lo quisiera o no, Cusae estaba a punto de caer.

-Intentemos disimular los dos -recomendó- para devolver la moral a nuestros lAmbres.

Cuando salían de la tienda del gobernador, el rumor de un aleteo les hizo levantar los ojos.

-¡Bribón! -exclamó Emheb-. ¡Ven, ven pronto aquí!

El jefe de las palomas mensajeras se posó suavemente en el hombro del gobernador. En su pata derecha habían atado un minúsculo papiro con el sello real.

El mensaje era muy breve: «Resistid. Estamos llegando».

El gran consejo hicso se celebraba en el interior del templo de Set, donde el emperador había sido el último en entrar. A su paso, todos se inclinaban profundamente, incluido el gran tesorero Khamudi, perfectamente restablecido ante la general sorpresa. ¡Debía ser un hombre muy importante para que Apofis lo hubiera curado en vez de eliminarlo!

Envuelto en un gran manto pardo, el emperador estaba más siniestro aún que de costumbre. Si su mirada se posaba demasiado tiempo en un dignatario, este tenía la muerte asegurada.

El señor de los hicsos se limitó a escuchar los informes financieros de Khamudi sin mirar a nadie en especial.

Las riquezas del Imperio no dejaban de aumentar y la momentánea pérdida de los tributos anatolios no iba a invertir la tendencia. A la cabeza de un poderoso ejército, el almirante Jannas ya estaba aplastando una revuelta que, sin duda, iba a ser la última.

-Acabamos de recibir un largo mensaje del príncipe de Kerma por la vía habitual -declaró Khamudi, que no debía revelar el secreto del modo de comunicación utilizado-. Rinde homenaje al emperador Apofis, le agradece sus bondades y se felicita por la tranquilidad que reina en Nubia. Las tribus le obedecen, la economía es próspera y el oro seguirá siendo entregado a Avaris.

El emperador se dignó esbozar una vaga sonrisa. Esta manifestación de serenidad incitó a uno de los dignatarios a hacer la pregunta que estaba en boca de todos.

-Majestad, ¿cuándo serán aniquilados, por fin, los rebeldes de Cusae? Su mera existencia es un insulto a la grandeza de los hicsos.

El rostro de Apofis se endureció.

-Pobre imbécil, ¿no comprendes que solo mi voluntad autoriza la existencia del frente de Cusae? Los fantoches tebanos se agotan allí en

vano. Muy pronto, los supervivientes se verán obligados a huir hacia Tebas. Los perseguiremos, y reduciremos a cenizas la ciudad rebelde.

-¿No teméis, majestad, que la reina Ahotep se decida finalmente a echarles una mano?

Los ojos de Apofis llamearon con un maligno fulgor.

-El emperador de los hicsos no teme a nadie. Ahotep es solo una exaltada, cuya atroz muerte servirá de ejemplo para cualquiera que intente imitarla.

Como Apofis no había recibido mensaje alarmante alguno de su espía, que ni siquiera Ahotep podía identificar, sabía que los últimos rebeldes del frente no obtendrían ya socorro alguno.

-Añadiré -precisó Khamudi- que Cusae no tiene la menor importancia económica. El tráfico comercial sigue desarrollándose normalmente por la gran aduana de Hermópolis, fuera del alcance de los rebeldes.

El emperador se levantó, lo que indicaba el final del consejo. Con un gesto irritado, hizo comprender a Khamudi que el insolente que se había atrevido a poner en duda su omnipotencia debía ser eliminado. El dignatario, demasiado gordo, no sería un candidato excelente para el laberinto, pero divertiría a Apofis unos minutos.

Al salir del templo de Set, el emperador sintió las piernas tan pesadas que se sentó de buena gana en la silla de manos que habían utilizado, antes que él, los faraones del Imperio Medio.

Apofis se encerró en las estancias secretas, en el corazón de la ciudadela. Luego, manejó delicadamente su cantimplora de loza azul, en la que había dibujado un mapa de Egipto. Cuando apoyó el índice en Avaris y, después, en Menfis y Hermópolis, aparecieron intensos fulgores rojos.

Tranquilizado, el emperador puso el dedo en la ciudad de Elefantina.

Primero, se vio una hermosa luminosidad roja, pero vaciló muy pronto. En su lugar, aparecieron extrañas figuras; sé trataba de un ojo completo, una cobra erguida, un grifo de puntiagudo pico y una cabeza de chacal.

El emperador necesitó toda la magia que poseía para hacer que desaparecieran esas insoportables amenazas. Pero Elefantina siguió siendo un punto azul en el mapa.

Dicho de otro modo, Apofis no conseguía ya recuperar su control. Eso significaba que los tebanos se habían apoderado de la gran ciudad del

sur. Ni el príncipe de Kerma ni el espía hicso habían sido capaces de advertírselo.

El príncipe de Kerma jugaba su propio juego; el espía había sido identificado y eliminado, y Ahotep había reconquistado todo el territorio entre Tebas y Elefantina... Esa era la nueva realidad.

No cabía ya aguardar el regreso del almirante Jannas para hacer caer el frente de Cusae.

En una de las almenas de la torre más alta de la fortaleza de Elefantina, Ahotep había fijado el bumerán de marfil con los signos de poder. El ojo completo cegaría al emperador, la cobra atenuaría su fuego destructor, el grifo extraviaría sus percepciones y la cabeza de chacal vertería la inquietud en su alma. Al menos eso esperaba la reina, convencida de que Apofis había arrojado múltiples hechizos contra Egipto para encerrarlo en una prisión de maleficios cuyos barrotes era preciso romper uno uno.

Varios barcos se habían quedado en el país de Miu; algunos, en Buhen, y otros, en Elefantina, todos con sus tripulaciones. Del ejército inicial que había partido a conquistar el sur, quedaba solo menos de la mitad.

-¿No estamos cometiendo una imprudencia al privarnos de tantos soldados? -se preocupó el faraón Kamosis.

-Mantener el sur es esencial -consideró Ahotep-. Aunque bien es cierto que carecemos de hombres para atacar el norte.

-Dicho de otro modo, madre, cualquier ofensiva está condenada al fracaso.

-Claro que no, hijo mío. Desde el comienzo de esta guerra, la situación ha sido siempre la misma, es decir, estamos en inferioridad numérica, nuestro armamento es más débil, pero nos anima la energía de la cobra real que adorna la corona del faraón. Tendrás que multiplicarte, insuflar valor a quien carezca de él, actuar con la fuerza de Horus, pero también con la de Set.

-Podéis contar conmigo, majestad.

No sin nostalgia, el Bigotudo pensaba en la hermosa nubia de la que había tenido que despedirse. Su piel, de un negro azabache y de embrujadora dulzura; sus pechos firmes, tan dulces de acariciar; sus largas piernas de gacela... No dejaba de recordar los encantos de aquella hechicera, de la que casi se había enamorado; pero era un hombre de guerra y no tenía derecho a vincularse a una mujer.

Deprimido, se dirigió hacia la popa del barco para tomar una jarra de cerveza.

De pronto, se detuvo en seco.

El montón de cestas, acumuladas junto a las tinajas, acababa de moverse. Con el puñal en la mano, el Bigotudo se acercó. Sin duda alguna, un pasajero clandestino se había atrevido a subir a bordo.

-¡Sal de ahí! -exigió.

Las cestas se movieron de nuevo.

Apareció el rostro sonriente de la joven nubia.

-¡Tú, aquí!

-No quería separarme de ti, de modo que me escondí para ir contigo adonde vayas.

Se liberó con gran agilidad y se colgó del cuello de su amante.

-¡Eres más felina que una pantera!

-Felina... ¡Me gusta mucho como nombre! En adelante, me llamarás así.

-Escucha, no tienes derecho a viajar en un barco de guerra y...

-Tú eres un héroe. Y yo sé combatir. Bastará con que digas que soy tu soldado nubio.

El Bigotudo advirtió que no saldría vencedor de aquella nueva justa. Y como realmente se había enamorado, se dirigió al almirante Lunar, que, con su seguridad habitual, guiaba la flota hacia Tebas.

Al acercarse a su ciudad, Ahotep sintió su corazón en un puño. Allí había nacido, había amado y el deseo de libertad había iluminado su vida. Ningún otro paisaje podría sustituir nunca el esplendor del Nilo, la grandeza de la cima y la paz de los cultivos, proclamados por los palmerales. Consagrado a la serenidad, aquel lugar encantador se había transformado, sin embargo, en hoguera de guerra, puesto que era el único lenguaje que podía utilizarse con los hicsos.

Mientras el navío almirante se aproximaba a la base secreta, la reina revivió en su pensamiento la expedición a Nubia. Forzoso le fue advertir que el espía hicso no los había perjudicado en modo alguno. La conclusión que se imponía por sí misma era que se había quedado en Tebas. Pero los nombres en los que se obligó a pensar eran los de seres libres de cualquier sospecha.

Sin embargo, el faraón Seqen había caído, sin duda, en una trampa.

Bajo las aclamaciones, el barco atracaba. De acuerdo con la tradición, la reina presentó a la diosa Hathor, patrona de la navegación, un ofrecimiento de incienso para agradecerle su protección.

El primero en lanzarse por la pasarela fue el pequeño Amosis, que se arrojó en brazos de su madre.

-¿Has trabajado bien? -le preguntó ella.

-¡Con la abuela, no hemos parado! Ya verás qué hermosas y limpias están las casas. Lo hemos limpiado todo, incluso las armas.

Teti la Pequeña parecía haber rejuvenecido diez años. Quienes habían olvidado que la frágil anciana era la reina madre, encargada de velar por Tebas en ausencia del faraón y de Ahotep, lo habían recordado de nuevo brutalmente. Irritada por la indolencia de sus compatriotas, Teti la Pequeña había restablecido estrictas reglas de higiene y, en compañía del intendente Qaris y del superior de los graneros Heray, velaba por su aplicación. Ni una sola vivienda, ni un solo almacén habían escapado a una serie de fumigaciones y desinfecciones. Cada casa estaba entonces provista de jarras con pico y jofainas, destinadas al gran aseo matinal, cuyo indispensable auxiliar era el natrón, lo mejor para asearse la boca. Los talleres de tejido habían producido numerosas túnicas, tanto para los hombres como para las mujeres, encantados todos de renovar su guardarropa.

Instalados al abrigo de unas telas tendidas entre cuatro estacas, unos peluqueros afeitaban cada mañana a los soldados y les lavaban el pelo, mientras los especialistas en damas procuraban ponerlas tan hermosas como fuese posible, sin olvidar perfumarlas con productos rudimentarios, era cierto, pero que anunciaban días mejores. Con sus pinzas para ondular y sus espátulas indispensables para extender la cera, los peluqueros habían vuelto al trabajo. Estaban muy lejos todavía de las obras maestras de antaño, pero fabricaban de nuevo modelos de cabezas de madera y recuperaban, poco a poco, la habilidad perdida.

Cada morada, por muy modesta que fuera, estaba entonces llena de esteras, cofres para el arreglo, marmitas, escudillas, recipientes para trigo, jarras de aceite y cerveza, y un amuleto que representaba al dios Bes, cuya atronadora risa alejaba los malos espíritus. Fuertes escobas, hechas con largas fibras de palma rígidas, permitían a las amas de casa barrer el polvo, mientras los equipos de lavanderos se encargaban de la limpieza de la ropa.

La base militar se había convertido en un hermoso pueblo, donde, cada mañana, flotaba el olor del pan fresco. El joven Amosis no exageraba, pues realmente Teti la Pequeña no había estado mano sobre mano.

La más sorprendida fue Felina, que descubría, maravillada, las hermosas casas blancas y sus bien cuidados jardincillos.

-Este no es lugar para hacer la guerra -dijo-. ¿Viviremos aquí?

-Tú, sí. Yo debo marcharme otra vez.

-Te dije que ya no te abandonaría y soy muy tozuda.

-Felina, yo...

-Llévame a una de esas casas y dame una hermosa túnica. Luego, haremos el amor.

El consejo restringido se celebraba en la terraza del palacio real, bañada por el sol poniente. El instante era de tal dulzura que la propia Ahotep sintió deseos de olvidar las batallas pasadas y por venir, convenciéndose de que el objetivo había sido alcanzado y no sería necesario seguir adelante.

Pero ceder a esa ilusión hubiera sido la peor de las deserciones. Y fue necesario escuchar el informe del intendente Qaris.

-Majestades, *Bribón* ha regresado de Cusae. El gobernador Emheb ha recibido vuestro mensaje y os espera con impaciencia. Por desgracia, en Coptos puede abrirse otro frente. Nuestros vigías temen un contraataque de los últimos partidarios de los hicsos en la región, ayudados por las guarniciones que ocupan aún los fortines en la ruta del desierto.

-Hay que garantizar la seguridad de Tebas -dictaminó el faraón Kamosis-; antes de partir hacia el norte, resolvamos el problema de Coptos.

-El gobernador Emheb y sus hombres deben estar ya agotados -objetó Ahotep-. No podemos prolongar más la espera. Tú, el portador de la corona blanca, vuela sin tardanza en su ayuda. Dos regimientos de asalto y yo nos encargaremos de Coptos.

-¡Madre, es una locura!

-Con todo respeto, majestad -insistió Heray-, comparto la opinión del faraón.

-¿Acaso no nos vemos obligados a cometer locuras?

U n angustiado Kamosis se había lanzado hacia Cusae a la cabeza de una reducida flota tras haber abrazado largo rato a su madre, con el temor de no volver a verla.

Ahotep había tenido que consolar al pequeño Amosis, furioso por no poder acompañar a su hermano. Tras dejar de poner mala cara, había aceptado seguir entrenándose, más si cabe porque Teti la Pequeña se había comprometido a no hacerle gozar de tratamiento de favor alguno.

-Madre -preguntó Ahotep-, ¿no has advertido nada anormal en Tebas durante mi ausencia?

Teti la Pequeña reflexionó en vano.

-¿Nada te ha intrigado en el comportamiento de Qaris y de Heray?

-No, Ahotep. Acaso sospechas que...

-Permanece muy atenta, te lo ruego.

-¡No vas a aventurarte, de todos modos, por el camino de Coptos! Has tomado esa posición para tranquilizar a Kamosis. Estás decidida a quedarte en Tebas, ¿no es cierto?

Ahotep sonrió.

-¿Por qué me haces semejante pregunta, tú, que me conoces bien?

La reina había elegido los dos regimientos mandados por el Bigotudo y el afgano por una razón concreta, es decir, su experiencia de guerrilla. No disponía de suficientes hombres para un choque frontal con el enemigo, pero confiaba en una serie de intervenciones concretas y rápidas. La pequeña tropa no tendría mucho tiempo para descansar y debería buscar en lo más profundo de ella misma los últimos recursos, sobre todo si sufría dolorosas pérdidas.

Ahotep no había ocultado a los soldados las pruebas que iban a soportar. Ni uno solo había renunciado.

-Eso no es valor, sino miedo -explicó el Bigotudo-. Saben que el afgano y yo acabamos con los desertores. Concededme un favor, majestad... Felina quiere llevar mis odres de agua.

-¿Sabe a lo que se expone?

-Una nubia no teme las serpientes ni las fieras. Y esta es la más tozuda de todas las mujeres juntas. ¡Oh, perdón, majestad! No quería decir que...

-Salimos dentro de una hora.

Cuando Ahotep avanzó por el atrio del templo de Coptos, los notables de la ciudad estaban discutiendo allí, precisamente, su porvenir.

Aterrorizados por la amenaza de los hicsos, estaban considerando serles fieles de nuevo y volver la espalda al joven faraón Kamosis, incapaz de afirmar su poder. Ciertamente, Tebas había levantado la cabeza, pero ¿por cuánto tiempo? Pensándolo bien, la revuelta solo podía ser pasajera. Únicamente los que hubieran colaborado con el emperador escaparían a su cólera. Las propuestas en favor de una unión oficial con los hicsos habían comenzado a sonar un poco antes de que apareciera la reina de Egipto.

Tocada con una diadema de oro y ataviada con una simple túnica blanca, Ahotep estaba más hermosa que nunca.

Los notables callaron y se inclinaron.

-Las heridas de la ocupación están muy lejos aún de haber desaparecido -reconoció ella-, y Coptos necesita muchas modificaciones. En vez de discutir por discutir, deberíais estar trabajando.

-Majestad -intervino el sumo sacerdote de Min-, somos vuestros fieles servidores y...

-Sé que os disponíais a traicionarme porque no creéis en la victoria final de Tebas. Os equivocáis.

-¡Tenéis que comprendernos! ¡Los hicsos nos amenazan! -Estoy aquí para liberar definitivamente la ruta del desierto y garantizar la seguridad de Coptos. Si seguís dando pruebas de cobardía, me tendréis a mí como enemiga.

La intervención de la reina puso de nuevo a flote la ciudad. Ahotep decidió un programa de obras urgentes y nombró a nuevos administradores, que serían directamente responsables ante ella. La población pudo acercarse y hablar con la reina, y aquel simple contacto hizo renacer la esperanza, ante los ojos admirados, como siempre, del afgano y el Bigotudo.

-Es realmente extraordinaria -observó el afgano una vez más.

-Limítate a obedecerla -recomendó el Bigotudo- y no te pierdas en sueños insensatos. Todos los egipcios están enamorados de ella, salvo yo, desde que tengo a mi pequeña nubia. ¡Y tampoco eso es muy seguro!

-Ninguna mujer puede compararse le. Incluso un endurecido jefe de guerra se habría desanimado hace mucho tiempo, pero ella... El ardor que la habita no es de este mundo.

-¡Pero nosotros sí estamos en él! Tal vez sea nuestra última velada en esta tierra, afgano. Aprovechémosla, pues.

La reina había concedido tiempo libre a sus hombres, recibidos calurosamente en las tabernas de Coptos. Todos preferían olvidar el mañana.

Mientras charlaba con un caravanero, al afgano, aunque ya estaba ebrio, se le ocurrió una idea que podía salvar la vida a numerosos tebanos.

-Ven, Bigotudo, tenemos que hablar enseguida con la reina.

-Debe de dormir.

-Peor para ella; la despertaremos.

Con pesado paso, ambos hombres se dirigieron al palacio del gobernador, donde residía Ahotep. No solo no dormía, sino que, además, estaba ocupada poniendo en marcha el plan que el afgano había concebido mucho más tarde que ella.

El primer fortín de los hicsos se levantaba a una decena de kilómetros al este de Coptos y dominaba perfectamente la ruta. Ninguna caravana podía llegar a la ciudad. Los soldados del emperador interceptaban a los mercaderes y los despojaban de sus bienes.

Gracias a esas rapiñas, soportaban las difíciles condiciones de existencia en el desierto, pero no habían renunciado a recuperar Coptos. De ese modo, las guarniciones de los cinco fortines escalonados entre la ciudad y el mar Rojo no tardarían ya en reunirse para atacar la ciudad del dios Min, a la que habían dirigido un ultimátum, ya que, o reconocía la supremacía del emperador, o la población sería aniquilada.

-¡Caravana a la vista! -gritó un vigía.

El oficial hicso responsable del fortín se reunió con él en el puesto de observación.

Era una caravana, en efecto, y de buen tamaño, pero no venía del desierto.

-Los notables de Coptos... ¡Se rinden! Observa a todos esos cobardes. Llevan riquezas que vienen a depositar a nuestros pies. Empalaremos al alcalde y decapitaremos a los demás.

-Yo me quedaré con el asno -dijo el vigía-. Nunca había visto un animal tan poderoso.

-El oficial soy yo. Yo reparto el botín. Olvida el asno y piensa en las mozas de Coptos, que te lamerán los dedos de los pies implorando clemencia.

Risueños, los hicsos dejaron que se acercaran los asnos, los notables y sus servidores. El alcalde y sus adjuntos temblaban, pues temían ser abatidos por los arqueros antes de haber llegado a la puerta del fortín. Pero su aspecto era tan lamentable que ni uno solo de los esbirros del emperador tuvo deseos de malgastar una flecha. La tortura sería mucho más entretenida.

-¡Prosternaos y oled el polvo! -ordenó el oficial. Los notables lo hicieron, cada vez más aterrorizados.

Fue *Viento del Norte* quien dio la señal de ataque, lanzándose sobre el oficial y golpeándolo con la cabeza. Los soldados tebanos dejaron de fingirse servidores y arrojaron sus puñales de doble filo con magnífica precisión.

Aprovechando la falta de atención del enemigo, el Bigotudo, el afgano y unos diez hombres se acercaron por una ruta secundaria indicada en el mapa del traidor Titi, que Ahotep no había olvidado, habían escalado la torre de vigía y librado de los arqueros.

En menos de un cuarto de hora, la guarnición de los hicsos había sido exterminada. Los egipcios solo tenían que lamentar dos heridos, de los que Felina ya se estaba ocupando.

-Habéis hecho muy bien vuestro papel -dijo Ahotep a los notables, que no dejaban de temblar.

-Majestad -imploró el gobernador-, ¿podemos regresar a Coptos?

-Tenemos que tomar aún cuatro fortines -repuso la reina con una hermosa sonrisa.

El último ataque hicso había sido mortífero. Con un valor que rayaba en la inconsciencia, Ahmosis, hijo de Abana, había procurado reanimar la energía de un centenar de chiquillos aterrorizados, para rechazar un comando de infantes de cascos negros, cuya sola visión los horrorizaba.

Desbaratado el asalto, solo quedaron diez agotados supervivientes. Cubierto de sangre enemiga, Ahmosis, hijo de Abana, no había perdido el tiempo lavándose antes de hablar con el gobernador Emheb.

-Esto ha terminado, gobernador; no podemos aguantar más.

-El mensaje de *Bribón* era muy claro -recordó Emheb.

-Los tebanos se han visto retrasados... o diezmados. En cualquier caso, no llegarán. Si no nos replegamos, seremos aniquilados todos.

El gobernador no protestó. El joven héroe tenía razón.

-Concédeme un día más.

-Si los hicsos lanzan un nuevo asalto, seremos incapaces de rechazarlos. Sería jugar con fuego.

-Por regla general, se toman su tiempo, mucho tiempo a veces, antes de empezar de nuevo.

-Por regla general, sí. Pero esta vez han advertido que el frente no era más grueso que una hoja de sicomoro. En su lugar, yo atacaría en las próximas horas.

-Organicemos del mejor modo la defensa y dispongámonos a partir.

Emheb había pasado la noche enterrando los cadáveres en simples fosas excavadas apresuradamente. No había sarcófagos, ni papiros con fórmulas de resurrección, ni siquiera un vulgar amuleto protector. El gobernador solo pudo pronunciar una antiquísima invocación a Osiris, rogándole que acogiera en su paraíso a aquellos jóvenes que no habían vacilado en entregar su vida para intentar vencer al imperio de las tinieblas.

Y luego, el alba se había levantado sobre un campamento egipcio sin fuerzas ya. Dos heridos graves murieron con los primeros rayos del sol. Emheb los enterró también.

-Deberíais dormir un poco -recomendó Ahmosis, hijo de Abana.

-¿Has descansado tú?

-No he tenido tiempo. Hemos reforzado las barricadas de tierra, hemos plantado estacas defensivas y hemos vuelto a levantar los muretes de ladrillo tras los que se protegerán nuestros arqueros. Pero es tan irrisorio todo eso...

-Los barcos están listos para partir. Encárgate de que embarquen los heridos.

Era más que un sueño lo que se derrumbaba, mucho más. Roto el frente de Cusae, los hicsos se desplegarían hacia el sur y pasarían Tebas a sangre y fuego. Después de Ahotep, nadie tomaría de nuevo la antorcha. La barbarie de los invasores se convertiría en ley común, y el imperio de las tinieblas no dejaría de extenderse.

Del lado hicso, todo parecía tranquilo, lo que resultaba más inquietante aún. Sin duda, el enemigo aguardaba la orden de Avaris para lanzar la ofensiva final que barriera a los resistentes.

Emheb ordenó a la mayoría de los soldados que abandonaran su puesto y subieran a bordo de los barcos. Solo permaneció en su lugar la primera línea, compuesta únicamente por voluntarios.

-Vuestro camarote ha sido limpiado, gobernador -informó Ahmosis, hijo de Abana-. Podéis embarcar.

-No, me quedo aquí. Toma el mando hasta Tebas.

-Allí van a necesitaros.

-Nuestro mundo está a punto de extinguirse, muchacho; allí no existe ya. Prefiero combatir hasta el fin con esos chiquillos que se mueren de miedo pero se niegan a rendirse.

-Entonces, yo también me quedo. Como mejor arquero del ejército egipcio, retrasaré el avance de los hicsos.

Los dos hombres se abrazaron.

-Encárgate del flanco izquierdo -ordenó Emheb-; yo me ocupo del derecho. Cuando no podamos aguantar, que los supervivientes se agrupen en la colina.

Ahmosis, hijo de Abana, sabía muy bien que no tendrían tiempo de hacerlo.

A Emheb le quedaba un último temor, es decir, que el ataque hicso se produjera antes de que los barcos zarparan y que fueran hundidos antes de que pudieran alejarse. Las maniobras se realizaron pues precipitadamente, a riesgo de provocar un accidente.

Por suerte, no fue así. El viento del norte hinchó las velas y comenzó el viaje hacia Tebas.

Sin decir palabra, Emheb y Ahmosis, hijo de Abana, ocuparon sus puestos de combate.

-Vuelven, gobernador.

El joven soldado se irguió cuan alto Emheb le obligó a tenderse de nuevo. -Los barcos... ¡Os aseguro que vuelven!

El gobernador se arrastró hasta un montículo desde el que podía observar el Nilo sin ser alcanzado por los proyectiles hicsos. El chiquillo tenía una vista excelente. ¿Por qué quienes podían escapar de la muerte regresaban a Cusae? La única explicación era que ¡los bajeles enemigos los obligaban a dar media vuelta!

Nada.

El gobernador Emheb no podía hacer nada para salvarlos. Él mismo y la línea del frente habían sido tomados entre dos fuegos.

Decidió ordenar que sus infantes se dispersaran.

Pero un detalle intrigó al gobernador, ya que no se veía ni el menor signo de agitación en la cubierta de los barcos. Creyó, incluso, ver marineros danzando de alegría.

Del poderoso navío de guerra que parecía perseguirlos brotó un fulgor.

Deslumbrado, Emheb comprendió enseguida que los rayos del sol se reflejaban en «la resplandeciente de claridad», en la corona blanca del faraón Kamosis.

En su último informe, el general hicso encargado del frente de Cusae había tranquilizado plenamente al emperador, o sea, que la guerra de desgaste había resultado eficaz, puesto que los egipcios estaban ya sin aliento. Por consiguiente, era inútil desplazar un ejército desde el Delta. Un asalto postrero bastaría para romper un frente exangüe.

-¿Está todo listo? -preguntó a su ayuda de campo.

-Sí, mi general. Vuestras consignas han sido distribuidas a los oficiales.

«Resultará casi demasiado fácil», pensó el oficial superior. Pero tras aquel penoso conflicto, tan prolongado, los hicsos destriparían con gusto a los últimos resistentes. Y el general sería celebrado como vencedor en Avaris, donde, sin duda, recibiría un ascenso. Su barco avanzaría orgullosamente por el canal principal, llevando en la proa la cabeza cortada del gobernador Emheb.

De pronto, unos curiosos sonidos le hicieron sobresaltarse.

-¿Qué es eso?

-Nunca lo había oído -dijo el ayuda de campo, cuyo vientre se contraía.

Ningún hicso, en efecto, había oído aún la incitadora melopea de los tambores. Fabricados en Nubia, emitían intensas vibraciones, que sembraron la turbación entre los soldados del emperador.

-¡Un nuevo maleficio de la reina Ahotep! -exclamó el ayuda de campo.

-¡Con esta música no harán retroceder a los hicsos! -se indignó el general-. Preparémonos para el asalto.

Con el cuerpo empapado de sudor, acudió un vigía.

-¡Mi general, la línea del frente acaba de reforzarse! Hay, por lo menos, el triple de soldados, y no dejan de llegar más.

-¿De dónde salen?

-De unos barcos procedentes del sur. He visto incluso a los egipcios alegrándose, como si ya no temieran nada. Trastornado, el general quiso comprobarlo personalmente. Siguiendo al vigía, subió a un promontorio, desde donde podía ver la primera línea enemiga.

Lo que descubrió le hizo enmudecer.

En el cerro más alto flotaba un estandarte con el emblema de Tebas, un arco y unas flechas. Y el que lo sostenía firmemente en su mano derecha era un vigoroso joven, tocado con la corona blanca del Alto Egipto, que parecía emitir potentes rayos luminosos.

Acompañados por los tambores a lo largo de toda la noche, los clamores de la fiesta celebrada por los tebanos habían dejado a los hicsos a la expectativa.

Cordero asado, puré de habas, queso fresco... Con los estómagos llenos y los corazones alegres ante semejante festín, los liberadores querían creer de nuevo en la victoria. Gracias al carguero de avituallamiento, recuperaban las fuerzas necesarias para luchar contra las tropas del emperador.

El faraón Kamosis era menos optimista. No le ocultó la realidad al gobernador Emheb.

-Las misivas transmitidas por las palomas mensajeras me han comunicado que mi madre se ha apoderado de los fortines hicsos en la ruta que va de Coptos al mar Rojo; pero ha tenido que instalar allí soldados egipcios, y ya dejamos muchos más en Nubia y Elefantina para mantener nuestras posiciones. Espero que la reina Ahotep esté muy pronto a nuestro lado, pero ¿con qué ejército?

-Dicho de otro modo, majestad, nos faltan hombres.

-Es imposible reunir la totalidad de nuestras fuerzas en Cusae. Los nubios contraatacarían por el sur, y Tebas estaría en peligro.

-Reanudaremos, pues, esta guerra de desgaste y trincheras. Si los hicsos repiten sus violentos asaltos, ¿durante cuánto tiempo conseguiremos rechazarlos?

-Lo ignoro -reconoció el faraón-, pero no retrocederemos.

-Todo está listo, majestad -declaró el sumo sacerdote del templo de Set cuando el emperador bajó de su silla de manos.

Al revés que los faraones, Apofis no iniciaba su jornada con la celebración de un ritual. Por lo general, solo iba al santuario para dirigir un gran consejo, que solía terminar con la eliminación de un dignatario que se había vuelto, para su gusto, demasiado soso.

Esa vez, el señor de los hicsos estaba solo.

-Alejaos, tú y tus acólitos.

Había tanta violencia en la mirada del emperador que el sumo sacerdote puso pies en polvorosa.

Apofis penetró en el santuario, donde las lámparas de aceite habían sido apagadas. Avanzó con facilidad entre tinieblas.

En el fondo del templo, los sacerdotes habían depositado en un altar una admirable estatuilla de la diosa Hathor. El rostro había sido esculpido con tanta finura que vibraba de vida. Las formas del cuerpo expresaban amor, nobleza y ternura al mismo tiempo.

En otro altar, estaban dispuestos cinco puñales.

-Obedéceme, Set -exigió el emperador-; ayúdame a destruir a quienes se oponen a mi voluntad.

La tempestad rugió.

Espesas nubes negras se amontonaron por encima del templo de Avaris; los perros aullaron a la muerte.

Solo se produjo un relámpago, pero tan violento que desgarró todo el cielo. El rayo cayó en los puñales, cuyas hojas se volvieron incandescentes.

Con el primero, Apofis decapitó la estatuilla y le cortó los pies. Clavó dos en sus pechos y otros dos en su vientre.

-¡Muere, maldita Ahotep!

Tras haberse detenido bajo un algarrobo de tupido follaje, cuyos frutos con sabor a miel había degustado, la reina se dirigía hacia el templo de Dendera, rodeado por altos sicomoros. Gracias a las expediciones organizadas por el Bigotudo y el afgano, los tebanos habían liberado, una a una, las aldeas que seguían en manos de la policía de los hicsos. Sin vacilar, los campesinos habían ayudado a los liberadores para acabar, por fin, con un yugo insoportable.

De pronto, Ahotep sintió un violento dolor en el pecho. Decidida a ignorarlo, siguió caminando hacia el santuario de la diosa Hathor, que temía encontrar devastado. Pero corrió fuego por sus pies y tuvo que detenerse.

-¿Os sentís mal, majestad? -se preocupó el afgano.

-Solo es un poco de fatiga; nada grave.

Un nuevo dolor atravesó el vientre de la reina, la dejó sin aliento y se vio obligada a sentarse. Cuando sus pensamientos comenzaron a enturbiarse, lo comprendió.

-Un maleficio... ¡Es el emperador, solo puede ser él! Llevadme al templo.

El Bigotudo y el afgano sacaron una barca del canal donde estaba amarrada e instalaron en ella a la reina. Doce hombres la levantaron, corrieron hasta el gran portal, medio derrumbado, y lo cruzaron con presurosos pasos.

En el gran patio yacían los restos de estelas y estatuas. Las efigies de Hathor que enmarcaban la entrada del templo cubierto habían sido decapitadas y mutiladas. Tres mujeres aterrorizadas, dos jóvenes y una muy anciana, se presentaron en el umbral.

-No violéis este lugar sagrado -imploró la superiora-. Para entrar aquí tendréis que matarnos antes.

-Ejército de liberación -anunció el Bigotudo-. Ahotep se encuentra mal y necesita vuestros servicios. Dejaron la barca en el pavimento.

¡La reina Ahotep! La anciana sacerdotisa recordaba su visita a Dendera, en compañía de su marido, el faraón Seqen. Ella le había dado el *heka,* el poder mágico que permitía desviar el curso del destino. Pero, entonces, esa fuerza parecía agotada.

-El emperador de las tinieblas intenta apoderarse de mi alma -explicó la reina-. Solo la diosa de oro puede arrancarme de sus garras.

La superiora puso la mano en la frente de Ahotep.

-No hay un segundo que perder, majestad. El fuego de Set ha invadido ya la mayoría de vuestros canales. Que alguien ayude a la reina a desplazarse.

De acuerdo con el Bigotudo, fue el afgano quien tomó a la mujer en sus brazos. El fuerte barbudo de cabellos cubiertos por un turbante llevó, angustiado y respetuoso, la preciosa carga.

Afortunadamente, la superiora avanzaba a un ritmo lento, y el afgano la siguió, evitando los pasos en falso.

Pese a las amenazas de los hicsos, la suma sacerdotisa de Dendera no había revelado el emplazamiento de las criptas donde se conservaban los objetos sagrados de Hathor. Había callado, incluso, bajo la tortura. En ese momento, encontraba la recompensa a su valor al abrir la puerta corredera de la pequeña estancia donde se habían ocultado la corona, los sistros, los collares y la clepsidra de la diosa de oro. En los muros, se habían grabado escenas que solo ella debía ver.

-Tiende a su majestad en el suelo -ordenó la superiora- y retírate.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, brotó un fulgor de una extraña figura que representaba una envoltura oval recorrida por una línea quebrada, la primera onda de la creación que había atravesado la materia para animarla. La vibración hizo temblar el muro y el cuerpo de Ahotep.

-El alma de la reina está sumergida en la *duat,* la matriz estelar de la que nacen, a cada instante, las múltiples formas de vida -reveló la superiora-. Debe permanecer allí setenta horas, con la esperanza de que la energía de Hathor sea más poderosa que la del emperador de las tinieblas.

-¿No estáis segura de ello? -se inquietó el Bigotudo.

-Ignoro la naturaleza de las fuerzas que Apofis ha utilizado. Si ha recurrido a Set, el perturbador del cosmos, todo el amor de Hathor no será excesivo.

-Pero la reina no corre el peligro de morir, ¿verdad? -murmuró el afgano.

-Que la diosa de oro la acoja en su barca que penetra en la oscuridad.

Transcurrida la septuagésima hora, la suma sacerdotisa de Dendera abrió la puerta de la cripta.

Durante interminables segundos, solo hubo silencio. El Bigotudo se mordía los labios; el afgano estaba petrificado. Ahotep salió de la pequeña estancia que podría haber sido su tumba. Muy pálida, con pasos inseguros, abandonó la oscuridad de la *duat.*

Viéndola vacilar, el afgano le ofreció su brazo.

-Tiene que comer, majestad -sugirió el Bigotudo.

-Antes debo asegurar la protección de la reina -decretó la superiora-. Gracias al collar de la diosa, estará a salvo de un nuevo ataque.

La suma sacerdotisa entró en la cripta y sacó de ella un extraño objeto; era la *menas,* formada por un collar de perlas de oro y turquesas, unidas, por dos cordoncillos, a un contrapeso de oro que terminaba en un disco y se colocaba en la nuca.

-Con este símbolo, la diosa transmite el fluido mágico de la vida. Gracias a él, las madres pueden parir y los marinos llegan a buen puerto. Cuando se blande ante la estatua de Hathor, tristezas y turbaciones se disipan. En él se quebrarán las ondas nocivas. La superiora puso el *collar-menas* al cuello de Ahotep.

-Gracias a vos, majestad, la provincia de Dendera ha sido liberada. Pero ¿cómo podría renacer Egipto mientras el templo de Abydos esté bajo la amenaza de los hicsos?

El encendido discurso de Kamosis había tranquilizado a los soldados egipcios. ¿Acaso no era Apofis «uno de débil brazo, cuyo estrecho corazón alardeaba de falsas victorias»? Con un faraón a su cabeza, los tebanos no retrocederían. Y cuando la reina Ahotep se reuniera con ellos, avanzarían, por fin, hacia el norte.

Otro motivo de esperanza era el nuevo armamento del que entonces disponían las tropas del frente. Reforzados con láminas de bronce, los escudos de madera los protegerían mejor de las flechas y las lanzas de los hicsos. Provistas de puntas de bronce, más largas y más penetrantes, sus propias lanzas causarían mayores daños en el enemigo, al igual que las espadas más cortantes y las hachas más manejables. En cuanto a los cascos y las corazas, cubiertos de escamas de bronce, serían más útiles en los combates cuerpo a cuerpo.

Así equipados, los soldados de Kamosis y de Ahotep se sentían casi invulnerables. Ciertamente, el miedo provocado por la visión de los guerreros de negros cascos seguía bien presente, pero todos se creían capaces de enfrentarse con ellos.

Sin embargo, fuerá de la vista de sus hombres, el joven rey mostraba un aspecto muy sombrío.

-Las noticias son buenas, majestad -le anunció el góbernador Emheb-. *Bribón* acaba de hacernos saber que la reina Ahotep ha liberado la provincia de Dendera y se dirige hacia Abydos.

-Aunque consiga reunirse con nosotros, lo hará sin refuerzos. Y si permanecemos inactivos, los hicsos acabarán aplastándonos.

¿Cómo se habría comportado Ahotep en semejantes circunstancias? Kamosis debía mostrarse digno de ella y no limitarse a mantener las posiciones adquiridas.

-Puesto que nos faltan voluntarios, debemos convencer a los tibios para que luchen a nuestro lado.

-¿Estáis pensando en los marineros, los caravaneros o los mercenarios empleados por los hicsos en la región?

-Debemos convencerlos.

-Son gente sin fe ni ley, majestad.

-¿Y por qué no dárselas?

Los caravaneros descargaban los asnos protegidos por los mercenarios pagados por los hicsos. Tan cerca del frente, ese tipo de precaución no era superfluo. Según los últimos rumores, un joven faraón que llevaba la corona blanca habría llegado, incluso, a Cusae. Ciertamente, se anunciaba una próxima ofensiva que doblegaría a los tebanos, pero ¿no se arriesgarían los resistentes a atacar los convoyes de mercancías? Solo la presencia de los milicianos de Apofis podía disuadirlos de intentar la aventura.

Como de costumbre, la descarga se hizo sin incidentes. Cuando los hicsos se alejaban, Ahmosis, hijo de Abana, disparó la primera flecha, que mató en seco al comandante. Con la calma y la precisión habituales, diezmó las filas del adversario, ayudado por otros arqueros de élite.

Petrificados ante sus mercancías, los comerciantes asistieron a la matanza de sus protectores sin atreverse a huir. Y no les tranquilizó la aparición de Kamosis, tocado con la reluciente corona blanca.

-Sois colaboradores de Apofis -declaró-; enemigos de Egipto, pues.

El portavoz de los comerciantes se arrodilló.

-¡Majestad, nos han oprimido! Comprendedlo y perdonadlo. En nuestro corazón, reina Egipto.

Kamosis sonrió.

-Estas palabras me alegran. Afortunadamente para vosotros, ha llegado la hora de demostrar vuestro compromiso.

El semblante del portavoz se alteró.

-Majestad, somos gente pacífica y...

-Estamos en guerra -recordó el faraón-, y todos deben elegir su bando. U os ponéis junto a los hicsos, y seréis ejecutados por traición, o combatís con nosotros.

-¡No tenemos experiencia alguna con las armas!

-Mis instructores os confiarán tareas a vuestro nivel.

Puesto que no existía escapatoria, el mercader intentó obtener una importante ventaja para su corporación.

-La aduana de Hermópolis nos ahoga, majestad. Los aduaneros son asiáticos y beduinos que se apropian de cantidades enormes de mercancías. ¿Pensáis modificar esta situación?

-Esa aduana solo existe a causa de la ocupación.

-¿Será suprimida, pues, si salís vencedor?

-Si vencemos, lo será.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro del portavoz.

-Somos vuestros fieles servidores, majestad, y combatiremos tan bien como podamos.

Cuando vieron llegar el destacamento al mando de Kamosis, los habitantes de la aldea, aterrorizados, se refugiaron en sus casas de adobe. Como muchos villorrios al este de Cusae, aquel estaba al mando de un mercenario ayudado por una veintena de rudos mocetones, que hacían reinar el terror aplicando las consignas de la policía de los hicsos. Todos salían beneficiados, y Gran Rodilla nunca había vivido mejor que como miliciano del emperador. Estafaba a la población, poseía a mujeres inaccesibles y golpeaba a quien se atreviera a faltarle al respeto.

-Jefe -aulló su lugarteniente-, ¡nos atacan!

Con el cerebro nublado por la cerveza, Gran Rodilla tardó unos instantes en comprender que lo increíble acababa de suceder. Naturalmente, estaba el frente de Cusae, y algunos hablaban de la determinación del ejército de liberación. Él nunca lo había creído. ¡Y ahora unos tebanos se atrevían a emprenderla con su dominio! Aunque escéptico sobre la capacidad para avanzar del ejército de liberación, Gran Rodilla había previsto, sin embargo, una defensa. Quienes creían que iba a agachar la cabeza se llevarían una desagradable sorpresa.

-¿Has hecho lo necesario?

-¡Quedad tranquilo, jefe! Gran Rodilla tuvo una sorpresa al salir de su casa.

El provocador era precisamente un hombre joven y vigoroso, y llevaba una corona tan blanca que el fulgor lo deslumbró.

-Depón las armas -ordenó Kamosis-. Mis hombres son más numerosos que los tuyos; no tienes posibilidad alguna de vencer.

-El rey de Tebas no es bienvenido en mi territorio -repuso Gran Rodilla con altivez.

-Has traicionado al faraón vendiéndote a los hicsos. Inclínate o morirás.

-Mi único dueño es Apofis. Si no te largas de inmediato, serás responsable de la muerte de todos los niños de la aldea. Mira aquella granja, allí... Los hemos reunido, y mis hombres no vacilarán en degollarlos en cuanto yo dé la orden.

-¿Qué ser humano se atrevería a cometer semejante abominación?

Gran Rodilla rió, sarcástico.

-¡Con los hicsos he tenido buenos maestros! Tú eres solo un débil, porque crees aún en la existencia de Maat.

-Ríndete; aún estás a tiempo.

-Sal de mi territorio, o los niños serán ejecutados.

-Amón es testigo de que solo habrá un muerto en esta aldea -declaró Kamosis, volviéndose hacia Ahmosis, hijo de Abana. La flecha del arquero de élite se clavó en el ojo izquierdo de Gran Rodilla, que cayó de espaldas.

Privados de su jefe, aterrorizados por la decisión de Kamosis, los hombres del miliciano arrojaron sus espadas y sus arcos puesto que no deseaban morir.

-Los rehenes están ilesos -aseguró el lugarteniente de Gran Rodilla.

-El único camino que tenéis para expiar vuestras culpas es obedecerme y comprometeros, con un juramento, a combatir a los hicsos. Si faltáis a vuestra palabra, la Devoradora del otro mundo os aniquilará.

Los soldados prestaron juramento. Satisfechos al salir tan bien librados, no les disgustaba ponerse a las órdenes de un verdadero jefe.

-Irás a la aldea vecina con parte de mi escuadrón -ordenó Kamosis a su nuevo oficial-. Allí, propondrás al jefe de la milicia local que te imite y se una a nuestras filas. De lo contrario, seguirá la suerte del bandido que os esclavizaba.

Al norte de Dendera y al sur de Cusae, el paraje sagrado de Abydos estaba consagrado al dios Osiris, el señor de la vida en la eternidad. Carente de importancia económica, la ciudad santa acogía las estelas de los «justos de voz», que habían comparecido con éxito ante los dos tribunales, el terrenal y el celeste.

La reina y sus soldados acampaban a buena distancia del templo, sumido en el silencio. No había ningún rastro de presencia de hicsos por los alrededores. Tras varias expediciones, que les habían permitido liberar las aldeas entre Dendera y Abydos, los tebanos disfrutaban de algunas horas de descanso.

-Ya no queda nadie por aquí -observó el Bigotudo-. En cuanto nuestros hombres se hayan recuperado, ¿no nos convendría dirigirnos lo antes posible al frente?

-Los hicsos han sustituido la vida por la muerte -recordó Ahotep-. En Abydos, Osiris transforma la muerte en vida, y tenemos que asegurarnos, primero, de que solo reinen aquí los espíritus luminosos. Cuando Egipto haya sido liberado, Abydos volverá a ser un santuario magnífico y próspero. Las estelas de los justos se erigirán de nuevo, y un colegio de sacerdotes y sacerdotisas celebrará el culto y los misterios del dios, como en el pasado.

Si se escuchaba a Ahotep, parecía que la felicidad no fuera solo una ilusión. Y su voz seguía despertando la esperanza, incluso en quienes creían haberla perdido definitivamente.

Como los demás combatientes, Viento del Norte y Risueño olvidaron la guerra durante todo un día. El asno se daba un banquete de deliciosos cardos; el perro descansaba a la sombra de un sicomoro, royendo un hueso.

Al día siguiente a media mañana, la tropa se acercó al templo, cuya fachada estaba parcialmente cubierta por las malas hierbas.

-Parece que se oyen lamentos -observó el Bigotudo.

-No tienes mal oído -asintió el afgano.

En el antiguo camino de las procesiones, que iba del santuario a un bosquecillo, apareció una decena de sacerdotes, cuyos cantos fúnebres evocaban el asesinato de Osiris por su hermano Set. Parecían profundamente afectados por el drama que estaban viviendo, y avanzaban con gran lentitud. A la cabeza, iba un alto mocetón cubierto con una capucha. Los dos ritualistas que cerraban la marcha llevaban un garrote para golpear a los seguidores de Set, los enemigos de Osiris.

Así pues, aunque de modo sumario, los antiguos cultos seguían celebrándose.

Cuando Ahotep se acercaba al jefe de los ritualistas, *Viento del Norte* se lanzó a toda velocidad y golpeó al mocetón encapuchado, que cayó pesadamente. Levantándose de forma colérica, sacó un puñal del bolsillo de su túnica e intentó clavarlo en el pecho del asno. Pero no contaba con la intervención de *Risueño el Joven,* que saltó sobre el agresor y le destrozó el brazo con los colmillos.

Los ritualistas armados con garrotes rodearon a Ahotep con la intención de destrozarle el cráneo. La reina esquivó el primer mazazo, pero no habría escapado al segundo si la poderosa mano del afgano no hubiese bloqueado la muñeca del agresor antes de rompérsela. Su acólito no evitó la carga del Bigotudo, que le destrozó la nariz de un cabezazo.

-¡Son hicsos! -exclamó uno de los verdaderos sacerdotes que, prosternándose ante la reina, fue imitado, inmediatamente, por sus colegas-. Nos han obligado a tenderos esta emboscada.

Antes de confiar en ellos, los tebanos los sometieron a un incisivo interrogatorio. Se supo así que habían sido retenidos como rehenes, en efecto, por tres milicianos hicsos decididos a acabar con la reina, aun a costa de perder la vida en la aventura. Con lágrimas en los ojos, Ahotep recorrió un templo mancillado y destartalado. Casi nada quedaba ya de los esplendores del Imperio Medio. Tras haberse recogido ante las escenas mutiladas que narraban los episodios de la resurrección de Osiris, Ahotep se aventuró por el desierto, donde se habían excavado las moradas de eternidad de la primera dinastía, lejos de las tierras cultivadas. Aquellas simples cámaras alargadas, de muros de ladrillo, eran los testimonios de un período muy importante, durante el que el Alto y el Bajo Egipto habían formado, por primera vez, un solo país.

Los bárbaros hicsos no se habían interesado por tan modestas sepulturas. Aunque los lugares no estuvieran llenos de tristeza, Ahotep se sintió tan sola que su voluntad se quebrantó.

Ciertamente, los éxitos obtenidos habían superado las más enloquecidas esperanzas. Pero ¿era posible seguir adelante? Pensándolo bien, las heridas infligidas al monstruo eran solo superficiales. Sin duda, el

emperador había permitido que la reina se agitara como un insecto facil de aplastar cuando llegara el momento.

Dejar atrás Cusae... ¡Una utopía! Más allá comenzaba el verdadero territorio de los hicsos, cuyo armamento era muy superior al del ejército de liberación. El tirano nunca aceptaría que el faraón Kamosis hollara su dominio.

No avanzar hacia el norte, no reunificar las Dos Tierras, era perder la guerra y aceptar, definitivamente, una ocupación que no dejaría de agravarse.

Ahotep se quedó inmóvil ante una tumba.

En la mesa de ofrendas que servía de umbral se había depositado una pequeña jarra para vino, dedicada al faraón Aha.

Aha, el Combatiente.

¿No era ese util mensaje que los monarcas de la primera dinastía dirigían a la reina? Combatir; no había otro camino. Debían combatir hasta la muerte si era necesario y no renunciar nunca al objetivo supremo que es la reunificación.

Cuando Ahotep recorrió de nuevo el templo de Osiris, de su ánimo había desaparecido todo rastro de duda. El espíritu de los antiguos reyes había penetrado en ella para exigirle que su mirada no se limitara ya al horizonte de Tebas.

Vigilado por el Bigotudo y el afgano, un sacerdote presentó su petición.

-Majestad, nuestro superior sigue vivo. Conoce las fórmulas que nos permitirán celebrar de nuevo los ritos y hacer que revivan los nombres de los justos que Osiris reconoce como tales.

Para que su sabiduría no se perdiese, lo ocultamos en una aldea de los alrededores. Puesto que nos habéis liberado de los hicsos, ¿podríais traerlo hasta aquí?

El Bigotudo hizo una mueca.

-Eso parece una trampa, majestad.

-¡Una trampa! -protestó el sacerdote-. Pero ¿qué estáis suponiendo? ¡Solo deseamos traer hasta aquí a nuestro superior! -Cada vez tiene más aspecto de trampa.

-Vayamos -decidió Ahotep.

-Adoptad, al menos, la precaución de que este sacerdote camine por delante y nos sirva de escudo -recomendó el afgano.

La aldea se levantaba en una colina que dominaba un canal. Más abajo, el puesto de los milicianos hicsos no había planteado problema alguno al Bigotudo, que solo había necesitado dos hombres para aniquilarlo.

Una decena de chiquillos acudieron con gritos de alegría. Un niño saltó a los brazos de la reina y la besó en las dos mejillas. Las madres, intranquilas, se reunieron con ellos ante la mirada suspicaz del Bigotudo. Luego, los hombres se atrevieron a salir de sus casas, levantando mucho los brazos para mostrar que no llevaban armas.

-¿Sigue entre vosotros nuestro superior? -preguntó el sacerdote, inquieto.

-Se encuentra bien -respondió el alcalde del lugar.

Pese a su avanzada edad, el jefe de los ritualistas estaba lleno de vigor. Con profunda emoción, se inclinó ante la reina.

-¡No puedo creerlo, majestad! ¿Realmente ha sido liberado Abydos?

-Puedes regresar al templo. Que se erija una estela en honor del faraón Seqen, justo de voz, y que su nombre sea glorificado cada día.

-Así se hará, majestad. Perdonad rni curiosidad, pero... ¿habéis decidido consolidar la frontera de Cusae, o reconquistar el norte?

-Egipto solo sobrevivirá si se reunifica.

-¡Vuestras palabras son oro, majestad! Pero para que podáis tener éxito, necesitáis conocer el contenido de la jarra de las predicciones, que revela los buenos y los malos días. Sin esa lista, cometeríais errores y sufriríais dolorosas pérdidas.

-¿Dónde se encuentra?

-En Hermópolis.

Cuando los estibadores desembarcaron las cajas procedentes de Asia, la policía estableció un cordón de seguridad en el muelle. Khamudi había ordenado que nadie fuera autorizado a acercarse al barco mercante y que su cargamento fuera, de inmediato, llevado a palacio.

En cuanto llegó, el gran tesorero abandonó los expedientes para contemplar los numerosos recipientes de cerámica, aparentemente toscos, pero de muy valioso contenido.

Solo en el gran sótano, Khamudi abrió una de las jarras.

En efecto, contenía opio, que se vendería muy caro a los oficiales superiores y a los notables hicsos de Avaris y de las grandes ciudades del Delta. Con el acuerdo del emperador, Khamudi había empezado a desarrollar ese nuevo comercio, cuya rentabilidad se anunciaba excepcional. Tras algunas consultas efectuadas en su entorno, el gran tesorero había advertido que los consumidores se acostumbraban muy pronto al producto y que luego volvían a pedirlo. Puesto que al Estado le correspondía encargarse del bienestar de sus administrados, mejor sería sacar el máximo provecho de ello, y la mayor parte iría a engrosar, como era debido, la fortuna del emperador.

Otra ventaja no desdeñable era que muchos dignatarios se convertirían en dependientes del género procurado por el gran tesorero, y los precios no dejarían, pues, de aumentar. En unos pocos meses, la droga inundaría todas las provincias del Imperio, y las comisiones que Khamudi cobraría serían colosales. Pero era preciso asegurarse de la calidad de la mercancía.

Se apoderó de una hermosa jarra roja de forma alargada y volvió a su vivienda oficial, donde su esposa, Yima, se hacía depilar con cera.

-¿Ya de vuelta, querido?

-Tengo una sorpresa para ti.

-Cuando mi sirvienta haya terminado...

-Que se vaya.

Temiendo ser golpeada, la sirvienta desapareció.

Khamudi encendió un incensario y calentó unas bolitas de opio.

-Vas a probar eso, paloma mía.

-¿Qué es?

-Una golosina.

A Yima le gustó el regalo. Viendo su delirio, formado por fases de excitación y momentos de apatía, la clientela quedaría encantada.

El pintor Minos añadió azul celeste a la columna de la sala de recepciones del palacio cretense, uno de los elementos del gran fresco en el que trabajaba, cuidando el menor detalle. Perfeccionista, retocaba varias veces una figura antes de quedar satisfecho.

Cuando una mano acariciadora se posó en su hombro, dejó lentamente el pincel.

-Ventosa... ¡Tendrías que dejarme trabajar!

-Hace horas que te agotas para hacer más alegre esta sala siniestra. Es hora de divertirte, ¿no crees?

La hermosa euroasiática pegó su cuerpo desnudo al del cretense. Sus formas se adaptaban perfectamente, como si hubieran sido creados el uno para el otro.

-¡Estás loca! Podrían sorprendernos.

-¡Qué excitantes eso! -murmuró ella, al tiempo que desanudaba el taparrabos de su amante, cuya virilidad resplandecía ya.

-Ventosa, no...

-Estoy enamorada de ti, Minos; realmente enamorada. Nada puede estarnos prohibido.

Aunque seguía siendo una temible carnicera que no dejaba de devorar a los enemigos del emperador, arrancándoles sus confesiones en el lecho, Ventosa se había enamorado sinceramente del pintor, cuya ingenuidad la conmovía mucho. Los brazos de sus amantes de paso le parecían tan aburridos como intenso placer encontraba cada vez que se ofrecía al cretense.

Ventosa ya no podía prescindir de Minos. Nunca le dejaría regresar a Creta, aunque le hiciera creer lo contrario.

-Tus pinturas son cada vez más hermosas -dijo tendiéndose sobre él.

-He fabricado un nuevo azul que da más calidez y pienso mejorar los otros colores.

-¿Corregirás tus antiguas pinturas?

-Será necesario.

-Gracias a ti, la belleza hace que esta fortaleza sea casi agradable.

-No hablemos más de trabajo, te lo ruego. Prefiero ocuparme de la obra maestra que estoy acariciando.

Una oleada de placer invadió a Ventosa. Solo Minos conseguía que olvidara sus infamias.

La velada de gala ofrecida por el gran tesorero y su esposa tenía un enorme éxito. Asistían a ella la mayoría de los oficiales superiores hicsos, que degustaban su primer consumo de droga y se convertirían en fieles clientes.

Ventosa se había encaprichado de un responsable del armamento, algunas de cuyas ácidas observaciones sobre el frente de Cusae parecían críticas contra la política del emperador. De ser así, ella sabría obtener sus confidencias y habría un nuevo candidato para el laberinto.

Yima no había dejado de felicitar a Minos por el esplendor de sus esculturas, y Ventosa miraba con malos ojos a aquella pelandusca que se acercaba demasiado a su amante. Si seguía así, la amante del cretense hallaría el modo de librarse de su rival.

-¿No pruebas nuestra última golosina? -preguntó Khamudi a Minos.

-A juzgar por el comportamiento de quienes la consumen, perjudicaría la seguridad de mi mano.

-¿Y no te procuraría nuevas ideas?

-De momento, no me faltan.

-Acabarás probándola; estoy seguro. ¿Cómo puede prescindir de ella un artista? Cuenta conmigo para obtener el mejor precio.

-Vuestra solicitud me conmueve, gran tesorero.

-Es muy normal, mi joven amigo. Me gusta mucho el arte moderno.

Cuando el festejo tocaba a su fin, Minos logró esfumarse. Tras haber fingido que regresaba a sus aposentos, se alejó de la ciudadela, aunque se volvió varias veces, como si temiese que lo siguieran.

Mientras Minos se dirigía hacia el barrio donde se alojaba la mayoría de los oficiales superiores, estuvo a punto de topar con una patrulla. Con el corazón palpitante, se ocultó en la esquina de una calleja con la esperanza de que ninguno de los policías le hubiera visto.

Necesitó un buen rato para recuperar el aliento y seguir su camino. Diez veces el pintor se detuvo y miró a su alrededor. Tranquilizado, recorrió muy deprisa el último centenar de metros que lo separaban de la morada del hombre al que debía ver con el mayor secreto.

Según lo acordado, la casa y sus dependencias estaban sumidas en la oscuridad. Minos se deslizó hasta la entrada y la puerta se abrió.

-¿Estás seguro de que nadie te ha seguido? -preguntó una voz angustiada.

-Seguro.

-Entra, pronto. Los dos hombres se sentaron y hablaron en voz baja.

-¿Te has puesto en contacto con otros dignatarios? -preguntó Minos.

-Solo con dos, y tomando el máximo de precauciones. Pero no puedo afirmar que sean realmente seguros. A mi entender, sería mejor renunciar a tus proyectos. Conspirar contra el emperador es demasiado peligroso. Quienes lo intentaron han muerto entre atroces sufrimientos.

-Si no consigo librarme de Apofis, nunca volveré a Creta y me consumiré, también yo, entre atroces sufrimientos. Derribar al tirano es la única solución.

-El emperador dispone de múltiples organizaciones de información, sin hablar de las de Khamudi. Preparar una acción contra él es casi imposible.

-Casi... En esta palabra está la esperanza. ¡Y tenemos ya dos aliados! ¿No es esto un comienzo?

-Francamente, me temo que no.

-¿No estás decidido, tú también, a luchar contra Apofis?

-Lo estaba, pero su poder se ha reforzado tanto que nadie puede discutirlo ya. Si persistes, acabarás en el laberinto.

-El emperador necesita mis servicios -le recordó Minos-. ¿Quién más podría decorar su ciudadela al modo cretense? Me cree sumiso y resignado. Soy el último de quien sospecharía. ¿No es esta una importante ventaja que hay que explotar?

El anfitrión del cretense pareció vacilar.

-Eso no es falso, pero ¿realmente tienes conciencia del peligro?

-Estoy dispuesto a todo para recobrar mi libertad y regresar a mi país. Sigue estableciendo contacto con posibles adversarios del emperador.

A Ventosa le habría gustado pasar la noche con Minos, pero el pintor parecía impaciente por abandonar la recepción ofrecida por Khamudi e ir a dormir a sus aposentos de la ciudadela. Se sintió, pues, muy sorprendida cuando lo vio salir tras haber tomado mil precauciones.

Intrigada, la euroasiática siguió a su amante, cuyo comportamiento le parecía extraño. Al verlo entrar en la morada del responsable del armamento, del que se sospechaba que conspiraba contra el emperador, Ventosa sintió un fuerte dolor en el bajo vientre.

Minos, el único hombre por el que sentía amor... ¿Minos era el cómplice de un traidor?

Cada mañana, Teti la Pequeña convocaba a los oficiales responsables de la seguridad de la base militar y de la ciudad de Tebas. Tanto al sur como al norte de la ciudad, se habían instalado puestos de vigía, encargados de advertir, en cualquier instante, un ataque hicso. Gracias al encarnizado trabajo de Heray, el superior de los graneros, la agricultura tebana era de nuevo floreciente. Los ganaderos acababan de celebrar el nacimiento de numerosos terneros, corderillos y lechones, como si los rebaños, tranquilizados por el mantenimiento de una paz duradera, recuperaran una fecundidad normal.

Por su parte, el intendente Qaris se comportaba como un verdadero ministro de Economía. Tras haber puesto fin al mercado negro, aplicaba las antiguas reglas, que exigían que el poderoso no viviera a expensas del débil. Daba cuentas a la reina madre de la magnitud y la calidad de los intercambios comerciales, cuyo principal regulador era el templo de Karnak.

Pese a sus apretadas jornadas, la anciana dama destinaba tiempo a velar por la educación del príncipe Amosis, que se había convertido en un excelente arquero y un buen espadachín, pero también en un letrado capaz de escribir con jeroglíficos o en lengua administrativa. Teti la Pequeña le hacía leer cuentos, y las enseñanzas de sabios como Ptah-hotep. La seriedad del chiquillo sorprendía a sus instructores militares, ya que, obediente, perseverante, sin protestar nunca ante un esfuerzo suplementario, iba hasta el limite de sus fuerzas. Dotado de una notable memoria y de una viva inteligencia, tenía sed de saber y deseos de conocer.

Por lo general, Amosis se levantaba con el sol y desayunaba con su abuela. Al ver que no aparecía, Teti la Pequeña pidió a su doncella que lo despertara.

La criada no tardó en regresar.

-¡Majestad, el príncipe tiene mucha fiebre! Su frente arde, todos sus miembros tiemblan.

La reina madre acudió enseguida junto a Amosis. Se sentía responsable del hijo menor de Ahotep, al que tal vez le esperara un gran destino. Sin

duda alguna, una prematura desaparición sería para la reina un golpe fatal.

A la misma edad, Ahotep había sufrido males comparables, de modo que Teti la Pequeña decidió utilizar remedios similares para aliviar el corazón liberando los conductos que partían de él y a él llevaban. Restablecería así una buena circulación de la energía. Desdeñando la fiebre, simple síntoma, se ocupó de tres órganos esenciales, es decir, el hígado, el bazo y los pulmones. Para ello, le administró una poción cuyos ingredientes -carne de toro, resina de terebinto, meliloto, bayas de enebro, cerveza dulce y pan fresco- habían sido cuidadosamente dosificados.

El niño apretó con fuerza la mano de su abuela.

-¿Crees que voy a morir?

-Claro que no. Tienes que aprender mucho todavía.

-¡Barco a la vista, majestad! -anunció el gobernador Emheb.

-¿Procedencia? -preguntó el faraón Kamosis.

-El sur.

-Haz las señales de reconocimiento.

Si se trataba de la reina Ahotep, respondería izando una vela en la que habrían pintado una barca que contenía el disco lunar. En caso contrario, habría que entablar combate en el río.

Los nervios de los tebanos estaban muy tensos.

La vela se desplegó lentamente, demasiado lentamente. Dada la intensidad del sol de mediodía, era imposible descubrir la menor señal.

-¡La luna! ¡La veo! -exclamó Emheb-. Es la flotilla de la reina. El símbolo de Ahotep y de la resistencia brillaba en lo alto del mástil de su navío. Con alegre compás, los tambores comenzaron a redoblar para celebrar la reunión de todas las fuerzas egipcias.

Mientras el joven rey besaba a su madre, los soldados se alegraban.

Ahotep no ocultó su sorpresa.

-Te traigo solo escasos refuerzos, hijo mío, pero tú pareces haber reclutado numerosos partidarios.

Kamosis no escondió su orgullo.

-Bateleros, comerciantes, ex milicianos... Fue necesario convencerlos de que habían elegido mal su bando. No siempre fue fácil, pero han acabado comprendiendo dónde estaba su interés. Nuestra victoria les garantizará una existencia mucho más agradable que bajo el yugo de los hicsos.

Ahotep mostró una amplia sonrisa.

-Realmente, comienzas a reinar, Kamosis.

La presencia de la reina Ahotep había tenido la inesperada consecuencia de aglutinar los elementos dispares del ejército de liberación. Gracias a ella, el miedo no obsesionaba ya los ánimos, alimentados, entonces, por el más loco de los sueños, es decir, vencer al imperio de las tinieblas.

Un pesado silencio reinaba en el frente de Cusae. Todos aguardaban las decisiones del consejo de guerra, y muchos apostaban por una solución razonable, o sea, convertir Cusae en la nueva frontera septentrional del reino tebano, erizándola de fortificaciones.

-Me he comprometido a romper el cerrojo de Hermópolis -recordó el faraón Kamosis-. La aduana de los hicsos debe ser desmantelada.

-Allí se oculta la jarra de las predicciones -reveló Ahotep-. Nos es indispensable para establecer nuestra estrategia y salvar numerosas vidas.

-Lancémonos sogre Hermópolis -decidió Kamosis. Tranquilo, el gobernador Emheb creyó necesario hacer que el joven monarca volviera a la realidad.

-Majestad, Hermópolis está fuera de nuestro alcance.

-¿Por qué razón, gobernador?

-Desde que mantenemos el frente de Cusae, hemos tenido tiempo de estudiar el dispositivo de los hicsos. Arriesgando su vida, dos exploradores consiguieron rodear la primera linea enemiga y descubrir su base de retaguardia. Se trata de la ciudad de Nefrusy, la capital de la decimosexta provincia del Alto Egipto, gobernada por el colaboracionista Tita, hijo de Pepi.

-¿Hay una fortaleza comparable a la de Gebelein? -preguntó Ahotep.

-No, pero Nefrusy está defendida, de todos modos, por sólidas murallas. Y no creo que nuestro ejército sea capaz de apoderarse de ellas.

-¿El tal Tita se ha vendido al emperador? -preguntó Kamosis.

-Por desgracia sí, majestad. Era un simple batelero, que hizo fortuna transportando a los invasores. Denunció a los resistentes, y Apofis le ofreció la ciudad. Para él solo cuenta el Imperio que le asegura riqueza y poder.

-¡El perfecto ejemplo del cobarde y el traidor! -rugió Kamosis.

-La mayoría de los actuales gobernadores de las provincias del norte se le parecen -se lamentó Emheb-. Están convencidos de que el emperador es invencible y de que nuestro ejército no dejará atrás Cusae. No convenceréis a ninguno para que cambie de bando.

-¡Entonces, perecerán!

-Nadie más que yo desea el exterminio de esa chusma, pero los hicsos la protegen y hacen que prospere.

-¿Cuál sería, a tu entender, la mejor estrategia?

-Hacer infranqueable la frontera de Cusae erigiendo fortificaciones y cerrando el Nilo con una muralla de embarcaciones de carga.

-¿Renunciarías a la unificación de las Dos Tierras? -preguntó Ahotep.

-Claro que no, majestad, pero ¿no es preciso adaptarse a una situación dada? En Edfú, en Tebas y en Cusae, analizamos correctamente la situación, y el éxito nos sonrió. No estropeemos nuestro avance con una acción precipitada.

El canciller Neshi siempre se había opuesto a cualquier tipo de cobardía, pero, esa vez, la exposición de Emheb le parecía sensata. Nadie podía acusar al gobernador de carecer de valor. Sin él, el frente de Cusae no habría resistido tanto tiempo.

Seis días de fiebre alta.

Seis días durante los que el pequeño Amosis había delirado con frecuencia, implorando a su padre difunto y a su madre ausente que no le abandonaran en las fauces de los demonios de la noche.

Pesimista, el médico de palacio no había añadido nada a la terapéutica prescrita por Teti la Pequeña, que casi no se separaba de la cabecera del hijo menor de Ahotep y dejaba para el intendente Qaris el cuidado de los asuntos comentes.

Durante sus momentos de lucidez, el enfermo lamentaba ser tan enclenque e incapaz de seguir entrenándose bajo la dirección de sus instructores. Su abuela lo tranquilizaba y le leía las enseñanzas del sabio Imhotep, el genio que había concebido la primera pirámide de piedra, erigida en el paraje de Saqqara, junto a la ciudad de Menfis, ocupada entonces por los hicsos.

Por dos veces, la reina madre había creído que perdía a su nieto, cuya respiración se apagaba. Pero la mirada se negaba a sumirse en la noche, obteniendo sus últimas fuerzas de la inquebrantable confianza de Teti la Pequeña. Ni un solo instante Amosis sintió que aquella que con tanta firmeza lo aferraba a la vida tenía dudas.

Tanto como los remedios, esa actitud favoreció la curación del príncipe.

Al séptimo día, se levantó y desayunó con buen apetito en la terraza de palacio, acompañado por una abuela aliviada y alegre.

Para quienes, como los sirios, habían visto ese tipo de monstruo, Tita, hijo de Pepi, parecía un oso. Con su enorme cabeza, sus cejas enmarañadas y su nariz en forma de hocico, aterrorizaba a sus subordinados, a los que no perdonaba la menor jugarreta. Excelente alumno de los hicsos, basaba su poder en la violencia y la crueldad.

Limitando al emperador, Tita, hijo de Pepi, ejecutaba personalmente, cada mes, a uno de sus conciudadanos tomado al azar. La población de Nefrusy estaba obligada a asistir a la ceremonia, que terminaba con un himno a la grandeza de Apofis.

Al oso le gustaba su provincia y su capital, y no tenía más ambición que reinar allí como dueño absoluto. Para agradecerle su fidelidad, el emperador le había autorizado a levantar unas almenas que daban muy buen aspecto a Nefrusy.

También su esposa, Anat, una siria de ojos azules, tenía un buen aspecto. Dotada de un temperamento ardiente, no dejaba de contrariarle y se oponía a todas sus decisiones, que le parecían tan estúpidas como injustas. Por fortuna para ella, Tita, hijo de Pepi, apreciaba ese enfrentamiento, y solo ese. Y además las justas acababan siempre en la gran cama de sicomoro, el más hermoso florón de su palacio.

La jornada se anunciaba agradable, puesto que el dueño de Nefrusy iba a degollar a un adolescente culpable de rebeldía contra el emperador. Luego, las muchachas desfilarían entonando un poema guerrero, compuesto personalmente por el oso; un ridículo horror, según Anat, pero cuyas palabras alababan el genio del emperador.

-¿No estás listo aún? -se extrañó la muchacha.

-Quiero estar especialmente apuesto, querida. Mis apariciones públicas tienen que arrobar a la población.

-¿Y es necesario matar a un chiquillo inocente para asentar tu abominable reputación?

-¡Claro! El menor signo de clemencia haría que los resistentes brotaran como las malas hierbas.

-¿Los hay aún?

-Desconfianza, desconfianza. soberbia. ¿Cómo sienta la nueva túnica?

-Demasiado chillona.

-¡Realmente eres insoportable, querida!

Poco después del alba, la reina Ahotep había reunido de nuevo el consejo supremo que acababa de decidir el porvenir de Egipto. Sus miembros esperaban entonces directrices concretas y una distribución de las fuerzas armadas entre Tebas y Cusae.

-Esta noche -reveló la soberana- se me ha aparecido el dios Amón con la espada en la mano. Se había encarnado en la persona del faraón Kamosis y su mirada tenía la intensidad del sol de mediodía. «¿No te ordené que destruyeras a los hicsos y cumplieras esta misión, fueran cuales fuesen los obstáculos?», me ha recordado. Ciertamente, sois razonables y sensatos. Ciertamente, los hicsos son superiores a nosotros. La línea del frente es sólida; Nefrusy, inexpugnable, y Hermópolis, más aún. Ciertamente, hemos hecho ya lo imposible y, sin duda, hemos agotado ya nuestras reservas de *heka,* la única fuerza capaz de modificar el cruel destino que ha caído sobre nuestro país. Conozco la realidad, pero tengo el deber de rechazarla y no sufrirla, porque esa es la voluntad de Amón. Ha llegado la hora de dejar atrás Cusae, cruzar esta frontera y lanzarnos hacia el norte. Solo esta estrategia contribuirá a la reunificación de las Dos Tierras. Si somos vencidos, Tebas será destruida, y ya nada se opondrá a la barbarie. Y si nos replegamos, ocurrirá lo mismo. Sin duda, consideraréis aberrante mi decisión y preferiréis refugiaros en una falsa seguridad. Por eso, solo iré al combate con los voluntarios.

Kamosis levantó las manos, con las palmas dirigidas al cielo en señal de veneración.

-El faraón designado por Amón ha oído la voz de la esposa de dios. Su ejército la seguirá. Que los consejeros que no estén de acuerdo con esta decisión regresen a Tebas de inmediato. Nadie salió de la tienda.

-¡Qué increíble mujer! -murmuró el afgano mientras miraba a Ahotep, que se dirigía a cada soldado para insuflarle el valor necesario.

-Vale la pena morir por ella y por Egipto -añadió el Bigotudo-. Al menos, cuando comparezcamos ante el tribunal del otro mundo no mantendremos la cabeza gacha y avergonzados *los ojos.*

Cuando Kamosis, tocado con la corona blanca, apareció en la proa del navío almirante, los guerreros del ejército de liberación levantaron sus armas hacia el cielo, mientras los tambores comenzaban a redoblar con un ritmo frenético.

Para romper la línea de defensa de los hicsos, el faraón lanzó un triple asalto, es decir, por el río y por cada ribera, utilizando así la totalidad de sus fuerzas.

Kamosis se benefició de un excelente concurso de circunstancias. Por una parte, era la hora del relevo, que se desarrollaba de un modo rutinario; por otra parte, el general encargado del frente de Cusae estaba acostado porque sufría un cólico nefrítico.

Sorprendidos por la magnitud de la ofensiva, los hicsos perdieron valiosísimos minutos organizándose a trancas y barrancas. Varios de sus barcos ardían ya, mientras el campamento era atacado por el este y el oeste. En cuanto Ahmosis, hijo de Abana, hubo derribado a los oficiales superiores, que se creían a salvo en el cerro desde el que observaban la batalla, la cadena de mando se rompió y el terror se apoderó del conjunto de los defensores.

Como una devoradora llama cuyo ardor mantenía Kamosis con órdenes precisas y eficaces, el ejército de liberación se lanzó por las múltiples brechas.

El gobernador Emheb estaba estupefacto. ¿Cómo unas tropas heteróclitas y con poca experiencia habían conseguido acabar con los infantes hicsos, más numerosos y mejor armados? El entusiasmo de los asaltantes había sido decisivo, era cierto, pero había que reconocerle al joven rey Kamosis unas excepcionales cualidades como jefe de guerra. Confiando solo en su instinto, había golpeado en el lugar adecuado y en el momento preciso. ¿Acaso la magia de la reina Ahotep no guiaba su brazo?

-¿Pérdidas? -preguntó ella.

-Leves, majestad.

-Que un barco repatríe a los heridos graves hacia Tebas. ¿Prisioneros?

-Ninguno.

El ardor de los liberadores solo se había apaciguado con la muerte del último hicso, abrasado en el incendio del campamento.

Cuando había salido de la humareda, con la espada manchada de sangre, el faraón había asustado a sus propios soldados. Cualquier expresión de juventud había desaparecido de su rostro, marcado ya por las numerosas y brutales muertes que había infligido.

-Te has expuesto demasiado -le reprochó Ahotep.

-Si no doy ejemplo, ¿quién se atreverá a desafiar las tinieblas? Agotado, el monarca se sentó en un modesto trono de sicomoro. *Risueño el Joven* le lamió las manos, como si el perro quisiera borrar las huellas del terrible combate.

-Teníais razón, madre; éramos capaces de romper el frente hicso. Gracias a esta victoria, nuestra *heka* se ha reforzado y hemos sacado a la luz cualidades que ignorábamos. Ha sido como un parto... Hemos dado origen a unas temibles fuerzas, que ni el propio dios Set desdeñaría. ¿Es este el camino que debemos seguir?

-Responder a la violencia con la dulzura, a la crueldad con la diplomacia y el perdet... ¿Es eso lo que desearías, hijo mío? Semejantes actitudes llevarían al triunfo de la barbarie. Ante nosotros, en nuestra tierra, no hay simples adversarios con quienes se pueda negociar, sino hicsos. Invasores que quieren aniquilar nuestros cuerpos y nuestras almas. ¿Acaso no se mantiene Set en la proa de la barca del sol, puesto que es el único capaz de enfrentarse con el dragón de las tinieblas?

Kamosis cerró los *ojos.*

-Me había preparado para el combate, no para esta guerra.

-Es solo el comienzo, hijo mío. Hoy te has unido al valor de tu padre y has sentido lo que él experimentó al morir por la libertad.

Kamosis se levantó.

-Como él, iré hasta el fin. Unos días de descanso y tomaremos Nefrusy.

-No te concedo esos días. Debemos aprovechar esta victoria para ampliar nuestra ventaja y caer, como un halcón, sobre el enemigo.

El afgano y el Bigotudo tomaron una frugal comida, recogieron su impedimenta y subieron a bordo del barco. Pese al grado y las condecoraciones, seguían comportándose como simples resistentes.

-Me hubiera gustado respirar un poco -se lamentó un infante.

-¿Realmente quieres morir? -le preguntó el afgano.

-¡Claro que no!

-Entonces, alégrate por las órdenes. Cuanto antes lleguemos a nuestro siguiente objetivo, más oportunidades tendremos de vencer y, por lo tanto, de sobrevivir.

-¿Combatiremos de nuevo?

-Para eso estás aquí, ¿no?

La pregunta sumió al infante

-Eso es cierto, comandante.

-Vamos, muchacho. No hemos terminado aún de exterminar hicsos.

-¡Así me gusta!

El infante trepó con alegría por la pasarela.

Con un ejemplar sentido de la disciplina, los soldados del ejército de liberación embarcaron en un tiempo récord. Y les tocó a los remeros demostrar su capacidad.

La ceremonia estaba en su punto álgido. Decenas de niños entonaban el himno al emperador compuesto por el dueño de la ciudad de Nefrusy.

De pronto, unos chillidos quebraron aquella falsa armonía. Furioso, Tita, hijo de Pepi, ordenó con una señal a sus policías que detuvieran a los autores de aquel desorden, que serían ejecutados de inmediato.

Pero los gritos aumentaron, procedentes del exterior de la ciudad.

-¡Son nuestros campesinos, señor! -informó un policía-. Nos suplican que les abramos la puerta principal.

Poniendo fin a la fiesta, el tirano subió a las almenas, desde donde contempló un espectáculo indignante, ya que decenas de agricultores habían abandonado su trabajo para intentar refugiarse en la ciudad.

Por la vasta llanura de ricos cultivos, avanzaban los soldados del ejército de liberación.

A la cabeza, iba el faraón Kamosis.

-Pongamos pronto a resguardo a los campesinos -dijo el jefe de los arqueos.

-No corramos el menor riesgo. Que sean derribados.

-¿Derribados...? ¿Os estáis refiriendo... a nuestros campesinos, nuestros propios campesinos?

-Ni hablar de abrir la puerta principal. Ejecuta mis órdenes y, luego, haz que disparen contra el enemigo, para que no pueda acercarse a nuestros muros.

Ante los ojos aterrorizados de los egipcios, los campesinos, desarmados, fueron asesinados por la policía de Tita, hijo de Pepi.

Indignado, un joven capitán y algunos infantes se lanzaron en su socorro, pero ninguno de ellos escapó a las flechas de los arqueros de Nefrusy.

-Evitad ese tipo de iniciativas -exigió el rey-. Ya veis adónde conduce.

-Hay que recoger los cuerpos de nuestros hombres -repuso Emheb.

-No, si con ello se sacrifican otras vidas. Rodeemos primero la ciudad.

Los egipcios se desplegaron al tiempo que se mantenían fuera del alcance de los arqueros hicsos. Se plantaron tiendas, y el canciller Neshi hizo servir la comida.

Por orden de Ahotep, los regimientos de élite al mando del afgano y el Bigotudo se apostaron al norte de Nefrusy, para impedir que rompieran el asedio eventuales refuerzos.

En cuanto el sol se puso, Ahmosis, hijo de Abana, y una decena de voluntarios se arrastraron hasta el lugar donde habían caído sus camaradas.

Consiguieron recuperar los cadáveres, pero también a tres heridos, a los que Felina administró los primeros cuidados antes de llevarlos al barco-enfermería.

-Las murallas parecen sólidas -observó el gobernador Emheb-. Un asedio eficaz requerirá mucho tiempo.

-Me retiro a mi camarote -decidió Kamosis.

Pese a la amenaza que constituía el ejército tebano, Tita, hijo de Pepi, había mantenido el banquete organizado en su honor, que presidía en compañía de su esposa.

-Al menos, finge divertirte, Anat.

-¿Olvidas que estamos sitiados?

El oso clavó sus colmillos en un muslo de pato.

-Esta pandilla de rebeldes no nos amenazará mucho tiempo.

-¿Estás seguro?

-Los refuerzos hicsos los pisotearán mañana por la mañana. Tomarán a esos imbéciles por la espalda y mandaré a los supervivientes a Avaris, donde su suplicio distraerá al emperador. A cambio de este regalo, Apofis me concederá nuevos privilegios. En el fondo, la llegada de esos insensatos es una suerte. ¡Gracias a ellos, reforzaré mi prestigio!

Sin el menor entusiasmo, una orquesta compuesta por flautas y oboes tocaba una lacerante melodía, que exasperó al dueño de Nefrusy.

-¡Desapareced, inútiles!

Los músicos se esfumaron.

-¿Has tomado todas las precauciones necesarias? -se preocupó Anat.

-Mis arqueros se relevarán en las almenas; nadie podrá acercarse. Tranquila, dulzura; no estamos en peligro.

-¿Realmente estás convencido de que los hicsos son invencibles?

-¡Lo son, no te quepa duda!

Kamosis daba vueltas en su camarote como una fiera enjaulada. Dudando sobre la estrategia que debía adoptar, ponía y volvía a poner en la balanza la vida de sus soldados y la necesaria conquista de Nefrusy. Sin obtener fruto alguno de sus reflexiones, salió a cubierta, donde la reina Ahotep disfrutaba de los últimos rayos del poniente.

-¿Has tomado tu decisión, hijo mío?

-No lo consigo. Un asedio demasiado largo nos haría perder impulso. Un asalto mal dirigido produciría excesivas pérdidas.

-Tus conclusiones son las mías.

-¿Qué proponéis, pues?

-Esta noche hablaré con el dios luna. Él, el intérprete del cielo, nos enviará una señal para guiar nuestra acción. Ve a descansar, hijo mío.

Supersticiosos, el afgano y el Bigotudo descendían por el Nilo a bordo de una ligera barca, en compañía de una decena de hombres aguerridos. Con todos los sentidos al acecho, avanzaban con suma lentitud.

-Aquí están -anunció el Bigotudo-. No nos habíamos equivocado.

Había dos barcos de guerra hicsos fondeados.

Los marinos acampaban en la orilla, y los centinelas parecían muy relajados. ¿Qué podían temer, en tierra conquistada, los refuerzos que llegarían a Nefrusy al día siguiente?

Un miembro del comando retrocedió para ir a buscar los dos regimientos de élite, detenidos no lejos de allí. En menos de dos horas, ponían manos a la obra.

-Apoderémonos primero de los barcos -decidió el afgano-. Nuestros mejores nadadores los abordarán por la popa y treparán a bordo. Después, eliminarán rápida y silenciosamente a los marinos de guardia. Cuando eso haya terminado, que solo uno se reúna con nosotros. Los demás se dispondrán a zarpar.

Si la operación fracasaba, los hicsos registrarían de inmediato los alrededores. El enfrentamiento sería, pues, inevitable.

Los minutos parecieron interminables.

Luego, una cabeza emergió del agua, y el nadador presentó su informe.

-Marinos enemigos eliminados. Los barcos son nuestros.

-Nos dividiremos en tres grupos -ordenó el Bigotudo-. En cuanto los hicsos se acuesten, atacamos.

El faraón Kamosis no había conseguido dormir. Desde su coronación, por la noche solo conciliaba el sueño una o dos horas, sin que su energía se viera afectada. Pensaba constantemente en su padre y sentía, a veces, fuertes dolores en los lugares donde había sido herido el cuerpo del faraón Seqen.

Golpearon a la puerta.

-Dos barcos hicsos avanzan hacia nosotros -le dijo el gobernador Emheb.

Kamosis corrió hasta la proa del navío almirante, pero era demasiado tarde para reaccionar. ¿Cómo prever que unos navíos de guerra se arriesgarían a navegar en plena noche? Despertados de pronto, los marinos egipcios corrieron a sus puestos.

-¡Mirad en lo alto del mástil! -gritó uno de ellos-. ¡Es el Bigotudo!

La tensión cedió.

Las dos embarcaciones atracaron suavemente y sus ocupantes lanzaron gritos de victoria.

-Majestad, nuestra flota tiene ahora dos unidades más -informó el afgano-. Por lo que se refiere a los refuerzos que el colaboracionista Tita aguardaba, no llegarán.

-¡Magnífico trabajo!

-Hemos sorprendido a los hicsos durante su sueño. Entre los nuestros hay tres muertos y quince heridos.

-Haz que los curen e id a descansar.

-Si pensáis atacar al alba, majestad, apenas tenemos tiempo de comer un bocado.

El rey no respondió.

Mientras las primeras luces atravesaban las tinieblas, la reina Ahotep se acercó a él. A pesar de la noche en blanco, su rostro era de sorprendente frescura.

-Madre, ¿ha hablado el dios luna?

Saliendo del oriente, un halcón de abigarradas plumas atravesó el cielo. Sus alas parecían inmensas, como si tomaran posesión del espacio entero.

-¡Acaba de hablar -dijo el faraón-, y lo he oído!

Como un halcón, el faraón Kamosis se abatió sobre la ciudad de Nefrusy a la cabeza de su ejército. Deslumbrados por el sol naciente, los arqueros hicsos perdieron su precisión, lo que no ocurrió con Ahmosis, hijo de Abana, y los tiradores de élite tebanos.

A excepción de algunos marinos que se encargaron de la custodia de la flota de guerra, todas las fuerzas egipcias se lanzaron a un asalto masivo.

Brutalmente despertado, Tita, hijo de Pepi, no permaneció mucho tiempo atónito ante esa inesperada oleada. Tomando personalmente una honda, mató a un oficial que marchaba a la cabeza de sus tropas.

-¡Disparad, defendeos! -ordenó a sus policías.

El instinto de supervivencia provocó la reacción de los milicianos, que, a pesar de su miedo, iniciaron un fuego de barrera, para impedir que los asaltantes se acercaran a las murallas.

-Necesitamos arietes -opinó el Bigotudo.

-Los mástiles de los navíos hicsos servirán -afirmó el gobernador Emheb.

-¡Retroceden! -exclamó Tita-. ¡Los hemos rechazado! Aun sin creer en ello, había ganado.

O, al menos, había conseguido el tiempo necesario para huir. Los egipcios organizarían un asedio que acabaría siendo fatal para su ciudad, pero el colaboracionista no estaría entre las víctimas. Solo llevaría con él algunos servidores cargados con sus bienes más valiosos. En cuanto a su esposa, habría sido una carga inútil. En Avaris no faltaban las hembras.

Puesto que el ejército de liberación había atacado por el este, Tita pensaba salir de Nefrusy por la puerta del oeste.

Pero tuvo que comprobar que el enemigo había agrupado tropas en los cerros vecinos. Y lo mismo ocurría en las llanuras del sur y el norte.

Nefrusy estaba rodeada.

-¿No pensarías huir, a fin de cuentas? -le preguntó Anat, irónica.

-¡No, claro que no! Estudiaba cómo consolidar mis defensas.

-¿No crees que sería más prudente rendirse?

-¿Rendirme? ¡Sería una locura!

-De todos modos, vas a morir. Si depusieras las armas, evitarías nuevos sufrimientos a la población.

-¡Debe luchar a mi lado y defenderme! ¿No he sido, acaso, su benefactor?

-Eres cruel y cobarde. Acaba tu existencia con un acto generoso; es decir, abre las puertas de la ciudad e implora el perdón del faraón.

Tita, hijo de Pepi, dirigió a su esposa una maligna mirada.

-¿No estarás pensando en traicionarme, querida? Sí, eso es... ¡Me crees ya vencido y tomas el partido de los tebanos!

-No seas ridículo y acepta la realidad.

-Ve inmediatamente a tu habitación.

Dos guardias se mantendrán ante tu puerta. Cuando haya terminado con esos tebanos, me encargaré de ti.

-¡Señor, ya vuelven!

Desde lo alto de las almenas, Tita, hijo de Pepi, vio de nuevo el asalto del ejército de liberación, que aparecía por los cuatro puntos cardinales. Protegidos a la vez por el tiro de los árqueros y los fuertes escudos que sujetaban los auxiliares, los portadores de los arietes avanzaban rápidamente hacia las puertas de Nefrusy. El colaboracionista descubrió la corona blanca de Kamosis llegando a la puerta de oriente. Lanzada con potencia, su jabalina no acertó, sin embargo, al rey. Y la cabeza del ariete derribó la puerta, lo que provocó un ruido desgarrador que aterrorizó a los milicianos. Instantes más tarde, las otras tres puertas cedieron. Mientras los infantes penetraban en la ciudad, los arietes retrocedieron y volvieron a tomar impulso para cargar contra las murallas de ladrillo.

Tita, hijo de Pepi, corrió hacia su palacio. Los milicianos no resistirían mucho y tenía que refugiarse en un edificio para aguardar al faraón y suplicarle que lo respetara. ¿Acaso no era, también él, una víctima de los hicsos?

La llegada del ejército de liberación suponía un verdadero milagro, que había impetrado en todas sus plegarias. En adelante, sería un fiel servidor de Kamosis. Pero antes era preciso eliminar a su genio malo, la traidora Anat, origen de las desgracias de Nefrusy. En prueba de su buena fe, la había encerrado en sus aposentos.

Una treintena de mujeres, cuyos vástagos había hecho ejecutar Tita, hijo de Pepi, impedía el acceso a palacio.

-¡Apartaos!

-Tú mataste a mi hijo -dijo una pelirroja alta, armada con una marmita.

-Mataste a mi hija -añadió su amiga, que llevaba una maja en la mano derecha.

Cada una de las mujeres enunció con gravedad sus reproches.

-Dejadme pasar e id a combatir junto a los milicianos. Todas juntas se arrojaron sobre Tita, hijo de Pepi, y acabaron con él utilizando sus utensilios de cocina, mientras los arietes derribaban las murallas de Nefrusy.

Por sí solo, el faraón Kamosis había derribado a más de treinta milicianos, entre ellos al jefe de la guardia personal del colaboracionista, que había intentado golpearle por la espalda. Pero el joven rey, aprovechando el entrenamiento intensivo que había recibido en la base secreta de Tebas, parecía tener ojos en la nuca.

Estimulados por el valor casi sobrenatural de su jefe, los soldados del ejército de liberación se habían comportado con tanta valentía como los milicianos, que, a pesar de la energía de la desesperación, solo les habían infligido leves pérdidas antes de ceder bajo su número.

Al creer en la propaganda difundida día tras día por el tirano y en la inminente llegada de refuerzos hicsos, numerosos ciudadanos habían luchado junto a los secuaces del emperador, de modo que, a media tarde, las calles de Nefrusy estaban cubiertas de cadáveres.

Las madres señalaron el cuerpo de Tita, hijo de Pepi, que estaba irreconocible.

-Que lo quemen y que terminen de arrasar esta ciudad -ordenó Kamosis.

Ante tanto sufrimiento, la reina Ahotep tenía el corazón en un puño.

Y solo se trataba de Nefrusy, una ciudad pequeña comparada con Hermópolis, que, a su vez, era irrisoria al lado de Avaris. Tantos muertos devorarían las fauces del monstruo antes de que pudiera cantarse el himno al Creador, «Despierta en paz>>

-Queda el palacio, quiero ser el primero que penetre en el.

Majestad -dijo el gobernador-. ¿Deseáis entrar en él?

Entró en unos aposentos privados, había una puerta, se veían muebles de madera.

Una mujer de ojos azules estaba sentada en una silla de ébano.

-¿Te ha enviado mi marido para matarme?

-Si eres la esposa de Tita, hijo de Pepi, debes saber que ese tirano no dará ya órdenes a nadie.

La siria se levantó.

-De modo que ha muerto... ¡Existe, pues, justicia! Seas quien seas, me has dado una maravillosa noticia. Ahora ya puedo desaparecer en paz.

-¿Por qué te casaste con ese colaboracionista? La mirada de Anat se veló de tristeza.

-Cometí el error de creer que me amaba..., pero me despreciaba tanto que había decidido eliminarme.

-Nefrusy ya no existe, quienes me han combatido han sido castigados. ¿Deseas combatirme también?

Anat contempló a Kamosis con asombro.

-¿Eres, acaso..., el faraón llegado de Tebas?

-O te conviertes en mi fiel sirvienta, o compartirás la suerte de mis enemigos.

Ser aduanero en Hermópolis era un deseado privilegio. Solo los militares hicsos que dispusieran de excelentes hojas de servicios y relaciones bien situadas en Avaris obtenían un nombramiento para el mayor puesto de aduanas del Egipto ocupado.

Los hicsos cobraban derecho de peaje sobre todo lo que pasaba por Hermópolis, o sea, hombres, mujeres, niños, animales, barcos, mercancías... Solo los soldados del emperador estaban exentos de tasas y podían circular con libertad. Existía, ciertamente, una tarifa oficial que imponía la tasa máxima a las prostitutas encargadas de distraer a los militares. Pero los aduaneros tenían plena libertad para modificar las condiciones de paso según su humor y extorsionar a su guisa.

Siempre odiosos, no soportaban la menor observación. El infractor era de inmediato despojado de sus ropas y sus bienes, maltratado y condenado. Si seguía aduciendo su buena fe o, peor aún, su inocencia, iba a la cárcel, donde era olvidado mientras la Administración no se interesara por su caso.

Con su pequeño garrote y su mirada huidiza, En-Ilusa regenteaba con mano de Hierro la aduana de Hermópolis. Nombrado por su amigo Khamudi, al que reservaba parte de sus beneficios ocultos, el libio no

tenía la costumbre de levantar la voz. Le bastaba con que intervinieran sus secuaces para imponer su voluntad, que nadie pensaba en discutir.

Comportándose como un pequeño emperador, En-Ilusa soñaba con abandonar algún día Hermópolis y ocupar una función más importante en Avaris. Especialista del doble juego, traicionaba sin remordimientos a quienes cometían el error de confiar en él, en cuanto dejaban de serle útiles. Gracias a Khamudi, su poderoso protector, esperaba obtener un ascenso en los próximos meses. Demostraría, entonces, de qué era capaz realmente.

La revuelta tebana no le preocupaba en absoluto. El frente permanecería inmóvil en Cusae, hasta que el emperador decidiera eliminar a Ahotep.

Como cada mañana, En-Ilusa inspeccionaba el edificio principal de la aduana. Puntilloso, exigía que cada objeto estuviera en su lugar y no cambiara nunca de sitio. También velaba por la limpieza de los uniformes. El que cometía una falta era privado de soldada durante varios días. Y sobre todo, En-Ilusa sembraba la cizaña entre los oficiales, alentando chismes y delaciones.

Un detalle le irritaba, ya que durante las últimas semanas, los negocios habían disminuido levemente, prueba de que algunos aduaneros relajaban sus esfuerzos. Una vez identificados, los culpables serían trasladados a una aldea miserable.

En-Ilusa comenzaba a leer los informes de la víspera cuando un inspector de cereales entró en su despacho.

-Jefe, ¡vamos a tener trabajo! Llegan tres barcos de carga procedentes del sur.

El patrón de la aduana de Hermópolis esbozó una sonrisa golosa.

-¡Estos van a pagarlo caro!

El plan de la reina Ahotep había entusiasmado al faraón Kamosis y a su consejo de guerra; se trataba de que la batalla de Hermópolis se desarrollara en tres fases. Primero, tres barcos de avituallamiento, de aspecto comercial, se presentarían en la aduana; luego, un comando que avanzaría por la ribera atacaría a la milicia y la tomaría por la espalda; finalmente, la flota de guerra llegaría con rapidez al lugar de las hostilidades.

Una falta de coordinación produciría un desastre, del que el ejército de liberación no se repondría.

Los tres pesados barcos de carga avanzaban con prudente lentitud hacia la barrera flotante de la aduana de Hermópolis. Invisibles, numerosos

soldados estaban tendidos en cubierta, dispuestos a intervenir en cuanto Emheb les diera la orden.

Cuando apareció en la proa del navío de cabeza, En-Ilusa tomó al gobernador por lo que parecía ser, es decir, un buen hombre, rechoncho, de rostro alegre.

La presa ideal.

En cuanto terminaran las maniobras de atraque, Emheb soltaría a Bribón para que la paloma mensajera se reuniera con la flota de guerra, al mando del almirante Lunar. Este sabría entonces que el combate se iniciaba y que debía zarpar exigiendo el máximo esfuerzo a sus remeros.

La primera oleada de asalto egipcia sufriría, forzosamente, dolorosas pérdidas, y el propio gobernador corría el riesgo de perder su vida en la aventura. Pero ¿qué decir de la reina Ahotep, que se había puesto a la cabeza del comando terrestre? Ningún soldado podía mostrarse menos valeroso que ella. Los barcos de carga atracaron suavemente ante la mirada burlona de los aduaneros, que imaginaban ya el reparto del botín obtenido del modo más legal, gracias a la aplicación de una multitud de tasas.

De acuerdo con las instrucciones de su jefe, se dispusieron en línea a lo largo del muelle.

En-Ilusa avanzó para pronunciar la fórmula ritual.

-¿Qué tienes que declarar?

-No gran cosa -respondió Emheb, afable-. Con mi cargamento, pronto habrás terminado.

Una ávida sonrisa animó el frío rostro del jefe aduanero.

-Me sorprenderías. Soy muy escrupuloso y creo que tus tres barcos van atestados de mercancías más o menos autorizadas. Emheb se rascó la barbilla.

-Para serte franco, no estás del todo equivocado.

-¡Una confesión ya! No me parece que seas tonto. Has comprendido que era mejor cooperar.

El gobernador inclinó la cabeza.

-Sigue por el buen camino -continuó En-Ilusa-. ¿Cuál es tu mercancía más ilícita?

-No me importa decírtelo, pero no sacarás de ella provecho alguno.

-¡Habla, pues!

-Sobre todo, escucha bien, ya que apenas tendrás tiempo de apreciar esta canción.

Desenvainando su daga, el gobernador Emheb la lanzó con fuerza y precisión. Tras haber silbado en el aire como una avispa, se clavó en el pecho de En-Ilusa.

Con los ojos llenos de asombro, el jefe aduanero murió sin comprender lo que ocurría.

En respuesta a la señal de Emheb, todos los arqueros egipcios se levantaron y dispararon contra los aduaneros alineados, que resultaban unos blancos soberbios.

Desorganizados por aquel ataque imprevisto y la muerte de su jefe, los supervivientes intentaron responder. Pero quedaron atrapados entre los disparos de los egipcios, de pie en la cubierta de los tres barcos, y la llegada de los infantes por la ribera, con el faraón Kamosis a la cabeza.

El gobernador Emheb y sus hombres explotaron del mejor modo la situación. Solo los milicianos podrían haber impedido la derrota de los aduaneros, pero tenían que contener el asalto del comando que los atacaba por detrás.

En ese tipo de expedición, el Bigotudo y el afgano se mostraban especialmente eficaces. Cuando, además, gozaban de la presencia de la reina Ahotep, nada podía detenerlos ya.

Los milicianos hicsos cometieron el error de dividirse; unos acudieron en auxilio de los últimos aduaneros, y los otros se enfrentaron con los infantes enemigos.

Los supervivientes no necesitaron mucho tiempo para comprender que la partida se había perdido. Se refugiaron, pues, en las embarcaciones que componían la barrera flotante, con la esperanza de huir hacia el norte.

Entonces, vieron aparecer la flota de guerra, al mando del almirante Lunar, cuyos marinos se lanzaron al abordaje.

Como en los enfrentamientos anteriores, no hubo prisionero alguno.

Al rey le sorprendió la facilidad con la que su ejército había roto el cerrojo de Hermópolis, que muchos consideraban indestructible. La

estrategia de la reina Ahotep había tenido éxito, como si la esposa de dios viera más allá de lo aparente.

Tras una señal del gobernador Emheb, el faraón y la reina fueron aclamados por sus soldados. Sin embargo, Ahotep parecía inquieta.

-¿Qué teméis, madre? ¡Nada detiene nuestro avance!

-De Tebas a Hermópolis, Egipto ha sido liberado. Pero esta reconquista solo puede ser pasajera.

Kamosis palideció.

-¿Qué queréis decir?

-Los hicsos a los que hemos vencido no disponían del armamento pesado que les permitió en su día conquistar nuestro país. El emperador se está burlando de nuestra ofensiva. Nos atrae progresivamente a una trampa en la que tendremos que enfrentarnos con sus verdaderas fuerzas.

Una vez más, la lucidez de la reina convenció al joven faraón.

-Sin embargo, madre, no podemos limitarnos a establecer un nuevo frente.

-Antes de proseguir, tengo que descifrar el mensaje de Hermópolis y descubrir la jarra de las predicciones.

En un primer momento, la población de Hermópolis se negó a creerlo. Luego, la noticia se confirmó, porque no quedaba ni un solo miliciano en las calles de la ciudad y todos podían clamar su odio al emperador sin temor a represalias. Finalmente, los más escépticos dieron rienda suelta a su alegría cuando el faraón Kamosis, tocado con la corona blanca, y la reina Ahotep, con una fina diadema de oro, aparecieron en el atrio del gran templo de Thot, erigido en el valle de los tamariscos.

-Habitantes de Hermópolis -proclamó el joven rey con fuerza-, ¡sois libres! Los hicsos han sido exterminados, y la aduana, aniquilada. El faraón reina de nuevo, como antaño y para siempre. Las tinieblas han sido rechazadas; la rectitud y la armonía de Maat son nuestra única ley. Un gran banquete, al que todos estáis invitados, sellará la recobrada felicidad.

El gobernador Emheb, el almirante Lunar, el afgano y el Bigotudo fueron aclamados por su triunfo. Las más hermosas muchachas de la ciudad solo tenían ojos para los arqueros, con Ahmosis, hijo de Abana, en

cabeza. El único descontento era el canciller Neshi, que, en vez de participar en la fiesta, tenía la misión de organizarla y hacerlo bien.

Mientras la ciudad se preparaba para celebrar su liberación, la reina se dirigió al templo.

Un joven se arrodilló ante Ahotep.

-¡Os lo ruego, majestad, no sigáis adelante!

-Levántate, muchacho, y explícate.

No se atrevía a mirar a aquella mujer, demasiado hermosa y a la que todos llamaban la Reina Libertad. Los narradores transmitían ya su leyenda de aldea en aldea. Encontrarse así, tan cerca de ella... Nunca había esperado semejante honor.

-No entréis en este templo, majestad.

-¿Está, acaso, poblado de criaturas peligrosas?

-Los hicsos mataron a los sacerdotes, robaron los objetos valiosos y transformaron el santuario en almacén. Llenaron de piedras el pozo excavado hasta el océano primordial. Los dioses se han marchado; solo queda ya el espíritu del mal. No os enfrentéis con él, majestad, os necesitamos demasiado.

Sorprendido por su propia audacia, el joven se prosternó de nuevo.

-¿Cuál era tu trabajo bajo la ocupación?

-He cuidado el jardín del templo, majestad; solo, no me fue fácil, pero he evitado lo peor.

-Te nombro jardinero en jefe del templo de Hermópolis. Contrata inmediatamente ayudantes para devolver al lugar su pasado esplendor, y comenzad por vaciar ese pozo.

Ahotep contempló la puerta del santuario.

-Majestad, ¿no..., no vais a entrar en ese nido de maleficios?

Ahotep sabía que Hermópolis no estaba realmente liberada. La victoria militar, en efecto, se había conseguido, pero el emperador combatía también con otras armas.

Vaciado el pozo, la energía procedente del océano primordial inundaría de nuevo el templo. Pero Apofis no se había limitado a esa simple medida; en su interior debía de encontrarse algún dispositivo capaz de

impedir el avance de los libertadores. El jefe de los hicsos solo podía haber elegido el lugar más célebre, es decir, la biblioteca, donde se conservaban los escritos del dios Thot, las palabras divinas inspiradas por el verbo de la luz.

Al descubrir el gran patio al aire libre, la reina sintió una herida en el corazón. Los hicsos habían almacenado allí espadas, armaduras y sacos de trigo. La primera sala cubierta le reservaba una visión más mortificante aún, ya que los soldados de las tinieblas la habían transformado en letrinas, y el olor de los excrementos era insoportable.

Un sordo gruñido alertó a la reina.

Se dirigió hacia el lugar de donde procedía y llegó así a la puerta de la biblioteca.

A uno y otro lado se habían grabado efigies de Thot, con cabeza de ibis y de Sechat, la soberana de la Casa de los Libros, coronada por una estrella de siete puntas.

El gruñido se hizo agresivo.

En el tejado del templo se hallaba una pantera, encarnación de la diosa Mafdet. Su papel consistía en desgarrar con sus colmillos y sus zarpas a quien intentara violar los secretos de Thot.

En el suelo, había osamentas cubiertas con uniformes hicsos ensangrentados. Tras haber intentado en vano matar a la fiera divina, a la que no podía alcanzar arma alguna, los invasores se habían retirado y habían dejado allí abandonadas las víctimas de Mafdet. ¿No serían los libros sagrados inaccesibles para siempre? Seguir avanzando produciría el ataque de la pantera, pero no podía retroceder. Ahotep tenía que penetrar en la biblioteca, donde se conservaba la jarra de las predicciones.

La única posibilidad que tenía de amansar a la fiera era presentarle el collar-menat de la diosa Hathor y esperar que sus vibraciones transformaran la agresividad en dulzura.

Sin apartar los ojos de Mafdet, Ahotep levantó hacia ella el símbolo del amor.

El animal emitió, primero, un rabioso grito, como si se le escapara una presa; luego, un ronroneo, en el que se mezclaban la duda y la frustración, y finalmente, una especie de maullido casi incongruente. Su terrorífica voz de bajo se había reducido a la emisión aguda de una gata enojada.

Con el collar mágico en alto, Ahotep avanzó hasta el umbral de la biblioteca.

La pantera se volvió y, con calma y elegancia, abandonó el lugar. La reina tenía el campo libre.

Corrió el cerrojo de cobre y penetró en la antigua sala de los archivos, donde los rollos de papiros estaban cuidadosamente alineados en los anaqueles y en cofres de madera. Gracias a la pantera de Mafdet, los escritos de Thot habían escapado a los bárbaros. Ensimismada, la reina examinó los tesoros de la venerable biblioteca, pero no descubrió allí jarra alguna. Se demoró en un texto que evocaba las potencias creadoras del universo; es decir, lo invisible, las tinieblas, el espacio infinito y las aguas sin límite, cada una de ellas con un aspecto masculino y otro femenino. Contenida en el huevo primordial, esta ogdóada[1] era el principal secreto de los sacerdotes de Thot. A través de ella, resultaba posible percibir la última realidad de la vida.

Nota (1) Grupo de ocho dioses primordiales del antiguo Egipto. (N. del T.)

Durante varias horas, la reina olvidó la guerra y se consagró al estudio de esos escritos de inagotable riqueza. Iniciándose en los misterios e impregnándose de palabras de luz, Ahotep proseguía, sin embargo, la lucha. Vencer a Apofis no exigía solo cualidades guerreras; era preciso ser también portadora de una espiritualidad lo bastante eficaz como para disipar la noche de la tiranía y la injusticia.

Cuando la reina abandonó la biblioteca de Thot, la ciudad estaba en fiestas, bajo la protección de la luna.

Una decena de jardineros trabajaba bajo la dirección de su joven jefe.

-¡Majestad, estáis viva! Thot ha guiado vuestros pasos.

-¿Has oído hablar de la jarra de las predicciones?

-Antes de morir, uno de los sacerdotes me reveló que los hicsos se la habían llevado para ocultarla en una tumba de Beni Hassan, de donde no volvería a salir nunca. Pero hay rumores que afirman que fue destruida en los primeros días de la invasión.

-¿No te apetece participar en los festejos?

-Mi vida está aquí. Y no festejaré antes de que el templo haya recuperado su belleza de antaño. Serán necesarios meses para limpiarlo todo, pero tengo ya un buen equipo y no escatimaremos las horas.

-¿Sabes leer?

-Un sacerdote me enseñó. Y sé escribir un poco..

Ahotep pensaba en otro jardinero, en el enclenque Seqen, que se había convertido en su esposo y en un gran faraón, muerto en nombre de la libertad.

-Nombra en tu lugar a uno de tus adjuntos -ordenó. El joven dio un respingo.

-Majestad..., ¿os he fallado?

-Enciérrate en la biblioteca tanto tiempo como te sea necesario para asimilar el mensaje de Thot. Luego, asumirás la función de superior del templo de Hermópolis.

En el acantilado se habían excavado las moradas de eternidad de los notables de Beni Hassan, a poca distancia al norte de Hermópolis. Desde lo alto de aquel grandioso paraje, la mirada descubría una vasta llanura, llena de palmerales y aldeas conectadas por canales. Majestuoso, el Nilo dibujaba elegantes curvas.

Pese a sus temores, el ejército egipcio no había encontrado resistencia alguna. Según los habitantes de la región, rebosantes de alegría al recibir a sus libertadores, los soldados del emperador habían abandonado sus posiciones dos días antes.

Preocupado, el faraón Kamosis disponía sus tropas como si fueran a sufrir una inminente contraofensiva, tanto por tierra como en el río. Del almirante Lunar al simple soldado, nadie bajaba la guardia.

De serena belleza, el lugar parecía, sin embargo, apacible, al margen de cualquier conflicto. La campiña desplegaba sus tranquilos encantos, que incitaban a la meditación.

-El emperador instaló aquí una barrera de maleficios -observó Ahotep-. Que nadie intente cruzarla.

-¿Cómo podemos destruirla, madre?

-Tengo que examinar cada tumba y descubrir aquella en la que depositaron la jarra de las predicciones.

-¿Y si los hicsos la destruyeron?

-Estaremos, entonces, ciegos y sordos.

-¡Dejad que os acompañe!

-Quédate a la cabeza del ejército, Kamosis. Si nos agrede, tendrás que reaccionar sin tardanza.

Observada por los soldados, la reina comenzó su ascenso. Según unos, se disponía a enfrentarse con un demonio del desierto; para otros, con genios malignos manipulados por el emperador. Según los mejor informados, la prosecución de la guerra dependía del enfrentamiento entre la Reina Libertad y una fuerza oscura, capaz de corroer el alma de los tebanos

En cuanto alcanzó la plataforma rocosa a lo largo de la que se habían dispuesto las sepulturas, Ahotep supo que había encontrado el lugar donde se había implantado la barrera de maleficios deseada por Apofis.

Con la cabeza martilleándole, las piernas pesadas y casi sin respiración, la reina se creyó sumida en un infierno, aunque un suave sol hacía brillar el verde de los cultivos y la blancura calcárea.

Estrechando en sus manos el collar-menas, Ahotep consiguió respirar casi con normalidad y acercarse a las tumbas.

Pero una estela le cerró el paso; una estela en la que se habían inscrito terribles fórmulas: «¡Maldición sobre quien atraviese el umbral de esta morada, fuego devorador sobre el profanador, condenación eterna!».

No eran palabras habituales en un lugar de paz profunda, unido a la eternidad. Sin duda alguna, habían sido grabadas por orden de Apofis, para que formaran un obstáculo infranqueable. El emperador de las tinieblas se había apoderado de un akh, un «espíritu luminoso», y lo había apartado de su función primera para transformarlo en fantasma agresivo y temible.

Así pues, Ahotep se dirigió a él y le presentó como ofrenda el collar.

Se levantó un fuerte viento. La reina creyó oír gritos de dolor, como si un alma extraviada fuera presa de un insoportable sufrimiento.

Ahotep desgarró la parte superior de su túnica en cuatro jirones, y los extendió uno junto a otro entre la estela y la entrada del dominio funerario.

El viento aumentó; los gemidos, también.

Ahotep puso en el suelo su varita en forma de serpiente. La cornalina se estremeció y se animó, y se irguió una cobra real. Ondulando sobre los jirones de lino, los incendió.

Tomando aquellas antorchas, la reina hizo con ellas un camino de fuego.

-Que las diosas ocultas en las llamas monten guardia de día y aseguren, por la noche, la protección -imploró-; que rechacen a los enemigos visibles e invisibles, que hagan penetrar la luz en las tinieblas.

El viento cesó, y el fuego disminuyó, poco a poco, de intensidad.

La estela amenazadora había desaparecido, como si se hubiera hundido en el acantilado.

Con la vara en la mano, Ahotep penetró en la morada de eternidad de un noble llamado Amenemhat. Cruzó un antepatio, pasó bajo un pórtico hipóstilo y se recogió sobre el suelo de la amplia capilla, cuya puerta estaba abierta. ¿Habría dispuesto allí el emperador otras trampas?

Confiando en su instinto, Ahotep pronunció el nombre de «Amenemhat, justo de voz», y le rogó que la acogiera en su paraíso terrenal.

Las pinturas eran de extraordinaria frescura. Dejándose atrapar por el encanto de las representaciones de pájaros, símbolos de las metamorfosis del alma, la reina se sintió bruscamente en peligro. Su mirada se clavó en unas escenas sorprendentes, consagradas a luchadores que se enfrentaban con las manos desnudas. Se hacían gran cantidad de presas y cada movimiento estaba descompuesto para servir de modelo.

Los rostros de los luchadores se volvieron hacia la reina.

En sus ojos, vio la intención de agredirla. Muy pronto, las figuras aparentemente inmóviles iban a animarse, a salir de las paredes y a maltratar a la intrusa.

-Soy la reina de Egipto y la esposa de dios. Vosotros, sois soldados al servicio del faraón. Que los hechizos del emperador abandonen vuestros cuerpos y que vuestra ciencia del combate se ponga al servicio de Kamosis.

Con la vara en forma de serpiente en la mano izquierda y el collar-menat en la diestra, Ahotep desafió a la cohorte de luchadores.

-Obedecedme o vuestra imagen será privada de vida. Que cada uno de vuestros gestos favorezca la luz, y no las tinieblas. Durante unos instantes, los luchadores parecieron ponerse de acuerdo. Luego, retomaron sus posturas iniciales.

Cualquier sensación de agresividad había desaparecido. Ahotep se dirigió a la hornacina que contenía las estatuas del propietario de la tumba y de su esposa. A sus pies, había una jarra.

En el interior de la jarra, encontró un papiro en el que se indicaban los buenos y los malos días del año en curso, de acuerdo con los mitos revelados en los distintos templos de Egipto. Cualquier acción de envergadura debía respetar aquel calendario sagrado.

-Vuélvelo a probar -ordenó el Bigotudo a un fortachón, muy descontento por haber mordido ya dos veces el polvo.

En su tercer intento, el fortachón fingió golpear al Bigotudo en la cabeza, pero, en el último momento, intentó alcanzarlo en el estómago.

Sin comprender lo que le sucedía, perdió el equilibrio, fue levantado horizontalmente y cayó de espaldas, con fuerza.

-¡Es una presa realmente fabulosa! -exclamó el Bigotudo, encantado al aplicar las técnicas de combate reveladas por la tumba de Amenemhat.

Varios escribas habían copiado con precisión las escenas de lucha, para que pudieran ser enseñadas a los reclutas. En aquel juego, el Bigotudo y el afgano se habían revelado como los mejores. Y no dejaban de exigir un entrenamiento intensivo para aumentar las posibilidades de supervivencia de sus hombres. Aunque no se hubiera producido ningún contraataque hicso, las tropas se hallaban en permanente estado de alerta. Kamosis se mostraba impaciente, pero la jarra de las predicciones había emitido su veredicto, es decir, que los próximos días eran impropios para una acción militar. Obligado a respetar las palabras de lo invisible, el faraón temía que el tiempo fuera contra el ejército de liberación.

-Parecéis inquieto, majestad -observó la hermosa Anat, obligada a permanecer en la tienda real.

-¿Y eso te alegra?

-Muy al contrario. Desde que me liberasteis de mis cadenas, solo deseo vuestro éxito.

-Eres muy seductora y lo sabes.

-¿Y es eso una falta tan grave que merezca castigo?

-Tengo preocupaciones mayores que la belleza de una mujer.

-¿Acaso esta guerra os impide amar? En ese caso, os faltará una fuerza indispensable para vencer. Lo que la violencia destruye solo el amor consigue reconstruirlo.

-¿Y tú, Anat, realmente deseas ser amada?

-Por vos, sí, siempre que seáis sincero.

Kamosis tomó en sus brazos a la siria de ojos azules y la besó con ardor.

El almirante Jannas había aplastado la revuelta de los anatolios, pero ¡a qué precio! La mitad de la flota de los hicsos había sido aniquilada, numerosos soldados de élite habían muerto y una enorme cantidad de heridos no podrían reincorporarse antes de mucho tiempo, tal vez nunca. Y las hostilidades se reanudarían un día u otro, pues los montañeses de Anatolia nunca iban a aceptar la dominación de los hicsos.

Pese a tan sombríos pensamientos, Jannas fue festejado como un héroe por una muchedumbre de oficiales y hombres de tropa, que concedían una total confianza al militar más condecorado del Imperio.

A modo de insigne honor, fue el gran tesorero Khamudi quien recibió personalmente a Jannas en las puertas de la ciudadela.

-El emperador aguardaba con impaciencia vuestro regreso, almirante.

-He actuado con la mayor rapidez, Khamudi.

-Claro, claro... Nadie lo duda. ¿Estáis satisfecho de los resultados obtenidos?

-Esta infomación está reservada al emperador.

-Naturalmente... Os llevaré a la sala de audiencia.

Apofis estaba en un indescriptible estado de rabia.

Aquella misma mañana, había intentado ponerse la corona roja del Bajo Egipto para mostrarse en el atrio del templo de Set. Sintiendo de inmediato fuertes dolores, había tenido que quitarse la maldita corona y devolverla a su escondrijo. Nadie sabría que se le negaba.

Gracias a los informes de su espía y a la consulta de su cantimplora de loza azul, en la que había dibujado un plano de Egipto, Apofis sabía que los tebanos habían reconquistado Cusae, Nefrusy y Hermópolis, y que el ejército de liberación se había detenido al norte de Beni Hassan.

Así pues, la reina Ahotep había conseguido romper la barrera mágica. Era, decididamente, un adversario temible, que desbarataba trampa tras trampa.

Esa guerra sería decisiva. Puesto que la reina y su hijo lanzaban todas las fuerzas de los rebeldes a la batalla, Egipto quedaría exangüe tras su derrota. Era la ocasión ideal para destruir definitivamente la antigua espiritualidad de los faraones.

Jannas se inclinó ante Apofis.

-Llegas en el momento oportuno, almirante. Sin duda, estás cansado por tu larga campaña, pero, desgraciadamente, no puedo concederte el menor reposo.

-Estoy a vuestras órdenes, majestad.

-¿Nos hemos librado, por fin, de los anatolios? Jannas vaciló antes de responder.

-Puedes hablar ante Khamudi.

El almirante no podía oponerse a una orden del emperador.

-He matado bastantes rebeldes como para que Anatolia no os cause preocupación alguna durante varios meses. Pero es imposible acabar con la guerrilla. Dentro de un año, dos tal vez, tendremos que golpear de nuevo.

Apofis no pareció contrariado.

-Nuestro ejército no está hecho para dormitar, almirante. La grandeza del Imperio exigirá siempre ese tipo de intervención. De momento, vas a encargarte de Egipto.

-¿Egipto? ¿No creéis que una simple operación policial...?

-Ahora las cosas son distintas, Jannas. Los tebanos han roto el frente de Cusae y han recuperado Hermópolis.

El almirante estaba consternado.

-No comprendo... ¡Uno solo de mis regimientos habría bastado para detenerlos!

-Yo no lo quise, Jannas. Era necesario que la reina Ahotep se enardeciera y que su hijo, el fantoche de Kamosis, creyese en la victoria. Cuanto más avanzan hacia el norte, más se acercan al terreno que conocemos mejor y en el que utilizaremos nuestras armas pesadas. Confiados, los rebeldes lanzarán la totalidad de sus fuerzas a un conflicto frontal, considerándolo a su alcance. Y además, yo tenía ganas de reorganizar la aduana de Hermópolis y librarme de aquel tiranuelo de Nefrusy. Eliminando a algunos inútiles, Ahotep me ha hecho un favor.

-¿Estamos correctamente informados de los movimientos del enemigo?

-Del mejor modo, Jannas. El espía que me permitió eliminar a Seqen, el marido de Ahotep, sigue sirviéndome con eficacia.

-¡Puedo, entonces, atacar de inmediato a los tebanos!

Apofis esbozó una de aquellas sonrisas que helaban la sangre a sus interlocutores.

-Hay algo más urgente, almirante, y aplicaremos otra estrategia. Comenzaremos por los parajes de Licht y de Pershaq.

Jannas era un soldado y un hicso, de modo que obedecería escrupulosamente las órdenes dadas por su emperador. Sin embargo, las consideraba poco adecuadas a su dignidad de jefe de las fuerzas armadas. Khamudi y sus esbirros habrían bastado para llevar a cabo aquella misión. Pero el almirante se obligaba a creer que Apofis tenía mejor visión que él y que era necesario aceptar sus exigencias.

Mientras se dirigía a su vivienda oficial, Jannas vio pasar a unos cincuenta ancianos, mujeres y niños cargados de fardos y encadenados unos a otros. Los custodiaban diez policías hicsos al mando de Dama Aberia, cuyas enormes manos seguían siendo impresionantes.

-¿Adónde llevas a esa gente?

-Secreto de Estado -respondió Dama Aberia.

-¡Tienes el deber de informarme!

-Son condenados, solo unos peligrosos condenados.

-¡Peligrosos, esos miserables! ¿Te estás burlando de mí?

-Cumplo órdenes.

El lamentable convoy siguió avanzando. Jannas se dirigió a casa de Khamudi, que contabilizaba las últimas recaudaciones de la venta de droga a los notables de Avaris.

-Me gustaría saber cuántos secretos de Estado siguen estándole vedados al jefe de los ejércitos hicsos.

Viendo los prietos labios del almirante, el gran tesorero comprendió que no tenía que tratarle sin consideraciones si quería evitar un estallido de cólera.

-¿Cuántos...? ¡Ninguno, almirante!

-No es eso lo que piensa Dama Aberia.

-Solo puede tratarse de un malentendido.

-En ese caso, decidme adónde lleva a los ancianos, los niños y las mujeres a los que califica de peligrosos.

Khamudi pareció algo molesto.

-Dama Aberia no está del todo equivocada. Ciertamente, esa gente parece inofensiva, pero, en realidad, son una amenaza muy real y propagan ideas perversas. Por eso, es necesario expulsarlos.

-¿Una simple expulsión?

-Los internamos en un lugar donde ya nada tendremos que temer de ellos.

-¡Un penal! ¿Dónde está situado?

-En Sharuhen.

-Nuestra base de retaguardia en Palestina. ¿Por qué allí?

-Está lo bastante lejos de Avaris, y los rebeldes reciben allí un justo castigo.

-Dado el rigor del lugar, muchos deben morir enseguida.

-¿Lamentáis, acaso, la desaparición de enemigos del emperador, almirante? Él aprueba, a la vez, la existencia de ese penal, que considera imprescindible, y las deportaciones de los revoltosos. Nuestra capital queda así purificada de cualquier elemento indeseable. ¿No es una excelente idea?

-Excelente, en efecto. ¿Tenéis que comunicarme algo más?

-Nada, os lo aseguro.

-Eso me alegra, gran tesorero. Khamudi sonrió ampliamente.

-Mi mujer y yo ofrecemos una divertida velada, con algunas chiquillas que serán deportadas mañana mismo. Antes de partir hacia el Medio Egipto, tendríais que uniros a nosotros.

-¿No os dije ya que ese tipo de distracciones no me interesan? Feliz velada, gran tesorero.

Minos seguía mostrando el mismo ardor cuando hacía el amor con Ventosa, y la hermosa euroasiática continuaba gozando, en brazos de su amante, de una felicidad sin par. Pero no podía olvidar la cita secreta del cretense con un responsable de armamento, sospechoso de conspirar contra Apofis. Si Minos era culpable de semejante crimen, ¿no debía denunciarlo al emperador, para quien sería un placer ofrecérselo como víctima al toro o mandarlo al laberinto? Negándose a creer en semejante traición, Ventosa guardaba aún para sí aquella sospecha.

Con sus largas y finas manos, la euroasiática acarició el torso del cretense.

-Tengo la impresión de que me ocultas algo, amor mío.

-¿Acaso no lo sabes todo de mí?

-De vez en cuando, me lo pregunto.

-Haces bien.

Por fin, iba a contárselo todo.

-A mí, Minos, realmente puedes decírmelo todo.

-Es tan íntimo tan grave...

-Ten confianza.

El artista tragó saliva.

-Dudo de mi talento. Mis primeras pinturas me parecen anodinas, pero ¿no son más perfectas que las nuevas? A fuerza de interrogarme, pierdo a veces el sueño. Solo mi mano debería guiarme, pero le falta precisión. ¿Será una nueva etapa para mejorar, o es que mi inspiración se está secando?

Ventosa besó a Minos con violencia.

-¡Mientras me ames, tendrás genio!

A la hora de la siesta, Minos salió de la fortaleza y saludó a los guardias, que solo sentían desprecio por el protegido del emperador. ¿Para qué podía servir aquel garabateador, incapaz de manejar las armas?

Como si paseara sin objetivo concreto, el cretense tomó por una calle flanqueada por casas de oficiales. Se detuvo varias veces y miró a su alrededor. Luego, apretó el paso y se metió en un callejón donde estaban

los silos para grano. Puesto que solo una semana más tarde iban a llenarse, ningún policía los custodiaba. Nadie.

Sin embargo, su cómplice, el responsable de armamento, le había dado cita allí. Su ausencia demostraba que había sido detenido y que la encarcelación de Minos era inminente.

-Sigue avanzando -susurró una voz inquieta. Temblando, Minos obedeció.

Estaba allí, agachado entre dos silos.

-¿Cómo están las cosas? -preguntó el pintor.

-El regreso del almirante Jannas me ha impedido hacer contactos. La policía estaba en todas partes.

-En palacio se murmura que Jannas detesta a Khamudi. Algunos afirman que el almirante sería un excelente emperador.

-Los militares escuchan a Jannas, es cierto, pero le es fiel a Apofis. No cuentes con él para intervenir en una conspiración contra el jefe supremo.

-¿Es, entonces, imposible hacer nada?

-De momento, sí. Jannas partirá a combatir contra los rebeldes tebanos. Cuando esté de regreso en la capital, el conflicto entre Khamudi y él tomará, por fuerza, un nuevo aspecto. Tal vez podamos aprovecharlo. Hasta entonces, mantengámonos tranquilos.

Despechado, Minos regresó a la ciudadela.

Su cómplice parecía tan aterrorizado que no haría nada, ni siquiera en circunstancias favorables. Minos tendría que actuar con sus compatriotas, retenidos para toda la vida en aquella siniestra ciudad. Solo el asesinato del emperador les devolvería la libertad.

Tomando mil precauciones para no ser descubierta, Ventosa había estado a punto de perder a Minos. Tras elegir el camino adecuado, lo había encontrado por fin y se había ocultado en la esquina del callejón, donde, como era evidente, el cretense se había puesto en contacto con algún cómplice.

Solo con trepar a lo alto de un silo, la euroasiática podría haber escuchado la conversación, pero dada la forma abombada de los edificios, la empresa resultaba en exceso peligrosa. Debió, pues, limitarse a ver cómo su amante se marchaba, perdido en sus pensamientos y visiblemente decepcionado.

Lo importante era el otro.

Cuando Ventosa descubrió que se trataba del responsable de armamento, sospechoso ya, la atroz realidad le saltó a la cara. Minos era, efectivamente, un conspirador. Le mentía; tenía que denunciarlo.

Con su gorro a rayas y su físico más bien enclenque, el almirante Jannas no parecía el implacable guerrero que era en realidad. Ningún enemigo lo había asustado nunca e imponer la supremacía de los hicsos, aun a costa de miles de muertos, no le turbaba la conciencia. Sin embargo, no había acudido personalmente a Pershaq y había dejado que uno de sus lugartenientes cumpliera las órdenes del emperador. Nunca antes había tenido Jannas que cumplir una misión tan extraña, que le parecía muy alejada de las tareas fundamentales de un soldado de su experiencia. Pero la obediencia, para él, no admitía excepción alguna.

-¿Se ha hecho? -preguntó Pershaq.

-Afirmativo, almirante.

-¿Dificultades?

-Ninguna.

-¿Informaciones sobre el enemigo?

-¿Estimaciones?

- -Según nuestros exploradores, se trata de un verdadero ejército, bastante bien organizado. La flota parece importante. Como sus exploradores no son unos aficionados, los nuestros no han podido observar de cerca.

-Que nuestro dispositivo quede emplazado. No toleraré la menor relajación.

Abandonado tras la invasión de los hicsos, el paraje de Licht(1) albergaba unas pirámides de ilustres faraones del Imperio Medio y las moradas de eternidad de sus dignatarios. Reinaba en aquellos lugares una paz profunda, como si esos reyes de tiempos pasados siguieran transmitiendo su sabiduría.

Notas (1) Licht se encuentra a unos cincuenta kilómetros al sur de El Cairo. Sus pirámides, muy arruinadas, se remontan al siglo xx a.C.

Era precisamente esa paz lo que Apofis quería ver desaparecer.

-Encontradme la entrada de estos monumentos -ordenó Jannas a sus zapadores- y desbrozad el camino hasta la cámara del tesoro.

La pirámide de Amenemhat I, la que estaba más al norte, culminaba a cincuenta y ocho metros; la de Sesostris I, rodeada de otras diez pequeñas pirámides, a sesenta y uno. A pesar de las precauciones tomadas por los constructores, los hicsos consiguieron profanarlas. Las momias fueron sacadas de los sarcófagos; las vendas, desgarradas, y los amuletos protectores, dispersados. Valiosos papiros, cubiertos de fórmulas que describían las incesantes metamorfosis del alma real en el universo, fueron quemados.

La voluntad de Apofis se había cumplido. Privado de la protección de sus gloriosos antepasados, el impulso de Ahotep y Kamosis se quebraría.

El destrozo de los despojos reales se había efectuado en un pesado silencio. Los soldados del almirante no estaban acostumbrados a combatir a unos muertos cuyo sereno rostro había turbado a más de uno.

-Operación concluida -anunció el ayudante de campo de Jannas.

-Tal vez...

-¿Hemos olvidado algo, almirante?

-Mira esas pirámides. Diríase que están vivas y que nos desafian, como si esta violación de las sepulturas no hubiera servido de nada.

-¿Qué queréis hacer?

-Tendríamos que destruirlas piedra a piedra; pero no queda tiempo. De momento, he recibido otras órdenes.

Mientras avanzaba hacia la ciudad de Pershaq, el ejército de liberación sabía que el choque frontal con las tropas de los hicsos era inevitable. En las filas se hablaba de animales monstruosos que el emperador manipulaba con el pensamiento, de largas lanzas que atravesaban a tres hombres de un solo golpe y de armas desconocidas contra las que ni siquiera la reina Ahotep conocía detención alguna.

A la cabeza de la tropa, el almirante Lunar había retomado su bastón de proel para sondear el Nilo. Tan atento como un felino, acechaba el menor signo de peligro. A su lado, estaban el Bigotudo y el afgano, que conocían bien la región.

-Nos encontramos muy cerca de Pershaq -dijo el Bigotudo, cada vez más nervioso.

-Y nada aún -advirtió el almirante-. Forzosamente, nos tenderán una emboscada.

-El mejor modo de saberlo es mandar una patrulla de reconocimiento -propuso el afgano.

Lunar ordenó un alto.

Ahotep y el faraón se rindieron pero le negaron la autorización para patrullar.

-Tu grado es excesivo y estás demasiado condecorado -le recordó el Bigotudo-, de modo que iré yo.

-Tampoco -se negó Ahotep-, puesto que tienes el mismo grado y las mismas condecoraciones que el afgano.

-Majestad, no podemos mandar a esa trampa a unos chiquillos sin experiencia. Si no tienen a su cabeza un jefe hábil, ni uno solo regresará vivo.

-¿Me consideras un jefe hábil? -preguntó el faraón Kamosis. El Bigotudo y el afgano se quedaron boquiabiertos.

El rey se inclinó ante su madre.

-Reina de Egipto, me toca a mí, y solo a mí, conducir a mis hombres al combate. Sabrán así que el miedo no me domina y que el jefe del ejército de liberación es el primero que corre riesgos. Mi padre y vos misma habéis actuado siempre de ese modo.

Frente a ella, Ahotep no tenía a un fanfarrón ni a un irresponsable, sino a un joven faraón de veinte años que quería asumir, plenamente, los deberes de su cargo.

Aunque su corazón de madre se desgarrara, la reina no podía oponerse a esta decisión.

-Si caigo -murmuró Kamosis-, sé que vos me levantaréis.

El rey había desembarcado con un centenar de hombres a menos de cinco kilómetros de Pershaq. Hasta entonces, ni la menor escaramuza.

En cuanto la patrulla descubriera al enemigo, el faraón soltaría a *Bribón* con un mensaje que describiera en pocas palabras la situación.

-Nada aún -se lamentó el Bigotudo, recorriendo la cubierta del navío almirante-. ¡Y hace mucho tiempo ya que se fueron!

-Tal vez sea buena señal -dijo el afgano.

-¿Y si el rey ha sido hecho prisionero? ¿Y *si Bribón* ha muerto? Deberíamos intervenir.

Solo Ahotep podía dar la orden, pero la reina permanecía silenciosa.

-Algo va mal -advirtió el Bigotudo-. Siento que las cosas no están claras.

-Comienzo a compartir tu opinión -reconoció el afgano. Cuando los dos hombres se dirigían hacia Ahotep, *Bribón* apareció sobre sus cabezas con un rápido aleteo y se posó, suavemente, en el antebrazo de la soberana. En sus brillantes ojos, se podía leer la alegría del trabajo bien hecho.

Redactado por la mano del rey, el mensaje era bastante sorprendente.

-Sin novedad -reveló Ahotep-. El faraón nos aguarda a las puertas de la ciudad.

Pershaq estaba desierta.

En las callejas ni un alma viviente, ni siquiera un perro vagabundo.

Desconfiado, el gobernador Emheb había ordenado que varios grupitos inspeccionaran cada casa.

Todas habían sido abandonadas. En los sótanos, se veían alimentos intactos.

-Los hicsos se han ocultado -advirtió Emheb-. Esperan a que gran parte de nuestras tropas se meta en la ciudad para rodearnos.

El faraón desplegó a sus hombres. En esa ocasión, el Bigotudo y el afgano marchaban a la cabeza de sus regimientos, dispuestos para el combate.

Pero no había hicso alguno a la vista.

Fue el Bigotudo quien descubrió unos rastros significativos en el exterior de la ciudad. En el blando suelo, se habían impreso las plantas de unos pies, pero también unos cascos más anchos que los de los asnos y unos extraños surcos.

-Se han marchado hacia el norte.

-Los hicsos han huido -comprobó el faraón, incrédulo.

Esa victoria sin derramamiento de sangre produjo alegría en las filas del ejército de liberación. ¡De modo que el terrorífico ejército del emperador

era solo eso, una pandilla de miedicas que retrocedía cuando se acercaba el adversario y ni siquiera intentaba mantener sus posiciones!

Ahotep no participaba del regocijo general. Ciertamente, los hicsos habían abandonado Pershaq, pero ¿dónde estaba la población?

-¡Majestad, venid pronto! -imploró Emheb.

El gobernador condujo a la reina y al faraón hasta la zona de los graneros.

Las inmediaciones estaban manchadas de sangre y un hedor espantoso flotaba en el aire.

Los arqueros adoptaron posiciones, como si el enemigo fuera a surgir de las sombras.

-Que se abran las puertas de los graneros -decretó Ahotep. Varios jóvenes infantes ejecutaron la orden.

Doblándose, los soldados vomitaron. Entre gritos, uno de ellos se golpeó la frente con violencia y fue necesaria la intervención de un oficial para impedir que se hiriera de gravedad.

El faraón y su madre se acercaron.

Lo que vieron les llevó al borde del desmayo. Con la mirada colérica, casi sin respiración y con el corazón que se les salía del pecho, no conseguían aceptar semejante barbarie.

Los cadáveres de los habitantes de Pershaq estaban amontonados, unos sobre otros, mezclados con los de perros, gatos, ocas y monos pequeños. Ningún ser humano, ningún animal doméstico, había sido respetado.

Todos degollados.

Todos amontonados como objetos de desecho.

El faraón tomó en sus brazos a un anciano cuyo dislocado cadáver yacía sobre la espalda de un hombre corpulento. Antes de asesinarlo, le habían roto las piernas.

Kamosis no conseguía llorar.

-Que cada una de las víctimas, humana o animal, sea sacada con respeto de esta carnicería -ordenó- y enterrada. La esposa de dios celebrará un rito funerario para que sus almas se apacigüen y reúnan.

Se organizó una lenta procesión mientras los hombres de ingeniería excavaban las tumbas.

La mayoría de los soldados derramaban lágrimas, y ni siquiera el afgano, cuya coraza parecía, sin embargo, muy gruesa, pudo evitar los sollozos cuando levantó el cuerpo de una muchacha con el vientre y los pechos lacerados.

Se vaciaron veinte graneros de Pershaq. La reina y el faraón dedicaron una mirada y un pensamiento a cada una de las víctimas. La mayoría había sido atrozmente torturada antes de la ejecución.

Ahotep sintió que su hijo desfallecía, pero no podía ocultarle un hecho que solo ella parecía haber advertido.

-No hay ni un solo niño entre esos infelices.

-¡Se... se los habrán llevado como esclavos!

-Quedan tres graneros -observó la reina.

Con la cabeza que le ardía, el monarca abrió una de las puertas y lanzó un profundo suspiro de alivio.

-¡Tinajas, solo tinajas!

Ahotep quiso creer, por un instante, en la clemencia de los hicsos; pero tenía que comprobarlo.

La reina levantó, pues, el tosco tapón de limo que cerraba una tinaja para aceite.

En el interior, encontró el cadáver de una niña de tres años con el cráneo hundido.

Y cada tinaja escondía los restos de un niño torturado.

Las tropas de los hicsos, al mando del almirante Jannas, habían cumplido al pie de la letra las órdenes del emperador.

Tras la inhumación, celebrada con un fervor que había reunido a los vivos y los muertos en una misma fe en la justicia de Osiris, todos se habían sentido como cayendo en una especie de abismo del que solo la fraternidad de las armas permitía escapar. Los soldados se habían agrupado por afinidades, para hablar de los seres queridos y probarse que existía aún un porvenir después del horror que acababan de vivir.

Sola en su camarote, con *Risueño el joven* tendido ante la puerta, Ahotep imploraba al alma luminosa del faraón Seqen que le devolviera

las fuerzas que había perdido ofreciendo todo su amor a las víctimas de los hicsos. Tras el exterminio de aquellos inocentes, tras el suplicio de mujeres, niños, hombres y animales, aquella guerra cambiaba de rostro.

Eso en el caso de que siguiera habiendo una guerra..., pues las intenciones del emperador eran claras; es decir, si el ejército de liberación seguía desafiándolo, miles de civiles serían eliminados con una crueldad sin par. ¿Y cómo un joven monarca de veinte años podía aceptar semejante responsabilidad? Marcado en lo más profundo le sí mismo por aquella abominación, solo podía pensar en regresar a Tebas.

Los asesinos de Pershaq no habían golpeado al azar. La magnitud de sus crímenes iba a resultar, sin duda, tan eficaz como la más destructora de las armas de guerra.

Ahotep tendría, pues, que levantarse en el camino de su propio hijo para indicarle que toda vuelta atrás llevaría a la derrota.

-Tu actitud no es la de un faraón -declaró Anat.

-Si hubieras visto...

-Lo he visto. He visto también a Tita, hijo de Pepi, degollando a inocentes para hacer que reinara el terror. Estos son los métodos de los hicsos.

-Si proseguimos la ofensiva -repuso Kamosis-, el emperador ordenará nuevas matanzas.

-Y si te refugias en Tebas, en una ilusoria seguridad, dará las mismas órdenes. Luego, su ejército caerá sobre el sur y te aniquilará. Cuanto más vaciles, más se desencadenará contra los inocentes el furor de Apofis. Cuando se ataca al emperador de las tinieblas, nunca hay que retroceder. Es lo que piensa la reina Ahotep, y yo pienso lo mismo.

-¿Acaso mi madre te ha hecho confidencias?

-No, majestad, pero me ha bastado con ver su mirada. Si tuviera que proseguir sola el combate con algunos partisanos, no vacilaría. Ahora, los hicsos saben que nunca someterán a los egipcios, de modo que Apofis ha decidido proceder a una erradicación brutal. La retirada de tu ejército no salvaría a nadie.

-¡Nuestras primeras victorias eran solo ilusiones!

-¿Han sido solo ilusiones la caída del frente de Cusae, la toma de Nefrusy y la de Hermópolis? ¡De ninguna manera!

-Cuando los hicsos utilicen sus armas pesadas...

-¿Y si estuvieran demasiado seguros de su poder? Tú debes ser capaz de llevar la corona blanca cuando los hijos de la luz se enfrenten con esas tinieblas.

Ahotep contemplaba la luna llena, símbolo de la resurrección consumada. Una vez más, el sol de la noche había conseguido vencer las fuerzas del caos para iluminar el cielo estrellado y convertirse en intérprete de la luz oculta. Pero a partir de aquella fecha, la jarra de las predicciones enmudecía.

El faraón Kamosis se dirigió hacia la esposa de dios.

-Madre, he tomado mi decisión. Por medio de la voz de Anat, la mujer a la que amo, he oído la vuestra. Y vos indicáis el único camino posible.

-Mucho le pide el destino a un ser tan joven; sin duda, demasiado. Se te ha impuesto en pocas semanas toda una vida de sufrimientos y dramas, sin que puedas recuperar el aliento. Pero eres el faraón y tu edad no cuenta. Solo tu función es importante, pues es la esperanza de todo un pueblo.

-Al alba, anunciaré a nuestro ejército que proseguimos nuestro avance hacia el norte.

La pequeña ciudad de Sako, a doscientos ochenta kilómetros al sur de Avaris, había sufrido la misma suerte que Pershaq. Los mismos macabros descubrimientos conmovieron de nuevo el corazón de los soldados, y fue necesaria toda la firmeza del faraón Kamosis para mantener la cohesión en las filas.

La esposa de dios celebró los ritos fúnebres, y su nobleza apaciguó las almas. Todos comprendieron que no combatían solo para liberar Egipto, sino también para acabar con un monstruo cuya crueldad no tenía límites.

Los soberanos acababan su frugal cena cuando el Bigotudo empujó ante él a un hombrecillo aterrorizado, que vestía una coraza negra.

-¡Mirad lo que he encontrado!

Decenas de lanzas y espadas apuntaron al enclenque hicso, que no tenía aspecto de ser un as de la guerra.

-Se ocultaba en un sótano. Si vuestras majestades me lo permiten, lo entregaré a mis hombres.

El pequeño hicso se arrodilló, con los ojos bajos.

-No me matéis -imploró-. ¡Soy solo un correo! ¡No he hecho nunca daño a nadie, nunca he llevado un arma!

-¿Por qué no te has ido con los tuyos? -preguntó Kamosis.

-Me oculté en una casa para no ver lo que hacían... y me dormí.

-¿Quién manda a ese montón de asesinos?

-El almirante Jannas en persona.

-¿Dónde está ahora?

-Lo ignoro, señor, lo ignoro. Soy un simple correo y...

-Encárgate de él, Bigotudo.

-Un momento -intervino Ahotep-. Ese portador de mensajes podría sernos útil.

-¿Querías verme urgentemente, hermanita? -se sorprendió el emperador-. No pareces encontrarte muy bien.

Ante Apofis, más gélido que el cierzo invernal, incluso Ventosa se sentía incómoda. Pero ya no podía retroceder.

-Tengo..., tengo una información.

-¿El nombre de un conspirador?

-Eso es.

-Eres maravillosa, hermanita, y cien veces más eficaz que mis agentes de información. Dime enseguida quién se atreve a concebir negros designios contra mi augusta persona.

Ventosa recordó el cuerpo de Minos, sus caricias, su ardor, aquellas horas de placer que era el único en darle.

-Se trata de alguien importante, del que no podíamos sospechar...

-¡Vamos, no me impacientes! El traidor entrará esta misma noche en el laberinto, y tú estarás sentada a mi lado para ver cómo muere.

-Es uno de los responsables del armamento -confesó ella en un susurro.

Apenas se había dado la orden de arresto cuando un furibundo Khamudi entregó un papiro al emperador.

-Señor, una carta del faraón Kamosis.

-¿Cómo ha llegado hasta nosotros?

-Por un correo que fue capturado y liberado. Naturalmente, he torturado al imbécil, pero ha muerto sin decirme nada interesante.

-Muy bien. Léeme la misiva.

-Señor, no creo que...

-Lee, Khamudi.

Con voz indignada, el gran tesorero obedeció.

-«Yo, el faraón Kamosis, considero que Apofis es solo un jefezuelo que ha sido rechazado con sus ejércitos. Tu discurso es miserable. Reclama el cadalso en el que perecerás. Los peores rumores circulan por tu ciudad, donde se anuncia tu derrota. Solo deseas el mal y por el mal caerás. Las mujeres de Avaris ya no podrán concebir, pues sus corazones ya no se abrirán en su cuerpo cuando oigan el grito de guerra de mis soldados. Vigila tu retaguardia al huir, pues el ejército del faraón Kamosis y la reina Ahotep se acerca a ti.»

Khamudi pataleaba de rabia.

-Señor, ¿no debería Jannas aplastar de inmediato a esa chusma que se atreve a injuriaros?

El emperador no mostró el menor signo de irritación.

-Esta mediocre misiva solo está destinada a provocarme para atraerme a una trampa. A los egipcios les gustaría enfrentarse a nosotros en Sako. No cometamos ese error, y que Jannas prosiga con su limpieza. Destruiremos a los rebeldes en el lugar y el momento más favorables, como estaba previsto.

Sin novedad, majestad -declaró el responsable de los exploradores, tan decepcionado como el faraón y la reina Ahotep. Aunque su vanidad, sin duda, había sufrido, Apofis no había reaccionado como esperaban. El dispositivo emplazado en torno a la ciudad de Sako se hacía, pues, inútil.

-Esa actitud es muy instructiva -observó Ahotep-. Apofis tiene un plan concreto, y nada puede apartarlo de él, ni siquiera unas injurias insoportables para su grandeza.

-Acabar con los inocentes y fingir que retrocede, ese es su miserable plan.

-Tal vez sea una ventaja -dijo la reina. La inquietud se apoderó del rey.

-¿Qué sospecháis?

-No debemos subestimar al emperador ni por un momento. Aunque avanzamos, él sigue teniendo dominada la situación. Primera pregunta: ¿hasta dónde va a retroceder y dónde librará batalla? Segunda pregunta: ¿no oculta esta estrategia la preparación de una ofensiva por completo inesperada? Tercera pregunta: ¿qué prepara el espía hicso que todavía no hemos identificado?

-¡Ha vuelto a Avaris, o está ya muerto! De lo contrario, nos habría causado graves daños.

El argumento de Kamosis parecía decisivo. Sin embargo, la reina seguía dubitativa.

-He aquí lo que pienso, hijo mío. El enfrentamiento con Jannas se acerca y no tenemos la menor idea de la forma que adoptará. Por eso, propongo dividir en dos nuestras tropas; una parte se quedará en Sako, la otra avanzará hacia Fayum. Gracias a las palomas mensajeras, estaremos en permanente contacto. Si es necesaria la unión, se realizará enseguida.

-Salgo, pues, hacia Fayum.

-No, Kamosis. Esta tarea me corresponde

-Madre, no...

-Así debe ser, Kamosis.

El gobernador de Fayum, José, era un hebreo. Víctima de los celos y el odio de sus hermanos, que habían intentado matarlo, había encontrado la felicidad, la fortuna y la consideración en Egipto. Como no era sospechoso de complicidad con los oponentes a los hicsos, Apofis le había encargado que administrara el pequeño paraíso creado por los faraones del Imperio Medio, irrigando aquella región situada a un centenar de kilómetros al sudoeste de Menfis. Recorrido por canales alimentados por un brazo del Nilo, Fayum era un inmenso jardín y una reserva de caza y pesca. Se vivía entre el verdor y con toda placidez, lejos de la ferocidad del desierto.

José era un administrador sin igual. En otra época, había padecido hambre y entonces vivía en la opulencia, pero sin olvidar los tiempos de desgracia, de modo que se preocupaba por la suerte de cada habitante de su provincia y acudía, personalmente, en ayuda de sus administrados en dificultades.

Al margen de cualquier conflicto, al hebreo le sorprendió mucho ver aparecer al almirante Jannas en su gran villa, levantada en el corazón de un palmeral.

-¿Todo está tranquilo por aquí? ¿No hay resistentes?

-¡No, claro que no! Desde hace mucho tiempo, mi provincia no vive agitación alguna.

-Las mejores cosas llegan a su fin, José. El ejército tebano se acerca.

-¡Los tebanos! Pero ¿cómo es posible?

-No hagas pregunta alguna; obedece las órdenes del emperador. Te dejo doscientos soldados al mando del capitán Antreb.

-¡Es un número muy escaso para defender Fayum!

Jannas contempló el jardín.

-¿Y quién habla de defenderlo? Estos soldados se encargarán de quemar todas las aldeas.

José se creyó víctima de una pesadilla.

-Eso es imposible... No estás hablando en serio.

-Esas son las órdenes y exijo tu total cooperación.

-Pero... ¿y los habitantes?

-Serán pasados por las armas. José se rebeló.

-¿Qué falta han cometido?

-La voluntad del emperador no puede discutirse.

-¡No vais a matar a los niños!

-El emperador ha dicho que todos los habitantes. Cuando se haya hecho, el capitán Antreb te llevará a Avaris, donde Apofis te felicitará.

Bajo, robusto, con la cara redonda, el capitán Antreb se parecía al gran tesorero Yhamudi. De rara brutalidad, le encantaba matar. Por esa razón, Jannas lo había puesto a la cabeza del cuerpo de exterminadores, que se complacían en su tarea, sobre todo cuando sus víctimas suplicaban que las dejaran vivir. Como Antreb tenía cierto tiempo aún, pensaba alargar el período de tortura. En una región tan agradable como Fayum, sus esbirros apreciarían esa distracción suplementaria.

Alojado en casa de José, Antreb se deleitaba con una comida deliciosa y vinos espirituosos. Nunca le habían dado un masaje y lo habían afeitado con tanta atención.

-¿Estáis satisfecho de mi hospitalidad? -le preguntó José.

-¡Más que satisfecho, colmado! Pero el trabajo nos aguarda.

-Esta provincia no se hizo rica en un solo día. ¿Por qué arruinar tantos años de labor? Vos mismo podréis comprobar que las aldeas de Fayum están habitadas por gente apacible, que solo se preocupa por sus huertos y sus cultivos. El emperador nada tiene que temer de ellos.

-No me importa, José. Para mí, solo cuentan las órdenes.

-Pensadlo bien, os lo ruego. ¿De qué va a servir esa matanza de inocentes?

-Política de tierra quemada, José. Los tebanos no deben encontrar apoyo alguno en su camino; solo cadáveres.

-¿Puedo dirigirme a Avaris y defender ante el emperador la causa de Fayum?

-Ni pensarlo. Mi trabajo empezará mañana por la mañana y estará terminado al anochecer. Ni una sola aldea debe librarse.

Óyelo bien, José, ni una sola aldea. Y si te demoras, podrías ser víctima de un accidente. ¿Queda claro?

-Muy claro.

-Comenzaremos por la población más grande. Convocarás a todos los habitantes, incluidos los niños, en la plaza mayor, para anunciarles una buena noticia. Luego, me tocará a mí.

El almirante Lunar había insistido en mandar la flota que se dirigía a Fayum. A bordo, iban los regimientos del Bigotudo y el afgano, y el cuerpo de élite mandado por Ahmosis, hijo de Abana. El gobernador Emheb se había quedado en Sako con el faraón, al igual que el canciller Neshi, que se encargaba de la intendencia con un celo que todos apreciaban.

La tensión era extrema.

En la proa del navío almirante, la reina Ahotep escudriñaba la ribera.

-Los hicsos lo han arrasado todo a su paso -se lamentó Lunar-. Probablemente, no queda ningún aldeano vivo.

Al acercarse a Fayum, la atmósfera se perfumaba. La provincia parecía un inmenso oasis, donde la mera idea de un conflicto parecía

incongruente: árboles hasta perderse de vista, huertos a la sombra de las palmeras, rebaños de vacas lecheras que pastaban en la abundante hierba e, incluso, una melodía de flauta, como si existiera aún un campesino feliz.

-¡Es una trampa! -clamó Lunar-. ¡A los puestos de combate! En medio del río, los barcos de guerra nada tenían que temer. Y el vigía, en lo más alto del mástil mayor, no descubría ninguna embarcación enemiga.

-Los hicsos deben de estar ocultos en la vegetación -advirtió el afgano-. En cuanto hayamos desembarcado, atacarán.

-¡Allí hay uno! -exclamó el Bigotudo.

Un hombre acababa de aparecer en la ribera.

Con los brazos alzados, corría hacia los navíos egipcios.

-No disparéis -ordenó la reina-. No va armado.

El hombre entró en el río hasta medio muslo.

-Soy José, gobernador de Fayum -gritó-, y necesito vuestra ayuda.

Yo me encargo -declaró el Bigotudo, zambulléndose en el Nilo.

Los arcos de los egipcios se tensaron. Si el tal José era solo una añagaza, no viviría mucho tiempo.

-Tenéis que ayudarme -insistió-. ¡Los hicsos quieren matar a todos los habitantes de Fayum! Tengo a su jefe en casa, pero está dispuesto a actuar.

-¿Cuántos son?

-Doscientos..., doscientos torturadores dispuestos a destruir Fayum. Solo vosotros podéis impedirlo.

Desconfiado, el Bigotudo examinó los alrededores. Ningún hicso a la vista. Tal vez el tal José no mintiese.

Los barcos atracaron y Ahotep fue la primera en recorrer la pasarela.

Al verla, José quedó subyugado. Ni por un instante dudó de que fuese la famosa Reina Libertad, cuya leyenda no dejaba de aumentar. De aquella mujer, de sublime belleza, emanaba una luz cuya intensidad le ensanchó el corazón.

Supo, entonces, que había tenido razón al esperar su llegada.

-¡Hay que actuar deprisa, majestad; muy deprisa! Sobre todo, no me abandonéis.

Un decaído José se presentó ante el capitán Antreb. El hicso se ajustaba la coraza negra.

-¡Por fin, has llegado! Un poco más y degüello a tus criados para distraerme.

-Vuestras órdenes se han ejecutado, capitán. Los aldeanos están reunidos y aguardan la buena noticia que les he prometido. Antreb se puso el casco negro.

-¡Excelente, José! Sigue así y salvarás tu piel.

-¿Respetaréis, al menos, a mis familiares?

-Eso dependerá de lo cansados que estemos cuando hayamos acabado con los demás.

Antreb tuvo ciertas dificultades para reunir a sus hombres, pues en su mayoría estaban ebrios. Cuando entraron en la plaza mayor de la principal población de Fayum, bordeada de palmeras, supieron que iban a disfrutar.

Aterrorizados, hombres, mujeres y niños se apretujaban unos contra otros.

-Tengo dos noticias, una buena y una mala -anunció el oficial, divertido-. La mala es que sois unos peligrosos rebeldes, con vuestro gobernador a la cabeza.

Antreb agarró a José del hombro y, con violencia, lo arrojó entre los condenados.

-Detesto a los hebreos y no respetaré tu vida. Y he aquí la buena noticia: el emperador me ha dado órdenes de impedir que cometáis actos vandálicos. Vamos a torturaros hasta que confeséis lo que preparabais contra nuestro soberano. Luego, los que realmente lo hayan dicho todo gozarán de una muerte rápida. Para los tozudos, resultará muy larga y muy dolorosa.

Los torturadores mostraban unos gruesos garrotes con conteras metálicas. Nada más eficaz durante los interrogatorios.

Un hombre salió de la masa de futuras víctimas.

-Eh, tú, el hicso, ¿eres consciente de ser un asesino?

La pregunta dejó estupefacto al capitán Antreb, hasta el punto de que enmudeció durante unos instantes.

-¡Tú debes ser una especie de sacerdote!

-Soy solo alguien que ya no soporta el reinado de la tiranía y de la violencia ciega.

Antreb se dirigió a sus hombres.

-Ya veis, ¡son unos rebeldes! A ti, el hablador, te reservo una suerte especial, ya que serás quemado a fuego lento.

-¡Increíble!

De nuevo Antreb quedó sorprendido ante el aplomo del campesino.

-¡Haces mal no creyéndome, muchacho!

-Lo increíble es que yo había pensado hacerte lo mismo a ti. Su tercer momento de asombro le resultó fatal a Antreb, pues el Bigotudo se lanzó a sus piernas y, aplicando una de las llaves aprendidas de las escenas de lucha de Beni Hassan, lo levantó sobre su cabeza para hacer que cayera pesadamente encima de la nuca.

Los hicsos fueron acribillados por las flechas de los arqueros egipcios. Ahotep había ordenado que dispararan por la espalda, para que muriesen como los cobardes que eran. En muy pocos segundos, los torturadores abandonaron el mundo de los vivos. Con los ojos vidriosos, Antreb no se movía.

-Maldición -protestó el Bigotudo-, el muy crápula ni siquiera tenía la nuca fuerte.

-Has corrido demasiados riesgos de nuevo -mascculló el afgano.

-No, puesto que tú me cubrías. Además, realmente tenía muchas ganas de probar esta llave sobre el terreno.

Los habitantes de Fayum abrazaban a sus libertadores.

-La semana pasada recibimos género procedente del norte -reveló José-. Combinándolo con nuestros productos locales, os prometo una comida inolvidable.

Las carnes cocinadas con leche eran muy sabrosas. Transformado en una gigantesca sala de banquete al aire libre, Fayum festejaba sin trabas su regreso a la libertad.

El faraón Kamosis había sido recibido con gritos de alegría, como si fuera un enviado de otro mundo donde Maat seguía reinando. Antes de los festejos profanos, la esposa de dios había celebrado un ritual en honor de los antepasados y del dios Amón, el señor de Tebas.

Muy cerca de ella, Ahotep intuía una presencia.

Sentía una dulce calidez, una caricia amorosa, un viento del sur que envolvía todo su cuerpo con ternura... Era él, era Seqen, presente en aquel instante en que un nuevo fragmento de Egipto era arrancado de las garras del emperador. Nunca hasta entonces el faraón difunto se había manifestado de un modo tan carnal, como si la reina necesitase una nueva energía, procedente del más allá, antes de afrontar unas terribles pruebas.

-¿No tenéis hambre, madre?

-¿No deben nuestros pensamientos volverse hacia el mañana?

-Tampoco yo consigo disfrutar de estos felices momentos -reconoció el rey.

La reina y el faraón se retiraron bajo la tienda real para contemplar allí la maqueta del intendente Qans.

¡Cuánto camino recorrido desde la revuelta de la joven Ahotep, desde los tiempos en que solo el reducto tebano vivía algo parecido a la libertad! ¡Tantas provincias y ciudades reconquistadas, pero también tantas atrocidades y sufrimientos, y tantos obstáculos que los separaban de la verdadera victoria!

La mirada de Ahotep se concentró en un punto preciso.

-Aquí nos espera el almirante Jannas, Kamosis. Aquí piensa aplastarnos.

La reina señaló la ciudad de Menfis.

Menfis, la Balanza de las Dos Tierras, la capital de los tiempos de las pirámides, el corazón económico del país sacralizado por el templo de Ptah. Menfis, llave del Delta para el sur y llave del valle del Nilo para el norte. Practicando la política de tierra quemada hasta ese punto neurálgico, el emperador había pensado atraer al conjunto de las fuerzas tebanas, que no tendrían posibilidad alguna de resistir al ejército hicso.

-La batalla de Menfis será, pues, decisiva -concluyó Kamosis-. Pero el emperador sabe forzosamente que somos conscientes de ello y que no nos arrojaremos de cabeza a una emboscada. Tendría que habernos cogido por sorpresa antes de Menfis. Sin duda, tiene una confianza

absoluta en su poder militar. Sea cual sea nuestra estratáia, le parecerá ridícula.

Ahotep estaba pensativa.

-Recuerda mis tres preguntas, Kamosis. Tenémos la respuesta a la primera. Pero quedan las otras dos... Menfis es tan visible que tal vez oculte una trampa cuya naturaleza ignoramos.

-¿Cómo descubrirla?

-Roguemos a Amón que no nos abandone y nos ofrezca una señal.

el afgano y el Bigotudo eran, siempre, de los primeros en levantarse. Esta costumbre databa de sus primeros días de resistencia, cuando temían ser detenidos en cualquier momento. Les permitía inspeccionar el campamento y detectar una posible anomalia.

Aquella mañana, a pesar de un penoso dolor de cabeza debido a un banquete en exceso regado, el afgano advirtió algo anormal.

-¿Qué es lo que no funciona? -le preguntó el Bigotudo.

-¿Hemos puesto bastantes centinelas?

-Yo mismo me encargué. Si hubiera habido el menor incidente, nos habrían avisado en el acto.

Al modo de un depredador cazando, el afgano venteaba la atmósfera.

Y dio su veredicto.

-Alguien viene por el sur.

Instantes más tarde, el suelo resonó bajo unos poderosos y pesados pasos.

Saliendo de un espeso bosque de tamariscos, apareció un colosal carnero con los cuernos en espiral. Majestuoso, el animal se detuvo y miró a los humanos. En sus ojos brillaba un fulgor sobrenatural.

-Ve a buscar a la reina y también al faraón -dijo el Bigotudo al afgano.

Los soberanos se recogieron ante la encarnación de Amón. Luego, sus miradas se hablaron, y el carnero se dirigió directamente al oeste.

-Según la forma de sus cuernos, era un carnero de Nubia -observó la reina.

-¿Nos indica la señal que los nubios siguen siendo un peligro? -preguntó el faraón-. Es imposible, están demasiado lejos de aquí.

-Debo seguir la dirección indicada por el animal de Amón -decidió Ahotep.

-¿Y qué encontraréis, madre, salvo el desierto y, luego, un oasis?

-En cuanto haya descubierto otra señal, Kamosis, te mandaré a *Bribón.*

-¡Bien sabéis cómo os va a necesitar el ejército en la batalla de Menfis!

-No ataquemos a ciegas. Reúne el máximo de combatientes y prepara con tu consejo una estrategia que evite cualquier enfrentamiento terrestre. Nuestra mejor arma es nuestra flota. Y tenemos otro aliado, es decir, la crecida.

Viento del Norte condujo el cuerpo expedicionario al mando de Ahotep. Para él, seguir las huellas del carnero de Amón no presentaba dificultad alguna. En cambio, el ritmo que imponía a los soldados les exigía un continuo esfuerzo. La reina sabía que el asno no se apresuraba sin razón; de modo que los altos se redujeron al mínimo, y todos permanecieron ojo avizor.

En lo alto de una colina rocosa, se hallaba un antílope blanco.

Viento del Norte se detuvo y, con su hocico, tocó el hombro de la reina.

Ahotep se acercó lentamente al antílope. Encarnación de la diosa Satis, la espsa de Khnum, el dios alfarero con cabeza de carnero, era la nueva señal mandada por Amón, una señal que seguía refiriéndose al gran sur y a Nubia.

El antílope lamió las manos de la reina, y su mirada, de infinita dulzura, le dijo que iba a guiarla hasta el objetivo.

En el oasis de Bahanya, tan tranquilo por lo común y tan alejado de los ruidos de guerra que turbaban el valle del Nilo, la atmósfera se había tensado brutalmente. Por lo general, el gobernador se limitaba a colaborar de forma blanda con los hicsos, que solo manifestaban un reducido interés por aquel perdido agujero, simple parada para los correos del ejército.

En efecto, por los oasis del desierto del oeste circulaba el correo entre Avaris y Kerma, la capital nubia, vasalla del emperador. Era un largo y penoso trayecto, ciertamente, pero cuya existencia ignoraban los tebanos.

Esa vez, el jefe de los mensajeros iba acompañado por un centenar de soldados de coraza negra, especialmente mal hablados. Y acababan de establecer contacto con igual número de nubios, amenazadores también. La gente del oasis había tenido que proporcionarles cerveza, vino y licor de dátiles.

-No siembres disturbios entre nosotros -ordenó el gobernador al jefe de los mensajeros hicsos.

Apoyado como estaba, el funcionario de Avaris no temía al hombre robusto y barbudo que se atrevía a amonestarle.

-Este oasis pertenece al emperador, como el resto de Egipto. ¿Lo has olvidado?

-Le pagamos enormes impuestos; nos lo quita casi todo. Así pues, déjanos, por lo menos, vivir en paz. Este lugar no tiene ninguna importancia estratégica.

-¡Te equivocas, mi buen amigo! El gobernador frunció el ceño.

-¿Qué significa eso?

El jefe de los mensajeros saboreó su momento de gloria.

-Ya ves, estos nubios son solo una vanguardia que tiene el encargo de recoger una importantísima carta destinada al príncipe de Kerma. Muy pronto, centenares de guerreros negros llegarán aquí, y tendrás que servirles con celo.

-Me niego. Yo...

-No tienes nada que negarles al emperador y a su aliado nubio, a menos que seas un rebelde, cómplice de la reina Ahotep...

-¡No, te juro que no!

-Ahora veo claro tu juego. A mí me viene de perilla. Estaba harto de ser jefe de los mensajeros. Ser nuevo gobernador de este oasis me apetece mucho.

Cediendo al pánico, el gobernador intentó huir. Corrió hasta el lindero del desierto, perseguido por dos nubios.

Sin aliento, vio un magnífico antílope blanco, que, de un brinco, desapareció en el desierto.

Lo sustituyó una mujer majestuosa, tocada con una tela roja y ataviada con una túnica del mismo color. Era tan hermosa que el fugitivo olvidó su miedo.

Los dos nubios creyeron que podían derribar a su presa de un garrotazo, pero su gesto se detuvo.

Ante ellos, había un ejército.

Cuando oyeron el silbido de las flechas, apenas tuvieron tiempo de pensar que iban a morir.

El gobernador temblaba de arriba abajo.

-¿Majestad, no seréis...? Sois...

-¿Cuántos nubios hay en el oasis?

-Un centenar, y otros tantos hicsos; muy pronto estarán borrachos como cubas. Quieren transformarlo en una base militar. El asunto se resolvió con celeridad.

Debilitado por el abuso de bebida y cogido por sorpresa, el enemigo solo ofreció una irrisoria resistencia.

El único superviviente fue el jefe de los mensajeros, que había cogido como rehén a una niña.

-No me toques -chilló-, o le rompo el cuello. Si respetáis mi vida, os entregaré un importante documento.

-Dámelo -exigió Ahotep.

El jefe de los mensajeros tendió una carta oficial, con el sello del emperador.

Su lectura interesó mucho a la reina: «De Apofis al príncipe de Kerma: ¿Sabes lo que Egipto ha intentado contra mí? Kamosis me ataca en mis territorios, persigue las Dos Tierras, es decir, la tuya y la mía, y la asola. Ven, dirígete sin temor a Avaris. Retendré a Kamosis hasta que llegues; nadie podrá detenerte mientras atravieses Egipto, puesto que todo el ejército enemigo se encuentra en el norte. Lo venceremos y nos repartiremos el país».

Esa era la respuesta a la segunda pregunta de Ahotep, es decir, que el emperador pensaba hacer caer al ejército egipcio en una trampa. Inmovilizado por los hicsos, sería atacado por los nubios procedentes del sur.

-¿Respetaréis mi vida? -gimió el jefe de los mensajeros.

-Con dos condiciones: que lleves otra carta al emperador y que liberes inmediatamente a esa niña.

El secuestrador obedeció.

La niña se refugió en brazos de la reina, que la consoló largo rato.

Mientras el jefe de los mensajeros no se atrevía a moverse, Ahotep redactó un incisivo texto para comunicar a Apofis que el camino de los oasis estaba, ya, bajo control egipcio, que su misiva nunca llegaría a Kerma y que los nubios no abandonarían su provincia.

El emperador había ordenado a Jannas que permaneciera en Menfis y acantonara tropas en la llanura, para impedir el avance del enemigo. Muy pronto, los nubios caerían sobre el ejército de Ahotep y de Kamosis, que no tendría más opción que huir hacia el norte, donde el ejército los aguardaba para exterminarlos.

Jannas no aprobaba esa estrategia. Nunca, en el curso de su brillante carrera, había dependido de una intervención exterior como la de los nubios, cuya falta de disciplina lo inquietaba.

Además, acababa de producirse otro fenómeno, o sea, la crecida. Era imposible dejar en la llanura a los regimientos de carros. Los había hecho retroceder hacia el este de Menfis, donde, de momento, no serían de utilidad alguna. Reorganizar su dispositivo requeriría varios días.

En el lugar de Kamosis, él habría elegido ese momento ideal para lanzar una ofensiva. Pero el joven faraón no tenía experiencia alguna de combate, y sus primeras victorias habían debido de subírsele a la cabeza. Por lo que se refería a la reina Ahotep, tenía un defecto incurable, puesto que era mujer y por tanto incapaz de mandar. Temerosa, convencería a su hijo de que no avanzara demasiado, por miedo a perder lo ya adquirido.

El nivel del río subía muy deprisa.

-Será una buena crecida -predijo el almirante Lunar.

-Tanto mejor cuanto que ha obligado ya a Jannas a retirar sus carros -reveló el afgano, que acababa de recibir los informes de sus exploradores.

-Ataquemos de inmediato -opinó el faraón.

-Concedednos un día más, majestad, solo un día para que intentemos reanimar nuestras organizaciones en el interior de Menfis -imploró el Bigotudo-. Si conseguimos levantar a buena parte de la población, Jannas tendrá que enfrentarse a un enemigo inesperado.

-Es muy peligroso.

-El afgano y yo sabremos pasar inadvertidos.

Kamosis se volvió hacia Ahotep, que asintió con la mirada.

-Mañana al amanecer, nuestra flota entrará en el puerto de Menfis. Neutralizad tantos hicsos como os sea posible.

Menfis era la ciudad preferida del Bigotudo. Con su muralla blanca, que databa de las primeras dinastías, y sus grandes templos, desgraciadamente incendiados por los hicsos, la capital conservaba un aspecto orgulloso a pesar de la ocupación. Pero no era momento de contemplación y, aplastados por el peso de unas grandes jarras, dos aguadores se presentaron ante una de las puertas de la gran ciudad, custodiada por los milicianos hicsos.

-¿Quiénes sois? -preguntó uno de ellos.

-Campesinos requisados -respondió el afgano-. A causa de la crecida, el agua del Nilo ya no es potable. Nos mandan entregar en el cuartel nuestras reservas.

-Id.

En la ciudad reinaba el mayor desorden. Era evidente que la retirada forzosa de los carros había obligado al alto mando a modificar su estrategia.

El afgano y el Bigotudo se dirigieron hacia las ruinas del templo de Ptah. Era un barrio popular, cercano al santuario, donde tal vez se ocultaran los últimos resistentes de su organización.

En una calleja desierta, cerca de una casa aliada, oyeron unos característicos ladridos.

Un perro resistente daba la alarma según el código acordado. Los dos hombres dejaron su carga y se quitaron la remendada túnica para mostrar que no ocultaban armas.

-Somos nosotros -declaró el afgano-. ¿Tanto hemos cambiado?

El pesado silencio que siguió a esa pregunta debería haberles hecho huir, pero ni el uno ni el otro se movieron.

-Tenemos bastante prisa, amigos. Si queréis comeros a los hicsos, es el momento.

La hoja de un puñal avanzó hacia los riñones del afgano.

-Buen intento, pequeño, pero mala posición final. Utilizando una de las llaves de los luchadores de Beni Hassan, el afgano paralizó las piernas del adolescente que lo amenazaba, lo desarmó y le retorció el brazo casi hasta rompérselo.

-Si quieres combatir, chiquillo, tienes que aprender muchas cosas aún.

Cinco resistentes salieron de la casa. Entre ellos, un sacerdote de Ptah que había escapado a las redadas.

-¡Los conozco! ¡Dirigieron nuestra organización! Todo el mundo os creía muertos.

-Ni hablar, amigo mío, incluso fuimos condecorados por la reina Ahotep. Mañana, al amanecer, la flota egipcia atacará la ciudad. ¿Es posible organizar un levantamiento?

-Moriría demasiada gente.

-Todo tiene su precio -recordó el Bigotudo-. Los civiles son capaces de neutralizar la milicia e incendiar los almacenes portuarios. De lo demás, se encargará el ejército de liberación.

-Toda la ciudad está dispuesta a rebelarse -afirmó el adolescente-. Si hacemos llegar de inmediato el mensaje a los barrios, lo conseguiremos.

El almirante Jannas había dormido mal.

En su pesadilla, un incendio destruía la marina de guerra de los hicsos. Pensando en nuevas medidas de precaución indispensables, solo pudo conciliar el sueño al amanecer.

Un olor a quemado lo arrancó de la cama.

Desde la ventana del cuartel, vio arder los almacenes del muelle.

Su ayuda de campo entró en la habitación.

-¡Los egipcios atacan, almirante! nuestra primera línea de defensa.

-La reina y su reyezuelo no son tan mediocres como yo creía -reconoció Jannas-. Todo el mundo a su puesto.

-Hay varios incendios y en la mayoría de los barrios se escuchan gritos, como si toda Menfis se rebelara.

-Y se rebela. Esperemos que la milicia contenga a los amotinados. Yo tengo otras prioridades.

El almirante comprendió enseguida que sus adversarios habían actuado admirablemente. Aprovechando la crecida, los barcos de guerra habían llegado hasta algunas almenas, de modo que los arqueros del faraón estaban muy bien situados para apuntar contra los defensores hicsos, que respondían con rabia.

De rodillas en lo alto de una torreta, al igual que los demás tiradores de élite, Ahmosis, hijo de Abana, derribó a varios oficiales, lo que sembró la confusión en el adversario.

En cuanto el gobernador Emheb consiguió poner pie en el camino de ronda de la ciudadela, los hicsos cedieron. Enardecidos, los egipcios brotaron de todas partes. Y en la ciudad, los habitantes mataban a los milicianos con picos, taburetes, mazos de carpintero y todo lo que podía servirles de arma. Al mando del Bigotudo y del afgano, los menfitas se enardecían. Más de siete mil soldados, tan impetuosos como el faraón Kamosis, doblegaban al ejército hicso.

-¿No hay noticias de los nubios? -preguntó Jannas a su ayuda de campo.

-Ninguna, almirante.

-¡Ese estúpido plan ha fracasado! Ahora es imposible defender Menfis. Hay que salir lo antes posible de este avispero.

Era la primera vez que el almirante Jannas se veía obligado a batirse en retirada, pero las circunstancias se coaligaban contra él y estaba atado de pies y manos. Proseguir el combate en tan malas condiciones hubiera sido una locura.

El almirante sacrificó, pues, una pequeña parte de sus tropas para asegurar la retirada hacia el nordeste. Soldados, carros y caballos fueron embarcados y se alejaron rápidamente de Menfis.

Jannas evitaba lo peor. Ciertamente, solo le había hecho un rasguño al ejército de liberación y le cedía una gran ciudad. Pero el poder militar hicso estaba casi intacto y el carácter espectacular de aquella victoria egipcia no la hacía, en absoluto, decisiva.

Kamosis en persona destrozó el cráneo del último infante hicso que, aplicando las consignas del almirante, había mantenido la posición hasta la muerte.

Incrédulos, los egipcios advirtieron que el combate había terminado.

Menfis, la capital de los tiempos de las pirámides, había sido liberada.

En los barrios, donde ni un solo militante hicso había sobrevivido, cantaban y bailaban. Los ancianos lloraban, se abrían las puertas de las cárceles y los niños volvían a jugar en las calles; mientras, médicos y enfermeros, bajo la enérgica dirección de Felina, se encargaban de los numerosos heridos.

Algo cansados, el afgano y el Bigotudo entraron en palacio. Ahotep y Kamosis recibían allí el homenaje de los notables supervivientes, que en su mayoría habían sufrido torturas e interrogatorios. En primera fila, Anat admiraba la prestancia del faraón.

-Lo habéis logrado también -observó el gobernador Emheb, cuyo brazo izquierdo sangraba.

-Habría sido una lástima perderse esto -afirmó el Bigotudo-. Deberíais hacer que os curaran.

-¿Podéis imaginar lo que siente la reina? -preguntó el afgano. En aquel instante, Ahotep solo pensaba en una cosa, es decir, en que la ruta de Avaris, la madriguera del emperador de las tinieblas, quedaba abierta

Como el conjunto de los soldados del ejército de liberación, el afgano y el Bigotudo fueron afeitados, perfumados y ungidos con una pomada compuesta de miel, natrón rojo y sal marina, indispensable para que la piel estuviese sana y para protegerla de los insectos, más numerosos en las zonas pantanosas del Delta que en el valle del Nilo.

Pues acababa de proclamarse la decisión de Ahotep y Kamosis; o sea, que la flota egipcia se lanzaría hacia Avaris, aprovechando al máximo la crecida que transformaba en un inmenso lago las vastas extensiones de las provincias del norte.

-Esta vez -se entusiasmó el canciller Neshi durante el último consejo de guerra antes de la partida-, daremos el golpe de gracia al emperador.

-No será tan fácil -objetó el gobernador Emheb-. El ejército hicso está casi intacto y no conocemos el sistema de defensa de Avaris.

-El emperador no espera un ataque inminente -advirtió Ahotep- Lo lógico sería que estableciésemos en Menfis nuestra principal base militar y nos tomáramos el tiempo necesario para preparar el choque decisivo.

-Nuestros barcos están listos -precisó el faraón Kamosis-. Zarparemos mañana por la mañana.

Un oficial de enlace solicitó ser escuchado.

-¡Majestad, un mensaje procedente de Sako! La ciudad ha sido atacada. El jefe de nuestro destacamento pide ayuda urgente.

-¿Más detalles?

-Por desgracia, no. Y la paloma mensajera ha llegado herida, agotada; no hemos conseguido salvarla.

-Me dirigiré de inmediato a Sako -decidió la reina-. Si nuestros hombres no consiguen detener el contraataque de los hicsos, Tebas estará en peligro. Pero no demoremos por ello el asalto a Avaris.

El faraón y sus consejeros pusieron mala cara. ¿Acaso, sin Ahotep, el ejército de liberación no quedaría privado de alma?

-La corona blanca y el remo gobernalle del navío almirante, con la proa cubierta de oro, conducirán al faraón por los caminos acuáticos del Delta -declaró la reina-. Encontrará el itinerario más rápido hacia Avaris y caerá como un halcón sobre la ciudad del tirano.

El joven monarca se levantó.

-Almirante Lunar, prepare el embarque.

Seguido por la flota de guerra, el navío de oro avanzaba a buena velocidad. En la barra, el almirante Lunar vivía una extraña experiencia, ya que el remo gobernalle parecía tener vida propia, y él era, solo, testigo de sus movimientos, que llevaban el navío en la buena dirección.

La casi totalidad de los soldados del ejército de liberación descubrían entonces el Delta, tan distinto del valle del Nilo: extensiones llanas hasta perderse de vista, surcadas por canales y brazos de agua, y rodeando los campos, verdaderos bosques de papiros y juncos, cubiertos en parte por la crecida.

La flota no pensaba hacer alto alguno. Había dejado atrás las ciudades de Heliópolis, Leontópolis y Bubastis, que podría haber atacado, para no perder ni un segundo en el camino hacia Avaris.

Embriagados aun por la conquista de Menfis, los jóvenes soldados bromeaban sobre la cobardía de los hicsos.

-Buenos muchachos -murmuró el Bigotudo, mascando pescado seco-. Mejor es que no tengan conciencia de la realidad.

-¿No crees que consigamos apoderarnos de Avaris? -preguntó el afgano.

-¡Hemos tenido ya tanta suerte desde que comenzó la guerra! Pero, esta vez, la reina no va a la cabeza.

-De todos modos, gozaremos del factor sorpresa.

-¿Imaginas la fortaleza de Avaris? ¡Vamos a rompernos los dientes!

El afgano inclinó la cabeza cuando el gobernador Emheb se acercaba a los dos hombres.

-¿No os gustaría comer algo mejor?

-No tengo hambre -respondió el Bigotudo.

-Lo sé; Avaris se acerca -recordó el buen gigante-. ¿No resulta más agradable combatir con la panza llena? En primera fila, no tenemos posibilidad alguna de salir bien librados, pero habrá que preservar la vida del faraón Kamosis. Haced que la consigna circule.

El Bigotudo se reunió con Felina.

Quería disfrutar por última vez de los placeres del amor.

Fascinado por la belleza del Bajo Egipto, el reino de la corona roja, Kamosis se había retirado a su camarote poco antes de que Avaris estuviera a la vista. Recorrer estas provincias, aún bajo el yugo hicso, le daba unas formidables ganas de vencer.

Tomó dulcemente entre sus manos el rostro de Anat. Los ojos azules de la mujer expresaban una pasión cada vez más intensa por aquel monarca cuya intimidad compartía entonces.

-¿Piensas que voy a cometer una locura? -le preguntó.

-¿No han sido necesarias muchas locuras para llegar tan cerca del monstruo con la esperanza de hundir tu espada en sus lomos? Creyéndose invencible, el emperador te ofrece una posibilidad de vencer.

Kamosis abrió una redoma que le había regalado un perfumista de Menfis. Vertió lentamente su contenido en el cuello y los hombros de la muchacha.

-Soy extranjera y viuda de un -criminal... ¿Cómo puedes amarme?

-¿Aceptas casarte conmigo, Anat?

-Es imposible; lo sabes muy bien. Eres el faraón de Egipto,

-Tú eres la mujer a la que amo y que me ama. Ninguna ley prohíbe nuestro matrimonio.

-No digas nada, sobre todo. De verdad, no digas nada más.

La crecida no satisfacía a todo el mundo. Brotando de Hapy, la potencia vital del Nilo, depositaba el limo, que volvía la tierra negra y fértil. Pero actuaba también como una inmensa oleada purificadora, que terminaba con gran cantidad de parásitos, roedores, escorpiones e incluso serpientes. De momento, molestaba a un enorme rebaño de hipopótamos, acostumbrados a permanecer sumergidos durante el día y trepar a las riberas por la noche para buscar alimento.

El único enemigo del hipopótamo era el cocodrilo, que devoraba de buena gana sus crías en el mismo momento del parto, antes de ser pisoteado por una o varias hembras furiosas. De plácida apariencia, el gran mamífero sufría, a veces, violentas cóleras, que lo volvían muy peligroso.

-Nunca había visto tantos -reconoció el Bigotudo-. Por fortuna, hay sitio para pasar; de lo contrario, podrían hundir nuestros barcos.

-La maniobra no será fácil -advirtió el almirante Lunar-. Me temo grandes daños.

-Arponeémoslos -propuso el afgano.

-Nunca conseguiríamos matar bastantes -objetó el gobernador Emheb.

-Entonces, utilicémoslos como un arma -dijo el rey Kamosis-. Volvamos en nuestro beneficio la fuerza de Set que los habita.

-¿De qué modo, majestad?

-Según el viejo método, muy conocido en Tebas, es decir, para excitar a un hipopótamo, basta con cosquillear sus ollares con una caña. Cojámoslas lo bastante largas, para no correr demasiados riesgos, e intentemos dirigir a las bestias hacia el norte. Como primera oleada de asalto, los hipopótamós serán perfectos.

Varios buenos nadadores se presentaron voluntarios. Permanecían unidos a los barcos por cuerdas atadas a la cintura, aunque, a pesar de esa precaución, dos jóvenes murieron aplastados entre los lomos de los encolerizados monstruos.

Al principio, fue el caos, como si el furor de los hipopótamos se resumiera en un ensordecedor estruendo, en el que, entre el hervor de las aguas, cada uno de ellos aullaba con más fuerza. Luego, por impulso de un macho dominante, una apariencia de orden hizo menos confuso aquel barullo. Finalmente, el mismo impulso orientó a los mastodontes en la dirección adecuada.

En la proa del bajel de oro, Kamosis se tocó con la corona blanca, puesta bajo la dirección de Set. Necesitaría su poder para atacar la capital del emperador de las tinieblas.

Casi dominado por la rabia, el almirante Jannas recorría, arriba y abajo, la sala de audiencias de la fortaleza de Avaris, desesperadamente vacía. Aguardaba al emperador desde hacía una hora.

Apareció, por fin, el gran tesorero Khamudi.

-¿Cuándo veré a su majestad?

-El emperador no se encuentra bien -reveló Khamudi-. Sus tobillos están hinchados y sus riñones funcionan mal. De momento, duerme y nadie debe molestarle.

-¡Bromeáis!

-Son sus órdenes; todos estamos sometidos a ellas.

-No evaluáis la situación en su justa medida, Khamudi. El ejército egipcio va a atacar Avaris.

El gran tesorero esbozó una sonrisa condescendiente.

-Estáis perdiendo la sangre fría, almirante.

-Ese ejército es un ejército de verdad, con un jefe de verdad y auténticos soldados. Como nuestros aliados nubios nunca llegaron a Menfis, tuve que batirme en retirada para salvar la mayor parte de mis tropas. Dada la crecida, mis carros no son útiles. Si estuviera en el lugar de Kamosis, yo me lanzaría sobre Avaris, cuyo sistema de defensa es ridículo.

-Es solo un reyezuelo sin envergadura. Se ha instalado en Menfis y vos la recuperaréis sin dificultad en cuanto termine la crecida. De momento, siguiendo las instrucciones de nuestro emperador, llevad vuestros regimientos a Sharuhen. Dama Aberia os acompañará con un importante convoy de deportados. Que nadie escape.

-¡No cometáis una nueva equivocación, Khamudi! Aquí seré más útil.

El gran tesorero se mostró cortante.

-Limitaos a obedecer las órdenes, almirante.

El emperador había quemado la carta de Ahotep y había dado muerte al mensajero en el laberinto. Irritado por el fracaso de su plan, se había encerrado en la cámara fuerte de la ciudadela para contemplar allí la corona roja del Bajo Egipto. La manipuló con ansia, a la espera de mostrarse tocado con aquel emblema sagrado que los antiguos textos consideraban como un ojo que hacía del faraón alguien capaz de ver lo invisible.

Nadie sabía en qué material había sido modelada aquella corona, fuerte como el granito y ligera como una tela. Muy pronto, Apofis la encajaría en la corona blanca del Alto Egipto, tomada del cadáver de Kamosis, para formar la Doble Corona, la visión total que le ofrecería el poder absoluto.

Cuando se disponía a ponerse la roja en la cabeza, una quemadura le laceró el costado e interrumpió su gesto.

Su cantimplora de loza azul se enrojecía como metal en fusión. El emperador cortó el cordón que la ataba a su cintura.

Al caer al suelo, la cantimplora estalló.

Con ella desaparecía el mapa de Egipto que Apofis había manejado durante muchos años.

El rebaño de hipopótamos furiosos se había metido en el canal del este, que pasaba ante la ciudadela de Avaris. Sembraba el pánico entre los pescadores y los barcos de la policía fluvial que patrullaban por los aledaños de la ciudad.

Intrigada por aquel jaleo, Tany, la esposa del emperador, había subido a lo alto de las almenas con sus siervas.

De pronto, una violenta luz las cegó.

-Procede del río -advirtió una sirvienta, aterrorizada-. Una embarcación de oro... ¡Se acerca!

La poderosa voz del faraón Kamosis se elevó en el cielo de Avaris.

-Pajaritos temerosos en vuestro nido, ved; he llegado, pues el destino me es favorable. Mi causa es justa. La liberación de Egipto está en mi mano.

Con la nariz en el muro, como lagartos, Tany y sus sirvientas eran incapaces de moverse.

La flota egipcia no había tenido tiempo de dejarse impresionar por la gigantesca ciudadela que dominaba la capital de los hicsos. Tras haber hundido las unidades de la policía, los marinos de Kamosis habían recuperado las anclas, pesadas piedras que habían utilizado como proyectiles contra un barco de milicianos que fue hundido enseguida.

Khamudi estaba desamparado.

Jannas había abandonado la capital, y nadie, ni siquiera el gran tesorero, estaba autorizado a entrar en la cámara fuerte donde el emperador se había encerrado.

Era como un sueño.

El faraón de la corona blanca atravesaba las defensas enemigas gracias a la movilidad y a la rapidez de sus navíos de guerra.

Sin embargo, las almenas de la ciudadela se poblaban de arqueros, cuyo nutrido tiro acabaría por causar estragos en las filas egipcias.

-Imposible abordar al monstruo por el río -consideró el almirante Lunar-. Ni siquiera una altísima crecida nos permitiría llegar a las almenas.

-Pasemos, entonces, al otro lado, y tomemos el canal del oeste.

Fuera del alcance de las flechas de los hicsos, la flota del faraón tomó la mejor opción. Se lanzó por una ancha vía de agua, que llevaba directamente al puerto comercial, en el que acababan de atracar trecientos navíos de madera de cedro cargados de oro, plata, lapislázuli, turquesas, hachas de guerra hechas de bronce, tinajas de vino y aceite y muchos otros géneros procedentes de las distintas provincias del Imperio. La descarga estaba a punto de iniciarse, y la aparición de los egipcios provocó un caos indescriptible.

Los estibadores quisieron refugiarse en los locales de la policía, pero los hicsos derribaron a varios. Furiosos, sus colegas la emprendieron con los asesinos, y los muelles se convirtieron en escenario de violentos enfrentamientos.

El Bigotudo y el afgano fueron los primeros en saltar de la proa del navío almirante para hollar con sus pies el dominio de Apofis. A golpe de hachas ligeras y espadas cortas, se abrieron camino hacia el edificio principal, donde el responsable del control de mercancías acababa de ser pisoteado por los estibadores.

-Los egipcios se han apoderado del puerto comercial -dijo un oficial al gran tesorero-. Hay que enviar refuerzos inmediatamente, por el interior y por el canal al mismo tiempo. De lo contrario, Kamosis invadirá la capital.

Khamudi no había sido preparado para tan inverosímiles acontecimientos, y tenía que garantizar la seguridad de las instancias dirigentes.

-No dejemos desguarnecida la ciudadela y sus alrededores -decidió-. Debe seguir siendo inexpugnable.

-Los soldados que están en el puerto no son lo bastante numerosos, gran tesorero; serán aniquilados.

-Que cumplan con su deber y resistan tanto tiempo como les sea posible. Y que el grueso de nuestras tropas permanezca aquí para preservar el centro del Imperio.

Pero ¿cuándo se decidiría a aparecer Apofis?

-Gran tesorero, el enemigo se acerca.

Al abrigo de una aspillera, Khamudi vio brillar la corona blanca del faraón Kamosis, cuya voz resonó de nuevo.

-Apofis, vil asiático caído, débil de corazón, te atreves aún a afirmar: «Soy el dueño; todo me pertenece hasta Hermópolis e incluso Gebelein». Eres un mentiroso. Debes saber que he aniquilado esas ciudades; no queda en ellas hicso alguno. He quemado tus territorios; los he transformado en sanguinolentos cerros por el mal que infligieron a Egipto poniéndose a tu servicio.

Ante la ciudadela, Kamosis levantó una copa.

-¡Mira, bebo el vino de tus viñedos! Tus campesinos, que son ahora mis prisioneros, lo prensarán para mí. Cortaré tus árboles, asolaré tus plantaciones y me apoderaré de tu residencia.

Los marinos egipcios hacían ya salir del puerto los cargueros llenos de riquezas.

Mientras Khamudi, como los soldados hicsos, estaba fascinado por aquel faraón de impresionante estatura, sintió que un helado soplo recorría las murallas.

Envuelto en un manto marrón, con la cabeza cubierta por una capucha, el emperador contemplaba el desastre desde lo alto de su ciudadela.

-Majestad -masculló Khamudi-, he creído hacer bien al...

-Llama de inmediato al almirante Jannas. Que reúna el máximo de fuerzas.

Dada la falta de viento, el viaje de Ahotep había sido más largo de lo previsto. Llegaba, por fin, a la vista de la ciudad de Sako, y el conjunto de las embarcaciones que componían su flotilla estaba ojo avizor.

¿Qué quedaba de la guarnición egipcia? Si había sido exterminada, ¿cuántos hicsos permanecían aún allí y qué trampas habían tendido?

La reina no dejaba de observar a *Risueño elJoven,* cuya calma la sorprendía. Dormitando a la sombra de un parasol, el perro no manifestaba el menor signo de inquietud.

-¡Allí, alguien! -gritó el vigía. Los arqueros tensaron sus arcos.

-¡No disparéis! -ordenó la reina-. ¡Es un niño!

El muchachito corría agitando los brazos para saludar a los navíos con los colores de Ahotep. Muy pronto se le reunieron varios compañeros y algunas madres, todos visiblemente entusiasmados.

En el muelle, civiles y militares entremezclados blandían palmas en señal de bienvenida. El atraque se llevó a cabo entre gritos de alegría y cantos espontáneos que celebraban el regreso de la soberana.

Tras abrirse paso, el comandante de la pequeña guarnición se prosternó ante ella.

-¿No has sufrido un ataque de los hicsos?

-No, majestad. Por aquí todo está tranquilo.

-Y sin embargo, Sako me mandó un mensaje pidiendo ayuda.

-No lo comprendo... Realmente no hay novedad alguna que señalar.

Se había tratado, pues, de un falso mensaje, destinado a separar a Ahotep de Kamosis para debilitar el ejército de liberación; la reina ya tenía la respuesta a su tercera pregunta.

El espía de Apofis no solo no había muerto, sino que había elegido, también, un momento crucial para propinar un golpe fatal al adversario.

Se planteaba un nuevo dilema; es decir, ¿tenía la reina que regresar hacia el norte y reunirse con Kamosis, o debía seguir hacia el sur e ir a Tebas que era, sin duda, el verdadero objetivo de un posible contraataque hicso?

Ahotep no vaciló por mucho tiempo.

Kamosis había demostrado su valor, sabría evaluar la situación y organizar el sitio de Avaris.

Imaginar Tebas asaltada por los bárbaros le resultaba insoportable.

Si los hicsos habían tenido la inteligencia de ocultar tropas en el Medio Egipto para golpear el corazón de la resistencia y destruir su base principal, ¿no sería aniquilada la obra llevada a cabo hasta entonces?

-Me gustaría organizar una fiesta para celebrar vuestra llegada, majestad -dijo el comandante de la guarnición.

-Es demasiado pronto para alegrarse.

-Majestad..., ¿acaso no hemos vencido a los hicsos?

-De ningún modo, comandante. Que vuestras mujeres e hijos abandonen Sako y se refugien, bien custodiados, en una aldea vecina. Multiplica los puestos de centinela. Si el enemigo ataca en gran número, no intentes resistir y dirígete a Tebas.

El afgano acarició un pequeño lapislázuli que había sido autorizado a tomar de la cantidad requisada a los hicsos.

-Te recuerda tu país -comentó el Bigotudo.

-Solo las montañas de Afganistán producen tan hermosas piedras. Algún día, el comercio se reanudará y volveré a ser rico.

-No me gusta mostrarme pesimista, pero eso está aún muy lejos. ¿Has visto el tamaño de la ciudadela de Avaris? Incluso a mí se me remueven las tripas. No existe una sola escala lo bastante larga como para llegar a las almenas, y los arqueros hicsos me parecen tan hábiles como los nuestros.

-Les hemos dado un buen golpe, ¿no?

-No hemos terminado con muchos. Quedan bastantes detrás de esas murallas, y de los duros.

-¿No estarás comenzando a deprimirte, Bigotudo?

-Para serte franco, no me gusta este lugar. Incluso cuando el sol calienta, siento frío.

-Ven a beber un poco de vino del emperador, te devolverá el tono.

Los trescientos cargueros navegaban entonces hacia el sur. El faraón pensaba en el momento en que llegaran a Tebas y fueran ofrecidos a Amón, pero le preocupaba, sobre todo, el extraño silencio que cubría la capital de los hicsos.

Dominar el puerto comercial permitía, ciertamente, bloquear los intercambios entre Avaris y el exterior, pero ¿había disminuido realmente el poder del emperador?

Con su dinamismo habitual, el canciller Neshi corría por todas partes para verificar que los hombres estuvieran bien alimentados. Por lo que se refería al gobernador Emheb, temía un intento de salida por parte de las tropas refugiadas en la ciudad y en la ciudadela, de modo que había dispuesto pequeños grupos de arqueros en numerosos lugares para que pudieran dar la alarma.

-¿Cómo organizamos el asedio? -preguntó al faraón.

-Hay que explorar los alrededores de Avaris y ver si es posible aislar y vencer así por hambre al emperador.

-Será largo, muy largo... ¿No os extraña esta ausencia de reacción? Apofis dispone, sin embargo, de fuerzas bastantes para intentar que se rompa el bloqueo.

-Tal vez piensa lo contrario.

-No, majestad. Estoy convencido de que espera refuerzos, con la certidumbre de que van a aplastarnos. Vernos clavados aquí anuncia su futura victoria.

-Dicho de otro modo, me aconsejas que me bata en retirada cuando estamos al pie de la ciudadela de Avaris.

-No tengo más ganas de ello que vos, majestad, pero creo necesario recuperar el aliento y evitar un desastre.

-Hablas así porque nos falta la magia de la reina Ahotep. En cuanto esté entre nosotros, nuestras dudas quedarán barridas y nos apoderaremos de esta ciudadela.

Eran tres.

Tres milicianos hicsos, en vez de combatir con sus camaradas contra los estibadores, se habían refugiado en un puesto de guardia, donde un oficial los había detenido antes de entregarlos a su superior.

Atados a un poste, en el atrio de la ciudadela, habían sido apaleados. Con las costillas rotas, temían una larga pena de prisión, al final de la cual serían condenados a realizar las más bajas tareas.

-¿Por qué os habéis comportado como cobardes? -preguntó la gélida voz del emperador acompañado por Dama Aberia.

El que aún podía hablar intentó explicarse.

-Señor, consideramos que la partida se había perdido y que seríamos más útiles vivos que muertos. Los estibadores estaban desmandados; ya no era posible contenerlos.

-Estas son palabras de cobarde juzgó Apofis- y los cobardes no tienen sitio entre los hicsos. Sean cuales sean las circunstancias, mis hombres deben obedecer las órdenes y permanecer en su puesto. Dama Aberia, ejecuta mi sentencia.

-Tened piedad, señor, comprended que...

Las enormes manos de Dama Aberia impidieron al condenado seguir hablando. Lo estranguló lentamente, con manifiesto placer, e infligió el mismo suplicio a los otros dos.

La serenidad del emperador había tranquilizado a sus tropas, que hervían de impaciencia ante la idea de tomarse la revancha de los egipcios. La esposa de Apofis, traumatizada, se había acostado. Las sirvientas se sucedían a la cabecera de Tany para secarle la frente y darle de beber. Febril, era presa de un delirio en el que se mezclaban llamas, torrentes de lodo y caídas de piedras.

La mujer del gran tesorero calmaba sus angustias con la droga que le procuraba su marido. No, el Imperio hicso no estaba a punto de derrumbarse, y el escalpelo de Apofis sabría librarlo de la verruga egipcia.

A Khamudi, por su parte, no le llegaba la camisa al cuerpo. ¿No le reprocharía el emperador haber alejado a Jannas en un mal momento? Pero esas eran las órdenes de Apofis, que se negaba a ver cómo aumentaba en exceso la influencia del almirante.

Solo el puerto comercial estaba bajo el control directo de Kamosis, que no se atrevía a atacar los arrabales de la ciudad, donde los soldados hicsos estaban dispuestos a contener el asalto del faraón.

Desde lo alto de la ciudadela, el emperador contemplaba su dominio, que había sido atacado por un muchacho fogoso que se creía invencible porque llevaba la corona blanca.

Esa ilusión iba a costarle la vida.

Odres de piel de cabra curtida y vuelta fueron distribuidos entre los soldados del ejército egipcio; unos contenían veinticinco litros, y otros, cincuenta. Como el agua del río solo podría consumirse al cabo de un día o dos y el calor aumentaba, nadie tenía que sufrir de deshidratación. Para conservar pura el agua, habían sido introducidos en ellos frutos del balamtes y almendras dulces.

El canciller Neshi entregó al faraón Kamosis el odre que le correspondía y que llevaba un joven infante, fiel servidor del rey.

-La flota está lista, majestad -anunció Emheb.

Kamosis había decidido bajar por el canal del este, dejar atrás la ciudadela, de donde forzosamente brotaría una nutrida descarga, y ver si era posible atacar por el norte. En caso contrario, los barcos de guerra establecerían un bloqueo y, en cuanto regresara Ahotep, el faraón trataría de apoderarse de Avaris, barrio tras barrio.

El rey bebió un poco de agua.

-¿Cómo está la moral de las tropas, Emheb?

-Os seguirán hasta el fin, majestad.

-Mientras no hayamos tomado esta ciudadela, todas nuestras hazañas no habrán servido de nada.

-Cada soldado es consciente de ello.

La solidez de Emheb tranquilizaba al faraón. Durante esos duros años de lucha, el gobernador nunca había emitido la menor queja, nunca había cedido al desaliento.

Cuando el faraón trepaba por la pasarela del navío almirante, el grito de alarma de un centinela inmovilizó a los soldados del ejército de liberación.

Muy pronto, Kamosis fue informado de la gravedad de la situación, ya que numerosos barcos hicsos procedentes del norte tomaban los canales del este y del oeste para atrapar en una tenaza a la flota egipcia en el puerto comercial.

El almirante Jannas había recibido, por fin, órdenes coherentes; es decir, reunir los regimientos acantonados en varias ciudades del Delta y, luego, reducir a la nada el ejército de Kamosis.

La afrenta de Khamudi y la indiferencia del emperador quedaron olvidadas. Jannas cumplía de nuevo su papel de comandante en jefe de las fuerzas armadas y mostraría al joven faraón lo que realmente era el poder militar de los hicsos.

Único dueño a bordo, Jannas no se vería obstaculizado por las estúpidas decisiones de un civil como Khamudi, y conduciría a su guisa la batalla de Avaris, aun sabiendo que sería mortífera dada la calidad de los barcos enemigos, rápidos y maniobrables, y el ardor de los egipcios, aguerridos ya en varios enfrentamientos. El emperador había subestimado al adversario. Jannas no cometería la misma imprudencia.

Sorprendiendo a la flota de Kamosis, por el este y el oeste al mismo tiempo, Jannas la obligaría a dividirse, a debilitarse, pues. Y si el faraón no había pensado en evacuar rápidamente los cargueros, quedaría atrapado en el puerto.

-Puerto comercial a la vista -anunció el vigía-. Ningún carguero.

«Este reyezuelo no es un mal jefe -pensó el almirante-, y la partida será más dificil aún de lo previsto.»

-Quieren embestirnos con los espolones -consideró Emheb-. Como son mucho más pesados que nosotros, será una carnicería.

-La única opción es que nuestros navíos se dirijan al este -decidió Kamosis-. Concentremos inmediatamente todas nuestras fuerzas en la misma dirección.

La maniobra se llevó a cabo con tanta cohesión y rapidez que dejó estupefactos a los hicsos, que no consiguieron situarse de través para formar una muralla. El bajel almirante de dorada proa se deslizó entre dos adversarios, y Kamosis creyó, por unos instantes, que abría una brecha. Pero los hicsos lanzaron garfios y demoraron su marcha lo bastante como para lanzarse al abordaje.

El primero que puso el pie en cubierta no saboreó por mucho tiempo su hazaña, pues el hacha del Bigotudo se le clavó en la nuca. Los dos siguientes no escaparon a la daga del afgano, mientras las flechas de Ahmosis, hijo de Abana, frenaban los ardores de los asaltantes.

Varias unidades egipcias escaparon a los hicsos, pero tres de ellas fueron inmovilizadas, y se iniciaron feroces combates cuerpo a cuerpo.

El bajel almirante no conseguía desprenderse. Corriendo en su ayuda, el de los arqueros originarios de la ciudad de Edfú, al disparar flecha tras flecha, impidió que otro barco hicso se acercara.

En el canal del oeste, el almirante Jannas se veía entorpecido por sus propias embarcaciones, que no tenían espacio suficiente para dar media vuelta y caer sobre los egipcios; de estos, algunos se sacrificaban para proteger al faraón.

Kamosis combatió con increíble energía, y el almirante Lunar llevaba personalmente el remo gobernalle. Al verlo amenazado por un coloso asiático, el Bigotudo se interpuso, pero no pudo evitar por completo el filo del hacha, que se deslizó a lo largo de su sien izquierda. A pesar del dolor, hundió su corta espada en el vientre del asiático, que, retrocediendo, chocó con la borda y cayó al agua.

-¡Ya está! ¡Pasamos! -exclamó Lunar, que devolvió así el valor a la tripulación.

De hecho, el navío almirante se liberaba por fin.

Con dos precisas puñaladas, la hermosa Anat acababa de cortar las corvas de una verdadera fiera con coraza negra que se disponía a herir al afgano por la espalda. Mientras un marino egipcio lo remataba, ella fue la única que vio a un hicso que blandía su lanza contra Kamosis, de pie en la proa.

Gritar iba a ser inútil; el faraón no la oiría.

En un impulso, Anat se colocó en la trayectoria de la lanza, que se clavó en su pecho.

Al volverse, Kamosis advirtió el sacrificio de su amante. Loco de dolor, atravesó la cubierta, saltando sobre los cadáveres. Con un rabioso mandoble, casi partió en dos el cráneo del asesino.

Era la batalla más dura que el almirante Jannas había tenido que librar nunca. Ciertamente, las pérdidas de los egipcios eran graves, pero las de los hicsos lo eran más aún, a causa de la estrategia adoptada por Kamosis y la maniobrabilidad de sus barcos.

-¿Nos lanzamos en su persecución, almirante? -preguntó su segundo.

-Son demasiado rápidos, y Kamosis podría atraernos a una trampa preparada al sur de Avaris. Pero la crecida no es eterna y, sea cual sea la habilidad del adversario, algún día se enfrentará con nuestros carros. De momento, pensemos en curar nuestras heridas y tomar medidas eficaces para garantizar la seguridad de la capital.

Desde la torre más alta de la ciudadela, Khamudi había asistido a la victoria de Jannas, saludada por las aclamaciones de los arqueros hicsos. Muy popular ya, el almirante se convertía en salvador de Avaris y

verdadero brazo derecho del emperador, en lugar del gran tesorero, que le debería, entonces, la máxima consideración.

Khamudi había desdeñado en exceso al ejército en beneficio de la policía y la milicia. En cuanto fuera posible, corregiría esa actitud.

Su esposa Yima corrió a su encuentro.

-Estamos salvados, ¿verdad? ¡Estamos salvados!

-Ve a reconfortar a Tany. Yo debo informar al emperador. Apofis estaba sentado en su austero trono, en la penumbra de la sala de audiencias.

-Majestad, el almirante Jannas ha puesto en fuga a los egipcios.

-¿Lo dudabas, amigo mío?

-¡No, claro que no! Pero hemos perdido muchos barcos y marinos. Sin duda, por esta razón, el almirante ha decidido no perseguir a los vencidos y asegurar la defensa de Avaris. Por desgracia, nuestra victoria no es total, pues Kamosis ha salido indemne.

-¿Tan seguro estás de eso? -preguntó el emperador con tono gélido.

Mientras el faraón Kamosis estrechaba entre sus manos las de Anat, que acababa de expirar, Felina descubría con horror el cuerpo ensangrentado del Bigotudo, que respiraba aún. Comprobó que la inmensa mayoría de las heridas eran solo superficiales, pero la oreja derecha estaba casi totalmente seccionada.

-¡Un calmante, pronto!

Uno de los ayudantes de la nubia le ofreció un pequeño cuenco globular, que contenía un poderoso anestésico a base de opio. Entreabriendo la boca del Bigotudo, le hizo absorber una dosis lo bastante importante como para que no sintiera sufrimiento alguno durante horas.

Con un hilo de lino impregnado en savia de sicomoro, unió las dos partes de la oreja tras haber limpiado la herida y separado los fragmentos de tejido que amenazaban necrosis. Luego, con la ayuda de agujas de bronce y el hilo de lino, la cosió.

-¿Crees que funcionará? -preguntó el afgano.

-Cuando hago algo -repuso Felina, ofendida-, lo hago bien. ¿Quieres que me ocupe de tu hombro derecho? A primera vista, no parece estar muy bien.

El afgano se estaba desmayando. Más gravemente herido de lo que quería reconocer, se derrumbó.

-¡Media vuelta! -ordenó el faraón tras haber envuelto en un sudario el cuerpo de la mujer que se había sacrificado para salvarle la vida.

-Los hombres están agotados -objetó el gobernador Emheb, también sin fuerzas.

-Debemos mostrar a los hicsos que somos capaces de reanudar la ofensiva.

-Majestad...

-Ordena todos los navíos de la flota: media vuelta y rumbo a Avaris. Que los soldados se laven, que se cambien y se preparen para el combate.

Siguiendo al almirante Lunar, los barcos efectuaron la maniobra.

Felina salió del camarote donde había instalado a los heridos.

-¿Qué ocurre? -preguntó a Emheb, sentado en unos cabos.

-Volvemos a atacar Avaris. Los hicsos creen que huimos, y el rey piensa que el factor sorpresa será decisivo. El almirante Jannas no ha tenido aún tiempo de organizar la defensa de la ciudad.

-Pero nuestras pérdidas son graves, y el enemigo es superior en número.

-Así es -reconoció Emheb.

-¿No es el almirante un temible jefe guerrero al que ni siquiera un ataque por sorpresa podrá desconcertar?

-Así es, también.

-Entonces, si nos lanzamos al asalto moriremos todos.

-De nuevo, así es.

El calor, el sol, las brillantes aguas del Nilo... el vigía hicso se creyó víctima de un espejismo.

No, no podía ser; un barco enemigo regresaba hacia Avaris... No uno solo, sino dos, tres, más aún... ¡Toda la flota de Kamosis!

Por signos, el centinela avisó a sus colegas, que transmitieron el mensaje a Jannas, que estaba estudiando, con sus oficiales, el futuro sistema de defensa de la capital.

-Este reyezuelo se está convirtiendo en un temible adversario -afirmó Jannas-. Quiere saltar a nuestra garganta aunque solo tenga una posibilidad entre cien de lograrlo. En su lugar y a su edad, tal vez yo hubiese cometido la misma locura.

-¿Corremos un peligro real? -preguntó uno de los oficiales.

-Kamosis ignora la importancia de los refuerzos que no he utilizado aún y que están acantonados al norte de Avaris. Por eso, se encamina al suicidio.

En la proa del navío almirante, el faraón pensaba en Ahotep. Si hubiera estado presente, la reina habría actuado del mismo modo. ¿Cómo podían suponer los hicsos que los egipcios encontrarían los recursos necesarios para reanudar el combate?

La sombría cara de los marinos, incluida la del almirante Lunar, indicaba a Kamosis que consideraban insensata su decisión. Pero sabía que ninguno iba a retroceder.

-Un centinela nos ha descubierto -anunció el almirante-. ¿Debemos seguir a toda velocidad, majestad?

Kamosis fue incapaz de responder. El río se confundía con el cielo, las riberas giraban. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su rostro.

-Majestad..., ¿os sentís mal?

La sensación de vértigo era tal que Kamosis se tambaleó. Lunar lo ayudó a sentarse.

-¿Habéis sido herido?

-No..., no lo creo.

-Felina debe examinaros.

Tendido en cubierta, Kamosis respiraba trabajosamente. La nubia no descubrió herida alguna.

-Es una enfermedad que no conozco -reconoció ella-. Hay que dar de beber al rey y dejar que repose en su camarote.

-¿Debo ordenar el ataque? -preguntó Lunar.

Kamosis tardó varios segundos en comprender la pregunta y advertir lo que implicaba, pues su cerebro funcionaba lentamente. Tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para responder.

-No, almirante. Quedémonos aquí unas horas; luego, nos dirigiremos hacia Tebas.

-La flota egipcia se retira, almirante -declaró su segundo. Jannas hizo una mueca.

-¿Debemos perseguirla?

-De ningún modo -respondió el almirante-. Es evidente que Kamosis quiere tendernos una trampa. Nos ha demostrado que podría atacar Avaris de nuevo y desea suscitar esta reacción por nuestra parte. Más al sur, hay tropas al mando de Ahotep. Si persiguiéramos a Kamosis, caeríamos en las fauces de esa pantera.

-¿Cuáles son vuestras órdenes, almirante?

-Sacad los pecios del puerto comercial, enterrad a los muertos y consolidad al máximo las defensas de la capital. Quiero ser avisado en cuanto asome la proa de un barco enemigo.

Jannas tenía que resolver muchos detalles, en especial la reorganización de las fuerzas armadas. En adelante, quería ser, realmente, su comandante en jefe, sin sufrir la influencia de Khamudi y su milicia. Era imposible, ciertamente, cargar contra la actitud irresponsable del gran tesorero, al que el emperador concedía su confianza en los campos de la gestión y la economía; pero Apofis tendría que admitir que el ejército de liberación no era una pandilla de inútiles y que habría que librar una guerra de verdad, una guerra entre el Bajo y el Alto Egipto, entre el norte y el sur.

Dada su rapidez, los navíos de combate egipcios no habían tardado en alcanzar los trescientos cargueros llenos de mercancías arrancadas en reñida lucha a los hicsos. A lo largo del recorrido hacia Tebas, ciudades y pueblos liberados dedicaban a la flota de Kamosis un verdadero triunfo.

Corrió la fabulosa noticia de que el faraón había vencido a los hicsos; la corona blanca había salido victoriosa. En todas partes, se organizaban banquetes y conciertos. En todas partes, cantaban y danzaban. Un auténtico sol, que disipaba las tinieblas, brillaba en el cielo estival.

A pesar de su agotamiento, el faraón se mantenía en la proa del bajel de oro en las primeras etapas, especialmente en Menfis, Atfih, Sako, Hermópolis y Cusae, capitales de sus victorias. Aclamado por su pueblo, Kamosis había creído que recuperaría el vigor. Pero los mareos le agotaban, sus piernas desfallecían y debía permanecer tendido sin conseguir conciliar el sueño.

-Nos acercamos a Tebas -advirtió el Bigotudo, cuya oreja estaba curándose-. No comprendo por qué la reina Ahotep se ha retirado en vez de reunirse con nosotros en Avaris.

-Tampoco comprendo yo por qué nuestro servicio de palomas mensajeras se ha interrumpido -añadió el afgano, aún no repuesto del todo.

-En todo caso, nuestra expedición nos ha llevado hasta Avaris y hemos resistido a Jannas.

-Hermosa hazaña, pero el emperador y su ciudadela permanecen indemnes. Y dudo que las tropas del almirante se mantengan eternamente a la defensiva.

También el Bigotudo pensaba en un próximo enfrentamiento durante el que Jannas no dejaría de utilizar sus armas pesadas. Pero, de momento, ahí estaban las verdeantes riberas de Tebas y una multitud ebria de alegría, que aguardaba a los héroes para congratularse y festejar su triunfo.

Los soldados casados cayeron en brazos de sus esposas; los demás sufrieron el entusiasmo de las jóvenes tebanas, que querían tocar a los vencedores y demostrarles un desbordante afecto.

Los estibadores tebanos ya estaban descargando los navíos llenos de riquezas, ante los maravillados ojos de la población. Viendo aquello, ¿cómo dudar de la victoria de Kamosis sobre los hicsos?

Sostenido por el almirante Lunar y el gobernador Emheb, el faraón fue aclamado largo rato. Oficialmente, padecía una herida en la pierna que le molestaba para andar; pero en cuanto lo estrechó contra su corazón, Ahotep comprendió que su hijo mayor estaba muriéndose.

Poniendo tan buena cara como fue posible para no contrariar la felicidad de los tebanos, la reina y el faraón subieron a unas sillas de manos que los llevaron a palacio.

Teti la Pequeña y Amosis, muy contento de volver a ver a su hermano mayor, lo recibieron.

-¡Cómo te has adelgazado! -exclamó el muchachito.

-Los combates han sido duros -explicó Kamosis.

-¿Has matado a todos los hicsos?

-No; he dejado algunos.

Víctima de un nuevo malestar, el rey recibió la ayuda del intendente Qans.

-Kamosis necesita descanso -dijo Ahotep-. Yo lo sustituiré en el ritual de ofrenda.

Las riquezas procedentes de Avaris fueron ofrecidas al dios Amón, en su templo de Karnak, antes de ser distribuidas entre los tebanos, a excepción del oro y el lapislázuli, que servirían para adornar el santuario.

Sin mostrar su angustia, la esposa de dios pronunció las antiguas fórmulas, gracias a las que el poder invisible se manifestaba en la tierra y hacía brillar la luz aparecida en la primera mañana del mundo, sobre el cerro que había surgido del océano primordial, en el lugar donde se había edificado Karnak.

En cuanto finalizó la ceremonia, Ahotep regresó a palacio. A pesar de las preocupaciones que suscitaba la salud del monarca, Qaris velaba por los preparativos del banquete.

-Majestad, creéis que...

-Haz que cese cualquier agitación.

El médico en jefe estaba en el umbral de la alcoba del enfermo.

-Majestad, mi diagnóstico es claro; el faraón Kamosis ha sido envenenado. Es imposible curarlo, porque el corazón ha sido alcanzado. La sustancia mortal se ha propagado lentamente por todos los vasos, y la energía del rey casi se ha extinguido.

Ahotep entró en la habitación y cerró la puerta.

Sentado, con la cabeza descansando en un almohadón, Kamosis contemplaba la montaña de occidente.

Su madre le tomó dulcemente de la mano.

-Avaris permanece intacta, y el emperador vive -murmuró-, pero hemos infligido graves pérdidas al enemigo y le he demostrado que podíamos golpear en cualquier momento. El almirante Jannas sabe que nuestro ejército es apto para combatir. Será necesario consolidar nuestras posiciones y, luego, apoderarse de Avaris y liberar, por fin, el Delta. Yo he agotado mi tiempo de vida. A vos, madre mía, os toca proseguir la lucha que vos misma comenzasteis. Perdonad que os legue esa inhumana tarea, pero mi aliento se va y ya no consigo retenerlo.

Ardientes lágrimas corrieron por las mejillas de Ahotep, pero su voz no tembló.

-El espía hicso me ha alejado de ti, y él te envenenó para desbaratar el asalto contra Avaris.

Los labios de Kamosis esbozaron una sonrisa.

-De modo que creía en mi victoria..., una victoria que vos obtendréis en nombre de mi padre y en el mío, ¿no es cierto?

-Te lo juro.

-He intentado mostrarme digno de él y de vos. Deseo que mi hermano se comprometa junto a vos, y solicito un último favor.

-Eres el faraón, Kamosis. Ordena y te obedeceré.

-¿Querréis hacer que se graben estelas contando mi combate por la libertad? (1)

Nota:(1) En Karnak se encontraron, en efecto, dos estelas. Sus textos han proporcionado muchos detalles valiosos.

-Nada de lo que has realizado va a olvidarse, hijo mío. Esos monumentos cantarán tus hazañas y tu valor, y se expondrán en el templo de Karnak, donde tu gloria quedará preservada entre los dioses.

-Morir tan joven no es facil..., pero vos estáis junto a mí y tengo la suerte de admirar esta ribera de occidente, donde reina la paz del alma. Hace varios años que no conseguía dormir...

Ahora voy a descansar.

Kamosis levantó los ojos al cielo y su mano estrechó con fuerza la de su madre.

-La momia está fría, majestad -anunció el ritualista a la soberana-. Es un excelente signo, ya que significa que el difunto ha expulsado su mal calor, formado por pasiones y resentimientos, y que el alma se ha purificado. Ahora, el faraón Kamosis posee la serenidad de Osiris.

Viuda, llevando luto por un hijo de veinte años, Ahotep se negaba, una vez más, a ceder bajo los golpes del destino. Puesto que Kamosis no tenía hijo ni sucesor, ella había tenido que dirigir la ceremonia de los funerales. Al igual que tras la muerte de su marido, ocupaba la función de regente y gobernaba Egipto.

En el sarcófago de Kamosis, decorado con plumas que evocaban los viajes del alma-pájaro por los cielos, depositó un abanico de oro y ébano para asegurarle un eterno soplo, hachas y una barca de oro en la que su espíritu bogaría para siempre por el universo.

Con una gravedad y un poder de concentración sorprendentes en un niño de diez años, el príncipe Amosis había vivido todas las etapas del luto, desde la momificación de su hermano mayor hasta su sepultamiento en la necrópolis de la orilla oeste de Tebas. Pero ¿acaso no eran los diez años, para los sabios de Egipto, la edad en la que uno se volvía plenamente responsable de sus actos?

Ahotep tenía una triple misión; es decir, proseguir la guerra de liberación, preparar a Amosis para ser faraón y descubrir la identidad del espía hicso, aquel ser tan cercano a ella y que tanto sufrimiento le había infligido ya.

Cuando el cortejo fúnebre se dirigía hacia la orilla oeste, el gobernador Emheb se acercó a la reina.

-Majestad, no puedo guardar para mí mis pensamientos.

-Te escucho, Emheb.

-He visto de cerca la ciudadela de Avaris y es inexpugnable. Todos saben que habéis llevado a cabo muchos milagros y que los dioses inundaron vuestro corazón de poder mágico. Pero el emperador ha sabido construirse una madriguera indestructible. Sin duda, podremos atacarlo una y otra vez, perdiendo en cada ocasión numerosos soldados. Eso es exactamente lo que Apofis espera. Y cuando estemos lo bastante debilitados, atacará él.

-De momento, según los deseos del faraón Kamosis, ve a Menfis, refuerza sus defensas y consolida nuestras posiciones en las provincias liberadas.

Emheb se sintió aliviado al ver que, a pesar de su pena, Ahotep conservaba toda su lucidez.

Muy afectada, Teti la Pequeña no había asistido a las últimas fases de los funerales. ¿Cómo admitir que la muerte la respetara para golpear a un joven rey de veinte años? Y la anciana dama sabía que el pequeño Amosis ya nunca se reiría como antes y que ya no tendría derecho, en adelante, a la despreocupación de la infancia.

La muerte de Kamosis había puesto un precoz fin a sus regocijos, y la realidad se había impuesto de nuevo, con toda su crueldad, o sea, que la guerra estaba lejos de haber terminado, el poder militar hicso seguía casi intacto y la propia supervivencia de Tebas era incierta.

Ahotep ayudó a su madre a levantarse.

-Estoy tan cansada... -reconoció Teti la Pequeña-. Tendrías que dejarme dormir.

-Qaris nos ha preparado una excelente cena y tienes que recuperar las fuerzas. ¿Olvidas, acaso, que la educación de Amosis no ha concluido y que te necesita aún?

-Te admiro, hija mía. ¿De dónde sacas tu valor?

-Del deseo de ser libre.

Para mostrarse digna de su rango, la reina madre participó en la comida. Y cuando Amosis le rogó que le hablara de la edad de oro, comprendió que le estaba prohibido abandonarse. ¿No era educar a un futuro faraón la felicidad de su vejez?

Acompañada por *Risueño el Joven,* Ahotep dio unos pasos por el jardín de palacio.

De pronto, el perro se detuvo.

El canciller Neshi iba a su encuentro.

La reina acarició al perro, cuya mirada permanecía clavada en el dignatario.

-Perdonad que os importune, majestad, pero tengo que haceros algunas revelaciones.

¿Iba Ahotep a conocer, por fin, la atroz verdad?

-He servido fielmente al faraón Kamosis -declaró Neshi- y he aprobado todas sus decisiones. Hoy, ha muerto, y también yo, en cierto modo. Por eso, os presento mi dimisión, al mismo tiempo que os suplico que salvéis a este país que tanto os necesita.

-Ni nuestro país ni ningún otro necesitan un salvador, canciller. Lo indispensable es la rectitud. Cuando Maat gobierne de nuevo en las Dos Tierras, la desgracia desaparecerá. Olvida la devoción a un individuo y sirve solo a esa rectitud. Entonces, y solo entonces, te convertirás en un estadista digno de este nombre.

Ahotep se alejó seguida por su perro. Necesitaba estar sola con su esposo y su hijo mayor, en compañía de esos dos faraones que habían dado su vida luchando contra el emperador de las tinieblas. Y la Reina Libertad contempló la luna creciente, su astro protector, esperando que le concediera la fe necesaria para restablecer el reinado de la luz.

Bibliografía

ABD EL-MAKSOUD, M., *Tell Heboua (1981-1991). Enquéte archéologíque sur la Deuxiéme Période intermédíaire et le Nouvel Empire á 1'extrémité orientale du Delta,* París, 1998.

ALT, A., *Die Herkunft der Hyksos in neuer Sicht,* Leipzig, 1954. BECKERATH, J., *Untersuchungen zur politischen Geschichte der Zweiten swischenzeit in Ágypten,* Glückstadt, 1965.

BIETAK, M., *Avaris. The Capital of the Hyksos. Recent Excavations at Tell el-Daba,* Londres, 1996.

-, «Hyksos», en *Lexikon der ligyptologie,* 1977, PP. 93-104.

-, y STROUHAL, E., «Die Todesumstánde des Pharaos Segenenre (XVIIe dynastie)», *Annalen Naturhistoríschen Museums,* Viena, n.° 78, 1974, PP. 29-52.

CAUBET, A. (ed.), *L'Acrobate au taureau. Les Découvertes de Tell elDab'a et l'Archéologíe de la Méditerranée orientale,* París, 1999. DAVIES, W. V., SCHOFIELD, L. (eds.), *Egypt, the Aegean and the Levant. Interconnections in the Second Millenium BC,* Londres, 1995

ENGBERG, R. M., *The Hyksos reconsidered,* Chicago, 1939 GABOLDE, L., *Le «Grand Chdteau d'Amon» de Sésotris Ier á Karnak,* París, 1998.

GITTON, M., *Les Divines Epouses de la XV7IIe dynastie,* París, 1984. ,

GOEDICKE, H., *Studies about Kamose and Ahmose,* Baltimore, 1995

HABACHI, L., *The Second Stela of Kamose and his Struggle against the Hyksos Ruler and his Capital,* Glückstadt, 1972.

HAYES, *W. C., The Scepter of Egypt, II: the Hyksos Period and the New Kíngdom,* Nueva York, 1968.

HEINSOHN, G., «Who were the Hyksos?», *Sesto Congresso Internazionale di Egittologia,* Turín 1991, 1993, Atti II, pp. 207-217. HELCK, W., *Díe Bezíehungen Ágyptens zu Vorderasien im 3. und* 2. *Jahrtausend v. Chr.,* Wiesbaden, 1962.

PI

JANOSI, P., «The Queens Ahhotep I and 11 and Egypt's Foreign Relations», *The* Journal *of Ancien Chronology,* Forum .5, 19911992, PP- 99-105.

KEMPINSKI, A., *Syrien und Palüstina (Kanaan) in der letzten Phase der Mittle-bronze II B - Zeit* (16,50-1.570 v. *Chr.),* Wiesbaden, 1983.

LABIB, P., *Die Herrschaft der Hyksos in Agypten und ihr Sturz,* Glückstadt, 1936.

LACOVARA, P., *The New* Kingdom *Royal City,* Londres y Nueva York, 1997

MAYANI, Z., *Les Hyksos et le Monde de la Bible,* París, 1956. OREN, E. D. (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archeological Perspectives,* Filadelfia, 1997

REDFORD, D. B., «The Hyksos Invasion in History and Tradition», *Orientaba,* 1970, pp. 1-51.

ROBINS, G., «Ahhotep 1, 11 and III», *Góttinger Miszellen,* n.° 56, 1982, PP· 71-77

KYHOLT, K. S. B., *The Second Intermediate Period in Egypt, Co*penhague, 1997

SXVE-SÓDERBERGH, T., «The Hyksos in Egypt»,Journal *of Egyp*tian *Archaeology,* n.° 37, 1951, PP. 57-71

SEIPEL, W., «Ahhotep», *Lexikon der* Agyptologie I, 1972, pp. 9899

VANDERSLEYEN, C., «Les deux Ahhotep», *Studien* zur Altdgyptis*chen* Kultur, n.° 8, 1980, pp. 237-241

1

-, *L'gypte et la Vallée du* Nil, 2, París, 1995, PP. 119 y SS.

-, Les *Guerres* d'Amosis, *fondateur de la XVIIie dynastie,* Bruselas, 1971.

-, «Kamose», *Lexikon derÁgyptologie,* III, 1978, pp. 306-308. -, « Segenenré», *Lexikon der* Agyptologie, V, 1984, pp. 864-866. VAN SETERS, J., *The Hyksos, A New* Investigation, New Haven, 1966.

VYCICHL, W., «Le Nom des Hyksos», *Bulletin de* la *Société d'Egyptologie de Genéve,* n.° 6, 1982, pp. 103-111. WACHSMANN, S., *Aegean in the Theban* Tombs, Lovaina, 1987. WEILL, R., *XIIe Dynastie, Royauté de Haute-Égypte et domination hyksos dans le Nord,* El Cairo, 1953. 312

Título de la edición original: *La Reine Liberté 2: Uguerre des couronnes* Traducción del francés: Manuel Serrat Crespo, cedida por Editorial Planeta, S. A. Diseño: Winfried B3hrle Ilustración: Ippolito Rosellini

Cátulo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal) a Travessera de Grácia, 47-49, 08021 Barcelona

wwsv.circulo.es 1357930028642

Licencia editorial para Círculo de Lectores

Depósito legal: B. 342-2003 Fotocomposición: gama, s. l., Barcelona Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica, s. a. N. II, Cuatro caminos s/n, o862o Sant VicenQ deLs Horts Barcelona, 2003.Impreso en España ISBN 84-226-9898-6 N.° 26799